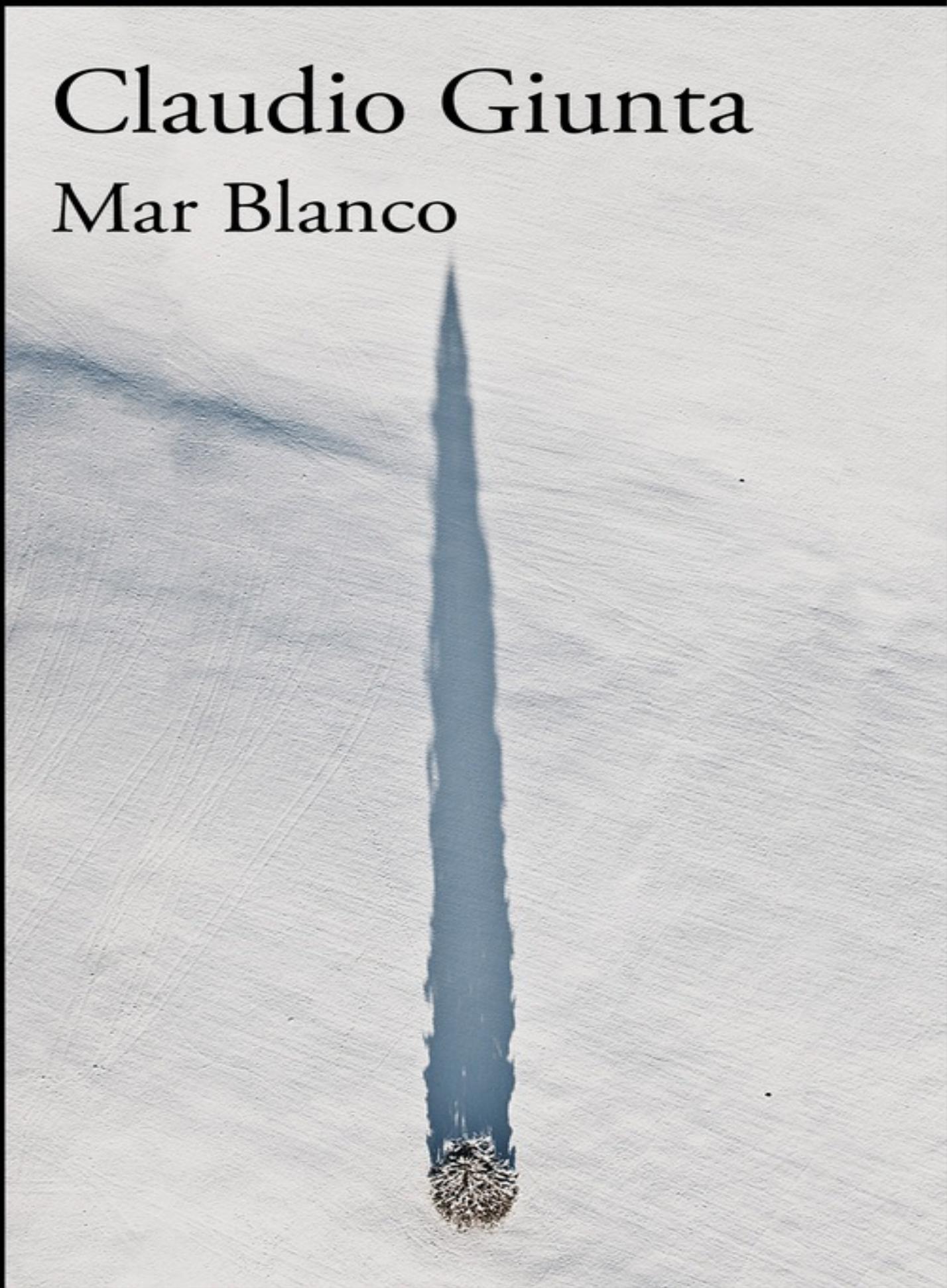


NEGRA
ALFAGUARA

Claudio Giunta

Mar Blanco

Narrativa Internacional Traducción de Xavier González Rovira



Claudio Giunta

Mar Blanco

Traducción del italiano de Xavier González Rovira

NEGRA
ALEAGUARA



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)

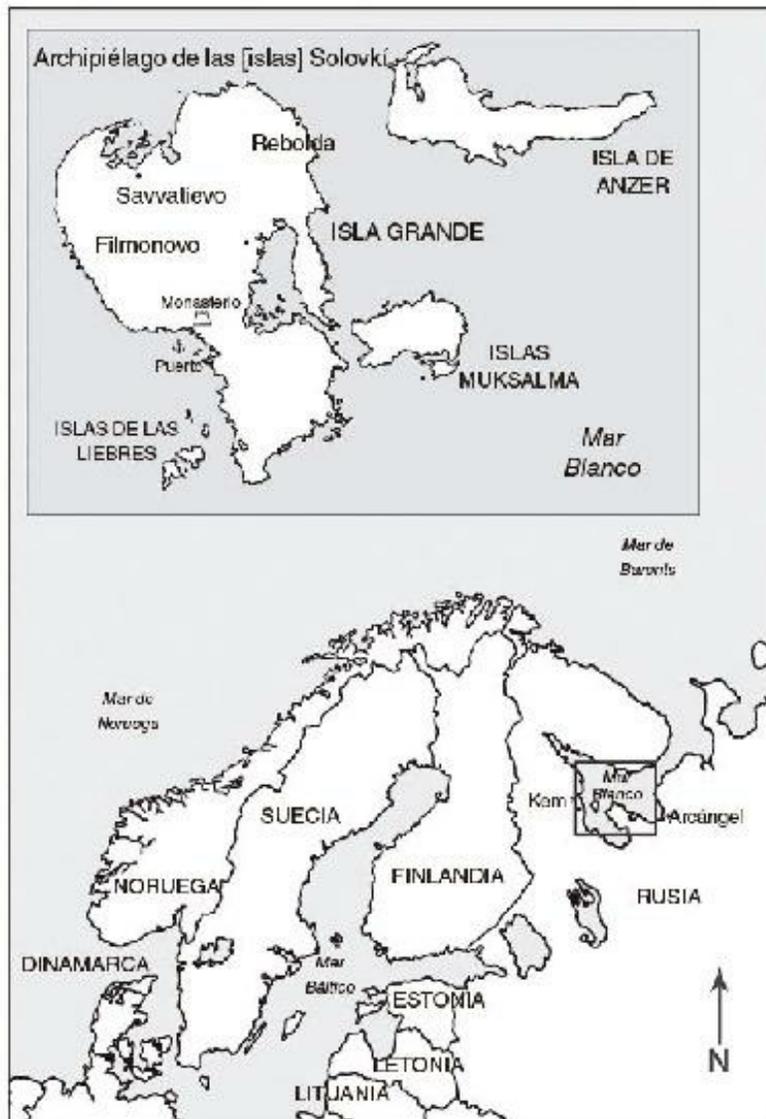


[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |



Prólogo

Al principio se ve una mancha negruzca y alargada en movimiento.

Hay que esperar unos segundos: un fogonazo, un temblor brusco de la cámara y la película se vuelve más nítida. La mancha es una larguísima hilera de personas, hombres y mujeres con las bolsas de la compra —uno piensa en bolsitas de nailon, después se acuerda de que en esas fechas no es posible—, vigilados por otros hombres y mujeres vestidos de civiles, fusil en mano. Todo el mundo sonrío, vigilantes y vigilados. Luego se ve a otra gente que baja de una barca, solo hombres en esta ocasión, encorvados bajo el peso de cestas y fardos que cuelgan de sus hombros. Alguien mira a la cámara, pero ahora nadie sonrío. Y todos, los hombres, las mujeres, los guardias, pasan a través de una verja coronada por una inscripción en cirílico. Dentro, en una explanada enfrente de un edificio oscuro y alargado que podría ser un dormitorio, están todos en fila y se numeran. Uno por uno, se giran hacia el vecino de su izquierda, dicen algo —la película es muda, pero está claro que cada uno de ellos dice un número o un nombre— y luego le toca al siguiente.

Otro fogonazo. La cámara se pone en marcha, y estamos en invierno.

Los presos avanzan por la nieve con palas al hombro, hablan unos con otros y sonrío, luego miran al tipo que está filmando y saludan con la mano: se ve el aliento blanco que sale de sus bocas, las cabezas envueltas en capuchas negras que apenas dejan ver el rostro. En la secuencia siguiente aparecen dentro de un barracón y se desnudan. La cámara filma una panorámica, después se detiene en el tórax de un hombrecito oscuro de rasgos orientales. El tórax está cubierto de tatuajes. Los demás señalan uno, riéndose: un torso femenino desnudo con tres pechos, rodeado por una especie de aureola, como si fuera un icono.

En un plazo de dos años, la mitad de las personas que aparecen en esta filmación estarán muertas.

Ahora se ve a un hombre que espera a los presos delante de un portón, que sonrío a todo el mundo y que mira a la cámara mientras pone su mano sobre el hombro de un tipo alto y delgado que asiente y sonrío con timidez, o

intimidado, y que entra luego por el portón. Hay un primer plano del hombre. Gordo, fornido, lleva la cabeza rapada. No es calvo, se ha rasurado el pelo, como se hacía antaño para evitar los piojos. Aunque también se hace hoy en día: para disimular la calvicie, y de hecho el hombre tiene una cara curiosamente contemporánea, no es una cara de otra época, es como si se hubiera cogido de otra película o de la vida de muchos años más tarde y hubiera sido añadido, de alguna extraña manera, en este documental fechado en 1928. Se ve que es una persona importante, puesto que la cámara, en un momento dado, hace *zoom* sobre su brazo izquierdo y encuadra las tres filas de galones como para decir que quien manda es él. Todos los que pasan por delante de él lo saludan con un movimiento de cabeza que, a veces, se convierte en media reverencia. A continuación, la cámara salta de nuevo y se ve una imagen aérea tomada a saber cómo, porque es extraño pensar que, en 1928, en la Unión Soviética, fuera posible obtener tomas desde un avión. Aunque el operador podía encontrarse en un globo aerostático. Se divisa el mar, luego pequeños escollos planos donde no hay árboles ni casas, después una isla más grande cubierta de abetos y, entre el bosque de abetos y el mar, un monasterio rodeado por una altísima muralla. Más adelante aparece una inscripción donde se lee, en ruso, ISLAS SOLOVKÍ.

La película es esta. La película que muchos años después Enrico Saraceno vio en la pantalla de su ordenador, en su estudio de soltero de la periferia de Florencia. La vio y decidió partir hacia las Solovkí, llevando consigo a dos de sus amigos. Y es aquí, en algún lugar entre el bosque de abetos y el mar, donde los tres desaparecieron.

Primera parte

I.

Todo empezó con una convocatoria en Milán, en la redacción de *Fatti*.

Convocar es el verbo apropiado. Yo escribía como *freelance* para varios periódicos locales, y en el semanario *Fatti* publicaba, cuando tenía suerte, breves entrevistas a personajes de segunda o tercera fila del espectáculo o del deporte, o esa especie de obsceno mejunje que se conoce con el nombre de «crónicas de sociedad». En cualquier caso, nunca artículos de portada. Y nunca artículos de más de dos páginas. Eso de trabajar como *freelance* suena guay, pero suena, y nada más. En realidad, significa pasar la mayor parte del día lloriqueando al teléfono mientras, al otro lado de la línea, un redactor ya en los sesenta, atontado por sus privilegios —catorce pagas, fondo de pensiones, mutualidad, dietas hasta para ir al servicio—, te explica que no, que las cuatro páginas previstas se han quedado en dos, incluidas las fotos (y no son necesarias las tuyas, basta con descargarse un par de internet), por lo que, una vez descontados los gastos, aún tienes suerte si no les debes dinero. «Pero, mientras tanto, ves que tu nombre va sonando, ¿no?» Qué hijos de puta.

Mi trabajo de verdad, después de todo, no estaba en *Fatti*. Vivía en Florencia, esta ciudad de provincias que van liquidando a tanto el kilo a turistas de todo el mundo, este mercado de morralla al aire libre, esta Venecia sin agua, este parque de atracciones hecho a la medida de adolescentes estadounidenses que pasean en chancletas, este Cancún renacentista donde uno siempre tiene la impresión de que, aparte de los camareros, nadie trabaja realmente...

Yo, por decirlo de algún modo, trabajaba. Escribía para periodicuchos locales que la gente leía con un solo ojo en el bar mientras tomaba el desayuno, o a la mañana siguiente en el baño, y he de confesar que esta dolorosa consciencia —la de ser leído principalmente en el baño— me acompañaba a lo largo de la preparación y la redacción de los artículos, e incluso cuando simplemente *pensaba* en los artículos, o en el trabajo de mierda que estaba haciendo. Eran animadas crónicas sobre el derbi

Fiorentina-Siena, sobre los multimillonarios rusos a la conquista de la Versilia, sobre las docenas de absurdas ferias que el territorio toscano segrega como si fuera pus durante el año: la Feria del Boletus, la Fiesta del Jabalí, la Fiesta de la Vendimia..., y luego todos los eventos paraculturales para los que mi sólida preparación humanística —como me recordaban con recochineo los jefes de redacción— me confería un título especialísimo: los diálogos a la Versiliana, el Premio Viareggio, los conciertos del «Maggio Fiorentino», las conferencias «Leer para no olvidar», el seminario sobre arte contemporáneo de Peccioli y demás.

Y luego estaban las entrevistas. Si el entrevistado tenía un título de estudios superior a quinto de primaria y se ocupaba de cosas inútiles como la pintura, la poesía, la historia, entonces entraba yo en acción, con mi receta «Tacto & Competencia». Receta que no era mía, a decir verdad, sino del director de uno de los periódicos-basura locales en los que colaboraba, Agostino Vezzali, que solía aplicar fórmulas definitorias como esta, «Sustantivo + & + Sustantivo», a todos sus periodistas. Y así había nacido en los pasillos una gama infinita de variaciones irónico-burlescas: «Adiposidad & Ignorancia», para el editorialista obeso; «Suspensorios & Sudor», para el cronista gay de deportes..., cosas de esta índole. Pertrechado con mi tacto y mi competencia, me iba a casa de los «representantes del mundo del arte y de la cultura» y formulaba las preguntas apropiadas sobre la poética del artista, sobre los Grandes Maestros del pasado, sobre los jóvenes que ya no leen poesía, etcétera. Siempre y cuando el pintor, o el escritor, o el profesor fueran de los mediocres. Porque en el caso bastante raro de que a Florencia llegara, como decía Vezzali, un «Invitado Internacional» entonces yo tenía que hacerme a un lado y ceder el terreno a Salsano, mi colega más veterano.

Salsano venía de Nocera Inferiore, por lo que, al menos una vez al día, en la redacción, existía esta costumbre: uno de los decanos se levantaba de su escritorio y, con el brazo extendido hacia él, entonaba la réplica de Stefano Satta Flores en *Nos habíamos amado tanto*: «¡Nocera es inferior porque ha visto nacer a individuos ignorantes y reaccionarios como tú!». Salsano lo encajaba, seráfico, levantando el brazo en una lenta parábola de derecha a izquierda, rematándolo con el signo de los cuernos, tras lo cual todo el mundo regresaba riéndose al trabajo.

Como también lograba repetir un día sí y otro no, aprovechando cualquier excusa, por débil que fuera, surgida en la conversación, Salsano «había estudiado con Eugenio Garin», aunque no había hecho carrera académica

«por culpa de las mafias florentinas, que son peores que las del sur». Durante unos años había sido director de una escuela superior; luego había conseguido convertirse en «cronista cultural» de un par de periódicos de la Toscana. Pintaba, escribía poemas. Había entrado en la historia local porque realizó una larga entrevista al lingüista Chomsky cuando este acudió a Florencia a recoger un doctorado *honoris causa*, solo que, por alguna razón, lo confundió con Andy Warhol y el malentendido —por uno de esos milagros que acuden al rescate de las almas de cántaro (Salsano era el hombre más bueno del mundo)— no se había evidenciado durante la conversación. Así, al día siguiente, apareció la entrevista con el «gran Chomsky», sin más especificaciones, afortunadamente, pero junto a una fotografía de la lata de sopa Campbell.

Estos eran mis colegas. Mejor dicho, estos eran mis superiores.

Y luego tenía un tercer frente un poco más interesante y un poco mejor pagado. De vez en cuando, revistas en papel cuché como *Galgos y Mastines*, o *Software y Hardware*, o *Viajar*, me solicitaban lo que se llama «textos de relleno», es decir, cinco o seis páginas con fotografías que tenían que servir como una especie de colchón en medio de la publicidad de la comida para perros, de los ordenadores o de las compañías aéreas. Naturalmente, esto se da en todas las publicaciones, incluidas las más serias: la verdad es que los artículos ahora casi siempre son «textos de relleno» que se extienden entre dos capas de publicidad. Pero las revistas como *Software y Hardware* y similares son particularmente implacables. «¡Cosas chulas, cosas chulas!», me respondían los directores cuando les preguntaba sobre qué les gustaría que escribiera. «Colores, hermosos lugares, cuerpos, muchos cuerpos... ¡Pero sin gastar mucho, eh!» Y así, en un par de años, me especialicé en artículos con *glamour* sin moverme de casa, descargando datos y fotografías de internet e inventándome de cabo a rabo detalles inexistentes, entrevistas nunca realizadas, cenas a la luz de las velas con vuestro Él o vuestra Ella en una terraza con vistas al Atlántico: las casas blancas de Miconos, las cabañas de guano de Borneo, los nidos de la cigüeñuela común en el Parque Nacional del Gargano, los glaciares de Islandia («El Vatnajökull es una gigantesca lengua de hielo que ocupa el horizonte en lontananza. Pero, a un paso de nosotros, el agua hierve con azufre...»). Así era como pagaba las facturas.

Fatti fue mi tabla de salvación. «Escribo para *Fatti*», respondía cuando alguien me preguntaba a qué me dedicaba, aunque escribiera ahí, con suerte, unas cinco o seis veces al año. Y *Fatti* era lo único que me impedía llegar a la

conclusión de que, con treinta y seis años bien cumplidos, en vez de un periodista *freelance* era un periodista fracasado. Galliano, el director, lo sabía. Por eso no me pedía que fuera a verlo: me convocaba.

II.

—Supongo que estás al tanto, ¿no? —me saludó Galliano.

Enarqué una ceja interrogante.

—Lo de las islas esas. Las islas... So-lov-kí» —silabeó repiqueteando con el índice en la primera plana del *Corriere*, que reproducía la noticia en la parte inferior.

Sí, lo sabía, estaba al tanto, casualmente, sobre todo por los periódicos locales. Desde hacía una semana más o menos se había perdido el rastro de tres chicos italianos en una misión «en nombre de la Unesco» en las islas Solovkí, en mitad del mar Blanco. La embajada italiana en Rusia había enviado a un encargado de negocios al lugar. La Interpol, decían las agencias, se había puesto en marcha. Pero nada. Y nada tampoco en la prensa. Estaba claro que el asunto iba a ser archivado, ya había sido archivado, al igual que las otras muchas muertes de turistas que cada año llenan las noticias por unos días: una imprudencia, una fatalidad. Es cierto: los cadáveres no habían sido hallados y esto era extraño, porque en realidad las islas no eran tan grandes. Pero alrededor de las islas estaba el mar y el día de la desaparición —según la reconstrucción de la policía rusa— los tres chicos habían dicho que deseaban ir a la zona norte de la isla, la que queda frente al Polo, donde las olas rompían con más virulencia: olas que, en el pasado, habían traicionado a más de un pescador experto, hasta arrastrarlo desde la orilla a mar abierto, y después hasta el fondo. Y era allí, según la policía, donde se encontraban los cadáveres de los tres italianos: bajo doscientos metros de agua, en el fondo del mar Blanco.

—Esa gente es de Florencia, ¿verdad? Tú sigues en Florencia, ¿verdad? Así que he pensado en ti...

Le di las gracias por su elección. Sonreí. Él también sonrió. Sí, los tres chicos desaparecidos eran florentinos. Y sí, yo también estaba en Florencia, aunque por ninguna razón en particular, después de haberme separado de Gaia, mi esposa, que era florentina-florentina: a saber, en la jerga de la ciudad, florentina del centro, o más bien de la colina, de una antigua familia

florentina auténtica, gente con casas y con dinero, no una inmigrante del campo. Básicamente permanecía en Florencia solo porque en la Toscana tenía todos mis contactos con los periódicos locales, y en Roma o en Milán había demasiada competencia y nadie me quería. Permanecía allí por gente como Vezzali y Salsano. Era terrible.

—Pues sí, sigo en Florencia. Hasta que no me reclames en Milán...

Naturalmente, Galliano sabía que habría dado lo que fuera por que me contrataran en *Fatti*. El anterior director casi me lo había prometido. Luego se marchó de allí y todas sus promesas —contrato, reasignación de funciones, ascenso en el escalafón— pasaron a depender de Galliano. Algunas las había roto, otras las estaba cumpliendo. Yo me mantenía en vilo y a Galliano le venía bien que me quedara así.

—Querido Capace..., imagínate tú si no me iba a venir bien que estuvieras aquí, a dos pasos, en el despacho de al lado, en vez de hacerte venir adrede desde Florencia... ¡Pero sigues siendo Capace!» —y se rio.

Mi apellido es Capace, Alessandro Capace, y ni siquiera después de la décima repetición Galliano consideraba que el juego de palabras ya estaba demasiado visto como para repetirlo. ¿Un gilipollas? Claro que era un gilipollas. Pero también era el director, y tenía en sus manos mis próximos treinta años de carrera. Me reí yo también.

—Estamos en plena apoteosis de internet. Este puto internet. ¿Qué quieres que te diga? No contratamos a periodistas: ahora contratamos a informáticos... Tal vez el año que viene, si la estrategia del grupo... —hizo una breve pausa y concluyó—: De todos modos, tú haces este reportaje y ya verás como...

Era así. Nunca le había oído terminar una frase. Era un virtuoso de los puntos suspensivos, un campeón olímpico de los sobrentendidos. Todas sus conversaciones terminaban con un confuso murmullo, acompañado por un gesto de disgusto y asombro simultáneos: como si el mundo, por alguna extraña razón, se obstinara en no querer seguir los consejos de Vincenzo Galliano de Agropoli. O tal vez fuera una extraña forma de dislexia, que nadie, sin embargo, iba a ser capaz de descubrir a esas alturas, teniendo en cuenta que hacía años que no escribía ni una línea, ni siquiera los editoriales. Y la historia esa del grupo era una trola. El Grupo Editorial Mierda —como cariñosamente lo llamaban mis no colegas de *Fatti*— no tenía nada que ver. El grupo eran él y el dueño del periódico. Eran ellos dos los que lo hacían todo: estrategias, organigramas, nóminas.

—Aquí estoy, para lo que se tercié —concluí, mientras seguía en vilo.

La idea consistía en ponerse en contacto con las familias, entrevistar a padres, a novias, a amigos, llegar a descubrir quiénes eran esos tres chicos y luego, *eventualmente*, salir hacia las Solovki y tratar de sacarle a esa historia —utilizando la fórmula con la que Galliano se había despedido de mí— «toda la sangre y todo el misterio» posibles. Galliano subrayó tres veces *eventualmente*. La paga era buena, mejor dicho, inmejorable, teniendo en cuenta mis honorarios habituales, pero «tú lo sabes mejor que yo» indicaba ya reducir los costes. El viaje a las Solovki solo si era necesario, y, en cualquier caso, ahorrando, y no sin antes realizar una «exploración del caso a distancia». En resumen, podía ser algo del tipo *Galgos y Mastines*, pero también algo mejor.

En esa época yo estaba trabajando, entre otras cosas, en una investigación sobre la sanidad italiana de la que me parecía podrían extraerse resultados interesantes: una historia de válvulas del corazón que nunca habían sido verificadas y que se habían comercializado con la complicidad de un determinado número de cirujanos y una ronda de mordidas. Un viejo amigo mío del colegio que trabajaba en la Fiscalía de Turín me había dicho que la investigación había empezado meses atrás y que dentro de poco se iban a practicar detenciones —gente importante, incluyendo peces gordos de la política local—. Yo ya tenía preparado un artículo, tal vez dos, y gracias a mi amigo albergaba la esperanza de entrevistar al menos a un par de médicos «buenos» que habían denunciado el fraude. Por lo que sabía, era el único que estaba al tanto del asunto en toda Italia. Se lo dije a Galliano, más que nada para hacerle saber que tenía ya la agenda completa, que siempre estaría a tiempo de rechazarlo y que, en resumen, debían tratarme bien. Sacó de la pila de periódicos el último número de *L'Espresso*. «Esto ha salido hoy mismo», me informó. En la portada se veía la cara de un cirujano, con el gorro de quirófano puesto y la mascarilla en la boca. El titular decía: *Sin corazón*. Y en minúsculas el subtítulo explicaba: «¿Válvulas defectuosas en el corazón de los pacientes de los hospitales turineses? La impactante investigación de *L'Espresso*». Esta vez fue él el primero en sonreír. Yo también sonreí. Nos pusimos de acuerdo para entregar un primer texto en el plazo de tres días: sangre y misterio en las islas Solovki.

La experiencia en *Galgos y Mastines* me había proporcionado, por lo

menos, un método. De manera que, ya de regreso a Florencia, me pasé un par de horas documentándome en internet. Las islas Solovki son un pequeño archipiélago frente a la costa septentrional de Rusia, entre Carelia y la península de Kola, en medio del mar Blanco. El pueblo más cercano es Kem, a tres horas de viaje en transbordador. La ciudad más cercana, a media hora de vuelo, es Arcángel. San Petersburgo y Moscú están infinitamente más al sur, en otro mundo hecho de bonitas calles elegantes, llenas de monumentos y museos, casas confortables, bares, restaurantes y, sobre todo, otros seres humanos. En las Solovki todo esto no existe. TripAdvisor indicaba únicamente un hotel con restaurante al que habían bautizado, sin mucha imaginación, «Hotel Solovki». Tres estrellas y una sola opinión, con una única palabra: *Average*.

En verano, los habitantes de las Solovki son solo unos centenares: los monjes del monasterio ortodoxo que domina la isla más grande, los pescadores y, en los últimos años, los empleados de los servicios para aquellos turistas que buscan algo exótico menos obvio que Bali o que el Sahara y que, tras la caída del comunismo, descubrieron este rincón del Gran Norte. Los turistas, sin embargo, no son muchos, ya sea porque las Solovki están lejos de todas partes o porque los tipos de «aventuras por el mundo» (parka, mochila a la espalda, esquí de fondo, amplios espacios incontaminados y todo lo demás) prefieren Escandinavia o Islandia, que son más pintorescas y más hospitalarias. «Uno llega a determinados valles de Islandia o de Noruega», escribía alguien en Travellersonline, «y tiene la impresión de estar frente al mundo como debía de ser antes de los hombres. En las Solovki es como si los hombres y la naturaleza estuvieran en guerra desde hace siglos y continuaran luchando incluso ahora, desfigurados por las heridas. Del Gran Norte encontramos la dureza, el frío, el peligro. Pero ninguna sensación de paz».

En la temporada de frío, de noviembre a marzo, en las islas casi solo están los monjes, que van a lo suyo, y los pescadores con sus familias. En la época de la Unión Soviética, en la isla más grande del archipiélago había una pequeña guarnición militar que ahora había sido trasladada a tierra firme. Siguen en pie un ala del viejo cuartel y, aproximadamente a medio kilómetro del puerto, la estructura de un depósito militar que se quemó hace treinta años y que nunca fue reconstruido ni derribado: un cuadrilátero de cemento del tamaño de medio campo de fútbol, que la vegetación y los animales salvajes han ido reconquistando poco a poco.

Hacia finales de noviembre, el agua del mar se convierte en hielo, y la navegación desde Arcángel o Kem es prácticamente imposible. La única manera de llegar a las islas, y de salir de ellas, es el pequeño avión militar que, una vez por semana, los lunes por la mañana, sale desde Arcángel, y, una vez por semana, los viernes, regresa a Arcángel. Pero es un medio que los habitantes de la isla prefieren no utilizar, porque el billete resulta demasiado caro para los civiles y porque el vuelo no es muy seguro. Desde que existe el servicio de invierno, es decir, desde finales de los años noventa, dos aviones han caído al mar y otros dos tuvieron que hacer aterrizajes de emergencia, el último por falta de gasolina. Y las operaciones de rescate, a causa del frío, de la oscuridad y también porque así es como funcionan las cosas en Rusia, ni siquiera se ponen en marcha. Como sintetizaba el bloguero de Travellersonline: «En octubre se cierran las puertas. Quien está dentro se queda dentro y quien está fuera se queda fuera». Cómo debe de ser «quedarse dentro» cualquier tarde de enero, con treinta grados bajo cero, resulta difícil de imaginar.

Para los rusos, el nombre de «Solovkí» tiene un sonido siniestro: casi el mismo que Kolimá o Auschwitz, excepto por el hecho de que las Solovkí también poseen una historia sagrada que complica las cosas y las hace, si eso es posible, aún más tristes. El monasterio fue construido a principios del siglo xv, y durante tres siglos los monjes vivieron en paz, rezando y pintando iconos. La paz terminó con los sueños de modernización de Pedro el Grande, a finales del siglo xvii. Poco a poco, los monjes fueron depuestos y obligados a vivir en una de las alas del edificio, dejando la otra ala y el edificio principal a los soldados rusos enviados a vigilar la frontera noroccidental. Así, durante décadas, este monasterio-fortaleza —cuatro torreones gigantescos unidos por una muralla de quince metros de altura— sirvió principalmente de guarnición, de depósito de armas y, finalmente, de campo de trabajo. En los primeros años veinte, Stalin hizo que deportaran a los monjes: desde el noroeste hacia el noreste, desde las Solovkí hasta Siberia, en una marcha de más de seis mil kilómetros por el hielo. De los aproximadamente doscientos que partieron, entre monjes y sirvientes, llegaron cuarenta: los demás murieron de frío o de hambre por el camino. Ninguno de los cuarenta regresó. Todo el monasterio se convirtió en un gulag. Un edificio construido para el culto fue utilizado durante treinta años como lugar de detención, primero para los delincuentes comunes y luego para los disidentes. Detención: es decir, tortura. He dicho que resulta difícil

imaginar lo que significa pasar el invierno en las Solovki. Pero vivir en las Solovki cinco, diez, veinte inviernos sin comida ni ropa suficientes, trabajando como esclavos todos los días de la semana, todas las semanas del año, supera la comprensión humana, porque no es humano: sencillamente, uno renuncia a pensar en ello. Sin embargo, fue calculado: aquel fue el destino de alrededor de trescientos mil seres humanos entre 1925 y 1954.

La mayoría de los prisioneros no regresó de las Solovki. Murieron de hambre, de frío, de los golpes propinados por los guardias, o asesinados por sus compañeros de prisión. Los cadáveres eran lanzados desde el acantilado, o en el pantano de turba que se extiende al norte del monasterio. No hay cementerio, ninguna cruz: las únicas cruces que todavía pueden verse son las pocas que quedaron en el interior del monasterio, sobre las escasas tumbas de monjes que murieron hace medio milenio.

Hoy el monasterio ha vuelto a ser un monasterio. Aunque se caiga a pedazos, y aunque conserve aún los rastros de décadas de atrocidades: las antiguas celdas de los monjes transformadas en dormitorios, los escritos en cirílico de las paredes, los sótanos sin ventanas y sin cloacas donde eran encerrados durante meses, durante años, los enemigos del pueblo —allí las «ratas», que era como los había bautizado la propaganda del régimen soviético, eran realmente tratadas como ratas, y se convertían en ratas.

III.

Decidí que ya sabía bastante sobre el tema, sobre la geografía y la historia de las Solovkí, y que por fin podía pasar a la sangre y el misterio. Llamé a la oficina de la Unesco en Roma y tuve suerte. Era el primer periodista que estaba interesado realmente en el caso, es decir, que no se conformaba con los despachos de las agencias, y pude hablar casi de inmediato con el funcionario que estaba al día del proyecto en el que trabajaban los tres desaparecidos y que ahora mantenía los contactos con las familias. Estaba preocupado, asustado, lo que quería era un hombro en el que llorar. Le ofrecí el mío. Le prometí que le mandaré las pruebas de mi artículo para que me diera su parecer, antes de enviarlo a la imprenta.

Los tres —me dijo— habían llegado a las islas Solovkí a principios de agosto. Fabio, arquitecto. Francesco, también arquitecto. Enrico, profesor. Los tres eran de Florencia, los tres tenían entre treinta y treinta y cinco años.

El monasterio ortodoxo estaba en condiciones lamentables porque, después del cierre del gulag en los años sesenta, casi no había existido mantenimiento. No había dinero, ningún interés, ni por parte del gobierno de Moscú, ni por parte de la gente del lugar: estaba demasiado ocupada en sobrevivir como para interesarse por los edificios históricos. O, mejor dicho, para ellos, interesarse era lo mismo que robar. El saqueo es una buena, aunque un tanto radical, técnica de supervivencia, por eso no era extraño que los habitantes de la isla hubieran saqueado el monasterio innumerables veces, a pesar de la vigilancia de los soldados de la guarnición. O con la complicidad de algunos de ellos. Ladrillos, cerramientos, muebles, accesorios, herramientas habían sido robados a lo largo de los años y habían servido para construir, amueblar, decorar las casas del pueblo. Pero las casas, a pesar de este flujo constante de materiales recientes, seguían siendo unos miserables cuchitriles: una miseria que era aún más desgarradora y ridícula debido a los frisos, a las incongruentes decoraciones religiosas —una viga repleta de pequeñas cruces, una lápida absurdamente asentada junto a la entrada de un garaje— que permanecían encajadas entre los ladrillos, en memoria de aquellos pillajes.

La enorme ala oeste del monasterio había sido utilizada durante muchos años como almacén, pero en la actualidad era inservible. El techo se había venido abajo en varios lugares, y el agua había penetrado y estropeado las paredes y las instalaciones: los restos del gulag —una montaña de literas, sillas, armarios mohosos, uniformes viejos de reos y de carceleros— se habían convertido en una guarida para los animales salvajes. Hacía años que nadie había encontrado el valor para entrar ahí; y nadie sabía lo que realmente había dentro. En el edificio principal del monasterio y en el ala este vivían los monjes, quienes en pequeños grupos, a partir de finales de los años ochenta, habían regresado a las Solovki. Pero también esas zonas del edificio se encontraban en malas condiciones. Aparte de los suelos y de los techos en estado ruinoso, aparte de las cocinas y de los dormitorios invadidos por la suciedad y los insectos, el problema era siempre el mismo. Agua, agua, agua por todos lados. Agua que iba cayendo por las goteras entre las tejas; agua que se filtraba por las paredes, dejando manchas de humedad que nunca se secaban, ni siquiera en los días más calurosos del mes de julio; agua sucia que ascendía por las alcantarillas medio ruinosas e inundaba los lavabos y los pasillos; agua helada que se colaba por los sumideros, que rompía las cañerías, que cubría los suelos igual que una capa de barniz. Agua por todas partes.

La Unesco había financiado un plan que contemplaba la restauración del monasterio así como la construcción de una sala-museo en la cripta, para la exposición de los iconos que habían sobrevivido a los años de comunismo, y que de momento estaban apilados en los sótanos, acumulando moho: iconos antiquísimos —como se explicaba en el informe con el que se había propuesto y obtenido la financiación— que formarían una de las más importantes colecciones de arte religioso a escala mundial.

Enrico, Francesco y Fabio eran voluntarios. La sede de la Unesco en Roma corría con los gastos del viaje y el alojamiento, pero no se contemplaba ninguna compensación. No se encontraban allí por dinero, ninguno de los chicos que trabajaban en la restauración del monasterio —la mayoría de ellos eran jóvenes, entre los veinte y los veinticinco años— lo hacía por dinero. Se trataba de algo distinto: el deseo de sentirse útil, de ver lugares que pocos habían visto, y también la idea de pasar unas vacaciones distintas de lo habitual. Y había algo más, algo que me iría quedando claro a medida que, leyendo cosas sobre ellos, hablando con sus amigos, aprendía a conocerlos. Algo más —una idea, una maraña de sentimientos, una forma de entender la

vida— que, ahora que todo ha terminado, me parece que fue, no, sé que fue, el verdadero motivo del viaje.

El funcionario me confirmó que tenían que haberse quedado en las Solovki poco menos de un mes: «El tiempo para hacer un apaño con todo aquello». Enrico, que hablaba un poco de ruso, era el que mantenía el contacto con el grupo que ya estaba trabajando en el monasterio: un coordinador de la Unesco, estudiantes de Arquitectura y de Bellas Artes de varias nacionalidades. Francesco y Fabio habían preparado el proyecto de la sala-museo de la cripta, que había sido aprobado por los técnicos de la Unesco, y tendrían que haber seguido las primeras etapas de su realización. En su tiempo libre podrían echar un vistazo a los trabajos de restauración del edificio principal y del ala este del monasterio. En la obra había albañiles y maestros de obras del lugar, o de Kem, pero los arquitectos eran todos voluntarios de la Unesco que se turnaban: eran pocos y estaban de paso. Un par de arquitectos más, capaces de examinar los proyectos, habrían resultado muy útiles también en las obras principales. El ala oeste permanecía cerrada, a la espera de decidir si y cómo se podía poner de nuevo en condiciones o si resultaba más barata su demolición.

El billete de avión de regreso desde San Petersburgo fue reservado para última hora de la mañana del 28 de agosto en un vuelo de Alitalia. Escala en Roma y llegada a Florencia por la noche. Pero la noche del 28 ninguno de los tres llegó.

Como me explicó ella misma en los siguientes días, la madre de Francesco Luciani había llamado a las familias de los otros dos amigos. La madre de Fabio estaba más sorprendida que preocupada. Evidentemente, los chicos habían perdido el avión, aunque era extraño que su hijo no la hubiera avisado, para que no fuera al aeropuerto de Peretola a esperarlo, que era lo que ella había hecho. Intentó llamarlo de inmediato, pero su teléfono móvil estaba desconectado. «Como casi siempre», me dijo más tarde. «Para Fabio el móvil era un engorro, a menudo lo mantenía apagado: llamaba él o, en todo caso, enviaba un mensaje. Así que ni siquiera entonces me preocupé demasiado.»

La madre de Enrico era la única que no sabía que su hijo tenía que regresar ese día. Unos diez días antes, Enrico le escribió un mensaje de texto desde el iPhone de Fabio (Enrico no había llevado el móvil consigo: «Cuando se marcha», me explicaría más adelante su madre, «se marcha para desconectar, y desconecta»): todo iba bien, pronto regresarían a Italia. Pero *pronto*, para Enrico, podía significar un día o un mes: hacía ya algún tiempo que su madre

había renunciado a seguir sus desplazamientos. Enrico vivía solo desde que tenía dieciocho años, y ella nunca había tenido que preocuparse.

La señora Luciani, en cambio, se encontraba muy preocupada. La mañana del 29 llamó a la sede de la Unesco en Roma. Les dijo que los tres muchachos tenían que haber regresado a Italia el día anterior, pero que no habían aparecido ni se habían puesto en contacto, y de hecho no se tenían noticias de ellos desde hacía tres días. La mañana del 26 de agosto Fabio le había enviado un correo electrónico a su madre. Las obras del monasterio avanzaban con lentitud, había problemas inesperados también con los trabajadores. Regresarían el 28, y no sabía si, como estaba planeado en un principio, volverían a la isla la primavera siguiente. La experiencia, por lo que parecía, no había sido agradable del todo, el trabajo se había revelado más difícil o más inacabable de lo esperado, o había sucedido algo más. Fabio se lo explicaría cuando regresara a Italia. A partir de entonces, nada más.

El funcionario de la Unesco con quien estaba hablando había llamado *personalmente* a la compañía aérea que había emitido los billetes, y la compañía confirmó los datos: los tres tenían una reserva para el vuelo de San Petersburgo, a primerísima hora de la tarde del 28, pero no se habían presentado, ni tampoco habían cancelado su reserva. El funcionario tranquilizó a la señora Luciani diciéndole que inmediatamente se pondría en contacto con uno de los coordinadores que se hallaba todavía en las Solovki. Lo más probable era que los chicos hubieran perdido el transbordador a Kem, o que el transbordador, por un motivo u otro, no hubiera partido, y que se hubieran quedado bloqueados en la isla.

«Pero ¿por qué no llaman o escriben?»

Sin embargo, tampoco esto era extraño: las comunicaciones con las Solovki iban y venían, y encontrar un teléfono público o un acceso a internet no debía de ser una empresa fácil.

La señora Luciani objetó que Fabio y Francesco tenían, cada uno de ellos, un teléfono móvil. De acuerdo, respondió el funcionario, pero también los móviles podían quedarse sin cobertura en las inmediaciones del Círculo Polar Ártico. Solo tenían que esperar.

Los familiares de los tres chicos estuvieron esperando todo el día. Los móviles seguían apagados. La mañana del 30 de agosto la señora Luciani llamó a Roma para saber si había novedades. El funcionario respondió que aún no había logrado ponerse en contacto con los coordinadores del proyecto

de las Solovki, pero que tenía previsto hacerlo esa misma mañana y luego la informaría. Pocos minutos más tarde la llamó. Lo sentía mucho, pero de las Solovki no llegaban buenas noticias. Hacía cuatro días por lo menos que no se sabía nada de los tres. No debían de haber salido de la isla, ya que todas sus maletas estaban todavía en su habitación. Pero ellos habían desaparecido. Y había algo más: algo que hasta ahora nadie había considerado que debiera comunicar a las oficinas de Roma. A principios de agosto, poco después de que los tres llegaran, se había producido un accidente. Un chico alemán, uno de la veintena de voluntarios que participaban en los trabajos de restauración, había desaparecido. Pocos días después, se encontró su cadáver bajo el acantilado que bordea el lado occidental del monasterio, medio devorado por los animales. Un accidente. El chico, que cada mañana salía temprano para correr, debía de haberse resbalado y se había precipitado varias decenas de metros. Y ahora ellos: otros tres extranjeros desaparecidos. En una isla un poco más grande que la de Elba, y en gran parte deshabitada. Se había informado —aunque con una demora absurda— a la policía de Kem, que entre tanto se había presentado para una inspección.

Unos minutos más tarde, dos días después de la fecha prevista para la llegada, cuatro días después del último contacto entre los tres chicos y sus familias en Italia, el funcionario de la Unesco informó a la policía italiana y a la Interpol.

IV.

En mi artículo para *Fatti* había reunido los datos, aderezándolos con alguna foto de archivo, y las informaciones históricas que había repescado en internet. Al final intentaba sembrar algunas dudas, angustia, tensión. Aún no se trataba de la «sangre y misterio» que Galliano quería, pero nos íbamos aproximando:

[...] Ellos no se alejaron de manera voluntaria. Todas sus pertenencias se quedaron al lado de las camas, en el antiguo cuartel donde se hospedan los voluntarios que trabajan en el monasterio. Están ahí las mochilas, los jerséis de lana para la noche y para la humedad de las obras. Están ahí el mapa de la isla, la cámara fotográfica de Francesco, cepillos de dientes, dentífrico y champú, y todo lo que uno generalmente se lleva consigo si quiere irse de excursión, aunque sea para unos pocos días. Está ahí incluso la cartera de Francesco, con sus documentos y trescientos euros en efectivo. Y están ahí los iPhones de Fabio y Francesco, apagados. Nadie ha tocado nada.

¿Un accidente? Pero ¿qué clase de accidente? No hay montañas ni simas; no hay ríos impetuosos o lagos donde podrían ahogarse. Hay animales salvajes, pero no son de los que atacan al hombre: los alces pueden dar algunos problemas si se les molesta, pero no matar. Y, además, ¿por qué tres personas inteligentes iban a ponerse a molestar a los animales? Osos y lobos de vez en cuando se encuentran en tierra firme, a tres horas en barco: pero aquí no, seguro, en una isla que es un poco más grande que la de Elba. ¿Dónde podrían hacerse daño? ¿Dónde podrían ocultarse?

Está claro que los tres podrían haber salido de la Isla Grande para dar un paseo por el archipiélago, y que podría haberles sucedido algo durante la navegación, o después de desembarcar. Podrían haber quedado atrapados en algún lugar, en uno de los cien escollos que sobresalen en el radio de diez millas de la Isla Grande. Pero, en ese caso,

¿por qué no se llevaron consigo las mochilas? ¿Por qué no avisaron a sus compañeros de trabajo? Y, si tomaron prestada la barca de un pescador del lugar —¿no era esta la única forma posible?—, ¿cómo nadie se percató de que la barca, con los tres muchachos a bordo, no había regresado?

Dado que nunca había estado en las Solovki, y que lo elaboraba en el escritorio de mi casa en Florencia, ese primer reportaje, al estilo de *Galgos* y *Mastines*, contenía algunas inexactitudes. En realidad, las simas existen, y también algún animal salvaje peligroso: las Solovki son mucho más inhóspitas y peligrosas de lo que hacen pensar la entrada de tres líneas de la Wikipedia y la página web del Hotel Solovki, que promete «la magia de la antigua Rusia con un *décor* natural de incomparable belleza». Pero todo lo demás resultaba exacto, y todo articulado de manera profesional.

Galliano no me llamó por teléfono: pero mandó que lo hiciera la señorita Zampa, la secretaria que, desde hacía tres años, cada vez que salía un artículo mío, me llamaba para que le proporcionara de nuevo mis datos bancarios, «que no sé si los tenemos».

—El doctor Galliano está muy contento. Así que esperamos la continuación para el próximo número, si usted está de acuerdo.

Galliano no tenía ningún doctorado, pero yo estaba de acuerdo.

—Y..., señor Capaci, ¿puede proporcionarme sus datos bancarios, que no sé si los tenemos?

Yo, en cambio, sí tenía un doctorado. Y me llamaba Capace. No Capaci, como la masacre^[1]. Pero no dije nada. Le proporcioné mis datos bancarios.

—Una amistad viril. Se llama así, ¿verdad? Una de esas cosas bonitas para las que las mujeres no parecen estar capacitadas... Porque somos demasiado inseguras y demasiado miedosas para estar bien solo entre nosotras. La suya es una bonita amistad viril.

Me reuní con la madre de Francesco Luciani unos días después de que la noticia de su desaparición hubiera salido en los periódicos nacionales: después del primer asalto de los periodistas de los diarios y de la televisión. Un asalto, recuerdo, insólitamente amable. Pero todos estaban convencidos de que se trataba de un accidente estival, nada morboso, y los accidentes de verano, a finales de verano, ¿a quién podían interesar ya?

La señora Luciani utilizaba el presente: es una bonita amistad viril. Como si no hubiera ninguna duda de que los tres iban a regresar. Escuchando de nuevo la grabación de la entrevista, a día de hoy, me doy cuenta de dos cosas que entonces pasé por alto o que no quise entender (*Volverán* era el título melodramático, obviamente no elegido por mí, de mi segundo artículo publicado en *Fatti*). La primera: que la madre de Francesco, en su interior, sabía que no iban a regresar; la segunda: que en esa «bonita amistad viril» había algo que no la convencía del todo.

Eran amigos desde secundaria, en el Instituto Michelangelo.

—Siempre iban juntos. Los tres, pero no solo ellos tres. Es un grupo mucho más amplio. Cuando salen, aquí en Florencia, o de vacaciones, entre chicos y chicas son una docena.

Precisé que esos chicos y chicas hacía tiempo que habían pasado la treintena.

—Sí, pero todavía existe la lógica de los adolescentes. El grupo. A ellos les gusta así, todo juntos: el deporte, el estudio, incluso el trabajo; aunque tengan trabajos diferentes, siempre están ahí discutiendo proyectos conjuntos. Y debo decirle que a mí también me gusta tenerlos a mi alrededor. En verano, sobre todo, hacen el recorrido de las casas en la playa y en la montaña, y a nosotros los padres nos encanta hablar con todos estos jóvenes.

—Pero el núcleo, los fundadores, digamos, eran Enrico, Francesco y Fabio.

Me corrigió sonriendo, y todavía recuerdo cómo me incomodó esa sonrisa suya indefensa:

—Sí, ellos *son* el núcleo.

—¿Con sus novias respectivas?

—Ya se lo he dicho: la suya es una amistad sobre todo viril. Las novias van y vienen. Es más, me parece que hasta hace poco tiempo nunca habían tenido demasiada importancia; lo importante eran ellos, los chicos.

De nuevo los chicos. ¿A qué edad, recuerdo que pensé, se deja de ser *chico* en Italia? Aunque, en realidad, lo que me molestaba de esa expresión no era el dato de la inmadurez, lo ridículo que resultaba tratar a gente que pasaba ya la treintena como si fueran adolescentes. El hecho es que, inconscientemente, había conectado los *chicos* con los *buenos chicos* de una vieja película de Scorsese sobre la Mafia[2]. No me gusta este tipo de solidaridad entre varones, no me gustan las comunidades cerradas: los clubes, las logias, las bandas, ni tampoco estas amistades de compañeros de clase que se prolongan hasta la jubilación, los viajes en grupo, los cumpleaños, los patéticos

recuerdos comunes que se desempolvan de vez en cuando... Hay algo pueril en este tipo de uniones. Y también algo insano.

—Pero algunos de estos chicos se han casado, ¿verdad?

—Sí, pero esos siguen permaneciendo..., ¿cómo se lo diría?, en los alrededores. Por lo menos se ven dos noches a la semana, con sus esposas y sus hijos incluidos, si se presenta la ocasión. Juegan al fútbol, al billar, van al cine. Siempre he tenido la impresión de que, para ellos, su amistad era una especie de segunda familia. Mejor dicho, para Fabio, cuyos padres están separados, casi una primera familia. Como también para Enrico, que perdió a su padre hace muchos años. A pesar de que siempre haya sido el más independiente.

Las vacaciones, por otra parte, eran sagradas.

—Hay una especie de pacto. Una parte del verano es para las novias o las esposas, si las hay; y otra, para ellos, en alguna ciudad del mundo o en la playa. La primera vez fue al final del instituto, con el Interrail. Me acuerdo de las llamadas telefónicas cada dos o tres días desde diferentes partes de Europa. Nosotros confiábamos en ellos, y hacíamos bien. Nunca nos dieron ningún motivo para preocuparnos.

Fue la misma frase que había utilizado la madre de Enrico: su hijo nunca le había dado ningún motivo para preocuparse. Le dije que, en mis años de instituto, yo también había viajado con el Interrail, pero que luego había perdido de vista a mis amigos, me había ido a vivir con alguien, había tenido un hijo, había dejado a mi pareja (eso fue lo que dije, para abreviar: las cosas eran un poco más complicadas, pero no importaba). Recuerdo muy bien la respuesta de la madre de Francesco:

—Creo que ellos son felices así.

Lo recuerdo bien porque, de inmediato, pensé que, por el contrario, en esos meses, en ese retazo de verano en Florencia, yo no me sentía nada feliz. Tal vez la decisión correcta la habían tomado ellos. Un Interrail de veinte años de duración.

—¿Le escribió Francesco o le telefoneó desde las Solovkí?

Sí, Francesco la había llamado por teléfono dos o tres veces. Establecer comunicación no era nada fácil, había muy poco tiempo. Llamadas breves simplemente para decir que se encontraban bien. Estaban un tanto decepcionados por la marcha de los trabajos. No, tal vez *decepcionados* no. Ellos sabían que allí las cosas resultarían difíciles. Pocos días después de su llegada, Francesco envió un mensaje a su padre, que también era arquitecto:

«Envíame a una docena de albañiles de Bérgamo, así lo arreglamos todo en una semana». Pero parecían contentos con los compañeros de trabajo que habían encontrado allí y, sobre todo, parecían contentos con esta nueva *gitanada*, contentos de seguir juntos aún, contentos de su «amistad viril».

La señora Luciani había dicho exactamente eso: *gitanada*. La palabra procedía de la película *Amici miei*^[3]: así es como llaman los protagonistas a sus viajes por Italia, lejos de las familias. A mí la película siempre me pareció divertida. Pero no me gustaba esa retórica de la fuga, del divertirse juntos, de comportarse como niños, incluso a los cincuenta años, como si la vida necesariamente fuera esta miseria: una larga condena —el trabajo, los hijos que te defraudan, el amor con una mujer a la que no amas, tu cuerpo que se convierte en tu peor enemigo— con momentos intercalados de olvido total y, a continuación, de euforia, como bajo los efectos de la cocaína. Y luego la idea esa de viajar como nómadas una vez al mes con el Mercedes y el abrigo de piel de camello... siempre me había parecido algo un tanto patético. Y también esos tres *Amici miei* de las Solovkí, vistos desde esta perspectiva, me parecían un poco patéticos: la fuga, nada de mujeres, nada de hijos, el voluntariado en medio del mar Blanco; sin duda los canutos, tal vez un polvo con alguna chica a la que encontraron allí por casualidad... Aunque, por otra parte, como decía la señora Luciani, eran amigos, eran felices. Amigos con los que ir a las islas Solovkí (o, ya puestos, incluso a Viareggio) yo no los tenía, a no ser que llevara a Salsano conmigo. De manera que, ¿al final quién estaba en lo cierto?

Francesco vivía aún con sus padres en la hermosa casa de Coverciano donde me recibieron ese día. Dos plantas, un pequeño jardín en la parte trasera, un camino de acceso y una cancela que mantenía a distancia el escaso tráfico; desde la terraza, adonde la señora Luciani había insistido en acompañarme («¿Le gustan mis flores? Lo hago todo yo sola»), había una magnífica vista de una buena parte del centro de la ciudad. Y, por detrás de nosotros, a un paso, la colina de Fiesole. El arquitecto Luciani padre era socio de uno de los estudios más importantes de Florencia. La madre, también ella licenciada en Arquitectura, nunca había ejercido.

—Sí..., preferí ejercer de mamá. Si una lo hace bien, se trata de algo que realmente llena la vida. Yo nunca tuve ninguna queja. De verdad. Y los resultados, con Francesco, fueron espléndidos.

El llanto estalló de repente, justo después de la palabra *espléndidos*, un llanto imparable, fluvial, como si esa frase hubiera roto los diques de

contención que la señora Luciani había sido capaz de construir en esos días. Le pregunté si quería que me marchara, pero me detuvo con un gesto. Mejor dicho, tras unos pocos segundos salió de la terraza y regresó, mientras seguía llorando, con una jarra de té frío. Se estaba escenificando una batalla entre el instinto maternal y las buenas maneras, o las que suelen considerarse como tales. Y el instinto maternal llevaba las de perder. Para ella, como para muchas burguesas florentinas que había tenido oportunidad de contemplar, atónito, en todos esos años, nada podría justificar un té frío que no estuviera lo bastante frío, ni siquiera la desaparición de un hijo. Sentí pena por lo que le había sucedido; y luego por su vida en general, por sus flores, por sus teteras. Dejó de llorar. Luego dijo algo que sonó a la vez atroz y auténtico.

—La inversión de toda una vida...

Francesco era su inversión. Y ahora se daba el caso de que la inversión podía fracasar, de que el capital —su único hijo— no obtuviera rendimiento.

—Y todo esto... —e hizo un gesto circular que no entendí bien si quería referirse a la fugacidad de los bienes materiales y a su irrelevancia frente a la muerte, o bien a la molestia de la repentina ausencia de un heredero: una contrariedad testamentaria.

Francesco trabajaba en un estudio del centro («Siempre se negó a trabajar en el estudio de su padre. Se quieren, pero tienen ideas muy distintas, y Francesco no aceptaría nunca órdenes de él, por lo menos en el trabajo»); se ganaba bien la vida, pero seguía viviendo con sus padres, a pesar de tener una novia estable.

—¿No le parece extraño?

—No. La casa es grande, Francesco es hijo único, y puede hacer lo que quiera. Tiene total libertad. Y, de todas formas, su novia vive en el centro, y a menudo duerme en su casa. Podríamos decir que era algo así como una solución de compromiso: estaban juntos, pero no *siempre* juntos. Creo que era una buena elección, hasta que no estuvieran seguros de lo que querían.

Recuerdo que me fijé en los verbos en imperfecto. Era la primera vez que los utilizaba. Francesco seguía estando allí, presente, pero la novia pertenecía ya al pasado.

V.

Me reuní con la señora Luciani el 4 de septiembre. La entrevista fue publicada en *Fatti* el día 12, con un largo artículo en el que se daba cuenta de los progresos de la investigación y con un amplio despliegue fotográfico descargado de internet de las islas y del monasterio. Aunque avances, en realidad, no los había.

Los comunicados decían que la policía italiana «estaba trabajando en estrecha cooperación con la Interpol y con la policía rusa», pero a más de dos semanas de la desaparición, y a más de diez días de la denuncia, no había ninguna pista, ningún testigo, ninguna idea acerca de lo que realmente podía haber sucedido. La policía rusa había registrado su habitación en la primera planta del antiguo cuartel donde dormían los voluntarios de la Unesco. Parecía que nada se había tocado, que los tres habían salido de la habitación un momento antes, sin llevarse nada consigo, como si tuvieran que regresar pocos minutos después. Y, de hecho, a decir verdad, daba la impresión de que nunca se hubieran alejado del edificio y estuvieran aún allí, escondidos en alguna habitación secreta —ellos o sus cadáveres—. Si salieron, ¿por qué razón habían dejado en la habitación los anoraks, así como el dinero? En la isla llovía constantemente, y en agosto empezaba a hacer frío. En la cómoda, la policía también encontró los pasaportes, los tres, y los billetes de regreso de Kem a San Petersburgo, y de San Petersburgo a Florencia. Y ningún mensaje escrito, ninguna pista que hiciera pensar en una partida, ni siquiera repentina. Estaba claro que se marcharon pensando en regresar, y que no lo habían hecho.

A partir de ahí, había varias hipótesis o, mejor dicho, varias no-hipótesis. Un secuestro parecía quedar descartado. ¿Quién podría tener interés en secuestrarlos y por qué? ¿Quién habría tenido la idea de secuestrar a alguien en una isla tan pequeña? Y, en cualquier caso, nadie había pedido ningún rescate. ¿Un alejamiento voluntario? Pero, entonces, ¿por qué dejaron las mochilas? Y, además, ¿por qué razón iban a marcharse? Ninguno de ellos parecía tener un motivo claro para hacerlo. Solo quedaban dos posibilidades

razonables. La primera era que los tres hubieran sido asesinados. Sin embargo, según lo que había sido capaz de determinar la policía, no parecía que hubieran hecho enemigos en los antiguos cuarteles o en el monasterio. ¿Cuál habría sido el móvil?, ¿por qué alguien iba a matar a tres pacíficos voluntarios de la Unesco? Y, en el improbable caso de que alguien lo hubiera hecho, ¿dónde estaban los cadáveres? La segunda posibilidad era la desgracia, el accidente: lo que satisfacía tanto a la policía rusa como a la Interpol, porque, además de ser la hipótesis más obvia, era también la que permitía cerrar la investigación lo más rápido posible. ¿No era eso lo que había sucedido con el chico alemán al que encontraron en el acantilado unas semanas antes? Pasaba, esas cosas pasaban: una desgracia, un viaje que terminaba mal, la caída de uno de los tres en una sima o —lo más probable— desde los acantilados que costeaban la parte septentrional de la isla. La caída, y luego un intento de rescate frustrado, la noche, el frío, la marea... Tenía que haber ocurrido de ese modo.

En la Interpol de Roma contaba yo con un buen contacto, el subcomisario Monina. Lo había conocido un par de años atrás mientras realizaba, también para *Fatti*, un reportaje sobre las infiltraciones mafiosas en las empresas sicilianas de importación-exportación entre Italia y Alemania. Casi me doblaba la edad y tenía diez veces mi experiencia, de manera que, en la práctica, los artículos los escribió él, yo únicamente puse allí un poco de atmósfera y el énfasis del principiante. Era mi primer reportaje de verdad, el que me convenció de que podía ser realmente periodista, vivir de esta profesión. Lo llamé al cabo de dos años, con el miedo de que se hubiera jubilado ya, o de que le hubieran cambiado de funciones, o de que no se acordara de quién era yo. En cambio, continuaba en su mismo puesto y se acordaba de mí. Y ya no era subcomisario. Ahora era comisario, pero seguía dándose la misma importancia que cuando era subcomisario: ninguna.

—Eh, Ale', ¿qué te cuentas? —empezó.

Había leído la historia en los periódicos, pero quienes se ocupaban del asunto no eran los de su oficina. Me pidió unas horas para recopilar información y me dijo que lo llamara a su casa por la noche. ¿Era tan amable con todos los periodistas? No, sabía a ciencia cierta que no era amable con nadie. Pero, por la alegría con que repitió en voz alta mi nombre y por un par de cosas que recordaba de nuestro anterior encuentro, me había hecho una idea de él como un hombre solo que no se encontraba a gusto en su soledad. Supuse que no debía de existir una señora Monina, ni hijos, ni nietos Monina

que el domingo por la tarde se subieran a las rodillas del abuelo policía. Necesitaba un hijo al que proteger, pensé, y me había elegido a mí. O se aburría como una ostra y estaba buscando alguna distracción, y yo podía venirle muy bien.

Por la noche, al teléfono, me respondió su hija; la frase «Ahora mismo se lo paso» fue casi tragada por el estruendo de un grupo de niños que se peleaban por llevarle el inalámbrico al abuelo. No era la primera vez, desde que me había separado de Gaia, que proyectaba mi infelicidad sobre los demás. Aunque en realidad me pasaba ya antes, desde la adolescencia. A partir de una inflexión de la voz, a partir de una arruga en la cara, me imaginaba sufrimientos, adivinaba penas ocultas, compadecía a gente que, en cambio, si uno se fijaba un poco más, se lo pasaba más bien genial. Tenía una sensibilidad de poeta romántico (y no era un cumplido, precisaba Gaia), pero estaba errando el tiro. Era yo quien merecía compasión. No Monina. Y no era él quien necesitaba un hijo, era yo. Cuando, por otra parte, ya tenía un hijo.

—Perdona este follón: cena familiar. Ahora cierro la puerta y hablamos.

Puesto que no se encontraba ya en la oficina, en el ejercicio de sus funciones, había abandonado el papel de policía romano *hard-boiled*. Ahora hablaba italiano.

—El cuartel, de entrada, es exactamente eso, un cuartel. Quiero decir, un cuartel abandonado desde hace quince años. Una pocilga.

—Una pocilga.

—Sí, una pocilga. Desde hace un par de años, en primavera y en verano, viven allí los albañiles que están intentando poner en pie de nuevo el monasterio. Los de la Unesco están en el Hotel Solovkí, a doscientos metros de distancia, que no es un palacio, pero está limpio.

—¿Y por qué nuestros tres chicos acabaron en el cuartel y no en el hotel?

—Porque los colocaron junto a otros voluntarios. Muchachitos de veinte o veinticinco años que van hasta allí para ver un poco de qué pasta está hecho el mundo, para emborracharse, para follar. Son demasiados para meterlos en un hotel. O tal vez fuera un error. Bah, quién sabe. En cualquier caso, a tus tres amigos los metieron en el rebaño con la gente de ahí, aunque eran mayores que ellos, aunque eran técnicos y no albañiles.

—¿Y a esos compañeros del cuartel los interrogaron?

—Mira, los expedientes no los tenemos y nunca los vamos a tener. Los rusos proceden de una forma un poco sumaria. Es decir, con el culo. Lo que me enviaron fue un informe de un par de páginas, en un inglés tan malo que

hasta yo mismo escribiría mejor. Le eché un vistazo y puedo decirte lo esencial.

Lo esencial era exactamente lo que yo quería. También esta vez el artículo iba a escribírmelo Monina.

—Lo esencial es que esos de la Interpol hicieron dos grupos. Pusieron a un lado a los voluntarios europeos. Y los interrogaron. Y pusieron a otro lado a los albañiles rusos. Y los interrogaron. Pero a estos, además, tuvieron que zurrarles. El informe dice que se vieron obligados a actuar con una cierta determinación ante la... la escasa colaboratividad de los trabajadores.

—¿Has dicho colaboratividad?

En esa época aún tenía yo estos tics de exestudiante universitario.

—¿Qué pasa?, ¿me vas a hacer un examen? Eso significa que esa gente no hablaba...

Ahora volvía a estar en pleno ejercicio de sus funciones: defendía al gremio, aunque nunca habría podido imaginarme al plácido Monina con un saquito de arena en la mano mientras iba dándole golpes a un detenido.

—Y como no hablaban, les zurraron.

—De manera que hablaron.

—Hablaron. Al parecer, los tres siempre iban a su bola. Al parecer, mantenían las distancias. Eran arquitectos, y los otros, obreros muertos de hambre o estudiantes. Iban a las obras, echaban un vistazo a los proyectos, daban órdenes al traductor, que se las trasladaba a los albañiles, regresaban al dormitorio, iban a comer algo a la cantina, una especie de fonda que llevaba un finlandés, y luego, después de la cena, se reunían con un par de los más jóvenes, del grupo de los franceses.

—Todo paz y armonía, en resumen.

—Es lo que parece. Solo una vez hubo media revuelta en la obra, porque el que hablaba ruso..., Enrico Saraceno se llama..., se llamaba..., le dijo una palabra equivocada a uno de los albañiles, o le pidió que hiciera algo que no quería hacer. Nada extraordinario. El albañil cogió la carretilla cargada de ladrillos y se la volcó cerca de los pies. Entonces uno de los monjes intervino para poner paz. Saraceno se disculpó, el albañil hizo lo mismo y se dieron la mano. Incidente zanjado.

Salté con una broma a lo Monina:

—Se dejó pisotear por un ruso, menudo invertebrado...

No entró al trapo.

—E hizo bien, en mi opinión... De todas formas, quince días antes de la

desaparición pasó otra cosa que a lo mejor puede ser interesante. Hubo un conato de bronca entre uno de los tres, Fabio, y uno de los rusos, un tipo grandote que era un poco el líder de la manada, un militar...

—¿Militar?

—Sí, entre los albañiles también hay algunos militares, algún submarinista que echa unas horas extra, entre una travesía y otra... En cualquier caso, un asunto de faldas. Al parecer, este Fabio se había ligado a una chica belga y se la había llevado a su habitación. Y, justo cuando estaban en plena faena, ese tipo, Misha, entró de repente con un cubo de agua y se lo tiró encima. Interrogaron al Misha este, y...

—Es decir, que le zurraron.

—Ya te dije cómo trabajan los rusos, ¿verdad? Digamos que lo interrogaron zurrándolo. Él dijo que no, que todo había sido una broma, que hasta el chico italiano se había reído, que no se había cabreado. Pero no sé yo si no se había cabreado porque era un filósofo, o porque tenía miedo de que después del agua le llegaran los porrazos. En cualquier caso, los demás lo confirmaron. «*No nasty feelings*», se puede leer en el informe. Lo que significa...

—Ya sé lo que significa. Es decir, ¿el tipo este lo empapa mientras está follando y no hubo *nasty feelings*?

—Eso es lo que está escrito aquí...

—¿Y la chica lo confirmó?

—La chica, entre tanto, regresó a Bélgica. Aún no ha sido localizada. En las obras ahora solo se han quedado los obreros rusos. Y dentro de poco esos también van a marcharse. Así que adiós muy buenas a los interrogatorios.

Ya. Estábamos a principios de septiembre. En Florencia todavía era verano, pero en la Rusia septentrional el invierno estaba a las puertas, y las obras iban a ser cerradas pronto. Los trabajadores volverían a tierra firme, a Kem, a Arcángel, a otros pueblos de la costa. Si uno quería entender lo que había sucedido, había que actuar con rapidez. Enviar a alguien allí. Ir allí.

—Y luego está la cuestión del otro desaparecido.

—Sí, claro... ¿Qué dicen al respecto?

—Pueees...

Hasta ese momento yo no había logrado recordar verdaderamente el rostro de Monina. Todas las caras que veía por motivos de trabajo —policías, jueces, periodistas, intelectuales, pasantes, pequeños delincuentes— tarde o temprano acababa olvidándolas o mezclándolas entre sí, y nacían extrañas

combinaciones: el carterista con la cara de un juez, el juez con la silueta de un camello... Pero ese *pueeees* me lo devolvió de inmediato a la memoria, de manera que lo vi con nitidez mientras se levantaba lentamente de su butaca en la penumbra del despacho y abría el expediente sobre el escritorio. Lo abría para mí, me ayudaba otra vez. Recuerdo que, mientras esperaba a que retomara la conversación, sentí una extraña y repentina oleada de afecto que casi hizo que se me saltaran las lágrimas.

Esa es. Esa es la sensibilidad de poeta romántico..., y no es un cumplido.

—Uwe Neubauer, nacido en Hamburg, o sea que en Hamburgo, en 1984; estudiante de History of Architecture, según dice aquí. Experto en arquitectura religiosa de la Europa del Este. Era algo así como el intelectual del grupo. La última vez que lo vieron fue el 7 de agosto. Por la mañana. Ahora te lo leo.

Y me leyó en una mezcla de inglés y de romano aquel informe de la policía rusa, donde se decía que... Donde no se decía nada. En la taquilla de Uwe había sido hallada su documentación, la tarjeta de crédito, dinero, un móvil, su ropa, una mochila de las de trekking. Y luego, unos días más tarde, se encontró el cuerpo en el acantilado. Zapatillas, pantalones cortos, camiseta: había salido a correr, como todas las mañanas. La policía rusa, que llegó solo después de que el cuerpo fuera hallado por los otros chicos, abrió y cerró la investigación ese mismo día: un accidente.

—¿Y el cuerpo? ¿La autopsia?

—Eeeeh... La autopsia, en el Círculo Polar Ártico... Ni hablar de autopsia: múltiples fracturas, debidas a la caída, en el cráneo y en las extremidades... Heridas y contusiones en el tronco y en el rostro como consecuencia de... mordeduras y desgarros. Dice eso: *bites and unflensing*. Esto significa que se lo medio comieron los animales salvajes. El cuerpo, bueno, lo que quedaba del cuerpo, fue empaquetado y enviado de regreso a Hamburgo, a su familia. Así aprenderán esos a presentarse como voluntarios...

Pasé de puntillas.

—¿Y tenían algo en común Uwe y nuestros tres chicos? ¿Cualquier conexión? ¿Se había liado Misha a lanzarle cubos de agua también?

—No, el informe no dice nada semejante. Es más, parece que este Uwe era algo así como la mascota del grupo, que todo el mundo lo quería, y él quería a todo el mundo. Era pequeño, bueno, amable... Y nada más, por ahora. Es decir, uno también puede morir por error, eh...

—Sí, pero cuatro errores en tres semanas... ¿Y ahora quién permanece allí?

—La policía rusa, que sigue con los interrogatorios, se encuentra allí y está peinando la isla. Ahora bien, que la peine más o menos bien... Darán una vuelta en coche. Y me dijeron que nuestra embajada había enviado a un delegado. Quién sabe por qué. Bueno, quizá para recuperar las maletas...

—Y, en tu opinión, ¿qué posibilidades hay?

—¿Posibilidades de qué?

—De encontrarlos con vida.

—¿Con vida? Pero ¿te estás cachondeando de mí o qué?

Lo había decepcionado de nuevo.

—Esos tíos están muertos. Muertos y requetemuertos. Les habrá caído algo en la chota, le habrán tocado los huevos a algún monje irascible, los habrá destrozado un león, no lo sé... Será un milagro si se encuentran los cuerpos...

—Escucha, creo que voy a ir a echar un vistazo. Los de *Fatti* quieren una investigación, fotografías, entrevistas... Una vez que esté allí, ¿puedo usar tu nombre?

—Úsalo, úsalo..., total, allí ya no vas a encontrar a nadie más. Los periódicos dicen que la policía rusa prosigue con sus investigaciones. Pero la policía rusa en un santiamén hará las maletas y se marchará de nuevo para casa. Tienen que ocuparse de Chechenia, allí a la gente se la hace saltar por los aires, así que ya me dirás tú si van a perder una semana más buscando a tres imbéciles italianos que no quisieron quedarse en sus casitas...

—Razón de más para ir allí, ¿no? Hay espacio para descubrir algo.

Monina soltó una carcajada.

—Hay espacio para hacerse daño. Apúntate estos dos nombres, por si te diera por perderte en medio de los hielos.

Me apunté los nombres. Un oficial de la policía rusa y el agente de la Interpol que había firmado el informe que llegó a Roma.

Acabó él con la conversación telefónica.

—Y apúntate también esto, Capace: están re-que-te-muer-tos.

A la mañana siguiente llamé a Galliano. Las cosas se estaban poniendo interesantes, pero había que ir allí, y rápidamente.

—Pues ve para allá —me dijo.

No sé cómo demonios me las arreglé para evitar el paso por la señorita

Zampa.

—¿Y qué pasa con los gastos? Voy a necesitar un intérprete también, no sé nada de ruso.

—El Grupo confía en ti, Capace, el Grupo te quiere. Los artículos han gustado, hay interés en el asunto. Tú ve con toda tranquilidad, amplia cobertura esta vez. Ahora te paso con la señorita Zampa, y así te pones de acuerdo con ella.

Puso la llamada en espera. Pero estaba tan contento que me permití una pequeña satisfacción. «Amplia cobertura» quería decir viaje, comida y alojamiento pagados, y unas buenas dietas. El Grupo Editorial Mierda apostaba por mí. Tendría que anticipar yo el dinero, eso ya lo sabía, por lo que podía evitarme la discusión de los detalles con la horrible señorita Zampa. Amplia cobertura. Colgué y, antes de que se esfumara el entusiasmo, llamé por teléfono a Julia.

VI.

Unos años antes me había licenciado en Ciencias Políticas después de asistir más o menos a una docena de clases. Los titulares de la cátedra enviaban a los investigadores, los investigadores enviaban a los ayudantes, los ayudantes leían el libro del docente, y nosotros nos pasábamos el rato fumando canutos, pegándonos el lote, leyendo el periódico y hablando de política. Era como un club y, además, el gasto medio de la matrícula, de un millón de liras al año, era más o menos como el de un buen gimnasio en el centro. La ventaja consistía en que en la universidad el público era mucho más variado, divertido y relajado. Mi tesis versó sobre relaciones internacionales: «Las autonomías regionales y el proceso de unificación europea», y recibió la máxima calificación, con opción a ser publicada, y un futuro asegurado de trabajador eventual en las filas de la universidad florentina. La tesis nunca fue publicada, y el futuro trabajo eventual también se lo dejé a otra persona, a una de las muchas ayudantes de las que mi tutor, que era notoriamente homosexual, le gustaba rodearse para convencer a todo el mundo de que no lo era. Le di las gracias por *todo* lo que había hecho por mí, me despedí para siempre de la universidad y empecé a escribir.

Escribía de todo. Durante un tiempo, intenté ser un escritor de verdad y empecé una especie de novela de aprendizaje que encalló hacia la página cincuenta, cuando el protagonista —yo, por supuesto, pero un yo que a los cinco años ya sabía exactamente lo que quería de la vida, mientras que yo no lo sabía ni siquiera por entonces, a los veintiséis años— supera brillantemente el examen de tercero, entra en el Instituto Dante de Florencia y tiene sus primeras experiencias sexuales. En realidad, mis primeras experiencias sexuales las tuve *al final* del instituto, y eso era suficiente para hacerme absolutamente incapaz de describir una tierna e incómoda escena de sexo entre dos jóvenes de catorce años. Él (es decir, yo) parecía Bogart; ella, una *entraîneuse* al final de su carrera.

Me decanté entonces por las formas breves —relatos, esbozos, cuentos morales, como los de Gógol o Pirandello—, porque uno tiene que buscar sus

modelos, y lo mejor era ir a los clásicos. Me encerraba en casa, o en la Biblioteca Nacional, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, y llenaba libretas de apuntes sobre la vida imaginaria de una señora con un abrigo de piel vislumbrada el día antes en la parada de autobús, o sobre los soliloquios mentales del conductor del autobús, o sobre un tipo que ve pasar el autobús y se hace preguntas sobre la vida, la suya y la de los pasajeros.

Luego vino el periodo de las grabaciones. Me había comprado una grabadora de voz y la mantenía constantemente encendida dondequiera que estuviera: en el bar con los amigos, en las tiendas, en la calle, así como en el dormitorio que compartía con mi novia y futura esposa, Gaia, a la que, como es natural, ocultaba todo lo referido a mis experimentos para evitar que comenzara a actuar. Quería la verdad, sin mediaciones. Más tarde, casi de noche, rebobinaba horas de diálogos inconexos con la esperanza de que, a partir de ese caos, surgiera mi *Ulises*.

Después de unos seis meses de fracasos, me di cuenta de que me faltaba una cosa esencial para escribir historias de imaginación: la imaginación.

Me quedaba la realidad. Desde hacía ya un par de años, para pagarme la comida y el alojamiento con Gaia, que ganaba miles de millones trabajando como camarera con minifalda en un restaurante del centro para turistas, escribía pequeños sueltos para la sección de espectáculos de *La Nazione*: textos de una o dos columnas sobre el concierto de Gigi D'Alessio en el Saschall o sobre el circuito de jazz en Florencia, yo, que soy incapaz de diferenciar una trompeta de un violonchelo. Uno hace estas cosas porque tiene la esperanza de que se fijen en él, de que pase por allí el director de *The New Yorker* o de *Le Monde*, le apunte con el dedo como Jesucristo y diga: «Tú te vienes conmigo», etcétera, etcétera. Naturalmente, estas cosas nunca pasan. A mí, en cambio, me pasó.

En un artículo sobre el estreno de *Macbeth* en el teatro Verdi, escribí una larga perorata contra los montajes experimentales, las actualizaciones estúpidas, las Lady Macbeth que parecían Margaret Thatcher o Cruella de Vil. No sabía nada acerca de lo que estaba hablando, pero el texto era divertido. El director del periódico tuvo la amabilidad de pasárselo a un pez gordo del rigidísimo Grupo Editorial Mierda, conocido amante del «auténtico Shakespeare», que a su vez se lo pasó a los directores de las revistas controladas por el grupo. Fui convocado a Milán. Llevé un poco de mi material: viejos artículos, investigaciones sobre la universidad publicadas en periódicos estudiantiles. Se sorprendieron de mi juventud, de mi madurez, de

mi sintaxis y demás cosas. Al final, meses y meses de Chéjov y de rebobinar habían valido la pena. Contratarme inmediatamente no era posible, aunque me estableciera en Milán. Era mejor que terminara mis estudios en Florencia y que adquiriera aún un poco más de experiencia como *freelance* en los periódicos de la ciudad. Pero, entonces, el director de *Fatti* —el hombre de mi Destino— me propuso que le enviara artículos más largos, de tanto en tanto, «si se me ocurría algo». La paga era buena: mucho más de lo que podía haber soñado haciendo de escritor sin imaginación. Acepté.

Tras este despegue fulminante, las cosas habían ido avanzando un poco a cámara lenta. *La Nazione* me daba algunas migajas de vez en cuando, pero no cabía tener fe en que me contrataran en un plazo razonable. El director de *Fatti*, a quien le caía simpático, se había marchado dando un portazo después de que el Consejo de Administración del Grupo Editorial Mierda le hubiera «sugerido» drásticos recortes en personal y en costes de impresión, y una inyección de publicidad que iba a transformar el antaño prestigioso semanario en una especie de «Postal Market» para licenciados. La dirección pasó, sucesivamente, a un par de redactores internos, después de lo cual fue llamado Galliano, que venía de fuera. «Fuera» significaba una de esas revistas de la prensa rosa abrasa-neuronas que hoy, actualmente en Italia, es la única lectura verdaderamente interclasista. En seis meses había saneado las cuentas y había puesto en marcha la versión para tabletas, sin, para ser justos, cambiar la línea editorial: más fotos, artículos más breves, diseño gráfico agresivo, pero nada de destape. Yo me quedé en la órbita, a la espera, y mientras tanto trabajaba como *freelance* en las carreteras provinciales de la Toscana disputándome las entrevistas con Salsano. Pero el tiempo pasaba.

Una de las pocas cosas buenas que me quedaban de los años de universidad era Julia. Julia era lectora de ruso en la facultad de Letras, venía de Kiev y era —para usar la definición acuñada por Latella, un compañero mío de curso, que la pronunciaba siempre con una especie de mueca de asco en la cara— «de una belleza casi insultante». A Julia la conocí por casualidad en una fiesta de inicio del año académico, cuando ya salía con Gaia. No, verdaderamente no fue por casualidad: nunca se conoce a alguien como ella por casualidad. Ella había llegado hacía unos meses a Italia de la mano de su marido, un médico millonario de Arezzo que se la había ligado en el Hermitage de San Petersburgo. La leyenda decía que la siguió por un par de salas, obrando de manera que ella se diera cuenta, luego entabló conversación en inglés. La frase fue: «En casa tengo un cuadro con una mujer que es

idéntica a ti». Ella le preguntó qué cuadro era, y él le respondió: «una *Virgen con el niño* de El Perugino». Esa misma noche se la llevó a cenar, la noche siguiente al hotel y tres días más tarde estaba de vuelta en Italia. Un mes después ella se reunió con él en su villa de Arezzo y se casaron. La *Virgen* de El Perugino estaba ahí, y también todo lo demás: la villa, la piscina, los coches, los millones. A la colección solo le faltaba ella, y ahora ella ya estaba ahí.

Nosotros, los compañeros de universidad, nunca habíamos visto al marido de Julia. En realidad, nadie quería verlo verdaderamente. Sabíamos que tenía más o menos treinta y cinco años, que era guapo, simpático, inteligente y rico, y tenía a Julia, y había sido capaz de ligársela con una memorable ocurrencia en una sala del Hermitage. Era más de lo que estábamos dispuestos a soportar. Aunque durante mucho tiempo la broma siguió siendo una especie de santo y seña entre Latella, los otros tres o cuatro amigos varones con los que compartía los días y las noches, cuando Gaia trabajaba, y yo. Si veíamos a un mendigo por la calle, o dos perros que follaban, o un marroquí que era traficante, siempre había alguien que decía: «En mi casa tengo un cuadro exactamente idéntico». Todo el mundo encuentra en las imágenes de la realidad lo que le corresponde: nuestras vidas estaban en sintonía con los mendigos, los perros, los marroquíes; la vida del doctor de Arezzo estaba en sintonía con la de Julia.

Pero la noche de la fiesta de fin de año tuve mi oportunidad. Nos había presentado una de mis compañeras que asistía a sus clases como lectora. Es decir, le había suplicado a mi compañera de clase que me la presentara. En los primeros cinco minutos de conversación le solté por lo menos diez nombres de escritores rusos que «me gustaban mucho», desde los famosísimos hasta los más oscuros —¡yo había leído a Goncharov! ¡Sabía dónde había sido enterrado Nabókov, y sabía que se pronunciaba Nabókov y no Nabokov!—. Luego simulé un cierto interés por la lengua rusa y sus dialectos, «porque, desde luego, el ruso no es esa lengua monolítica que los ignorantes nos imaginamos, sino que existe una infinita gama de variedades, como en el italiano». El italiano, claro... —y empecé una de mis intervenciones favoritas, una de las que solía utilizar con cierto éxito en las conversaciones con las extranjeras—. «Porque, verás, Italia está tan fragmentada y es tan diversa e interesante debido a que tiene una historia *densa y diferenciada*. Hasta hace un siglo, o un siglo y medio, no era una nación, era una suma de pequeños estados, ciudades, ducados. Y la huella, la

memoria de esta fragmentación política, se encuentra todavía hoy en los dialectos. En Florencia no, porque tienes que saber que Florencia...»

La frase con la que Julia clausuró esta absurda perorata se hizo célebre de inmediato entre mi círculo de amigos, más o menos como la del «cuadro idéntico a ti». Hubo algún escéptico. Hay quien todavía se niega a creer que Julia dijera lo que yo sostenía que ella había dicho. En efecto, el asunto era bastante increíble, y recuerdo que, como primera reacción, esa misma noche miré a mi alrededor en busca de testigos, pero no los había.

Dijo: «Mira. Follaría contigo de buena gana. Eres mono y amable. Pero estoy casada, ¿sabes?».

Y me mostró la alianza con una sonrisa y encogiéndose de hombros, como si fuera algo independiente de su voluntad.

Yo respondí con una frase que se había situado junto a la del «cuadro que tengo en casa» y el «follaría contigo de buena gana» en el salón de la fama de frases memorables. Le respondí: «Te entiendo». Y durante meses toda declaración que incluía una renuncia (a una excursión a la playa, a una segunda porción de pastel, a una última cerveza) terminaba con el comentario de Latella u otro del grupo: «Te entiendo».

Volví a verla muchas veces, en los pasillos de la universidad. Cafés juntos, a veces un almuerzo, escasas alusiones sonriendo a nuestro primer encuentro. Luego, terminados los estudios, fueron menguando las ocasiones. Y sí, claro, me fui a convivir «en serio» y luego me casé. Y tuve un hijo, lo que más o menos daba por zanjada la cuestión. Pero hacía mucho tiempo que buscaba la oportunidad apropiada para llamarla de nuevo. Incluso cuando las cosas con Gaia iban bien.

Luego las cosas con Gaia empezaron a ir mal. Ella se volvió, «solo por un tiempo, vamos a probarlo», a su miniapartamento de Settignano, ella y nuestro hijo Niccolò, obviamente, y yo pasé un largo periodo de incubación, seguido por dos relaciones muy *light* con dos compañeras de trabajo, una de Florencia y otra de Milán, las dos de treinta años cumplidos, solteras y por tanto aterrorizadas, y por tanto insoportables. Las relaciones se prolongaron de una forma un tanto cansina y terminaron al unísono, con algo de alivio por mi parte, cuando una de mis compañeras tuvo la buena idea de confiarle a la otra que salía conmigo desde hacía un tiempo. El SMS de despedida fue memorable: «Hola, somos Paola y Lorena, y hemos coincidido en que follas de pena».

La historia sucedió antes de las vacaciones, un par de meses antes de los

acontecimientos de las Solovkí. Me doy cuenta de que es un poco obsceno decirlo, pero era como si esos tres hubieran desaparecido para que yo tuviera mi segunda oportunidad con Julia.

La llamé al teléfono móvil y de inmediato noté cómo el corazón se me encogía un poco, porque a través de su «¿Sí?» me percaté de que ya no me tenía entre sus contactos.

—Julia, soy Alessandro. Capace. Alessandro Capace.

—Ya sé que eres tú... Pensabas que te había borrado, ¿verdad?

Esto fue suficiente para hacerme retroceder una década. Resultaba menos alentador que «Follaría contigo de buena gana», aunque era más cariñoso. Y yo, después de Gaia y después del SMS de mis examantes coaligadas, tenía una especial necesidad de afecto.

Le hablé de los tres desaparecidos en las Solovkí. Le dije que estaba escribiendo unos artículos para *Fatti*. Que planeaba ir allí durante unos días para ver si podía llegar a hacerme una idea clara al respecto. Que nunca había aprendido ruso, porque Nabókov había escrito casi siempre en inglés, por lo que resultaba inútil semejante esfuerzo.

—En realidad, acepté únicamente porque así tenía una excusa para llamarte.

—Pero tú no necesitas excusas.

Otra muestra de afecto, otra muestra de afecto: era como si estuviera yo escribiéndole las bromas. ¿Por qué no la había llamado en todo ese tiempo?

—En resumen, que necesito un intérprete y he pensado en ti. Viaje y alojamiento pagados, y un poco de dinero por las molestias.

—¿Cuánto dinero?

Era una pregunta extraña, viniendo de una millonaria. No tenía ni idea de cuánto iban a darme los de *Fatti*, pero la perspectiva de una semana en las Solovkí con Julia me hizo decir, como en trance:

—Unos mil euros, y los gastos pagados.

—Bueno, pueden venirme bien. Ahora soy una soltera que trabaja.

Oí claramente la frase, vi todo el torbellino de posibilidades que se abría, pero la aparté, sabía que más tarde la sacaría, que iba a darle vueltas y más vueltas en la cabeza, que ahora tenía que concentrarme en el trabajo, en nuestra próxima misión a las Solovkí.

—Ah, soltera... Lo lamento... —gesticulé—: Bueno, ¿tengo que lamentarlo...?

—Hombre, yo diría que sí, ¿no te parece?

—Claro, no... Me refería a si fue algo de mutuo acuerdo o bien... Nada dramático, espero.

—Bueno, tú también lo sabes: una separación siempre es dramática, por mucho que uno sea inteligente, civilizado...

«Tú también lo sabes»; de manera que tenía noticias sobre Gaia y yo. O intentaba adivinar. Ignoró mi intento de interrumpirla con un comentario:

—En cualquier caso, eso no tiene nada que ver. El trabajo me interesa y podemos llegar a un acuerdo sobre la cantidad.

Yo también adopté el tono neutro del profesional.

—Fantástico. ¿Y la universidad? ¿Puedes ausentarte?

—La universidad no ha empezado todavía. Hago que me sustituyan en un par de reuniones. Los exámenes los tengo después del día 20, así que hay tiempo.

—¿Y cuándo crees que puedes salir?

—Bueno, tú eres el jefe, ¿no?

—Pasado mañana.

—Sacas tú los billetes, entonces, y me llamas más tarde.

Fue exactamente así, esos tres se habían marchado, se habían perdido, probablemente estaban muertos. Y todo para mí, para que tuviera mi segunda oportunidad. Llamé a la señorita Zampa y le dije que necesitaba dos billetes para San Petersburgo. La bruja empezó a darme largas:

—El doctor Galliano me habló de un único billete...

Pero después de la conversación con Julia me sentía mucho más fuerte que todos. Y Galliano no era doctor. No dejé que acabara.

—Los billetes son dos. Llevo conmigo a una intérprete que también hace de fotógrafa. Galliano está de acuerdo. Y, le diré más, hay que actuar con rapidez. Mire, póngame con la oficina que se encarga del tema.

Unas horas más tarde tenía dos asientos reservados en el vuelo que dos días después partiría de Roma a San Petersburgo, con el trayecto posterior en tren hasta Kem.

VII.

La madre de Francesco Luciani me dijo que los tres desaparecidos formaban una especie de segunda familia: ellos y sus otros amigos del «grupo», que se veían constantemente en la ciudad y que pasaban juntos las vacaciones, dejando en casa, si era necesario, a las novias y a las esposas. Así que pensé en continuar con ellas: las excluidas.

La novia de Francesco tenía unos treinta años, era interesante, aunque no se la pudiera definir como hermosa: un poco demasiado alta, un poco demasiado delgada, el cuello un poco demasiado largo y, en resumen, un poco el tipo de Olivia, salvo por el hecho de que esta Olivia —que en realidad se llamaba Ludovica— pertenecía a una de las más ricas, importantes y antiguas familias florentinas. Y, como había indicado la señora Luciani haciendo de ella un breve retrato al arsénico, lo sabía.

Ludovica aceptó recibirme después del almuerzo en su mansión de via Maggio, uno de esos jardines urbanos cuya existencia, al pasar frente a los portones que dan a la calle, nadie se imagina desde fuera, jardines llenos de árboles seculares y de estatuas renacentistas *auténticas*, árboles plantados y estatuas encargadas por antepasados que no solo tenían el mismo apellido de mi interlocutora, sino también, a juzgar por los bustos dispersos aquí y allá en el camino de entrada, su propia sombría delgadez. Una antigua familia de banqueros, es decir, de usureros. Y para saberlo no era necesario haber hecho un examen de Historia sobre los antiguos estados italianos, como había hecho yo: la codicia se les leía en el rostro, fijada para siempre en piedra.

Esto es exactamente lo que dijo: «Puedo recibirle», y la expresión dejó de parecerme pomposa cuando entré por la puerta principal y, escoltado por un mayordomo, recorrí los cerca de cincuenta metros de parque que me llevaron a un mirador cubierto de glicinas. Sí, a un lugar como ese no se iba solo para saludar, como si nada: en un lugar como ese uno era recibido. Intenté en vano arreglarme la chaqueta de *sport* que llevaba, como siempre, sobre el Lacoste, pero afortunadamente Ludovica también vestía informal ese día, o bien había pensado que para recibir a un periodista («Perdone, ¿de qué cabecera?... Ah,

sí, *Fatti*, vale...») los vaqueros y las chanclas eran más que suficientes.

—Hay té frío. O si quiere podemos pedir café.

El té frío me parecía perfecto. El mayordomo fue despedido con un *gracias*.

Empecé mencionándole la definición de la madre de Francesco. Ella sonrió:

—Sí, la amistad viril. Una fórmula perfecta.

La madre de Francesco me había advertido: «No se la encontrará destrozada por el dolor», y esbozó una sonrisa amarga. En efecto, Ludovica no parecía destrozada por el dolor. Parecía más interesada por la temperatura del té, o por los movimientos del gato de la casa que había venido a frotarse cerca de mi silla. Detesto a los gatos, especialmente a los gatos gordos de salón como ese. Le di un manotazo mientras Ludovica se ocupaba de llenar los vasos.

—Una amistad viril. Sí, era un grupo muy compacto, y nosotras, las mujeres (esposas, novias), teníamos poco que ver con ellos. Lo que más me molestaba es que el asunto casi se idealizaba. Ya sabe, como un letrero en la puerta: «Este es un club solo para hombres». Al principio era agradable, nos parecía haber vuelto al instituto: chicos contra chicas, y alguna mínima tregua para echar un polvo.

Eso fue lo que dijo: «Echar un polvo».

—Al final, uno se cansa también del instituto, ¿no? Pero ellos no se cansaban.

—Cuando me dijeron que iban a irse durante tres semanas al norte de Rusia y que yo no estaba invitada no me sorprendió. Cada año era lo mismo: un par de semanas con los amigos, un par conmigo. El hecho es que esta vez ya no me preocupaba. No sé si la madre de Francesco se lo dijo. Prácticamente habíamos roto antes del verano, de mutuo acuerdo.

Lo que quería decir, evidentemente, que ella había roto con él.

Por un momento pensé que había pronunciado esta frase en voz alta, porque ella añadió de inmediato:

—Quiero decir: *realmente* de mutuo acuerdo. Hacía cuatro años que estábamos juntos, y desde hacía un tiempo las cosas no iban bien. Es la edad en que, en un momento determinado, se dice: «O nos casamos o rompemos». Lo que quiere decir que todo ha terminado.

Bebió un sorbo de té y me invitó con un gesto a hacer lo mismo. Yo hice lo mismo.

—Por ejemplo, a él nunca le gustó particularmente todo esto —hizo un gesto amplio con su mano derecha, para abarcar la casa, el jardín, el mayordomo, el Jaguar aparcado en el garaje, y me miró para asegurarse de que lo había entendido, que Francesco no tenía nada en contra del Jaguar, del mayordomo y de todo lo demás, sino contra el concepto, o contra la forma de vida que se escondía detrás de esas cosas.

Lo había entendido.

Ella añadió sonriendo:

—Yo, en cambio, tengo que decir que todo esto..., pues sí..., a mí me gusta mucho.

También había entendido eso.

—Y, además, tengo que decir que estaba cansada de compartir a mi compañero, sí, al futuro padre de mis hijos, con una agrupación de adolescentes envejecidos por un lado y con una madre neurasténica por el otro. Madre que se convertiría en mi suegra, y que, por desgracia, reside a un par de kilómetros de aquí.

—Sí, la he visto. Puedo entender lo que quiere decir.

Sonrió gélidamente.

—Oh, no. Yo creo que en modo alguno.

Le pedí que me hablara de los compañeros de viaje de Francesco.

—A Fabio lo conozco desde los tiempos del instituto, y es..., oh, Dios mío, ¿tengo que decir que «era»?

Hice una mueca como para decir: «Solo Dios lo sabe».

—Es un amigo, no un amigo cercano, pero un amigo, sí. Desde que Francesco y yo nos tomamos una «pausa para la reflexión», nos veíamos menos, de todas formas. Era así como funcionaba: el grupo estaba formado por hombres, siempre los mismos, y las mujeres iban y venían, entraban, salían, eran abandonadas, abandonaban. Algunas de las ex, más tarde, se veían para ir a comer una pizza, para dar un paseo por el centro y esas cosas: un poco triste... Las viudas inconsolables que intentaban consolarse. Tengo que decir que, al margen del dolor por la pérdida de Francesco, sentí el alivio de alejarme de toda esa compañía... Pero a Fabio siempre lo veía de buena gana, porque era..., bueno, es un tipo alegre, decidido, siempre lleno de ideas, de cosas que hacer... Mientras que nosotros, Francesco y yo, al final éramos una pareja triste.

Se trataba de algo que ya había podido percibir en otras ocasiones, al reunirme con mujeres muy ricas que tenían más o menos la edad de

Ludovica. O el dinero, la facilidad, la seguridad y el no tener que preocuparse por él terminaban engendrando a unas irresponsables completamente ajenas al mundo y a sus privilegios, unas treintañeras que aparentaban, y siempre iban a aparentar, quince años —con lo que de adorable y de atroz existe en los quince años—, o, por el contrario, el patrimonio producía una especie de hiperconsciencia alrededor de sí mismas y de su propio estatus, un cinismo demasiado auténticamente natural, demasiado despreocupado de resultar inmoral. Ludovica era la encarnación de este segundo tipo: una irresistible, sublime gilipollas *blasée*. Muchos años atrás había aceptado sus privilegios sin pestañear, y no había ninguna razón para creer que hubiera tenido alguna duda, algún sentimiento de culpa. Vivía en el centro de Florencia, en el palacio de la familia, como su abuela y las abuelas de sus abuelas, y eso perduraría así, eternamente. Era algo obvio, de lo que uno ni siquiera se percataba.

Quedaba Enrico.

—Oh, Enrico era diferente. Muy diferente.

Hizo una pausa. La ayudé:

—Sí, la idea que me he hecho yo es de que era..., digamos que el intelectual del grupo.

—Eso también. Pero no solo eso. De entrada, Enrico siempre tuvo una gran influencia sobre ellos, sobre todos ellos. Especialmente sobre Fabio. Era él quien decidía qué película debían ver, cuál era el libro que todos ellos debían leer, dónde tenían que ir de vacaciones... Sí, una influencia fuerte... No precisamente agradable para la gente como yo, que llegó más tarde para formar parte del grupo. Hace dos años estuvo durante un mes en Japón, no sé muy bien para qué: siempre era muy activo, organizaba *stages* para los estudiantes, viajes de estudios, cosas así. Regresó lleno de entusiasmo por la cultura japonesa. Ya sabe: manga, Mishima, ese escritor homosexual que se suicidó porque se avergonzaba de aquello en que se estaba convirtiendo Japón...

—Lo conozco.

Conocía *Mishima*, la película: una mierda; al escritor lo abrí una vez por equivocación y lo cerré de inmediato, demasiado japonés. Pero sabía que debemos pronunciar Mishimá, con el acento en la *a*. Era una lección que no había olvidado, y que recibí de Salsano, la única: hay que informarse sobre cómo se pronuncian las palabras extranjeras, «porque la gente luego nos imita a nosotros, se trata también de una cuestión ética». Él no distinguía a

Chomsky de Warhol, pero nunca dudaba sobre *Cánterbury*, Eliot (¡y no *Íliot!*), *Láitmotif*. Creo que lo mantenían en el periódico especialmente por esto. Silabeé: Mi-shi-má, asintiendo con la cabeza, puntualizando.

—Bueno, en definitiva, que no paraba de hablar de Japón, incluso convenció a dos de nuestros amigos para ir allí, a Japón, a casa de unos amigos suyos absurdos... Creo que le gustaba Mishima porque le atraía la idea de una vida como superhombre, sin vínculos con nadie, especialmente sin mujeres: fidelidad a uno mismo, y eso es todo. Lo malo es que estas chorradas se las metía en la cabeza a los demás...

—Bueno, así que, eliminado Francesco, eliminado también Enrico, ¿no?

Supé de inmediato que había dicho una tontería. Ludovica rápidamente me colocó en mi sitio.

—Sigue usted hablando de mi exnovio y un amigo mío. Tal vez «eliminado» no es la palabra que estaba buscando.

Entre los privilegios del patrimonio se encontraba también el de tener la respuesta lista. Busqué algo.

—No, no me ha entendido bien. Quería decir que, cuando rompió con Francesco, también se alejó Enrico, dejó de verlo. No me refería a los acontecimientos de estos días, lo lamento.

Ella no dijo nada, frunció los labios y asintió con la cabeza. Era mejor volver a los «acontecimientos de estos días».

—¿Por qué precisamente a las Solovkí? ¿Solo por el proyecto ese de restauración del monasterio?

—En realidad, estuvieron allí hace tres o cuatro años, durante unos días, al final de un viaje a San Petersburgo. Lo curioso es que a ninguno de ellos les había gustado mucho. Me lo describieron como un lugar desolado. Francesco me dijo que las islas eran interesantes, extrañas, pero al cabo de tres días tenía ganas de salir huyendo. Luego Enrico encontró ese proyecto de la Unión Europea o de la Unesco, no lo sé, para la restauración del monasterio, e involucró a los otros dos. A Enrico siempre le gustó el norte de Europa. Decía que debería haber nacido allí. Su casa está llena de novelas escandinavas, islandesas, rusas, y decía que había empezado a estudiar no sé muy bien qué... Creo que lenguas germánicas..., para poder leer las sagas en el original. Las Eolias o las islas griegas eran demasiado burguesas para él...

Así que era el segundo viaje a las Solovkí: ese era un detalle que ni la policía rusa ni la Interpol podían conocer. Le pregunté por qué los otros, los otros amigos del grupo, no habían ido con ellos.

—Porque no se trataba de unas vacaciones. Existía ese proyecto de restauración, y los otros no habrían sido de ninguna utilidad. Hacían falta arquitectos, como Francesco y Fabio, y un coordinador. Enrico es un coordinador perfecto, un *manager* de verdad. Posee incluso el cinismo de los *managers*: sabe quién puede servirle y quién no. Y luego los otros, quien más, quien menos, tienen una familia, y dejarlo todo durante casi un mes no les habría resultado fácil.

Me sonrió, abrió los brazos como para decir «no hay nada más, me parece». Y, como si hubiera estado esperando esa señal, el mayordomo se acercó con una bandeja: los helados. No, no era aquella la atmósfera sombría del luto, todo lo contrario. Tuve la impresión de que Ludovica ni siquiera admitía la idea de que alguien a su lado pudiera enfermar, tener un accidente, morir. Para no verse obligada a llevar luto por Francesco había roto con él tres meses antes. Y, además, estábamos a principios de septiembre, cuando Florencia tiene una belleza que a uno lo deja sin respiración: cuando los turistas son pocos, no hay estudiantes acampando en los cementerios de las iglesias y el calor de agosto es un recuerdo, pero todavía se puede comer y cenar al aire libre. Un paraíso. Dije: «Vainilla, gracias», pero, al hundir la cucharilla, no pude evitar pensar en esos tres desgraciados, en sus cuerpos convertidos a estas alturas en jirones sepultados en algún lugar pantanoso o en el mar. Ludovica hizo una seña al mayordomo, luego me sonrió:

—¿Usted también va a repetir?

VIII.

Aún me quedaban veinticuatro horas antes de la salida para las Solovki. Pasé por la agencia para recoger el pasaporte con el visado: ciento veinte euros por el procedimiento de urgencia, a Galliano no le iba a hacer ninguna gracia. Todavía tenía que avisar a Gaia de que iba a estar fuera durante una semana y de que, si necesitaba ir a casa, o dormir en ella, podía hacerlo con tranquilidad. «Avisar» era el verbo correcto, porque, desde que nos habíamos «tomado un tiempo» y habíamos vuelto a vivir cada uno por su cuenta, hablar con Gaia se había convertido en una ardua tarea. Las llamadas telefónicas venían introducidas por frases como «lo siento, solo tengo un par de minutos», aunque hubiera llamado ella, y terminaban siempre con «perdóname, pero ahora tengo que marcharme». A mis correos electrónicos, siempre elaboradísimos, siempre problemáticos, respondía con monosílabos, y las escasas comidas o cafés juntos eran siempre de un cuarto de hora, de media hora como máximo, encajados entre dos compromisos que de ninguna manera podían ser pospuestos. Estaba muy ocupada, muy ocupada, muy ocupada, o al menos eso creía. Porque en realidad su trabajo en la oficina de prensa de Pitti Immagine era una especie de *hobby*, una *gymkhana* entre presentaciones de libros, vídeos, cuadros demenciales y cócteles pasados por agua en medio de la deprimente *jet set* florentina: un trabajo, entre otras cosas, por el que, con razón, se le pagaba también como un *hobby*. Pero en la casa, en el dinero, en las facturas, por suerte, era papá el que pensaba.

Gaia, por otra parte, representaba solo la mitad del problema. La otra mitad era mi hijo o, mejor dicho, la relación entre mi hijo y yo. Tenía miedo de ser un mal padre. Es decir: *obviamente* era un mal padre. Veía a Niccolò un día a la semana, por lo general los sábados. Iba a recogerlo a casa de Gaia en Settignano y me lo llevaba conmigo a pasear, o bien lo llevaba a mi casa, donde lo colocaba delante de la tele y, con serenidad, me olvidaba de su existencia hasta la hora de la comida, cuando le plantaba un plato de pasta con mantequilla que apenas rozaba con el tenedor. Como un libertario auténtico, yo no insistía: ya hay demasiados niños obesos.

Un día, es decir, doce horas, de ocho a ocho, a veces menos. No supone un gran esfuerzo. Me olvidaba de las fechas señaladas, de los primeros dientes, de las vacunas, de las fiestecitas con sus amigos de la guardería. Pero no era esto lo más grave. Esto, en todo caso, era algo sano. Sostenía la opinión — una opinión que suena extraña, ahora, en medio de la locura colectiva que se nos ha llevado por delante— de que un niño de tres años no necesitaba fiestas en su honor, velitas, regalos de cientos de euros (amablemente proporcionados, estos también, por los padres de Gaia). Total, en una sociedad como esta, se convertirá, de todas formas, en un narcisista frustrado. No es necesario que empiece tan pronto: esperar unos años tan solo puede resultarle beneficioso. ¿Era un mal padre porque desdeñaba las fiestas con sus amiguitos? Las fiestas con los amiguitos son cosas que las madres organizan para ellas, para demostrarse a sí mismas y a sus amigas qué madres más maravillosas son. Se ajetrean (no trabajan: *se ajetrean*) durante todo el día en la oficina y en casa, y luego hasta encuentran tiempo para hacer felices a sus pequeños con una fiestecita sorpresa, una búsqueda del tesoro e innumerables chorradas. Pero sus pequeños no son felices. A los dos o tres años pasan su tiempo llorando y peleándose con los demás niños sobre quién tiene el derecho a destrozarse los juegos que acaban de regalarles. ¿Socialización? Qué coño. Llorar y pelearse, nada más: y ser iniciado en los atroces, los devastadores placeres del consumismo. Yo detestaba estas cosas cuando era niño, y ahora que era mayor las encontraba estúpidas e inmorales. ¿Era un mal padre por ello? No, no era un mal padre por ello, dijeran lo que dijeran mi exesposa y mi exsuegra.

Pero había algo peor. ¿Cómo explicarlo? El hecho es que las doce horas semanales con Niccolò eran *suficientes para mí*. Con Gaia habíamos decidido separarnos «por un tiempo» de mutuo acuerdo. Nada de tragedias, nada de resentimientos. Simplemente, nos habíamos cansado el uno del otro. Yo seguía residiendo en mi miniapartamento en el centro, ella regresaba a su apartamento con suelo de terrazo en Settignano. Niccolò, obviamente, se quedaba con ella y con sus abuelos, que vivían a dos pasos. Gaia me dijo que, si quería verlo más a menudo, no había ningún problema, incluso entre semana... Pero, dado que en Settignano había un magnífico jardín de infancia, era inútil romper sus hábitos... Sí, era inútil: no quería molestar a Niccolò con demasiados viajes, demasiadas novedades. El sábado era suficiente, por el momento. Luego decidiríamos con calma qué hacer: hasta podíamos volver a estar juntos, ¿verdad? Y, mientras lo decía, nos miramos y

nos sonreímos, la última sonrisa compartida: no, no volveríamos a estar juntos.

Pues bien, esas doce horas en compañía de mi hijo eran suficientes para mí. O, mejor dicho: hacia la octava, la novena, empezaba a mirar el reloj y a tener la esperanza de que Gaia llegara antes para poder librarme de ese simpático tormento que no hacía otra cosa que decir tonterías, llorar y defecar. Ese tormento: mi hijo. ¿Cómo podría decirlo con más claridad? No quería lo bastante a mi hijo. Horrible, ¿no es cierto? Entre otras cosas porque los demás padres de mi edad literalmente se volvían locos por los llantos y las cacas de sus hijos, hablaban de ello continuamente y, cuando menos te lo esperabas, decían cosas como «lo echo de menos» o «qué maravilla pasar el día con él» o «cada minuto alejado de él es un sufrimiento». Para mí, cada minuto *con* él era un sufrimiento. Horrible, horrible. ¿Qué clase de monstruo era yo?

También por esta razón, creo, me pareció entender a los tres desaparecidos. Me parecía ser uno de ellos: un adolescente mayor de treinta y cinco. Podría haber estado *con* ellos.

Gaia tenía el móvil apagado. Le dejé un mensaje en el contestador y me volví a mi investigación.

La primera llamada de teléfono a la madre de Enrico, una vocecita perdida en algún lugar de la periferia de Florencia, terminó antes de haber comenzado: «Disculpe, no estamos interesados en hablar con la prensa», se despidió de mí con amabilidad, y colgó. Me habría gustado preguntarle a quién se refería con ese «estamos», dado que el padre de Enrico había muerto diez años antes en un accidente en la cadena de montaje del Nuovo Pignone. No había vuelto a casarse, y no tenía más hijos. Era una fórmula de la televisión, como el «sin comentarios». En la segunda llamada amenazó, aunque igualmente con amabilidad, como si estuviera regañando a un niño travieso, con quejarse a mi director por mi insistencia. Quejarse a mi director: el mismo que, cuando le dije que iría a hablar con los amigos y con los familiares de los tres, me aconsejó que fuera a sus casas en persona y que no los soltara hasta que me dejaran entrar. «Traba la puerta con el pie.» Quejarse a mi director. Tanta ingenuidad me desarmó: la dejé tranquila.

Los padres de Fabio se habían separado. Su padre era uno de los abogados más importantes de Florencia. Fabio vivía con su madre en el barrio de Le

Cure, a un paso de Fiesole. No pertenecían a la aristocracia, como Ludovica, sino a la buena, a la sólida e insoportable burguesía florentina.

Hablar con la madre de Fabio no supuso ningún problema. Sí, sin embargo, conseguir que se callara. Cada uno de nosotros vive el dolor de una forma diferente. La señora Luciani se había encerrado en casa, entre sus *boiseries*, y se repetía una historia para consolarse. La madre de Enrico, evidentemente, necesitaba silencio. La de Fabio parecía incapaz de callar. Podía sobrevivir simplemente explicando: al teléfono fue una especie de torrente de palabras intercaladas con lágrimas. El archivo de audio que grabé duraba veintidós minutos, durante los cuales apenas fui capaz de decir unas cien palabras. De su relato se inferían en especial dos cosas.

La primera era que Fabio representaba su principal razón para vivir. Había también una hermana, un año mayor, que residía en Alemania y que regresaría al día siguiente. Pero Fabio era «el hombre de la casa, ahora que su padre se había ido», era un chico (un «chico» de treinta y cuatro años) que participaba en un montón de tareas como voluntario, no solo en el trabajo, a pesar de que trabajaba sin descanso. No tenía tiempo ni para una novia: sí, alguna relación tenía, ciertamente, pero nada serio de verdad.

La segunda era el rencor que sentía hacia los dos otros amigos, sobre todo hacia Enrico. El resentimiento resultaba comprensible, dado que había sido él quien organizó el viaje y convenció a los otros de que fueran. Pero había algo más: como si Enrico hubiera estado siempre de alguna manera demasiado unido, demasiado encariñado con sus amigos, un afecto que rozaba la morbosidad, que era casi una amenaza.

—Nunca me gustó. Tenía esas ínfulas de intelectual ya a los dieciséis años, cuando iba al instituto. Luego siguió dándose en la universidad, cuando estudiaba Filosofía. E incluso después, cuando los demás empezaron a ejercer sus profesiones y él terminó como sustituto en un instituto de Campi Bisenzio. Docente. Cuando le preguntaban a qué se dedicaba decía que era docente.

Más que pronunciar la palabra «docente», la escupió por la comisura de sus labios cerrados.

—Pero él enseñaba una semana sí y la otra no, y de vez en cuando garabateaba algo en los periódicos locales, organizaba cosas..., intentaba utilizar a Fabio y a los otros para conseguir algún nombramiento en la Concejalía de Cultura. No, nunca me gustó. Lo que ha sucedido no es culpa suya, lo sé, pero nunca me gustó.

Y me contó una historia ocurrida muchos años atrás. Cuando tenían dieciocho años, después de la selectividad, Enrico, Francesco, Fabio y otros dos amigos hicieron su primer viaje juntos por toda Europa. Por una de esas estúpidas apuestas que se hacen a esa edad, habían decidido viajar y vivir durante un mes con no más de quinientas mil liras por cabeza.

—Luego me explicaron que, durante veinte días, se divirtieron muchísimo. Comían las sobras de los restaurantes, entraban a escondidas en los bares de copas, conocían a mucha gente que acababa invitándolos para el almuerzo o para la cena... Pero, en un momento dado, Fabio se puso enfermo y tuvieron que ir a un médico. Necesitaban dinero para los medicamentos. Todos estaban de acuerdo: era necesario que Fabio fuera a sacar dinero con la tarjeta de crédito. Sin embargo, Enrico se opuso y consiguió que todos los demás cambiaran de opinión. Incluso llegó a esconder la tarjeta de crédito de Fabio. Cuando regresaron, una semana después, Fabio tuvo que ser hospitalizado y permaneció allí un mes: había sufrido una intoxicación alimentaria que se podía haber solucionado inmediatamente, habría bastado con que se hubiera tomado la medicación. Pero Enrico no quiso: «Las reglas eran las reglas», dijo...

En mi cuaderno intenté describir a los personajes del drama con un puñado de adjetivos. Fabio y Francesco: triviales, malcriados, inmaduros, sumisos. Enrico: idealista, esnob, jactancioso, atormentado, cruel y autoritario. Enrico comenzaba a gustarme.

La entrevista con el padre de Fabio, la tarde antes de la partida, fue extraña. Tenía que salir en el tercer artículo de *Fatti*, pero al final la corté. Mientras transcribía la entrevista, me di cuenta de que iba a tener que poner mucho de mi parte para rellenar las lagunas y los silencios, y, sobre todo, de que no podría describir la sensación que hablar con él me había suscitado. Diría ahora que esa sensación era la tristeza. Porque se percibía, o al menos lo percibía yo, que el padre de Fabio no quería a su hijo y que, al mismo tiempo, se avergonzaba de esa frialdad. Lo primero que le pregunté era si había alguna novedad, si la policía le había dado alguna noticia que pudiera comunicarme.

R. No, no tenemos noticias. Supongo que no las tiene nadie.

P. ¿Piensa usted ir a las Solovki en los próximos días, para ver de

cerca cómo está la situación?

R. No, la verdad es que no. Desde Roma nos han disuadido. El viaje es largo, y nuestra presencia allí sería más un estorbo que otra cosa... Hay un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores o de la embajada, no lo sé, que llegó anteayer al lugar y que se encargará de recoger el equipaje y de enviárnoslo, de hablar con las autoridades rusas, incluso de pagar posibles deudas... También está ese tema.

Recuerdo haber admirado el autocontrol de este padre que, con un hijo desaparecido, probablemente muerto, pensaba en las «posibles deudas». Pero no era autocontrol.

P. ¿Es la primera vez que su hijo le da motivos tan graves de preocupación?

R. Verá, la verdad es que hace mucho tiempo que ya no me preocupo por mi hijo. Sabrá usted que vive con su madre... De todas formas, no, nunca sucedió nada semejante.

P. Excepto aquella vez, durante el viaje después de la selectividad.

R. Sí, pero esa vez fue diferente, fue una chiquillada.

P. Llamé a su exmujer. Me dijo que Enrico era un poco la personalidad fuerte del grupo, y que podría haber arrastrado a los otros dos hacia alguna aventura peligrosa, meterlos en algún lío...

R. No veo nunca a mi exmujer. Ni tampoco conozco verdaderamente a los amigos de mi hijo. Sí, vi algunas veces al Enrico ese, cuando eran más pequeños. Siempre me ha parecido un gilipollas.

Era una manera de definirlo. Poco bonita, quizá, ya que probablemente estaba muerto. Al igual que su hijo, por otra parte.

P. ¿Tiene alguna idea de lo que puede haber sucedido?

R. No, pero no me sorprendió demasiado. Me explico: tarde o temprano tenía que suceder...

P. ¿Por qué?, ¿cree que su hijo no es un viajero prudente?

R. Mi hijo era...

Incluso hoy en día, mientras escucho el archivo, recuerdo muy bien cómo me estremecí después de ese «era». Aquel hombre hablaba de su hijo desaparecido como de alguien muerto y enterrado desde hacía años.

R. *Mi hijo era un cruce entre un idealista y un irresponsable. Tenía una especie de amor incondicional por el mundo. No correspondido, diría yo...*

P. *¿Conocía a Francesco?*

R. *Francesco era su mejor amigo, incluso desde los tiempos del instituto. Nunca hubo ni un desacuerdo, ni una pelea, siempre en paz y armonía. Un buen chico, Francesco, aunque, a decir verdad, demasiado parecido a Fabio para ser verdaderamente útil. Eran débiles. Eran débiles incluso juntos.*

Era como tener delante no a seres humanos reales, sino a una media sociológica. Eran los perfectos representantes de su generación. Solteros, o con novias de por vida, idolatrados por sus madres, alérgicos a los compromisos prolongados. Adinerados o por lo menos lo suficientemente ricos como para poder elegir entre un fin de semana en Forte dei Marmi, una semana en los Dolomitas y un mes en el Círculo Polar. Un par aún vivían con sus padres. En casas grandes, con total independencia, pero con sus padres. Y los propios padres lo sabían todo sobre los amores, los amigos, las experiencias y los deseos de unos hijos que, a esas alturas, ya peinaban canas. ¿Había algo morboso en todo aquello? ¿O bien, por el contrario, era todo perfectamente lógico? ¿No era esto lo que todo el mundo deseaba en el fondo (el retorno a la familia unida, compartir la vida más allá de las fronteras generacionales, los hijos que cuidan de los padres en la vejez)? Aquí, no obstante, había padres ya mayores que continuaban cuidando de hijos que habían llegado, ellos también, a un paso de la edad mediana. Y todos parecían, si no exactamente felices, sí satisfechos de este *ménage* antinatural.

Pero, unos días antes, mientras la madre de Francesco me acompañaba a la habitación de su hijo, una habitación sin fotografías, sin pósteres, mientras hojeaba uno de los muchos libros de fotografías de estrellas de Hollywood que llenaban toda una estantería —Cooper, Monroe, Gable, McQueen, Streep, Clooney—, recuerdo haber pensado que detrás del *ménage*, detrás de la amistad viril, tenía que haber algo más. No escribí nada de eso en *Fatti*, naturalmente: no tenía pruebas y, por otra parte, no tenía nada que ver con la desaparición, o por lo menos nada lo hacía sospechar. Pero me habría apostado cualquier cosa a que, si no entre todos, entre algunos de aquellos «niños» maduros existía un vínculo más fuerte que la amistad. Me parecía

evidente: algo que los padres no veían o que habían elegido no ver. Sí, habría apostado por ello. Y habría perdido la apuesta porque, como iba a descubrir, las cosas eran mucho más complicadas.

IX.

Se envejece deprisa. O tal vez solo sea que la televisión y la Red nos persiguen cada día con fotografías de veinteañeros, y acabamos percibiendo cualquier desviación de esa idea de belleza como una decadencia, un paso hacia la vejez, la muerte.

Habían pasado diez años, y Julia no era ya igual que un cuadro, ya no era una *Virgen* de El Perugino. Había pensado, todos sus admiradores habíamos pensado, que nada malo podría haberle sucedido, que los años se le habrían echado encima amablemente, sin dejar que se notara. Mirándola en el *check-in*, pensé en la frase que todos nos habíamos repetido, cuando éramos estudiantes, para consolarnos por el hecho de que Julia se hubiera casado con un médico de Arezzo y no con uno de nosotros. «Total, las rusas se estropean pronto...» Julia no se había estropeado, todavía era hermosa. Pero la palabra que mejor la definía, antaño, era «radiante». Julia no solo era hermosa, era radiante. No era posible verla pasar por los pasillos de la universidad y no sonreír. Y, por esto, por este tipo de aura, también caía simpática a las mujeres. Ahora seguía siendo hermosa, pero había perdido el aura. El cabello ya no era rubio como el trigo, sino de un amarillo ambarino que yo no era capaz de adivinar si era natural o artificial, pero que, sin duda, ya no le quedaba tan bien. Había engordado un poco, tenía algunas arrugas en la comisura de la boca; sus ojos parecían marcados y opacos. El estrés del divorcio, pensé. Y también pensé: mejor así; menos bella, será más fácil.

—Sigues siendo guapísima.

—Sigues siendo italiano.

Llegamos al embarque.

Desde San Petersburgo partimos en el tren nocturno hacia Kem, el mismo trayecto que habían hecho Enrico, Fabio y Francesco poco más de un mes antes, a principios de agosto. Pero ahora ya estábamos en otoño y hacía frío, incluso en el compartimento de primera clase. Nos sentamos uno al lado del

otro arrebujándonos en las mantas que el encargado de las literas había venido a traernos de inmediato antes que a todos los demás, tal vez con la esperanza de una propina o quizá por curiosidad: ¿qué estaban haciendo, en pleno septiembre, un italiano y una ucraniana en un tren nocturno a Kem?

Durante media hora desfilaron por detrás del cristal los grandes bloques negros de San Petersburgo. En la tenue luz que provenía de las farolas de la calle a lo largo de las vías del ferrocarril miraba el perfil de Julia e intentaba recordar mi primer encuentro con ella, hacía ya diez años. De pronto se volvió y se dio cuenta de que estaba observándola.

—Han pasado también para mí, ¿sabes?

Fingí no entender.

—Los años, quiero decir.

—¡Oh, no, para ti no!

Ella sonrió.

—Tal vez solo un poco...

Me jugué una de mis dos o tres citas estratégicas.

—Pero sé que por dentro sigues siendo la que eras la noche en que nos vimos por primera vez.

Fitzgerald, *Suave es la noche*.

Era lo que había que decir. Muy bien, Fitzgerald. Y en realidad también era lo que pensaba.

Esta vez sonrió con ternura, no con ironía.

Ahora el tren cortaba la llanura rusa en dirección norte. Afuera, el gris oscuro del cielo envolvía igual que un capullo el gris más claro de las casas y de las fábricas abandonadas. Nada más. Para los que vivían aquí, para los que se veían obligados a vivir aquí, la naturaleza era un enemigo que debía ser destruido, y por eso había sido destruida. Pero, en su lugar, no se habían construido auténticas ciudades de verdad. En vez de los bosques de abedules había aglomeraciones de casas que después de la guerra habían crecido desordenadamente alrededor de las zonas industriales. Pero estas ya no existían. Ahora que el acero y las otras materias primas elaboradas llegaban desde China, fábricas y pueblos habían sido abandonados. El tren avanzaba con lentitud en medio de esta desolación, en la penumbra de las últimas horas de la tarde. De vez en cuando, se oía el impacto de los cables de alta tensión contra las ventanillas: el encargado nos explicó que los postes de oscura madera que los sostenían se habían derrumbado bajo la nieve del invierno anterior, y nadie se había encargado de volver a levantarlos. Pero nos aseguré

que no había ningún peligro para nosotros.

Lo que yo tenía, sin embargo, no era miedo, era angustia. No pensaba en mí, sino en las generaciones de seres humanos que habían pasado su vida colonizando esa zona. Gente llegada desde las llanuras del sur, gente deportada de las montañas del Cáucaso para construir carreteras, ferrocarriles, fábricas, que había trabajado durante décadas sin ver otra cosa que no fuera hielo, oscuridad, hambre. Y el resultado era esta nada, estos derrelictos gigantescos en medio de la lluvia... En los pasos a nivel, el tren disminuía la velocidad hasta casi detenerse, y, si me asomaba por la ventanilla, lograba ver a la luz del ocaso las caras de los que, tras bajarse del coche o de las bicicletas, esperaban a que el tren pasara. Esperaban y me miraban, y sus miradas se cruzaban con la mía, pero nadie sonreía: entendían lo que se me pasaba por la cabeza, entendían que, en cuanto los hubiera perdido de vista, soltaría un suspiro de alivio ante la idea de no quedarme ahí pudriéndome con ellos.

Me hizo volver en mí la mano de Julia, que me separó con dulzura la frente del cristal de la ventanilla y luego bajó la cortina.

Las voces de los escasos pasajeros, en el pasillo, se habían apagado. Y también el ruido del tren era ahora un balanceo casi imperceptible. Julia me quitó los zapatos y me ayudó a estirar las piernas sobre el asiento. Me vi acostado, con la cabeza en la almohada. Julia me acomodaba las mantas. Me dormí.

Al día siguiente, al amanecer, el tren se quedó parado durante más de una hora en la estación de Segezha: había un problema con la locomotora. Al andén llegó un grupo de mujeres con unas ollas llenas de moras y arándanos. Los vendían dentro de vasos de papel o en viejas tarrinas para helados. Le di cincuenta rublos a la más pequeña de las vendedoras y ella nos hizo entender con señas que por ese dinero podíamos quedarnos con toda la olla. Julia le explicó que teníamos suficiente con las tarrinas y que podía quedarse con el resto. Le preguntó de dónde venía. La niña señaló un edificio amarillento detrás de la estación. «¿De esa casa de allí?» No, no venía de esa casa, venía de una aldea que estaba detrás de esa casa, a unos cinco kilómetros. Cada mañana se marchaba de allí a las cuatro para vender arándanos en la estación. Tenía once años. No, no había estado nunca en las islas Solovki. Nunca había salido fuera de su aldea, salvo para llegar hasta la línea ferroviaria. Pero

tampoco había estado nunca en el tren, por lo que Julia la invitó a entrar en nuestro compartimento, le ofreció té y habló con ella durante casi media hora, una larga conversación continuamente interrumpida por las risas de las dos. Julia no había tenido hijos. «Al menos esto no supuso un problema a la hora de divorciarnos», me dijo. O tal vez, pensé, mientras le colocaba bien el pelo a la niña de los arándanos, loca de felicidad, con un broche que había pescado en su bolso, ese había sido *el* problema.

La niña se quedó allí en el andén hasta la partida, y, mientras el tren se alejaba y nosotros nos despedíamos por la ventana, ella —literalmente— nos bendijo: el índice y el dedo medio de la mano derecha levantados, la cara seria como si para llegar a buen puerto el gesto tuviera que ser hecho con la máxima concentración.

En Belomorsk subió a nuestro vagón un chico con una cesta de bebidas y bocadillos. Tenía el rostro destrozado por cicatrices; jirones de carne le tapaban el ojo derecho y parte de la boca. Mientras él nos ofrecía su mercancía, Julia me explicó que Carelia tiene grandes minas de plata donde los hombres empiezan a trabajar desde pequeños, con nueve o diez años: bajan a las galerías, transportan el mineral de plata desde las canteras hasta la superficie, lo colocan en los tanques de decantación. Pero en las minas se trabaja abaratando costes, sin ninguna medida de seguridad. Los accidentes son tan frecuentes que hasta los periódicos y la televisión han dejado ya de mencionar el tema. Cada familia tiene su muerto o su lisiado. A los trabajadores mutilados o desfigurados, que ya no pueden trabajar, los envían por ahí a los trenes y al metro, a mendigar o a vender comida: dan pena, la gente se conmueve.

El chico nos preguntó de dónde éramos. Dijo algunas palabras ininteligibles en un idioma que debía de ser italiano. Nos llevó un tiempo comprender que estaba cantando: cantaba el aria de *Rigoletto* que comienza con «*Cortigiani, vil razza dannata*». Alguien, tal vez un italiano, debía de haber hecho que se la aprendiera como una broma pesada: ¿qué mejor papel que el de Rigoletto para un chiquillo desfigurado por las quemaduras? Julia le compró un par de zumos de fruta y él le preguntó adónde íbamos. Se sorprendió ante la respuesta. ¿Qué íbamos a hacer en las Solovkí?

¿Por qué no decirle la verdad?

—Vamos a buscar a unas personas que han desaparecido.

—¿Amigos?

—Sí, amigos.

La respuesta pareció satisfacerle. Retomó la cesta que había dejado apoyada en el asiento y salió del compartimento. Pero, antes de marcharse, le preguntó de nuevo a Julia, esta vez con una mueca que podría parecer una sonrisa:

—¿Y cómo se las apañaron para desaparecer, si estaban en una isla? —y se alejó por el pasillo sin esperar la respuesta.

Estos fueron nuestros encuentros, nuestros talismanes para el viaje: la niña que impartía su bendición con la olla llena de arándanos y el niño desfigurado que, con una sola frase, había logrado resumir el misterio más grande de aquella historia. Julia y yo decidimos interpretar ambos como buenos augurios. Teníamos al dios de los ortodoxos de nuestro lado. Y el sentido común, por boca de un pobrecillo que se había salvado de la mina, nos decía que los tres desaparecidos, estuvieran vivos o muertos, tenían que seguir todavía en la isla.

X.

Llegamos a las Solovki con lluvia. El final del verano, me dijeron más tarde, siempre es así; y el final del verano llega a mediados de agosto. Los días aún son largos, aunque el sol se va debilitando, lejano, en el horizonte. A finales de agosto empieza a llover, y la lluvia va y viene durante dos meses, hasta principios de noviembre. Desde el pueblo, que se encuentra en la cima de una pequeña colina, descienden radialmente hacia el puerto regueros que arrastran hacia el mar todos los residuos que se han ido acumulando durante los meses de verano: desechos de pescado, restos de comida, ramas, pequeñas carroñas. Y plásticos, bolsas y botellas de plástico de colores que, mientras todo lo demás se pudre y se convierte en tierra, permanecerán un año tras otro reblandeciéndose en la orilla: cientos, miles, una enorme mancha multicolor, un sucio arcoíris contra el gris negruzco del cielo y de la arena. En noviembre, la lluvia se convierte en nieve, y empiezan cinco meses de invierno oscuro y gélido.

«Inimaginable» fue la palabra que se me vino a los labios mientras el transbordador se acercaba al puerto y la lluvia caía sobre la cubierta, sobre las ventanas, sobre el mar oscuro alrededor, sobre la isla que parecía una gigantesca mancha de alquitrán que aflorara entre las olas. Todo, hombres y cosas, parecían inermes contra esa avalancha de agua. Julia dijo en voz alta lo que yo estaba pensando:

—Imagínate lo que debía de ser llegar aquí en invierno en 1930. En 1830. En 1530.

—Ya —le contesté—, inimaginable. Inimaginable.

Entramos en el puerto pocos minutos después. Eran las tres de la tarde, pero la lluvia caía tan espesa como para que las pocas casas del pueblo y los muros y la torre del monasterio que habíamos vislumbrado desde el mar parecieran desvanecerse. Estábamos ligeramente por encima de los cero grados. Ya antes de atracar percibimos un ruido sordo y continuo, como el de una turbina, que cada veinte segundos era interrumpido por otro más fuerte, como el golpe seco de un martillo gigantesco. Julia le pidió explicaciones a

uno de los marineros.

—Es la central eléctrica. Dice que, al cabo de un tiempo, uno ya ni se da cuenta.

Bajamos a tierra con los pocos pasajeros embarcados en Kem, alrededor de una docena de personas, gente de las islas —me explicó Julia, que había charlado con algunos de ellos durante la travesía— que había ido a tierra firme el día anterior con pescado seco para el mercado semanal y ahora regresaba con las cestas llenas de pan, coles, conservas, alguna minúscula manzana rojiza. Yo ya había visto en otros lugares la vida en este grado cero, la pura supervivencia de los que intercambian su escasa comida por la escasa comida de los demás. Había visto escenas similares en Senegal, en el puerto de Dakar, donde desembarcan y acampan durante días los campesinos de Casamanza. O en Perú, en los altiplanos andinos. Pero aquí todo se volvía más siniestro debido a la lluvia, a la oscuridad que se acercaba, al frío del invierno, que ya había llegado, y al retumbar de la central en la lejanía.

Sin una razón precisa, me acordé de mi madre. Hacía años que no la veía, que no sabía nada de ella. Residía en algún lugar de Alemania, si es que aún vivía. ¿Por qué estaba yo allí? ¿Realmente necesitaba acumular otras preocupaciones? Lo más fácil era que esos tres se hubieran caído por el acantilado y que sus cuerpos se los hubieran comido ya los peces. Eso significaba que ya no había nada que buscar y que nuestro viaje era inútil. Entonces, exactamente, ¿qué había ido a hacer yo allí? Los interrogatorios ya los había realizado la policía y no había razón para creer que yo fuera a saber hacerlo mejor. Por otra parte, decir «yo» significaba ya engañarse: no era yo quien iba a hablar y escuchar, era Julia. Dependía de ella para todo. Y, tal vez, me dije mientras intentaba descifrar la forma del pueblo en medio de la lluvia, tal vez estaba allí la explicación. Desde el momento en que Galliano habló de ese trabajo, yo no había pensado más que en el hecho de que se trataba de una buena ocasión para volver a ver a Julia. Y ahora ella estaba aquí, ahora era mi turno. Pero, aparte de esa mezquina decepción de descubrir que los años pasaban también para ella, el viaje hasta ese momento no era como me lo había imaginado. Nada de recuerdos afectuosos, nada de confesiones sobre nuestros respectivos fracasos pasados, nada de ironías amables sobre los días que íbamos a pasar juntos. ¿Qué hacía yo en medio de ese diluvio?

Dejamos a los pescadores con sus bolsas en medio del fango del puerto y nos encaminamos hacia una chica rubia y menuda que estaba esperándonos

bajo un gigantesco paraguas fosforescente, con un cartel que decía «Hotel Solovkí». Cargamos nuestras mochilas en una destartada ranchera, la chica se puso al volante y nos llevó hasta el hotel sin decir ni una palabra. Se llamaba Lila y el chico que gestionaba con ella el Hotel Solovkí, Pável. Venían de Arcángel, los dos tenían poco más de veinte años. Pasaban el verano en las Solovkí para ganar algo de dinero y pagarse sus estudios en la universidad: él, Agronomía; ella, Medicina. De la cocina se encargaba ella, como también de tener arregladas las habitaciones y de la administración del hotel. Él, un larguirucho con bigotes vestido siempre con un mono gris de mecánico, y con un ojo entrecerrado por alguna malformación, hacía todo lo demás: transportaba, construía, reparaba, cortaba la leña, se encargaba de las compras y de todas las necesidades adicionales de los clientes. Formaban una pareja extraña, alegre como solo lo pueden ser dos veinteañeros. Estaban juntos, pero no parecía que le dieran mucha importancia a ese hecho. Me pareció entender que la suya era una historia con un final prefijado, que había empezado a principios de junio y que terminaría al acabarse el verano, es decir, de ahí a pocos días, cuando volvieran cada uno por su cuenta a Arcángel. Entre ellos los papeles estaban claramente definidos: ella era el cerebro; él, el brazo; ella era la que decidía; él, quien ejecutaba. Pero ligereza e ironía, por ambas partes, hacían que este rígido reparto de papeles fuera vivido con la inocencia de un juego.

El hotel era una especie de chalet suizo edificado con materiales de tercera mano y masacrado por los inviernos. Las paredes exteriores eran una única mancha de humedad: como si el hotel hubiera estado en remojo durante años y lo hubieran colgado a secar solo unas pocas horas antes, debido a nuestra llegada. Y era septiembre. Pável nos dijo que había sido construido hacía cinco años y que iba a ser reformado dentro de un año. Estaba más o menos a medio kilómetro del puerto. La carretera llevaba hasta allí y allí terminaba. El hotel se encontraba en medio de un pequeño claro vallado. Al lado había una pequeña cabaña, también de madera, también medio podrida: era la sauna. En el lado opuesto había una leñera gigantesca, y el derrelicto de un barco de pesca que parecía estar allí desde mucho antes de que el hotel fuera construido. Le preguntamos a Pável si se hallaba allí, en dique seco, debido a que antaño el mar llegaba hasta ese lugar y después, de alguna manera, se había retirado, o si lo habían llevado hasta allí para darle una nota de color local. Pável lo desconocía: esa era su primera temporada en las Solovkí. Inmediatamente después de la cerca, y circundándolo todo, bosques de

abedul, una especie de tupido toldo verde oscuro. A unos cuantos cientos de metros de distancia, el mar Blanco.

Cuando escribimos para hacer la reserva, pocos días atrás, ya nos lo habían advertido. La temporada había terminado, el hotel estaba cerrado, habría que adaptarse. Nos habían colocado en dos habitaciones que durante el verano estaban reservadas al personal. Cenaríamos con Lila y Pável: nada de almuerzo. Al cabo de una semana se marcharían y el hotel permanecería cerrado durante el invierno. Nosotros podíamos quedarnos en la isla, pero tendríamos que encontrar otro alojamiento. No era un problema: nos iríamos antes.

Las Solovki están hechas de roca y de turba. Una capa de turba cubierta de abedules y de abetos. Cuando llueve, la turba se transforma en un barro tan espeso que caminar fuera de los caminos se vuelve imposible: las botas se hunden en el lúgamo igual que en una ciénaga. A nuestra llegada sonreímos al ver a los lugareños que caminaban con raquetas de nieve atadas bajo los zapatos: como si la costumbre de la nieve, que cae aquí durante seis meses al año, permaneciera como una especie de tic, incluso cuando no había nieve. Luego bajamos al suelo y nos dimos cuenta de que calzar las raquetas era la única forma de mantenerse de pie sobre la turba empapada.

En los bosques, sucede a menudo que los cazadores ni siquiera tienen necesidad de sacar de las madrigueras o perseguir a sus presas. Encuentran ciervos o jabalíes atrapados, paralizados en el barro, medio muertos por el frío, el miedo y el hambre. Y basta con acercarse, aferrar el morro de la bestia agotada y cortarle el cuello. Luego se coge una soga, se ata un extremo al parachoques del todoterreno y el otro alrededor del animal, se pone el motor en marcha y se tira, y, tras una breve resistencia, la bestia sale fuera igual que el tapón de una botella.

Durante siglos, también los muertos fueron arrojados a la turba. Los monjes ortodoxos que vivieron y murieron en el monasterio, los pescadores que tuvieron el valor de establecerse en estas islas, los miles de presos que fueron enviados aquí por los zares y por Stalin y que no vivieron lo suficiente para regresar a sus casas, muertos por el frío, por el hambre, por los demás presos..., uno a uno, todos fueron enterrados en la ciénaga de turba que rodea el pueblo. Es como si toda la isla descansara sobre una inmensa extensión de huesos. A veces están tan cerca de la superficie que basta con cavar unos

pocos centímetros para encontrar los esqueletos medio roídos por los animales salvajes. Es así un poco por todas partes, pero en ningún sitio la capa de tierra es tan delgada como en el lado norte del monasterio. Aquí los cadáveres se fueron amontonando hasta finales de los años cincuenta, mucho después de la muerte de Stalin, apilados unos encima de otros, dos, tres, cuatro capas de muertos que se tocan, nadie puede decir cuántos son. La turba y el frío encerraron sus cuerpos en una especie de ataúd de ámbar, y con el deshielo emergen los cuerpos, y lo que se ve no solo son huesos, sino también rostros descarnados de los años cuarenta y cincuenta, jirones de uniformes, harapos de prisioneros. Los monjes cubren los cuerpos con tierra, dicen una oración, colocan alguna cruz para evitar que los lugareños caminen por encima.

El pueblo está formado por un centenar de casas de piedra y de ladrillo que dan al lado occidental de la isla. Cerca del puerto, hay un par de cobertizos para el almacenamiento de las barcas. Un poco más atrás, ya en la linde del bosque de abedules y de abetos, el armazón medio quemado de lo que no es, como los periodistas habían escrito (y yo también), un depósito militar, sino una factoría para la elaboración y el almacenamiento del pescado, que se remontaba a los años en que la isla, gobernada primero por el pope y luego por el director del gulag, era económicamente independiente de tierra firme. En el punto más elevado, dominándolo todo, está el monasterio. Bajo la lluvia, sus muros gigantescos eran una enorme mancha negra contra el cielo gris, algo que hacía pensar más en un castillo medieval que en un lugar para el culto.

La temporada de calor dura cuatro meses, desde mayo hasta agosto, pero que sea la temporada de calor no significa que haga buen tiempo.

—Julio es una de las peores épocas —nos dijo Lila—, porque hace mucho calor, un calor húmedo, y la isla está llena de mosquitos. Para salir por ahí hay que cubrirse con una especie de red, como en África. Por eso los trabajos en el monasterio van con tanto retraso; en invierno no se puede hacer nada porque hace demasiado frío y hay demasiada nieve; y en julio hay mosquitos, y prácticamente no se puede estar al aire libre. Por eso los voluntarios vienen en mayo, o bien en agosto, como vuestros amigos.

No corregí a Lila, como tampoco había corregido al niño del tren que nos preguntó si estábamos buscando a nuestros amigos. En el fondo también era un poco por amistad por lo que me encontraba allí en ese momento —si puede llamarse amistad a esa extraña mezcla de simpatía, curiosidad y

aprensión que sentía—, cuando podría haberme quedado en casa sentado delante del ordenador, ordeñando imágenes y datos de internet. Sí: nuestros amigos.

A finales de septiembre comienza el frío de verdad. El frío de verdad significa que en invierno se puede llegar hasta los treinta grados bajo cero. A esa temperatura, cualquier parte del cuerpo humano que no esté protegida se congela en unos pocos minutos. Y el viento, que azota de manera constante la costa, hace que sea prácticamente imposible protegerse: hay que quedarse en el interior. Aventurarse en el bosque es difícil ya a partir de octubre. Más tarde, desde noviembre y hasta el deshielo en abril, es decididamente peligroso, porque el suelo se congela, pero aquí y allá se abren brechas en el hielo que pueden tragarse no solo a las personas, sino también un turismo o un todoterreno. Y con el frío llega la oscuridad. Lila había estado en las Solovki en invierno solo una vez, el año anterior, cuando, después de los trabajos de mantenimiento veraniego, había que verificar que todo estuviera bien. Había llegado desde Arcángel a mediados de diciembre, con el Fokker que iba una vez por semana a las islas.

—Fueron los días más horrorosos de mi vida. El frío obliga a la gente a quedarse en casa día y noche. A los únicos que se ve por ahí, dos veces al día, es a los pescadores. La cantina abre prácticamente solo para ellos. Y toda la isla es oscura. Oscura. Una oscuridad que no habéis visto nunca, si habéis vivido siempre en la ciudad. La central eléctrica se utiliza tan solo para la iluminación de las casas, en la calle no hay luces. Solo el camino que conduce al monasterio está marcado con lámparas de petróleo. Todo lo demás es negro: el mar, el cielo, los árboles. Yo tenía mi linterna, el pequeño generador del hotel y una provisión de velas. Pero en un momento dado pensé que iba a perder la razón. Sí, aquí en invierno uno puede llegar a perder la razón.

La lluvia siguió cayendo durante todo el día. La idea de que desde la ventana de mi habitación estaba viendo el mismo paisaje gris que los tres desaparecidos habían tenido delante de los ojos hacía unos quince días, para luego terminar en quién sabe qué lugar, hizo que los sintiera muy cerca de mí. Tenían más o menos mi edad. Quién sabe cuántas veces me había cruzado con ellos por las calles del centro de Florencia, quién sabe cuántos conocidos comunes teníamos. A nuestros treinta y cinco años debíamos de

haber visto más o menos las mismas películas, debíamos de haber ido a los mismos conciertos. De uno o dos de ellos, cuando no de los tres, podría haber llegado a ser amigo. Tal vez habíamos estado saliendo durante un tiempo con la misma chica. Tal vez incluso habíamos hablado. En una vitrina de cristal colgada de la pared de la habitación de Francesco vi dos entradas para un concierto de Capossela al que yo también fui, casi quince años antes, cuando a Capossela aún no lo conocía nadie. Me acordaba de la noche y del local, un pequeño teatro de Campo di Marte con no más de cincuenta asientos. Intenté recordar la sala, la disposición de las localidades, las caras de las personas, pero nada. Tal vez fuera la lluvia, o tal vez el hecho de que las cosas con Julia no iban como yo esperaba, pero ese encuentro fallido, quince años atrás, entre alguien de mi edad que, en ese momento, lo más probable es que ya no estuviera entre los vivos, y yo, me conmovió.

Mi habitación y la de Julia estaban comunicadas, pero la idea de poder acercarme a ella, de poder estar con ella, el pensamiento que hasta el día anterior me atormentaba, ahora era un recuerdo vago en un rincón del cerebro. Pensé de nuevo en lo que me había dicho en el avión: «Durante estos años me he equivocado en todo lo que podía equivocarme». ¿No era lo que también podría decir yo sobre mí? Pensé en toda aquella lluvia afuera. Me quedé dormido.

Me despertó Lila, llamando quedamente a la puerta, poco después de las siete. El sol se había puesto, ahora era solo una tira de luz amarillenta en la línea del horizonte; la lluvia seguía cayendo, podía oírla tamborileando en los cristales y en los saledizos de madera del techo.

Abajo, Julia y Pável ya estaban sentados a la mesa. Hablaban en ruso y se reían; Lila también sonreía, mientras iba arriba y abajo entre la cocina y el comedor, y de tanto en tanto comentaba con monosílabos lo que decían los otros dos. O tal vez respondía a algunas preguntas: descifré en medio de las risas algunos *da* y algunos *niet*. Me imaginé sin ningún motivo que estaban hablando de mí. Es decir, tenía la esperanza de que estuvieran hablando de mí. Pero, cuando me senté, me saludaron distraídamente, así que debía de ser otra cosa. Eso era algo que no había calculado: que los tres rusos hablarían ruso entre ellos y yo iba a quedar excluido. Me sentí solo, perdido como únicamente me había sentido de niño: estaba a miles de kilómetros de casa, en medio del mar Blanco, en un lugar y entre gente que no conocía, gente que

hablaba un idioma que no entendía, con la lluvia y la oscuridad, y nadie me estaba esperando en ninguna parte o sentía mi ausencia, ni siquiera Gaia, ni siquiera mi hijo de tres años, de quien no había ido ni a despedirme antes de mi partida. Pensé en el mar Blanco, en su nombre, y me sonó siniestro. ¿O era únicamente decepción, o, peor aún, celos, porque veía a Julia reír al lado de ese tuerto?

Entonces Julia dejó de reír:

—¿Estás bien?

Me lo preguntó tendiendo su mano sobre la mesa y estrechando la mía, y me sonrió como si hubiera mirado dentro de mí y hubiera sentido mi angustia. Esto fue suficiente. Ya lo he dicho, tengo una sensibilidad casi infantil. Al principio, del mundo tan solo veo su lado hostil, la cara mala. Luego, es suficiente que alguien haga un gesto o diga una palabra de la manera apropiada y toda mi desconfianza desaparece de golpe. Creo que Julia lo había entendido, o incluso —y esta posibilidad hizo que se me saltaran las lágrimas— que lo recordaba. Devolví la presión de su mano y le susurré sonriendo:

—Sí, me alegro de que estés aquí.

Y Lila completó el cuadro diciendo que, a partir de ese momento, en adelante tendríamos que hablar en inglés. Pável entendía un poco, y, cuando tuviera algo que decir, ya se encargaría ella de traducir. Pero —concluyó con una sonrisa— ¿qué tendría Pável que decirnos?

Lila nos habló de su vida en Arcángel. Vivía con su familia. Estudiaba Medicina y tenía la esperanza de obtener una beca para ir a Estados Unidos en cuanto se licenciara.

—¿Ni Moscú ni San Petersburgo? —le preguntó Julia.

—No, quiero marcharme de aquí. No quiero morir en Rusia.

Tenía veinte años y pensaba en la muerte. Pero ¿no era eso en lo que pensé yo también el día anterior, mirando cómo discurría Rusia a través de la ventana? Vivir aquí, morir aquí: podría aceptarse solo si uno nunca había visto nada más, ningún rincón del mundo... De vez en cuando Julia y ella traducían para Pável, y él acogía la traducción con amplios gestos de la cabeza y grandes sonrisas en mi dirección, como si estuviera gratamente sorprendido al ver que se le hacía partícipe de la conversación. Pável era hijo de una pareja originaria de las islas que se había trasladado a Arcángel en los años de Yeltsin, «cuando las cosas eran del primero que las pillaba». Le pregunté por qué se habían trasladado y la explicación fue muy simple:

«Porque ya no quedaba nada para comer». En Arcángel hacía lo mismo que hacía en la isla durante el verano: un poco de todo, pero lo que mejor se le daba era hacer de mecánico. Y estudiaba Agronomía, aunque el comentario fulminante de Lila —«*Well, he says so*»— daba a entender que eso era, como mucho, una ocupación secundaria. Y coleccionaba objetos: reliquias de la época comunista, uniformes viejos, insignias, fotografías con dedicatorias del secretario provincial del partido y todo lo que pudiera llamar la atención de los coleccionistas occidentales de recuerdos. Teníamos que ir, sí o sí, a verlo a Arcángel, teníamos que ver el almacén donde había reunido todas sus cosas.

—Así, si regresa el comunismo, tú ya estarás preparado —comentó Julia—. Tan solo tendrás que sacarles el polvo a los uniformes y a las insignias.

Fue muy agradable. Con lo poco que había en el pueblo, Lila consiguió preparar una cena más que decente, y las expresiones atónitas de Pável fueron una especie de cómico comentario mudo de nuestra conversación. Al cabo de un par de horas, mi angustia se había convertido en una rara ternura, un extraño consuelo ante el pensamiento de que había encontrado algo parecido a nuevos amigos en un lugar tan remoto y de que había recuperado a Julia. Reflexionamos juntos sobre esa insólita situación. Diez años atrás nosotros éramos esos jóvenes, esos entusiastas a punto de comenzar nuevas vidas, que no estaban seguros de cómo iban a ser estas, pero que, sin duda, serían plenas, emocionantes, auténticas. Ahora Lila y Pável eran los nosotros de entonces...

Estábamos recogiendo la mesa cuando oímos que llamaban a la puerta. Pável fue a abrir. El vano de la puerta fue ocupado por la silueta de un hombre, negro contra el negro de la noche: alto, con las manos cruzadas a la espalda, con la cabeza agachada protegida por un sombrero oscuro del que goteaba agua sobre el suelo de la entrada. Habíamos planeado ir al monasterio a la mañana siguiente, pero el pope se nos había adelantado: él había venido a nosotros.

XI.

Nunca había visto a un pope de cerca, pero este parecía un buen representante de la categoría, por lo menos tal y como uno se lo imagina. Alto, delgado, con una pelusa blanquecina sobre el rostro tan fina que al principio pensé que era escarcha que se le había formado durante el trayecto desde el monasterio hasta el hotel. Debía de tener unos sesenta años. Julia le preguntó algo en ruso. Él la ignoró y respondió, en francés, que si yo estaba de acuerdo hablaría en francés. Me hablaba a mí, no a los demás: evidentemente sabía quiénes éramos y qué hacíamos allí. Respondí que el francés me iba perfectamente. Le tendió a Pável el sombrero y el impermeable; el caftán, por debajo, estaba empapado, pero parecía que no se daba cuenta. Se sentó en la silla que Lila había acercado y le dijo algo, breve y rápido, a Pável. La costumbre de mandar y de ser obedecido parecía haberle hecho perder todas sus capacidades para la vida en sociedad, todo tacto. Pável y Lila se fueron a la cocina. Julia, cuya presencia visiblemente no era deseada, salió a fumar. «Que lo disfrutes», me dijo.

—Lo que ha sucedido en estos últimos días aquí en la isla nos ha turbado profundamente.

Dijo «*nous a bouleversés*»: los monjes y él. O los otros habitantes de la isla y él. O bien él, solo él, simplemente.

—¿Sabe usted que hace un mes un chico alemán, un voluntario al igual que sus compatriotas, fue encontrado muerto al pie del acantilado, debajo del ala oeste del monasterio?

Le dije que había sido informado. La policía pensaba que era una desgracia, una caída accidental.

—No sé nada de la investigación, no tengo una opinión. Pero me parece una explicación muy razonable. ¿Cree usted que sus compatriotas también han... han tenido ese mismo final?

—Bueno —contesté—, me dijeron que la policía ha peinado la isla. Las maletas de los chicos estaban todavía en sus habitaciones, prácticamente intactas. Han pasado cerca de veinte días. Algo ha tenido que suceder a la

fuerza: tres desgracias juntas es un poco difícil de creer, ¿no le parece?

—He de admitir que aún no me he formado una opinión.

No se había formado una opinión: tampoco sobre esto. Me quedé en silencio. Yo esperaba que me explicase por qué había atravesado el pueblo de noche, bajo el diluvio, para venir a hablar conmigo. Sobre algo, evidentemente, debía de haberse formado una opinión, y debía de tener prisa por comunicármela.

—Pero me importaba expresarle mi pesar personal por lo que les ha sucedido a esos tres chicos, que, en el fondo, trabajaban para nosotros, para el monasterio. Esperamos que sus previsiones sean erróneas, que puedan regresar...

Seguía esperando.

—En este sentido, tengo que confesarle que estoy muy preocupado.

Hizo otra pausa. Yo puse cara de interés, pero no dije nada.

—Estoy preocupado por el monasterio. El monasterio, con el que los chicos, sus compatriotas y muchísimos otros, en estos meses, están tan comprometidos. Y me preocupa la aldea. Un muerto y tres personas desaparecidas son una gran desgracia. Pero podría ocurrir una desgracia todavía peor si todo esto tiene consecuencias en las obras, ya me entiende usted, en la vida de la isla.

Querría haberle dicho que difícilmente una suspensión de las obras habría representado una desgracia mayor que la muerte de cuatro personas, pero me contuve.

—Debe saber que el proyecto de restauración tiene una larga historia. Una historia, ¿cómo podría decirle?, muy accidentada.

Por fin había llegado al quid. El proyecto de la Unesco contemplaba la reestructuración del monasterio y su transformación en museo, pero no solo eso: una vez terminadas las obras, las Solovki serían declaradas Patrimonio de la Humanidad. Esto, me explicó, no le gustaba a todo el mundo. Es más, no le gustaba a casi nadie.

Desde la era soviética, los militares querían convertir todo el archipiélago en una zona prohibida a la población civil y utilizarlo como base para la flota de los submarinos. Luego, en el 2000, se produjo el hundimiento del *Kursk*. Nunca se aclaró cómo ocurrieron los hechos, pero lo que todo el mundo sabe, en los círculos oficiales de Moscú y de Washington, es que los estadounidenses desempeñaron un papel en el asunto: no está claro si fueron ellos quienes lo hundieron por error o si se produjo una explosión en el

interior mientras el *Kursk* perseguía un submarino estadounidense que había entrado en aguas rusas. El hecho es que Estados Unidos concedió un enorme préstamo a los rusos, y estos retiraron, aunque fuera solo temporalmente, el proyecto de ampliación de la OTAN a Ucrania y a los otros países del antiguo bloque soviético. Su única petición fue que los rusos renunciaran a militarizar las Solovki. Solicitud aceptada por el gobierno, pero nunca digerida por el ejército.

Por otra parte, declarar las Solovki Patrimonio de la Humanidad significaba, en la práctica —a cambio de muchísimo dinero que llegaría desde la Unión Europea y la Unesco para la restauración, la rehabilitación, la reconstrucción—, arrebatarles a los rusos la posibilidad de excavar en el archipiélago. Ahora bien, las Solovki eran, en la época de la Unión Soviética, una de las zonas principales de extracción del lignito, y los yacimientos estaban lejos de agotarse. Tan solo había que excavar a mayor profundidad, con medios más sofisticados. Los medios existían, y también los inversores privados dispuestos a ponerse manos a la obra, pero para hacerlo habría que deforestar una parte de las islas y, en resumen, transformar una región desde un punto de vista ecologista aún intacta en una zona industrial. La aprobación del plan Unesco por parte del gobierno ruso había supuesto un carpetazo al tema. Aunque en realidad no fuera así, porque empezaron las presiones de los particulares a los burócratas de Arcángel: las promesas, las amenazas, los sobornos, los intentos de obstaculizar los trabajos. Con métodos incruentos, al menos hasta ahora.

Y luego estaban las grandes cadenas hoteleras. El Hotel Solovki era el único que había en las islas: muy poco si uno piensa en lo que podría lograrse mediante la transformación del monasterio en un *resort* de lujo y de toda la Isla Grande en un centro para el turismo de riesgo. En 1998, una filial de Philip Morris hizo una oferta para la adquisición y la recuperación del monasterio, así como para la construcción de un moderno puerto turístico. El proyecto suponía una inversión de cerca de diez millones de dólares y la contratación de personal local, entre cuarenta y cincuenta personas, lo que habría resuelto el problema del empleo eventual de gran parte de las familias de la isla, que viven únicamente de los ingresos procedentes de la pesca. Por eso la población local tampoco acogió con mucho entusiasmo el plan de la Unesco. Hubo protestas oficiales, tensiones entre los habitantes del pueblo y los monjes, e incluso algunos rifirrafes. Pero, dado que un cierto número de albañiles locales fue contratado de todos modos, y con salarios que doblaban

los rusos, al menos por un tiempo dejaron de quejarse.

Y ahora esos cuatro chicos muertos. Es decir, un muerto y quizá tres más.

—Entonces, ¿usted piensa que alguien puede haber tenido interés en paralizar los trabajos, en hacer que fracasara el proyecto? —le pregunté.

—Interés, sin duda, sí. Pero no me atrevo a decir que alguien lo haya hecho de verdad.

Yo estaba agotado ante todas esas precauciones, todos esos circunloquios. Le pregunté:

—¿Puedo saber por qué ha venido a hablar conmigo?

—Porque quería pedirle que ofrezca sobre este asunto una información equilibrada, y que no arroje una luz negativa sobre el monasterio. Ahora las obras se detendrán durante el invierno, pero el próximo año la Unesco debería asignarnos una nueva financiación. La necesitamos. Hay voluntarios, es cierto; pero no todos los que trabajan en el monasterio son voluntarios. Los albañiles son gente de aquí. Y los materiales cuestan...

Lo tranquilicé. Me estaba sobrevalorando.

—Estoy aquí para escribir un par de artículos para un semanario italiano. No creo que tenga el poder de influir en la Unesco. De todas formas, pienso que es de interés para el monasterio y para la isla que se descubra la verdad.

—Pero es que la verdad es muy simple —respondió con una sonrisa irónica—. La verdad es que este era un lugar tranquilo, un lugar de oración, hasta que el Estado soviético lo convirtió en un lugar de muerte, pisoteando cualquier ley, humana o divina. Más tarde, el Estado soviético cayó, se derrumbó bajo el peso de su propia culpa. El monasterio fue reabierto al culto. Podrá ver por sí mismo en qué condiciones nos lo devolvieron. Pero, después de los soviéticos, llegaron los rusos. Simplemente cambiaron de nombre, pero eran las mismas personas... Y hace unos diez años instalaron aquí una guarnición de la Armada. Luego la guarnición se marchó. La Unesco nos concedió los fondos para la restauración, pero en Moscú quisieron llevarse un trozo del pastel. Usted no sabe con cuántos burócratas tuvimos que pelearnos antes de que nos dejaran empezar a trabajar...

Siempre hablaba en plural. Pero, en ese momento, me di cuenta de que «nosotros» significaba «yo». Él era el plenipotenciario no solo del monasterio, sino de toda la isla, a pesar de que yo no llegara a entender exactamente con qué autoridad.

—Luego los burócratas nos dieron luz verde, aunque primero trajeron hasta aquí, desde las ciudades de la costa, a una veintena de trabajadores para

las obras. Aquí, en el pueblo, había suficientes, pero en Moscú dieron la orden de contratar, de contratar aunque no había necesidad. Estos albañiles de Kem, de Arcángel... —hizo una mueca de asco—, son chusma: alborotos, riñas, borrachos a todas horas del día, y ahora esta desgracia... Nos gustaría tan solo que nos dejaran en paz. Dígaselo a sus lectores.

Extendí los brazos. Dije que solo había que esperar. Que las desgracias, si eran desgracias, pronto serían olvidadas, y que los trabajos se reanudarían la primavera siguiente. Estábamos todos en el mismo lado. Cosas de esta guisa.

—Bueno, tengo la esperanza de que se acuerde usted también de que en este asunto somos aliados, no enemigos. Que nosotros también estamos pagando un precio.

¿Había una vaga amenaza en estas palabras? ¿Me estaba diciendo tal vez que los aliados podían convertirse en enemigos? Si la había, la ignoré. Le aseguré que en mis artículos hablaría también de las dificultades en las que se encontraba el monasterio. Y le dije que, si estaba de acuerdo, iría a visitarlo al día siguiente, para ver en qué punto se hallaban las obras y para hablar con los trabajadores. En fin, para hacerme una idea.

—Será usted bienvenido. Le espero mañana a las nueve.

No era una solicitud, era una notificación. Acepté. Luego, mientras lo acompañaba hasta la puerta, le dije:

—Me he enterado de que hubo una pelea entre uno de los voluntarios desaparecidos y alguien de la cuadrilla de albañiles.

—Sí, pero fue algo sin importancia. Estaba allí uno de nuestros hermanos, el padre Stefan, que resolvió el asunto de inmediato. Y no tuvo consecuencias.

—¿Qué idea se hizo usted de los tres chicos?

—La verdad es que casi no los vi. En el monasterio hablaban sobre todo con el padre Iósif, que estudió Ingeniería en Moscú y que está al tanto de la restauración. Una vez almorcé con ese que hablaba un poco de ruso, no muy bien, pero se hacía entender. Me pareció que era una persona seria.

Luego se detuvo y asintió con gravedad, como para confirmarse a sí mismo que Enrico se merecía lo que debía de ser, al menos para él, el mayor de los elogios.

—Estuvimos hablando de muchas cosas: estaba muy interesado en la historia del monasterio..., antes del paréntesis soviético. Eso fue lo que dijo, «el paréntesis soviético». Una expresión acertada, porque eso fue la historia soviética, un paréntesis sangriento. Luego lo vi en raras ocasiones. Paseaba

por el parque del monasterio, hablaba por el móvil, ayudaba a los otros extranjeros cuando necesitaban un intérprete.

Yo tenía la impresión de que los únicos que tenían móvil eran Fabio y Francesco. Y de que, de todas formas, el móvil, en las Solovki, no servía para mucho, dado que la cobertura era casi inexistente. Le pregunté si estaba seguro de que había visto a Enrico hablar por teléfono.

—Más de una vez.

¿Con quién hablaba Enrico? Y el móvil ¿era suyo o era el de Fabio o el de Francesco? Y, si era suyo, ¿adónde había ido a parar, puesto que —a diferencia de los de Fabio y Francesco— no había sido encontrado en el hotel?

—No es muy simpático, ¿verdad? —le dije a Lila, que había esperado a que saliera el pope para regresar al salón.

—Oh, peor aún..., es odioso. Intenta preguntar por ahí qué opinan de él.

—¿Por qué?, ¿qué dicen de él?

—Muchas cosas. Entre otras, que de cada dos rublos gastados en el monasterio uno termina en sus bolsillos.

No, no era simpático. Pero rumores de ese tipo eran normales en las comunidades pequeñas, eran la única forma que tenía la gente corriente de vengarse de los poderosos. El hombre con el que había hablado no me parecía alguien muy interesado en el dinero: Lila exageraba.

Había visto desde la ventana del salón que el pope, antes de marcharse, en el porche, le había dicho algo a Julia. Esta le había respondido sonriendo. Él había replicado a su vez, luego ella también había contestado, el pope había sonreído maliciosamente —parecía haber apreciado la ocurrencia— y se había alejado en la oscuridad.

—¿De qué habéis estado hablando el pope y tú? —le pregunté un poco más tarde, mientras subíamos a nuestras habitaciones.

—Me ha preguntado si yo también iré mañana al monasterio.

—¿Y qué le has contestado?

—Pues que soy una empleada tuya y que, si me necesitas, entonces...

—¿Y él?

—Me ha dicho que entonces no volveríamos a vernos, dado que no es necesario un intérprete.

—Y...

—Y yo le he contestado que me encantaría no tener que verlo otra vez, pero que por desgracia mucho me temía que iba a tener que ir yo también...

Le repetí lo que había dicho antes:

—Estoy muy contento de que estés aquí.

Y lo estaba de verdad.

—Humm, sí... Como empleada mía, creo que mañana voy a pedirte que me acompañes.

XII.

A la mañana siguiente, la lluvia caía menos densa, pero desde la ventana de mi habitación podía ver el patio del hotel y el inicio de la carretera que llevaba al pueblo, convertidos en un único y gran pantano.

—Imagínate —me había dicho Julia antes de ir a dormir—, estar siempre empapados. Siempre en el frío. Y, cuando no hay frío ni lluvia, aparecen los mosquitos. Es exactamente un lugar para convictos. O para sacerdotes.

—O para turistas de riesgo —había añadido yo, pensando en el proyecto de *resort* al que se había referido el pope. ¿Quién iba a pagar para venir a pasar unas vacaciones a un lugar como este? Y, pese a todo...

Pável y Lila ya estaban levantados desde hacía un buen rato, pero se sentaron con nosotros en la cocina mientras desayunábamos. El pope había dejado en todos una extraña impresión, y, aunque no entendía lo que Julia y ellos se decían, resultaba fácil deducir, por las sonrisas y los gestos, que estaban hablando de él, y con escasa simpatía. Entramos en el pantano con las botas de montaña, pero un poco más allá del patio del hotel nos hundimos en el barro casi hasta las pantorrillas. El kilómetro más o menos que nos separaba del monasterio fue una especie de calvario, con la lluvia que había empezado de nuevo a caer densa y las frondas de los árboles que, de vez en cuando, cedían y vertían sobre nosotros cántaros de agua helada. Pável se había ofrecido a acompañarnos con el pequeño todoterreno del hotel, pero yo insistí en ir a pie, con el fin de recopilar datos e impresiones que después podría utilizar en mis artículos.

En el monasterio nos esperaba una sorpresa. El pope nos dio la bienvenida frente al gigantesco portón y nos acompañó dentro. Había convocado a todos los monjes en el refectorio. Eran una veintena, todos ellos de pie, todos ellos barbudos, vestidos todos con una especie de caftán oscuro y con sandalias: casi todos ellos, inesperadamente, bastante jóvenes y —le susurré a Julia al entrar en la sala— bastante normales. Yo me esperaba encontrar *El nombre de la rosa*, por eso solté un suspiro de alivio.

No, el monasterio no estaba realmente en buenas condiciones, y eso que

aquel era el cuerpo central, el menos dañado. La sala donde nos encontrábamos era un rectángulo del tamaño más o menos de una cancha de baloncesto, con dos largas mesas de madera para las comidas de los monjes y, en perpendicular respecto a estas, una mesa más pequeña montada sobre una tarima: la mesa donde comía el pope con sus eventuales invitados. En las paredes laterales, una larga hilera de iconos medio desconchados cubría, pero solo en parte, las manchas dejadas por la humedad. En la pared del fondo del refectorio, los retratos de los popes que habían gobernado el monasterio en su medio milenio de historia, una ristra de caras tan parecidas entre sí como para sugerir que, en vez de los jefes de una iglesia, se trataba de los miembros de una dinastía, o de los frutos de un incesto plurisecular.

El pope le rogó a todo el mundo que ofreciera su propia contribución para que yo pudiera dar cuenta verdadera y tranquilizadora de lo que había sucedido en la isla. Repitió los dos adjetivos en francés, en mi honor: verdadera y tranquilizadora. Ante esa petición, las sonrisas de los monjes se convirtieron en muecas preocupadas. Le pedí permiso al pope e improvisé un breve discurso de periodista, que Julia fue traduciendo paso a paso:

—Como ustedes saben, tres compatriotas míos desaparecieron hace unos veinte días. Los conocían, trabajaban en la restauración de su monasterio. Tres hombres de poco más de treinta años, desaparecidos. Pero no se puede desaparecer sin dejar ninguna huella, sobre todo en una isla. La última vez que fueron vistos los tres fue el 26 de agosto. Habían ido a las obras por la mañana, y luego dijeron que querían dar una vuelta por la parte norte de la isla, siguiendo la carretera que lleva a Rebolda. Desde entonces no se ha sabido nada más. Desconocemos si realmente se dirigieron a Rebolda o si se detuvieron en otro lugar. En realidad, ni siquiera sabemos si hicieron verdaderamente ese viaje. Quienes se lo dijeron a la policía rusa fueron algunos de sus compañeros de trabajo, compañeros que, sin embargo, ya no se encuentran en la isla. Cualquiera de ustedes que los haya visto, ese mismo día o en los días siguientes, o cualquiera de ustedes que tenga información que considere útil para determinar lo que sucedió, por favor, que dé un paso adelante. No soy yo quien lo pide, son las familias de los chicos, con quienes me he reunido en Italia, y que viven con enorme angustia estos momentos. Y también me gustaría saber algo más acerca de ellos: cómo se encontraban aquí, qué hacían en su tiempo libre, si en estos días se han acordado ustedes de algún episodio que les haya hecho reflexionar, algo raro que pudiera ser útil para reconstruir los hechos.

Este era el discurso de un periodista. Un discurso que, en presencia del pope, corría el riesgo de resultar inútil, porque quien supiera algo podía tener miedo de hablar. De manera que añadí, como un buen periodista astuto:

—No es necesario que me lo digan ahora. Mejor dicho, les ruego que no lo hagan. Se requiere tiempo: para que ustedes recuerden, y para que yo ordene mis ideas y haga las preguntas pertinentes. Llegué ayer mismo. Durante los próximos cuatro días, Julia, mi colaboradora, y yo —mientras la señalaba con una sonrisa, ella asintió, pero nadie se dignó dirigirle una mirada— estaremos en el Hotel Solovki. Pueden encontrarme allí casi siempre; y, si no me encuentran, Julia o los encargados del hotel les dirán dónde pueden hacerlo. O pueden dejarme un mensaje, y ya me encargaré yo de ponerme en contacto con ustedes. Se lo pido encarecidamente: espero, por el bien de todos, que se esclarezca lo ocurrido. Sobre todo por el bien del monasterio.

Repetí la última frase.

El pope había seguido el discurso y la traducción con la cabeza agachada y los labios fruncidos, en esa postura que se adopta cuando uno está profundamente concentrado o profundamente irritado, o ambas cosas a la vez. Nos invitó a seguirlo a la cripta, junto con un par de monjes.

No sé si era verdad la historia del rublo gastado y del rublo embolsado. Si lo era, el pope debía de haberse convertido en multimillonario, porque en la cripta no había escatimado en gastos. El contraste con la miseria del refectorio era impresionante: era como si todo el dinero entregado por la Unesco se hubiera utilizado para transformar lo que antaño debía de haber sido una enorme bodega en un palacio. Tal vez en la Edad Media era así: la iglesia recubierta de oro, mientras los monjes, en sus celdas, dormían sobre el frío suelo. Pero allí ni siquiera parecía que se entraba en un lugar sagrado. Recuerdo que, al principio, pensé en una joyería o en una sala de exposición de lujo: Cartier, Armani, Ferrari. En cambio, nos encontrábamos en una isla en medio del mar Blanco, en los cimientos de un monasterio, y por allí, a pocos metros de distancia en línea recta, capas de cadáveres momificados se consumían lentamente en la turba.

La cripta era, por lo menos, un tercio más larga y más ancha que el refectorio, y casi de la misma altura. Yo me esperaba una especie de sótano, donde tendríamos que caminar agachados, y en cambio me hallaba en un espacio amplio, con techos de cuatro metros y una relajante luz de color blanco lechoso que procedía... Miré a mi alrededor. Procedía de una treintena de lámparas Poulsen que, colocadas en puntos estratégicos de la sala, daban

la impresión de la luz natural, la luz de un crepúsculo constante. Caminábamos sobre listones de teca en medio de una selva de pequeñas vitrinas de cristal que aún estaban vacías. Habían hecho bien las cosas. Tal vez un poco demasiado bien.

Los iconos en su mayoría estaban envueltos en telas o guardados en cajas que descansaban sobre el suelo. Decenas de cajas, cientos de obras. Evidentemente, la cripta era demasiado pequeña para todas esas cosas. Le pregunté dónde se colocarían las otras y con qué criterio serían seleccionadas y expuestas.

—Dado que no podemos exponerlas todas juntas —dijo el pope—, realizaremos rotaciones —y nos mostró un par de obras de las pocas que no estaban dentro de las cajas. Iconos del siglo xv, nos dijo, contemporáneos de la fundación del monasterio. Y por primera vez noté en su voz, en su cara, algo parecido a una emoción, un estremecimiento de orgullo que se había abierto camino por un momento a través de su máscara. En mis inútiles estudios universitarios aprendí lo que es la *reificación*: cuando un individuo se identifica con el objeto que produce, o que vende, o que compra. Reificación. El pope se había reificado en sus iconos. Bastaba con mirarlo para entender el porqué de aquel rufianesco reparto del presupuesto: nada para los monjes, todo para la cripta. Para él, el monasterio era la cripta, eran los iconos. Todo lo demás podía convertirse en polvo.

No sé nada de arte, y mucho menos de arte sagrado ruso. Julia, en cambio, entendía bastante. Visitaba museos, y no solo para encontrar un marido. Así que fue ella la que acabó llevando la conversación con el pope, la que hacía las preguntas inteligentes. El pope daba muestras de que aquello le gustaba. A pesar de la trifulca de la noche anterior, o quizás debido a dicha trifulca, había nacido entre los dos una especie de entendimiento. Salieron de la cripta el uno al lado del otro, y yo me quedé un poco más atrás junto con los dos monjes, que continuaron explicándome, siempre en un perfecto francés, cómo sería la organización definitiva de la cripta una vez que terminara la restauración.

—Bajo la cripta hay otro sótano más pequeño. Vamos a utilizarlo como almacén para los iconos que no puedan ser expuestos. Si no, nos veremos obligados a prestarlos para exposiciones, para pagar las restauraciones, en el caso de que la Unesco decida cortar la financiación...

El pope debía de haberles pedido que se quedaran junto a mí, de manera que de mi artículo se desprendiera que la restauración del monasterio ya

estaba en marcha y que tan solo faltaban los retoques finales, los últimos fondos. Pero era una petición superflua, dado que yo ya había decidido abrazar la causa de los iconos, del monasterio, de la isla. Mejor eso, pensaba, que un *resort* de cinco estrellas para turistas ricos, aburridos ya de Santorini.

Subimos. Julia estaba en la puerta del refectorio junto al pope, quien, por un momento, hablando con ella, me pareció que incluso sonreía.

—Bien. Así ya ha visto la colección y ha visto cómo avanzan los trabajos. Dígaselo a sus lectores.

—Se lo diré, sin duda. Me preguntaba dónde colocarán los iconos que no puedan ser expuestos. ¿Hay algún sótano, una bodega?

—No, no hay ningún sótano. Pero el monasterio tiene celdas que no están ocupadas por nadie: los pondremos allí. La mayor parte, de todos modos, será expuesta. El espacio parece poco, pero es suficiente.

Estaba a punto de decirle que el espacio, a menos que se pusieran los iconos unos encima de otros, no bastaría ni siquiera para la mitad, ni para una tercera parte de las obras, pero el pope cambió inmediatamente de tema.

—Ayer por la noche me pidió usted información sobre una riña que había acaecido entre uno de los italianos y uno de los albañiles. Como ya le dije, yo no estaba allí, pero el padre Stefan —señaló a uno de los monjes que ponía la mesa para el almuerzo— estuvo presente y puede decirle algo. Por cierto, habla su idioma.

El padre Stefan era un armario de casi dos metros al que el caftán hacía parecer aún más grande, con una barbita a lo Lenin y un enorme cabezón calvo. Me alegré de tenerlo delante como aliado y no como enemigo. Había estudiado Historia del Arte en la universidad: el italiano lo había aprendido (bien) en los libros. Me dijo que la riña entre Enrico («el que hablaba ruso y», de nuevo ese extraño detalle, «siempre iba por ahí con un móvil en la mano») y uno de los albañiles no había sido tal: solo había sido un gesto de impaciencia, una desfachatez por parte de un par de trabajadores, gente de la isla que no estaba acostumbrada a tratar con personas que venían de fuera. Enrico le pidió al albañil que hiciera algo; un poco por las prisas y otro poco por los líos de la lengua rusa, la petición le había salido como una orden, y una orden un tanto brusca. El albañil, ofendido, volcó a sus pies una carretilla llena de ladrillos.

Él, el padre Stefan, intervino para poner orden de inmediato, y todo terminó con un apretón de manos. No podía haber dudas sobre la capacidad de persuasión del padre Stefan.

—¿El albañil aún está aquí en el pueblo? —le pregunté.

—No, se fue con los otros trabajadores de Arcángel la semana pasada. Pero realmente se trató de un malentendido. A Konstantin, que así se llama, lo conocemos desde hace mucho tiempo: se trata de un buen hombre. Susceptible, pero bueno. Y lo vi hablar tranquilamente con Enrico más tarde.

El pope, allí al lado, confirmó satisfecho. Todo había ido bien. No había habido problemas. Era todo tan idílico que quedarme ahí haciendo preguntas sobre esos tres desgraciados acabó casi por parecerme una falta de delicadeza. Solo que esos tres desgraciados habían desaparecido.

—En cambio —añadió el padre Stefan—, algo más serio ocurrió en el cuartel donde los voluntarios de la Unesco dormían junto a otro grupo de albañiles. Yo no estaba allí, pero al día siguiente no se hablaba de otra cosa. Parece que hubo una discusión sobre una chica. Y parece que uno de los de Arcángel, un tipo violento, amenazó a uno de los italianos, y que incluso lo agredió. Al menos eso es lo que me dijeron...

Era lo que la Interpol había descrito como una simple broma, la novatada nocturna del cubo de agua. Tal vez una broma un poco pesada, pero nada que pudiera provocar reacciones violentas, ni mucho menos un triple asesinato. En cualquier caso, casi todos los trabajadores se habían marchado ya, habían regresado a tierra firme. No era posible, por tanto, comprobarlo, por lo menos para mí. Y no era probable que alguien quisiera hacerlo por mí.

—Esa puerta ¿adónde da? —le señalé una puerta de barrotes en la esquina izquierda, al fondo del refectorio.

—Es el ala oeste —dijo el pope—. Lleva cerrada desde hace años. El techo se ha caído en parte. En el interior llueve. Esa será la última zona que se recuperará. Siempre que la Unesco desbloquee los fondos.

Mientras lo decía, me cogió del brazo para acompañarme hacia la salida. Me detuve, le pregunté si era posible echar un vistazo.

—¿En el ala cerrada del monasterio? No, me temo que no, ni siquiera sé dónde está la llave. Y encontraría ahí solamente muebles viejos y podridos y nidos de pájaros. Nada exótico, en fin... —y sonrió por segunda vez en esos dos días.

—¿La policía indagó también ahí?

—Sí, y no encontraron nada. Por otra parte, los tres no podían entrar ahí, como tampoco nadie más. Y no tenían ningún motivo para hacerlo —hizo una pausa, me cogió la mano derecha y la retuvo entre las suyas—. Querido amigo.

Eso fue lo que dijo: «*Cher ami*».

—Querido amigo, veo que se está convirtiendo usted en detective. Entonces, búselos en el exterior, o en el mar; pero el consejo que le doy es que deje de buscarlos. Fue un accidente. No es el primero, aquí en las islas, por desgracia. Pero fue un accidente.

Alcancé a Julia, que fumaba sola en el césped delante del monasterio.

—Bueno —bromeé—, me alegro de que el pope y tú os hayáis hecho amigos...

—Me estaba llenando la cabeza de historias sobre el monasterio, sobre la colección, sobre el origen y la fecha de las obras, sobre lo bonito que será el museo... Al final casi me cae simpático: toda su vida invertida en ello, y ahora este asunto lo pone todo patas arriba...

—Muy simpático, sí. En cambio a mí me la ha llenado de patrañas.

—¿Por qué? ¿Qué patrañas?

—Oh, nada importante. Pequeñas mentiras piadosas. Por ejemplo, dijo que debajo de la cripta no hay otra bodega, y en cambio uno de los monjes me comentó que la hay. Y Monina mencionó que el ala oeste del monasterio está tapiada, así que no veo cómo la policía fue capaz de entrar en ella. Es como si quisiera que todo el mundo se marchara, que todo el mundo lo olvidara deprisa...

—Bueno, es un deseo comprensible, ¿no?

—Sí, pero él se engaña a sí mismo si piensa que la Unesco va a cargar con tres «desaparecidos» y va a seguir enviando aquí hombres y dinero como si nada hubiera pasado. No bromeaba cuando dije que la búsqueda de la verdad debe hacerse, sobre todo, por el bien del monasterio... Y luego la historia esa de Stefan. Estoy seguro de que todo lo que me dijo se lo sugirió el pope. Vi cómo lo miró para ver si representaba bien su papel...

Julia me interrumpió con una sonrisa en medio de mi trama de novela negra, mientras subíamos las escaleritas de madera del hotel:

—Humm..., qué diabólico este pope... O tal vez no te gusta porque no quieres que tenga otro pretendiente..., incluso aquí, en las islas Solovki...

Era la primera alusión de ese tipo en tres días: clara, límpida, de buen augurio. Ahora tenía que ir con cuidado para no estropearlo todo con una broma estúpida. Por suerte, sin embargo, Julia entró con rapidez en el vestíbulo y me dejó solo, bajo el saledizo, quitándome los zapatos y el anorak, feliz.

XIII.

Durante la noche la lluvia cesó. Por la mañana, era solo una especie de niebla húmeda que colocaba una pantalla opaca delante de las cosas. La temperatura había ascendido unos diez grados respecto al día anterior. Mirando por la ventana de mi habitación, era como si la cabaña de la sauna detrás del patio y el bosquecillo de abetos del fondo flotaran plácidamente en un acuario. Durante toda la semana, tal vez fue ese el único instante en que la isla me pareció, si no verdaderamente hermosa, por lo menos atractiva. Era el momento para una excursión.

Le ofrecimos a Pável una buena propina para que nos llevara a dar una vuelta por la isla con la ranchera del hotel. Aparte de las pocas calles dentro del pueblo, que acababan en los campos, en la isla solo había dos carreteras mal pavimentadas, y las dos salían desde el puerto. Una bordeaba el lado oeste pasando por delante de la central, de la pista para helicópteros y para bimotores y del edificio casi completamente destruido que habíamos visto desde el barco.

—Esa era la fábrica de pescado. Hubo un tiempo en que trabajaban el pescado —dijo Pável.

—¿La gente de aquí? —preguntó Julia.

—No, la gente de aquí pescaba. Los esclavos del gulag trabajaban el pescado.

Dijo así: *ráby*, esclavos. Pável no tenía tacto: pero tampoco retórica. Después de eso, la carretera se adentraba por un bosque de alerces y abedules y, al cabo de un par de kilómetros, terminaba en una especie de explanada que daba al mar, donde los pescadores habían construido pequeñas chozas que servían de refugio, cuando, sobre todo en invierno, la pesca se prolongaba hasta después de la puesta de sol. Más adelante había solo la muralla de los árboles y ningún camino.

—Aquí ya vino la policía a investigar —dijo Pável—. Incluso con perros. No encontraron nada.

Volvimos sobre nuestros pasos. Desde el vehículo, Pável señaló un punto a

unos cincuenta metros de nosotros:

—Allá abajo fue donde encontraron al chico alemán.

Le pedí a Julia que le dijera que se parara y me bajé de la ranchera. Al final del sendero señalado por Pável, un extenso prado bordeaba el acantilado. El lugar ideal para pasear o, al igual que hiciera Uwe, para correr. No había parapetos ni barandillas, el prado terminaba en el vacío. Miré abajo, hacia el mar, un centenar de metros en descenso. Sí, uno se puede resbalar, caer. Pero primero había que acercarse al borde, era necesario querer hacerlo, y luego había que distraerse lo bastante como para colocar un pie en falso, perder el equilibrio... ¿Llovía la mañana en que Uwe desapareció? Y, de ser así, ¿la lluvia no le habría sugerido ser aún más prudente, mantenerse alejado del acantilado? Me imaginé la escena. Uwe sube corriendo desde el puerto, recorre el sendero y llega a este prado. Uwe mira a su alrededor, disminuye la velocidad, se asoma, resbala, pierde el equilibrio. Uwe cae y acaba destrozado entre los escollos. Julia salió de los árboles mientras representaba los últimos pasos de Uwe a cámara lenta. Esbozó una sonrisa de asombro. Le respondí con una mueca. No, yo no era capaz de entenderlo. Volvimos juntos a la ranchera.

La otra carretera dividía el pueblo en dos y recorría todo el lado oriental de la isla hasta el extremo norte, un puntito en el mapa llamado Rebolda. Era aquí adonde los tres chicos dijeron que querían ir el día 26 de agosto. Comimos en el hotel un par de bocadillos e, inmediatamente después, nos pusimos en marcha.

La carretera era una recta larga y estrecha, que hacía una ligera pendiente, que se mantenía constantemente en la penumbra por el bosque de abedules que había a ambos lados. De vez en cuando, un pequeño arcén se abría donde habían talado árboles para permitir que los coches maniobraran o esperaran el paso del que venía en la dirección opuesta. Pero no nos cruzamos con nadie. Las pocas veces que el bosque se abría lográbamos ver, hacia el este, el espectáculo de las olas rompiendo contra el acantilado, que en ese lado era bastante bajo, de apenas cinco o seis metros. Las salpicaduras llegaban hasta la carretera. No, la idea del accidente, de una caída accidental en el mar, no podía descartarse.

Después de aproximadamente media hora de viaje, con frecuencia a paso humano debido a los baches llenos de agua y barro, alcanzamos una

explanada situada frente a una pequeña colina. La colina era precisamente Rebolda, y desde allí se podía proseguir —nos dijo Pável— para ver algunos escasos lugares dignos de mención en esa parte de la isla: los almacenes abandonados por los pescadores, que se remontaban incluso a la época de los zares; la turbera, que un kilómetro más al oeste se extendía como una larga lengua negra hasta entrar en el mar, y, un poco más allá, los restos de un asentamiento medieval. La policía ya había venido aquí también: ni cuerpos, ni pedazos de cuerpos, ni huellas de su paso. Empecé a explicarme lo de su colección de reliquias del ejército soviético. Pável tenía una fe ciega e irracional en la autoridad, en los uniformes, y parecía pensar que, después de una inspección de la policía rusa, ya no había que hacer nada más: el caso estaba cerrado. En cuanto a mí, después de la conversación con Monina, era mucho más escéptico: «Esa gente tiene que ocuparse de Chechenia...».

Dejamos la ranchera y seguimos a pie por la colina. Llegamos a la cima en pocos minutos, y del otro lado estaba el mar, pero un mar como no lo había visto en toda mi vida, una especie de magma negro e hirviente que se abatía contra las rocas treinta metros más abajo. A nuestra izquierda un sendero descendía por en medio del páramo hasta la orilla.

—Eso termina en la boca de una cueva —nos comunicó Pável—. La policía miró allí también.

La boca, en realidad, estaba cubierta por el agua de la marea alta. Si, por alguna razón, los tres se hubieran quedado atrapados allí dentro, se habrían ahogado, y sus cuerpos se los habría tragado el mar. Ningún resto, ningún rastro: habrían desaparecido para siempre. Pero, precisamente, ¿por qué iban a bajar hasta allí, e incluso a quedarse allí, mientras la marea ascendía? Entonces vi algo. Me detuve de golpe. Me asomé hacia el precipicio.

Había algo que flotaba cerca de la orilla, una mancha oscura que rozaba la superficie del agua y luego volvía al fondo de las olas. Se lo señalé a Julia. Durante unos segundos miramos juntos esa silueta. El cadáver de un hombre, de uno de nuestros hombres, o más bien lo que quedaba de uno de nuestros hombres tras días y más días de chocar contra las rocas. Habíamos llegado a nuestro destino. Llamamos a Pável para que viniera a ver. Pero, mientras Pável llegaba hasta allí, la silueta se hizo más nítida y cobró vida: una foca, el dorso lustroso de una foca, brilló por un momento, luego regresó de inmediato bajo el agua y se dirigió hacia mar abierto.

Continuamos por la cresta de la colina. En un terraplén había rastros del asentamiento medieval que, como decía la *Lonely Planet*, «existía varios

siglos antes que el monasterio». De hecho, era poco más que un círculo de piedras en el terreno. Las piedras se utilizaban para anclar la piel de las focas en el suelo: bajo estas tiendas rudimentarias vivían los primeros habitantes de la isla. Pável dijo que bastaba con cavar unos pocos centímetros para encontrar las agujas de hueso que las mujeres utilizaban para coser las pieles, e incluso las espinas y las cabezas de peces pequeños que habían comido un milenio atrás y se habían conservado intactas en la turba, todavía brillantes de aceite.

¿Por qué construir una aldea en la parte más fría y salvaje de la isla, sin puertos naturales? La *Lonely Planet* apuntaba dos explicaciones. Quienes se habían asentado allí podrían haber sido una comunidad de ermitaños que venía del continente, y a los ermitaños, ya se sabe, no les gustaban las comodidades. No era difícil imaginarse a un tipo barbudo que vestía un hábito, quieto en su meditación en lo alto de la colina, mientras la lluvia y el viento lo torturaban: ese era el lugar apropiado, si es que los había en el mundo. O bien aquí hicieron una parada los inuit durante las expediciones de pesca y de caza de la foca, antes de regresar a los hielos del Ártico. Tal vez una y otra cosa. Constatamos sin decir nada la explicación de la guía, pero recuerdo que pensé en lo muy diferentes de nosotros que debían de ser esos seres humanos para poder sobrevivir en un lugar tan desalentador y para poder elegir pasar aquí su vida o una parte de su vida. Alrededor había solo una débil lluvia, viento, la silueta del bosque hacia el sur y delante el mar oscuro hasta donde alcanzaba la vista. Y el sol se estaba poniendo. ¿Qué efecto tuvo que causarles, en un invierno de mil años antes, ver llegar la noche en ese terraplén, en soledad?

Pasamos junto a dos construcciones bajas de madera sin techumbre. A lo largo de la costa de la isla había unas diez casetas como esas. Los pescadores las usaban para secar el pescado o para guardar las redes. Pero esas ruinas no se utilizaban desde hacía décadas. Entramos a través de una portezuela. También el suelo había sido arrancado, tal vez para obtener leña. En una esquina había tuberías y ganchos oxidados medio cubiertos por la hierba. Nada más.

Doscientos metros más al oeste, la masa negra de la turbera señalaba el final del sendero. No era posible ir más allá sin hundirse hasta la cintura en una especie de arenas movedizas que se extendían por lo menos un kilómetro. Al norte, encontrándose con el negro del mar, la lengua negra de la turbera recordaba el horno hirviente de un volcán. No, aun admitiendo que hubieran

tomado ese camino, los tres chicos no habrían podido ir más lejos.

Regresamos lentamente hacia la ranchera, asomándonos al bosque cada vez que la pared de los abedules parecía abrirse en un pasaje, un sendero que los tres podían haber tomado. Pero el muro se cerraba siempre al cabo de unos pocos metros, obligándonos a volver sobre nuestros pasos. Alcanzamos el vehículo mientras el sol se ponía. Se había levantado un poco la niebla y la lluvia había comenzado a caer de nuevo con fuerza. Ahora hacía frío. Fue entonces cuando vimos a los perros.

Eran un punto negro recortado contra la colina, a unos quinientos metros de nosotros. Permanecimos inmóviles, intentando enfocar la imagen. La mancha se convirtió en muchas manchas oscuras. Pável abrió el maletero de la camioneta y cogió los prismáticos.

—Sí, ahí están los perros.

Eran unos quince animales, todos ellos negros, todos de tamaño mediano-grande, tipo pastor alemán. Permanecían quietos, sobre sus cuatro patas bajo la lluvia, en la semioscuridad de la puesta de sol. Quietos y silenciosos. Y todos ellos parecían estar mirando fijamente al oeste, hacia la turbera. En toda mi vida rara vez había tenido ocasión de ver algo tan misterioso y siniestro. Era como un símbolo, la imagen de algo malvado y violento, un trozo del infierno salpicado de alguna manera sobre la tierra. No he creído nunca en lo sobrenatural, en el diablo o todas esas otras tonterías, pero en ese momento tuve realmente la sensación de estar delante de algo no terrenal, maligno.

Fue un alivio escuchar la voz de Pável cerca:

—Son los hijos de los hijos de los perros que montaban guardia en el gulag. Por regla general no suelen molestar. Pero en invierno puede ocurrir que alguno se acerque hasta el pueblo en busca de comida. Y se recomienda a los turistas que se mantengan a distancia y que, si los ven, no se bajen del coche. Ahora ya son más lobos que perros. En manada pueden resultar muy peligrosos.

Lo creía. Uno podía respirar el peligro incluso a medio kilómetro de distancia, incluso con la ranchera al lado.

—Es posible que ellos hayan... ¿No han atacado nunca a los seres humanos?

Sí, habían atacado a los hombres, pero nunca habían matado. Se presentaban en los límites del pueblo en grupos de dos o tres. Alguna pedrada o algún disparo eran suficientes para hacer que se metieran de nuevo en el bosque. Pensé en el chico alemán, Neubauer, en las heridas «de mordeduras y

desgarros» que habían desfigurado el cadáver.

—¿A nadie se le ha ocurrido nunca coger un rifle y eliminarlos a todos?

—No es tan sencillo. Nunca van todos en grupo como ahora. Y por lo general no se encuentran en el calvero. Hallarlos en medio del bosque es difícil y peligroso. Y, además, hasta ahora no han dado ningún problema grave.

Sí, las cosas podían haber sido así. La excursión, el cansancio, el mal tiempo, la decisión de regresar o de descansar un rato antes de volver a partir. Y, de repente, en el camino, los perros, unos quince perros negros que los habían rodeado. O bien: un perro solamente y, mientras los tres chicos pasaban en silencio por su lado, del bosque había surgido otra docena. Al principio parece casi divertido, otra aventura que contar tras regresar a Italia. Gritan para alejarlos, pero no se marchan, comienzan a gruñir. Los tres chicos les lanzan unas piedras. Los perros retroceden un poco, pero luego vuelven. Retroceden y vuelven. Y las piedras son cada vez más escasas. Entonces, uno de los tres chicos o los tres juntos echan a correr hacia el pueblo. ¿Y los perros? ¿Qué hicieron los perros? Los habían perseguido, atrapado, destrozado, uno a uno.

Pero, si las cosas habían sido así, ¿dónde estaban los restos? La ropa, las botas... ¿En algún rincón del bosque, arrastrados por la lluvia, o en el camino, hundidos en el barro? Subimos a la ranchera. La niebla había cubierto de nuevo la colina, pero aún se podían distinguir las siluetas negras de los perros. Pável puso el motor en marcha y a través del parabrisas vimos una de esas siluetas acurrucarse en el suelo, seguida un momento después por todas las demás: como si durante todo ese tiempo hubieran permanecido en guardia, vigilantes.

Durante el viaje de regreso, nadie habló. Llevábamos con nosotros la imagen de los perros y también un temor, un presentimiento de lo que podían significar esos perros. Era algo que se percibía incluso viéndolos desde lejos: podían matar, podían haber matado. Vimos todos con alivio la luz de la farola que señalaba la entrada del hotel, y luego todo resultó muy agradable, un auténtico regreso a casa, la cena preparada por Lila, el té, la charla.

Al subir las escaleras pensé que tendría que dar un paso, hablar con Julia: intentarlo. Después de todo, yo era su pretendiente oficial, lo había dicho ella. Y un pretendiente está obligado a... Eso es. Mi problema era que hacía las

cosas por deber, incluso las que tendría que hacer solo por placer. No era algo que quisiera hacer: era algo que sentía que debía hacer. A los treinta y seis años todavía estaba cargado de estas inseguridades de adolescente. Al llegar al rellano me di la vuelta, le sonreí, ella esbozó una sonrisa cansada a modo de respuesta, balbucí que como empleada se había ganado sus ocho horas de sueño. Ya en mi habitación tomé algunas notas para el artículo y luego me acosté.

La habitación no permanecía completamente a oscuras. La luna estaba tapada por las nubes, pero la bombilla amarilla de la farola de la calle enviaba un tenue reflejo sobre el pequeño escritorio entre la ventana y la puerta de entrada. Me levanté para cerrar las persianas y, al hacerlo, retiré las cortinas ligeramente. La mancha de luz que la farola imprimía en el suelo se veía interrumpida por una sombra. La sombra se movía lentamente. Había algo o alguien en el camino que llevaba a nuestro hotel. Miré el reloj: las once. Me coloqué detrás de la cortina de manera que pudiera ver sin ser visto, y esperé. La sombra seguía moviéndose. Un movimiento a saltos, rítmico. Se detuvo. Intenté ver mejor esa forma negra estriada por la lluvia, para percibir si se trataba de un hombre o de un animal. ¿Tenía que abrir la ventana? ¿Gritar? Entonces sucedieron dos cosas al mismo tiempo. Me di cuenta de que lo que había visto en movimiento era el borde de un caftán, levantado por las rachas de viento; y reconocí la enorme espalda del padre Stefan que desaparecía en la oscuridad de la calle, hacia el monasterio.

XIV.

—Sí, claro que me acuerdo de los tres italianos. Muy simpáticos. Qué lástima.

La cantina es el único lugar abierto todo el año. Sirve a la vez como bar-taberna y como supermercado, y hay un poco de todo: ese todo que puede encontrarse en estas latitudes, es decir, básicamente conservas y pescado seco, y, naturalmente, vodka. Para todo aquello que no puede encontrarse tan fácilmente en estas latitudes —me había dicho Lila— hay que pedir ayuda a Tibor, el encargado de la cantina. Tibor sabe, conoce, proporciona. Basta con pagar. En cierta ocasión, el hotel tenía como clientes a un grupo de franceses que querían comer esturión. No caviar, esturión, que es un pez de agua dulce que vive tres mil kilómetros más al sur. Habían ofrecido quinientos dólares por las molestias. Las molestias se las había tomado Tibor, y a la noche siguiente en el Hotel Solovkí se sirvió un esturión entero. Así era Tibor. Tendría unos treinta años. Su padre había llegado a la isla desde Finlandia a principios de los años setenta, huyendo de quién sabe qué. En cualquier caso, de algo grande, grave, si la mejor solución que había encontrado era venir a esconderse a las Solovkí, de forma clandestina, en plena Guerra Fría. Cómo había logrado cruzar la frontera seguía siendo un misterio. Teniendo en cuenta que, por regla general, la gente intentaba pasarla en la dirección opuesta, también era posible que los guardias fronterizos, asombrados, le hubieran dejado entrar. Se estableció en la isla, se emparejó con una chica local, se puso al frente de la cantina de un viejo pescador y concibió a Tibor. Luego murió de cualquier enfermedad, y ahora eran Tibor y su madre los que regentaban la cantina.

—En realidad, hablé solamente con dos de ellos. Había uno que era simpático, que siempre tenía ganas de fiesta, y que bebía con los albañiles.

Fabio.

—Y luego charlé con otro que hablaba bastante bien en ruso.

Enrico.

—Siempre iba por ahí con un móvil. Lo recuerdo bien porque trabó

amistad con el tonto.

—¿Con quién? —le pregunté.

—Con Valentin, el tonto del pueblo. Se pasa todas las tardes aquí, sentado a una mesa... Con el tercero, en cambio, no hablé. Parecía más tímido.

Francesco.

Le pregunté si estaba realmente seguro de que Enrico iba todo el día por ahí con un móvil, ya que no constaba que lo tuviera. Habíamos hablado en inglés. Le pedí a Julia que fuera exacta, que formulara de nuevo la pregunta bien en ruso.

—Era más bien como un *walkie-talkie*.

Un *walkie-talkie*. Era posible: un *walkie-talkie* para estar en contacto con los otros jóvenes que trabajaban en el monasterio. Pero entonces tendría que haberlo tenido todo el mundo; en cambio, era la primera vez que oíamos hablar de ello. Y no estaba entre las cosas de Enrico.

Le pregunté si conocía a los albañiles rusos que dormían junto a los chicos en el cuartel.

—La verdad es que no los conocemos demasiado bien; solo los vemos cuando vienen a hacer la compra. Es gente que va y viene, cambia cada año. Están aquí durante tres meses y, ya se sabe, son jóvenes, y en la isla no hay mucho que hacer. Así que beben, se emborrachan, y de vez en cuando alguien se hace daño. Pero nunca nada demasiado serio. Son jóvenes, jóvenes...

Tibor me caía bien. Fue indulgente, paternal, aunque los chicos de los que hablaba solo tenían unos pocos años menos que él. Le pregunté si, entre esos pequeños problemas de convivencia, había habido una riña, media pelea entre uno de los albañiles, Misha, y uno de los chicos italianos.

—No sé, sería raro —me contestó—. A menudo venían todos juntos a beber a la cantina después del trabajo, y los italianos parecían encontrarse a sus anchas.

—¿Incluso en los últimos días de agosto, poco antes de que desaparecieran? —le pregunté.

—Nunca me percaté de que hubiera problemas entre ellos, aunque los italianos venían sobre todo a principios de mes, luego menos.

¿Podía haber sucedido algo en algún momento determinado? ¿La riña había tenido consecuencias, y por eso el grupo se había disuelto? Quizá. Pero, en realidad, resultaba perfectamente normal que, después de pasar una semana de veladas juntos en la cantina, los tres quisieran cambiar de

compañía o ir por su cuenta. No, parecía verdaderamente que Misha había dicho la verdad: todo se había arreglado después de la novatada nocturna, no debían de haber surgido —como decía el informe de la policía rusa— *nasty feelings*.

Mientras Tibor hablaba, yo me había apoyado en la barra del bar y había observado los recuerdos que colgaban de la pared, sobre las hileras de vasos y botellas. En su mayoría eran las fotografías de costumbre: grupos de marineros que levantaban sus jarras para brindar, pescas milagrosas, con peces tan grandes que tres personas tenían que sujetarlos, alguna puesta de sol invernal. Y luego postales de turistas que habían pasado por allí y le habían cogido cariño a Tibor, y le enviaban sus saludos desde Londres, Bruselas. «¡Incluso desde Australia!» Luego me fijé en un recorte de periódico, del *International Herald Tribune*. El titular decía: *Two U. S. Citizens Disappear in Northern Russia*.

Le señalé aquello a Tibor con curiosidad.

—Oh, eso es otra historia. Esos desaparecieron porque querían desaparecer...

En el verano de 1998 —nos explicó— una pareja de estadounidenses de unos cuarenta años llegó al puerto con un pequeño barco de recreo. Marido y mujer, sin tripulación. En esa época el Hotel Solovki aún no existía, así que los dos alquilaron una habitación en una de las pocas casas decentes de la isla, a unos cien metros de la fábrica incendiada, en dirección al bosque. Dijeron que eran turistas y que habían salido del norte de Inglaterra, pero su barco parecía demasiado pequeño para semejante travesía, y todo lo demás... —las circunstancias de su llegada, su decisión de bajar a tierra, cuando podían dormir cómodamente en el barco, y también el hecho de que siempre buscaran a alguien con quien hablar, o que los acompañara a pasear por la isla—, todo aquello terminó despertando sospechas.

Eran los años del desastre de Yeltsin, y Rusia se había convertido en una especie de tierra de conquista para las multinacionales y para las mafias; no era nada extraordinario que alguien se asomara por allí. Pero las Solovki también eran una zona militar estratégica, por lo que los mandos de la guarnición militar de Kem fueron alertados, y un par de días más tarde llegaron a la isla dos tipos, «dos de la Armada», para interrogar a los americanos. Al parecer, los dos habían repetido que eran turistas, atraídos hasta allí por el monasterio y por la naturaleza, y que a la semana siguiente iban a marcharse.

Al día siguiente, mejor dicho, esa misma noche, desaparecieron. Pagaron la cuenta de la habitación, es decir, dejaron el dinero —el doble de lo que debían— en un sobre para el propietario, y se marcharon. Por la mañana, el barco de recreo ya no estaba allí. El asunto no era, pues, tan raro. Tal vez los dos eran realmente turistas, y se habían asustado por el tratamiento, o por alguna amenaza de los dos tipos de la Armada. O se trataba realmente de espías y habían pensado en volverse ya para Inglaterra, si es que era de allí de donde venían, antes de ser interrogados de nuevo, retenidos, tal vez arrestados. Sin embargo, aquellos dos nunca regresaron a Inglaterra. No volvieron a ninguna parte. A la semana siguiente de su partida, los periódicos ingleses daban la noticia de la desaparición de Michael Brandom, directivo de una gran industria química, y de su esposa, Lindsay. Último destino conocido, las islas Solovki, en el norte de Rusia. Tibor se acordaba de los dos hombres ingleses que llegaron unos días después y que durante un tiempo anduvieron por la isla para preguntar al que les alquiló la habitación, a la gente del puerto, y también a su madre, quien, sin embargo, no había visto nada y no sabía nada. *Scotláiar*, decía Tibor, o tal vez los servicios secretos. Iban por ahí con un oficial de la policía rusa que maltrataba a todo el mundo, les gritaba a todos en la cara que eran unos cobardes, gente sin honor, y que no iba a abandonar la isla si no se descubría la verdad. Luego, cuando los ingleses terminaron sus interrogatorios, sin obtener ningún resultado, el policía se despidió en ruso riendo sarcásticamente: «¡Muy bien! ¡Hacéis bien en no decir nada a estos maricones!».

Nadie había dicho nada. Nadie sabía nada.

Leí el artículo del *Herald*. ¿Dónde habían acabado los dos estadounidenses? No había ni un rastro, ni un resto de naufragio, no hubo ninguna petición de ayuda en las horas posteriores a la desaparición. La policía estaba convencida de que tal desaparición era voluntaria. Se supo que Brandom había sido suspendido de sus funciones como directivo por *unfair behaviour* en el proceso de registro de una patente. No tenían hijos, no habían dejado nada ni a nadie a sus espaldas. Una huida. Pero ¿por qué, huyendo de Inglaterra, pasaban por las Solovki?

—Desaparecieron porque querían hacerlo. ¿Es esto lo que se dice en el pueblo?

La respuesta de Tibor fue tan sorprendente que tuve que pedirle a Julia que se la hiciera repetir en ruso.

—La verdad es que los viejos dicen que los hicieron desaparecer. Que se

los llevaron. Aquí, antaño, sucedía eso, dicen —comentó.

Julia no necesitó que le sugiriera las preguntas.

—¿Se los llevaron? ¿Y quién lo hizo? ¿Y cómo?

—Por la noche —dijo Tibor.

—Ok, pero, por la noche, ¿cuándo? —esta vez le había hablado yo a Tibor directamente en inglés.

Él seguía sonriendo, como si estuviera hablando de un cuento de los que relataban para asustar a los niños.

—Bueno, a decir verdad, no sé nada con exactitud. Mi madre me dijo una vez que, en la época de su abuela, incluso antes de los bolcheviques, había gente extraña en el norte de la isla, y que en invierno a los niños les estaba prohibido cruzar la línea de la antigua fábrica de pescado. Pero, en mi opinión, solo era una forma de evitar que nos metiéramos en algún lío, porque, de hecho, la isla puede ser peligrosa: el frío, los animales salvajes, el acantilado...

La madre de Tibor estaba en la cocina. La entrevimos mientras cortaba unos pepinos gigantes y los colocaba en los platos para el almuerzo. Era una viejecita pequeña y muy morena, y sus rasgos faciales eran casi orientales, tal vez la huella de algún antepasado esquimal. Le rogamos a Tibor que la llamara. Llegó inmediatamente y nos sonrió como una madre tanto a mí como a Julia. Le dijo algo en ruso a Julia («¿Estáis casados?, ¿tenéis hijos? Tú no eres rusa, ¿verdad?»). Tibor le explicó por qué nos encontrábamos en la isla. La sonrisa desapareció de inmediato. Habló con Julia durante un par de minutos. Sí, había visto a los italianos. Con uno de ellos, el que hablaba un poco de ruso y había hecho amistad con el tonto, también había tomado un té. Hacía miles de preguntas sobre la historia de la isla, sobre el monasterio, sobre el pope, sobre los antiguos asentamientos de pescadores en Rebolda. ¡Qué desgracia! Justo esa mañana había rezado por ellos. Y por el alma de ese otro pobre chico muerto, el alemán.

Le pregunté sobre la historia de las desapariciones en el norte de la isla. Volvió a poner su sonrisa maternal. Era algo que le contaban siempre sus abuelos. En octubre, hasta el bosque que ocupaba la parte septentrional de la isla, llegaban desde el norte los chamanes. ¿De qué *norte*, puesto que, al norte de las Solovki, no había más que el océano Glacial Ártico? Nadie lo sabía, pero los viejos decían «del norte» y esa fórmula vaga y misteriosa incluso ahora bastaba para meterle a uno el frío en los huesos. Pero era una leyenda, solo una leyenda, concluyó la mujer con una carcajada.

—¿No tenéis vosotros a Santa Claus?

Salimos. Sonreí a Julia. La noche anterior me había explicado que una de las razones por las que accedió a seguirme hasta las Solovki era el odio.

—Odio a los rusos. Y sobre todo a los rusos blancos, ese cruce entre un oso y un ser humano. Y no los odio porque sea de Ucrania, por lo que los rusos les hicieron a los ucranianos después de la revolución. No los odio por el pasado. Los odio porque los conozco como son ahora. Habría venido hasta gratis, solo por el placer de ayudarte a meter a alguno de ellos en la cárcel.

Pero no. Primero fueron Lila y Pável, ahora estos dos. Ella podría no querer a los rusos, pero tenía que admitir que, hasta ese momento, solo habíamos encontrado a personas adorables. Incluso el pope, a su manera...

—Después de todo —bromeé—, podríamos establecernos aquí, intentar pasar el invierno. Ya tenemos amigos, ya somos parroquianos del local de moda...

Julia me cogió del brazo y me indicó con señas que esperara un momento. Desde el interior de la cantina, escuchamos a Tibor y a su madre hablando en voz baja. Pasaron unos diez segundos, luego hubo una especie de explosión. La madre de Tibor, la viejecita sonriente que acabábamos de dejar, estaba gritándole a su hijo, que de vez en cuando intentaba interrumpirla balbuciendo lo que debían de ser disculpas. Pero cada palabra de su hijo era como gasolina arrojada al fuego del furor materno. Fue necesario un minuto largo para que la mujer se calmara, y la conclusión consistió en una serie infinita de *ia*. Le había gritado —este fue el resumen posterior de Julia— que tenía que trabajar, trabajar y callar, y no hablar con los extranjeros. ¿Qué sentido tenía sacar a colación viejas historias absurdas de chamanes solo para complacer a una puta ucraniana? ¿Necesitaban más curiosos en el pueblo? Era ella la que estaba al mando, ella la que decidía, ella la que hablaba con extranjeros: *ia, ia, ia...*

Por la noche, mientras los demás ya estaban en la cama, me quedé en el comedor del hotel para tomar algunas notas. No recuerdo haber estado rodeado nunca por un silencio tan perfecto. Un hotel aislado, una isla semidesierta y, alrededor de la isla, el mar Blanco. Pronuncié a media voz ese nombre: «Mar Blanco». Quien lo había bautizado así lo hizo pensando en el color del hielo en invierno. Pero en la calidez de la habitación a mí se me vinieron a la cabeza únicamente cosas cálidas y confortables: la blancura de

las sábanas limpias, levantadas sobre los ojos para no ver, para olvidarse de todo lo demás... Me encontraba en medio de un blanco mar lechoso, un líquido amniótico donde, en algún lugar, también estaban perdidos Enrico, Francesco y Fabio. Me sentía bien, me sentía protegido. Me acordé de lo que le había dicho en broma a Julia por la tarde: la idea de vivir allí, de romper con todo y con todos, de tomarme un año sabático para escribir lo que siempre había soñado escribir.

Pero eran sueños, y ya era tarde. Había puesto a prueba mi vocación después de la licenciatura y el resultado fue claro: no tenía vocación. No, no llegaría a convertirme en un escritor recluido, no tenía la imaginación suficiente para llenar mis páginas de cosas, si esas cosas no las había tenido delante de mí. Necesitaba la realidad. Por primera vez en mi vida, solo en esa mesa de hotel, sentí que me estaba haciendo viejo. No creciendo, no madurando, sino envejeciendo. La gama de mis posibilidades, que parecía infinita apenas hacía dos o tres años, se me estaba agotando. Las decisiones importantes habían sido ya adoptadas. No era un escritor, y tal vez ni siquiera fuera un periodista. Era un licenciado en Ciencias Políticas que escribía artículos por encargo, artículos que otros cien podrían escribir igual de bien. Y eso sería lo que iba a hacer, probablemente, en los próximos años. Había tenido una compañera, con la que había compartido sexo, viajes, proyectos, y ahora no podía soportarme más de un cuarto de hora seguido. Y tenía un hijo de tres años. Un hijo al que —tenía que encontrarme en medio del mar Blanco para darme cuenta con una claridad que incluso inhibía los sentimientos de culpa— no echaba de menos.

Sí, quedarse en las Solovki. Desaparecer en las Solovki, como esos dos americanos, quince años atrás, o como los tres amigos florentinos. ¿Habían querido quizá desaparecer ellos también? Dejar atrás a unos padres opresivos, unas novias que no los amaban, los fines de semana en la Versilia... Los sentí muy cerca de mí, mucho más parecidos a mí de lo que había imaginado. Dije: «Enrico, Francesco, Fabio...», en voz queda, en el silencio de la habitación. Me estaba volviendo sentimental. Me imaginé las Solovki como un agujero negro que lanzaba a la gente de treinta y cinco años que caía dentro de él hacia otra dimensión: gente de treinta y cinco años cansada de la vida, asustada por la vida, o demasiado indecisa para averiguar qué dirección iban a tomar sus vidas. Uno solo tenía que encontrar la apertura, la puerta que llevaba *al otro lado*. Tal vez la estructura ennegrecida de la fábrica de pescado; o tal vez el portón tapiado que daba al ala oeste del monasterio... Se

me vino a la cabeza *Pícnic en Hanging Rock*. El grupo de estudiantes que va de excursión al desierto de Australia y que desaparece es llevado a otro lugar —otro lugar en ninguna parte, en otra dimensión—, mientras escala la montaña, y ya no regresa.

Subí a la habitación, pero no encendí la luz. Cerré la puerta tras de mí y esperé unos segundos para acostumbrarme a la oscuridad. La farola de la calle que estaba delante de la entrada del hotel proyectaba la misma lámina de luz en las cortinas que cubrían la ventana. Las abrí ligeramente. El padre Stefan se encontraba a unos treinta metros, en la calle, y miraba en mi dirección. Dejé caer la cortina y salí rápidamente de la habitación. Bajé las escaleras a la carrera intentando no hacer ruido para no despertar a los demás. Abrí la puerta y salí corriendo a la calle. El padre Stefan ya no estaba. Me detuve cerca de la valla que rodeaba el pequeño patio del hotel, intentando ver u oír algo. No podía haber ido muy lejos; para bajar no había empleado más de unos veinte segundos. Me quedé un rato en silencio, en la oscuridad. La lluvia había cesado. Iba sin el anorak, pero me sentía demasiado tenso como para tener frío. Oí un ruido procedente de la leñera. Empecé a darme la vuelta, pero, en ese mismo momento, sentí que una mano me agarraba.

La sombra del padre Stefan oscureció también la escasa luz de la farola que quedaba detrás de él. Supe al instante que sí, que podía haber sucedido así. El padre Stefan. Había sido él, quién sabe por qué razón. Y ahora estaba allí para terminar el trabajo, y yo había salido a su encuentro, solo. Abrí la boca para gritar, pero su mano me la cerró.

—Gracias por haber venido —susurró.

Di un paso atrás. Respiré aliviado. El padre Stefan hablaba como si nos hubiéramos citado allí.

—Le vi también ayer, aquí afuera —le dije.

—Y yo vi que usted me vio. Pero ayer las luces de las otras habitaciones también estaban encendidas. Quería verle a solas, y durante el día no es posible.

—De todos modos, en el hotel todos están despiertos.

Aún no me fiaba del todo. Se lo dije para que supiera que solo necesitaba gritar y... él se lo tomó como una invitación para ir con cuidado. No se imaginaba que podría tener miedo de él. Eso fue suficiente para dejar de tenerlo. Ahora sentía curiosidad.

—¿Por qué yo solo?

—Porque tengo que decirle algo que me gustaría que quedara entre

nosotros.

Esperé.

—Anteayer, en la cripta del monasterio, usted vio los iconos. Es decir, vio un montón de paquetes, muchas cajas. Pero solo cinco o seis iconos. ¿No se preguntó por qué?

Hice una mueca de incomodidad. No me lo había preguntado.

—El hecho es que, antes de que llegaran los fondos para la restauración, los iconos eran muchos más. Había un millar, y este es el número que aparece también en el último inventario hecho en los años sesenta. Otro hermano y yo los contamos hace unas semanas, y por lo menos falta la mitad. Algunos deben de estar en el sótano que hay bajo la cripta, donde siempre permanecieron. Pero otros sin duda han abandonado el monasterio. Se lo comentamos al pope, pero nos dijo que nos equivocábamos, que los iconos son los que se encuentran en la cripta. De todas formas, él no conoce ese inventario. Y los hermanos más viejos recuerdan perfectamente haber visto iconos que ahora no están ahí.

—Entonces quién...

—El pope. Creemos que los ha vendido, que los ha enviado al extranjero. Durante el invierno, cuando aquí no hay nadie, alrededor del monasterio se producen movimientos extraños. Trabajos de restauración que se ponen otra vez en marcha inmediatamente, bajo la nieve, y luego se detienen al cabo de tres días, gente que dice ser de la Unesco, pero que solo habla ruso...

—¿Y por qué estas cosas no se las explicaron a la policía?

—Oh..., porque nuestro pope es un hombre muy poderoso, y difícilmente la policía rusa, los oficiales que vinieron al monasterio desde Kem y desde Arcángel, se pondría en su contra.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—Tiene que darle esto a la Interpol italiana —y me dio un cuadernillo—. Se trata del inventario de los años sesenta, con todas las obras catalogadas: más de mil. Usted puede confirmar que las obras restantes son muchas menos, y tal vez ellos puedan convencer a sus colegas rusos para que lo verifiquen...

Cogí las hojas, busqué un bolsillo donde meterlas, pero no tenía bolsillos, iba en mangas de camisa a tres grados, en el mar Blanco. Hasta entonces, la tensión me había impedido percatarme del frío, pero en ese momento me estremecí. Le dije al padre Stefan que echaría un vistazo a esos papeles y que tendría noticias mías antes de marcharnos.

—No es necesario que volvamos a vernos —concluyó encaminándose en dirección al monasterio. Lo seguí con la mirada unos pocos pasos, luego se perdió en la oscuridad.

XV.

El tonto estaba sentado a una mesa de la cantina. No bebía ni comía. Nunca hablaba con nadie, nadie hablaba con él. No hacía nada, estaba allí, y punto. Tibor nos lo señaló cuando volvimos a verlo, a la tarde siguiente, pero lo habríamos identificado sin necesidad de ayuda. Era bajo, poco más de un metro sesenta, pero era increíblemente ancho y robusto, aunque sin estar gordo: recordaba a esos personajes de los dibujos animados que terminan debajo de una roca y vuelven a salir un segundo después sin un rasguño, pero demediados: un trozo de carne en lata. Llevaba el pelo casi rapado al cero, y tenía la frente baja de los retrasados. Una enfermedad de la piel le había llenado la cara de costras amarillentas. Ni barba ni bigote, y era una lástima, porque la boca no era un espectáculo agradable: demasiado ancha, y muy pocos dientes, que, cuando se descubrían —y sucedía a menudo, porque el tonto se reía constantemente, y siempre sin motivo—, le otorgaban el aspecto de un gigantesco y horroroso conejo.

El nombre del tonto del pueblo era Valentin, pero todo el mundo lo llamaba «el Tonto». Tenía unos treinta años y no siempre había sido tonto. Aunque tampoco es que hubiera sido nunca inteligente. Pero unos quince años antes, cuando Tibor era todavía un niño, algo sucedió. Valentin desapareció. Habían avisado a la policía de Kem. Algunos de los pescadores se tomaron medio día libre para ayudar en la búsqueda; quizá no tanto por Valentin como por su madre, una viuda pobre que, además de la viudez, también había sufrido la desgracia de tener un hijo raro como Valentin. Todo el mundo, excepto ella, pensaba que sería mejor no encontrarlo nunca más. Era diciembre, no había ninguna posibilidad de sobrevivir en el exterior ni tan siquiera una noche; y Valentin no se había llevado consigo ropa de repuesto. Debía de haber caído al mar, o en un barranco; el cuerpo reaparecería con el deshielo, o nunca. Las investigaciones cesaron. Los habitantes del pueblo fueron a visitar a la madre en su cuchitril a doscientos metros de la central para darle un pésame que sonaba más bien a felicitación. Y, luego, después de casi dos meses, cuando todo el mundo ya se había

olvidado, Valentin reapareció. Lo vieron llegar desde el bosque, delgado, desastrado, lleno de piojos. Y tonto. Hasta entonces había sido solo un poco obtuso. Obtuso y violento, incluso con su madre. Ahora estaba completamente idiotizado. Nunca nadie llegó a saber qué había sucedido en esos dos meses, y él nunca lo explicó, porque, a partir de entonces, nunca articuló ni una sola frase con sentido.

Pero a menudo en la adversidad se encuentra escondida una bendición. Junto a la idiotez apareció una docilidad que el Valentin de antes nunca había tenido. Había sentado la cabeza al perder la razón. Ahora Valentin ayudaba a los pescadores. No sentía el frío, o lo sentía pero pensaba que no había nada que hacer, por lo que podía ser visto en el puerto a mediados de enero, a veinte grados bajo cero, con jersey de lana y con los pies en el agua, mientras izaba las redes vacías en las barcas por la noche y las descargaba por la mañana. A cambio, los habitantes del pueblo le daban unos rublos para que pudieran mantenerse tanto su madre como él. Y dos comidas al día pagadas en la cantina del finlandés.

Julia lo saludó. Él no oyó o fingió que no la oía, y se inclinó aún más sobre su cuenco. Entonces pedí dos cervezas y me senté a la mesa frente a él. Esbozó una sonrisa —para mí, no para Julia— y levantó el vaso con una mueca que decidí interpretar como una expresión de gratitud. Bebió un sorbo, luego bajó el vaso y me miró como si quisiera que yo también lo hiciera. Bebí, y eso pareció ser suficiente para obtener, además de su confianza, su amistad. Acabó la cerveza de un trago, después acercó sonriendo su mano a mi cara y comenzó a tocarla suavemente, igual que hacen los ciegos. Su rostro era un amasijo de carne en el que se descifraban con dificultad las facciones: la boca torcida entreabierta por los dos dientes de conejo, la línea imposible de la nariz plegada sobre el labio superior, el ojo derecho medio tapado por una membrana no muy diferente a la de los topos.

Julia intentó decirle algo en ruso, pero él siguió ignorándola y masajeándome la cara, es más, comenzó a utilizar también la otra mano, y, por un momento, tuve una imagen *gore* de sus pulgares hundiéndose en las cuencas de mis ojos, ejerciendo presión y, *plop*, me hacía saltar los ojos: así, como una muestra de afecto. La voz de Tibor me despertó de esa fantasía macabra.

—No te preocupes, no es peligroso —dijo en inglés—. Tal vez entiende. Tal vez no. Pero no es peligroso. Es como un niño.

Yo *tenía* un niño, en algún lugar de Italia. Yo era, entre otras cosas, un

padre, aunque esto parecía haberse convertido para mí, para mi vida, en un hecho secundario, solo una de las muchas cosas que yo era o que tenía. Pero sabía lo bastante para acordarme del elemento *táctil*. No habléis con los niños pequeños, hacedles sentir que estáis ahí, tocadlos. Devolví las caricias a Valentin, coloqué con lentitud mis manos en sus mejillas. Se quedó sorprendido durante un momento. Nadie, aparte de su madre, debía de haberle mostrado amistad o afecto, y mucho menos debía de haberlo tocado con dulzura. Lo táctil. Resultaba extraño desplegar mi inexistente instinto paternal en una isla del norte de Rusia. Y aún resultaba más extraño que el objeto de mis atenciones no fuera mi hijo, sino un treintañero que pesaba un quintal, loco y deforme. Valentin soltó un gruñido de placer, me agarró las manos y se las acercó a la boca para besarlas.

—Oye, cuánto te quiere, ¿eh? —era Tibor, irónicamente, detrás de la barra.

Pero cuatro días en la isla me habían vuelto sentimental, la ironía ya no me afectaba; ahora no había nada que no me conmoviese. Yo también quería mucho a Valentin, a pesar de que era la primera vez que lo veía en toda mi vida; me habría gustado salvar a ese desgraciado. Saqué de la mochila las fotografías de los tres desaparecidos, las tres fotos en color que habían salido en *Fatti*, y una a una se las mostré. Él asintió con la cabeza frente a las de Fabio y de Francesco, pero era imposible decir si lo hacía porque los reconocía o si habría tenido la misma reacción frente a cualquier otra imagen. Luego le pasé la de Enrico. Apenas le echó una mirada, soltó un gritito que podía querer decir cualquier cosa: reconocimiento, afecto, piedad, preocupación..., esto también era imposible determinarlo, aunque me inclinaba por el reconocimiento y el afecto. Y, cuando poco después me levanté para marcharme, tuve que abrirle los dedos casi a la fuerza para recuperar la fotografía.

Delante de la cantina se había reunido un grupito de chiquillos con los que ya nos habíamos cruzado por la mañana en el camino hacia el monasterio. El que parecía el jefe, un chico rubio con acné de una delgadez enfermiza, innatural, había cogido a Julia de la mano para mostrarle una especie de tarifario: el cambio en rublos variaba dependiendo de la suma que se pretendiera cambiar. Nunca hay que fomentar este tipo de actividades paralegales: los chiquillos pensarán que es mejor que trabajar. Y nunca hay que confiar en los chiquillos, pues son seres inmorales. Habíamos continuado nuestro camino, y ellos, con el chico del acné a la cabeza, comenzaron a seguirnos diciendo palabrotas en ruso y en un pésimo inglés. También

lanzando algunas piedras. Nada alarmante, pero fue un alivio toparse con un par de mujeres con las que Julia había charlado unos días antes en el barco desde Kem. Ante sus gritos de reprimenda, los chiquillos se dispersaron. Nos había quedado, sin embargo, tanto Julia como a mí, la sensación de una violencia reprimida y lista para estallar, una agresión en estado natural que yo, automáticamente, relacioné con los perros negros que habíamos visto dos días antes en Rebolda.

Valentin también se levantó y se unió a nosotros bajo la marquesina metálica que cubría la puerta de entrada de la cantina. Los chiquillos huyeron de repente, gritando. Pero se notaba que el suyo era un miedo fingido, una broma. Valentin era un monstruo, pero un monstruo demasiado estúpido y demasiado solo para ser realmente peligroso. Escuché su griterío, contemplé sus caras malvadas bajo la lluvia. Valentin agachó la cabeza y se encaminó hacia el puerto. No, en todo aquello no había nada diabólico. Todo era, tan solo, cruelmente natural.

Esa misma tarde recibí dos llamadas en el móvil. Era la primera vez que alguien me buscaba desde nuestra llegada a las Solovki. Examiné las distintas explicaciones posibles de este silencio. Nada extraño, me dije, puesto que casi todo el mundo sabía que me encontraba en el extranjero. Luego estaba la dificultad para encontrar cobertura, y también el hecho de que nadie tenía motivos particulares para llamarme, de que nadie me echaba de menos. Esta última razón era la más verdadera, pero, en vez de deprimirme, como habría hecho en circunstancias normales, esa constatación casi me produjo placer. Estaba solo, libre en medio del mar Blanco, nadie me conocía. Ser olvidado no era el peor de mis miedos, y ese lugar, después del primer momento de desorientación, me proporcionaba una sensación de posibilidades infinitas. ¿Habían tenido Enrico, Fabio y Francesco tal vez la misma sensación? Me acordé de una frase del padre de Fabio, una de las pocas en las que podía encontrarse un atisbo de interés, aunque no exactamente de afecto: «Siempre pensé que no eran aptos para la vida, al menos para esta vida». Renunciar a la vida tal y como la entendía el padre de Fabio, desaparecer, y desaparecer precisamente ahí, en esa isla absurda, estaba empezando a parecerme una decisión no solo comprensible, sino obvia.

Gaia fue la primera en telefonarme, y la llamada duró los treinta segundos de rigor, porque, a esas alturas, todo lo que teníamos que decirnos, sobre

cualquier asunto o problema, podía resumirse en treinta segundos. Gaia quería hablar conmigo, pero no por teléfono. ¿Cuándo podía pasar por su casa? Lo que tarde en regresar a Italia, le respondí.

—¿Regresar de dónde? —dijo ella.

En fin, que no había oído el mensaje en el contestador, o lo había hecho, pero sin escucharlo, como ocurría frecuentemente con mis mensajes: no sabía que estaba en Rusia («¿En Rusia? ¿Por trabajo?», y soltó una carcajada), pero de todas formas no tenía importancia, a mi regreso teníamos que vernos para clarificar «el tema». Respondí que «el tema» ya estaba claro. Lo estaba en el sentido de que habíamos decidido divorciarnos serenamente, y ella estaba forrada de dinero y no me necesitaba para mantenerse a sí misma y al niño, y que, en cualquier caso, le pasaba sin pestañear más de un tercio de mi sueldo para que pudiera pagarse la cuota del gimnasio de las divas en Fiesole. A cambio, le pedía, exactamente, *nada*. Y este era, en concreto, el problema.

—Te estás alejando.

—Estoy en Rusia. Estoy aquí trabajando para que tú puedas matarte dando clases de pilates...

Lo dije sonriendo. A pesar de la separación, no habíamos renunciado a la idea de que nuestras conversaciones tuvieran siempre un cierto *flair* literario. Pero Gaia fue directa al grano:

—Dado que no se trata solo de nosotros dos, ¿puedo pedirte que actúes como una persona adulta?

Nuestro hijo. Me estaba alejando de nuestro hijo.

—Humm... ¿Qué habéis hecho estos días? —le pregunté. Eran los últimos retazos de verano antes del retorno a la ciudad.

—Carlo vino a vernos a la playa, a casa de mis padres, y nos trajo de vuelta a Florencia.

Carlo era... Dios, no hay palabras para decir quién era Carlo.

—¿Te lo follas?

—Muy bien, bonito final. Adiós —y colgó, dejándome medio ofendido y medio emocionado, porque lo de colgarnos irónicamente era uno de nuestros juegos favoritos cuando las cosas entre nosotros iban bien. Esta vez solo me había colgado el teléfono, sin ninguna ironía.

¿Cómo había ocurrido? Gaia era una inteligente, simpática, rica y todavía hermosa (aunque cada vez menos, desde que habíamos roto) florentina de treinta y cinco años. Y, sobre todo, había sido mi compañera, había tenido un hijo conmigo, leía los libros que yo leía, veía las películas que me gustaban.

¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo había podido darle una oportunidad a Carlo Rais, ese gilipollas que se había pasado sus años universitarios delante de la máquina de café de la Biblioteca Nacional, intentando ligarse a las niñas del instituto embobándolas con citas de Kafka de tercera mano? Ese idiota pasaba seis meses al año en Cerdeña, en la casa familiar en la isla de la Maddalena, y alquilaba chalupas y zódiacs a los turistas, naturalmente, todo en negro («No, no nos ha llegado el formulario 730»). Los otros seis meses se los pasaba en Florencia tocándose las pelotas, descargándose películas y series de televisión por internet. Después de todo, no era tan idiota. Y ahora Gaia. ¿Cómo había ocurrido? Sí, yo también quería hablar con ella, y no por teléfono.

La segunda llamada fue de Galliano. Me pidió información acerca de cuánto dinero había gastado hasta ese momento, y resultó que el dinero desembolsado era bastante, aunque no excesivo. Bien. Me preguntó si me había llevado ya a la cama a la traductora (no sabía nada concreto sobre Julia, solamente que había alguien, una mujer, conmigo; pero creía que se trataba del deber obvio de cualquier buen italiano en viaje de trabajo) y, al final, pero solo al final, me informó sobre los avances de la investigación italiana.

—¿Sabes que le han dado carpetazo?

—¿Cómo que le han dado carpetazo?

«Le han dado carpetazo.» Se estaba divirtiendo. Se lo notaba en la voz. Casi podía verlo repantigado en la *chaise longue* que había colocado delante de la puertaventana para dar un aire reflexivo a su oficina. Tal vez había llamado a algún compañero, o a la horrible señorita Zampa, para que también se echaran unas risas.

—Parece que han encontrado a un testigo.

—¿Y de quién se trata?

—Un tipo. Uno que trabaja en el puerto. El jefe del puerto, en resumen, el que manda en el puerto. Algo por el estilo.

Nunca me esperaba grandes cosas de Galliano, pero siempre lograba sorprenderme. Era el hombre más impreciso y menos profesional que había conocido en mi vida. ¿Cómo habría llegado a dirigir un periódico? ¿Cómo habría conseguido llegar a ser periodista? ¿Cómo habría obtenido cualquier atisbo de trabajo?

—¿Tienes su nombre?

—Sí, tengo su nombre. Se llama...

Siguió una larga pausa de roces y pitidos en el móvil. Después de más o

menos medio minuto Galliano resurgió con el nombre.

—Se llama Filippov. «El *boss* del puerto», está escrito aquí. Dice que vio a los tres italianos mientras iban caminando por un sendero que va a algún lugar en el norte de la isla...

—Rebolda.

—Sí, un nombre así. Dice que los vio y que también les avisó de que tuvieran cuidado porque las olas llegaban hasta el camino, y alguno se había dejado ya el pellejo. Turistas... En definitiva, que se los tragó el mar. Ha pasado antes —silencio, ruido en la línea—. Oh, ya ha pasado antes, ¿entiendes?

—Entiendo. ¿Y esto es suficiente para dar carpetazo a la investigación?

—Para la policía, sí. Así que, Capace, la cosa está en tus manos.

No conseguía saber si me estaba tomando el pelo, pero me inclinaba a pensar que sí. Sin embargo, no era así.

—Vamos a ver. Quédate un tiempo todavía, escíbeme aún al menos un par de artículos largos, ambiente, personajes, sensaciones y todo lo demás. Y también sangre y misterio: eso nunca es suficiente, eso nunca está de sobra. Que la policía le haya dado carpetazo a la investigación no supone que tengamos que hacerlo nosotros también. Invéntate algo. Mientras tanto, tal vez podrías buscar a este..., este...

—Filippov.

—Eso es. Dice que es uno que trabaja en el puerto, está al mando del puerto, no sé, será un tipo misterioso, ¿no?...

En realidad, Filippov no resultaba misterioso en absoluto. Por la tarde, a eso de las seis, fui a buscarlo a la cantina, donde se cruzaban para la cena los pescadores que estaban a punto de salir al mar y los que regresaban de los mercados de pescado de Kem y de Arcángel. Tibor me saludó con su sonrisa habitual. O los reproches maternos del día anterior le habían resbalado por encima sin dejarle el menor rastro o esta era precisamente la línea establecida por la madre: sonreír y no hablar demasiado. Al mencionar el nombre de Filippov hizo una mueca de sorpresa, como si fuera extraño que, después de cuatro días de estancia en la isla, no hubiera tenido aún la oportunidad de conocer al hombre que —como me confirmó Lila en el hotel— gobernaba no solo el puerto sino, junto con el pope, toda la vida de la isla.

Tibor salió de detrás de la barra, me tomó por el brazo y me acompañó

fuera, frente al banco de la entrada. A esa hora, antes de la puesta de sol, ese era el único punto de la explanada que permanecía iluminado por una pálida mancha de claridad. Los hombres se aprovisionaban de luz y de calor. Tibor le dijo algo a uno de ellos, un tipo robusto de unos cincuenta años y completamente lampiño: nada de pelo, nada de barba, nada de cejas; ojos pequeños y rasgados, casi orientales, una hermosa sonrisa que habría definido como amable, si lo que había sucedido el día anterior con la madre de Tibor no me hubiera enseñado a desconfiar de las sonrisas amables, por lo menos en esas latitudes. Llevaba un chándal, uno de esos chándales pesados, con pantalones y sudadera con cremallera, que en Italia solo llevan los jubilados que hacen deporte o los mafiosos. Yo iba embutido en mi anorak y me moría de frío. Cuestión de hábito. Filippov me miró, hizo un gesto con la cabeza y me dijo algo en ruso. Luego se dirigió a Tibor. Yo aún no había dicho ni una palabra, pero debía de resultar obvio para qué estaba allí. Ya debían de saberlo todos.

—Dice que solo habló con la policía rusa. Tú eres el primer italiano al que ve. Conocía a los tres chicos: charlaron algunas veces cuando iban al puerto. Uno de los tres hablaba ruso. El día en que desaparecieron, los vio ir hacia Rebolda. Llovía, el mar estaba agitado, el camino a Rebolda se veía invadido a menudo por las olas, así que les dijo que se quedaran en casa. Ya ha sucedido otras veces: chicos del pueblo que van a escondidas por ese camino y que se ven arrastrados por las olas. Ellos no le hicieron caso.

Yo había estado en esa carretera el día anterior. Había visto el mar, las olas, pero no me parecía que pudieran barrer de repente a tres hombres. A unos niños, por supuesto; pero a hombres... Tibor tradujo, pero, mientras traducía, sacudía cabeza.

—Dice que los chicos fueron por el sendero, no por la carretera. La cosa es así: hay una carretera para los coches, pero, más abajo, un poco por encima de los acantilados, se encuentra el antiguo sendero para los carros, cuando el acantilado era más alto. Ahora el mar se ha comido un pedazo, y el sendero aparece y desaparece según las mareas y la fuerza de las olas. Dice que cogieron ese.

—Pregúntale si la policía encontró alguna huella en el sendero.

Solo después de hacerla me di cuenta de que se trataba de una pregunta absurda.

Filippov gesticuló con la mano como diciendo: «Se esfumaron». Tibor se encogió de hombros. Filippov añadió algo que fue recibido por los otros

marineros con carcajadas. Miré a Tibor. También se estaba riendo.

—Nada —me dijo, pero de todas formas le pedí que me lo tradujera.

—Dice que se fueron a visitar a los dos americanos, esos de los que te hablé ayer. Dice que el mar alrededor de las Solovki se ha convertido en una atracción para los extranjeros, que tendríamos que venderlo por lotes...

Mientras Tibor traducía, Filippov me observaba, sonriendo. Se me pasó por la cabeza que tal vez Galliano, echado en su *chaise longue*, había dado en el blanco: quizás Filippov era realmente un tipo misterioso, un hombre peligroso. ¿No era eso lo que dejaba intuir el silencio respetuoso y las risas al unísono de los otros marineros sentados a nuestro alrededor? Un jefe. Y fue entonces cuando me asaltó el mismo impulso que había tenido el día anterior con Valentin, el de tender una mano y *tocar* esa cara redonda que tenía allí, a un metro de mí, la necesidad de verificar, de asegurarme de que los que permanecían a mi alrededor eran seres humanos de carne y hueso y no apariciones, fantasmas engendrados por mi imaginación paranoica. Que de verdad me encontraba en una isla en el norte de Rusia, a miles de kilómetros de casa, para buscar las huellas de tres desconocidos que en ese momento flotaban en algún lugar del mar Blanco. Fue más fuerte que yo. Extendí el brazo y posé mis dedos en la mejilla derecha de Filippov. Sentí la piel rugosa y húmeda de los pómulos, la mandíbula pronunciada y sin rastro de barba. Así me imaginaba que debía de ser la piel de los cetáceos. Lo acaricié. Fue una especie de trance momentáneo. Cuando recuperé el control, me di cuenta de que había hecho algo indebido, incluso ofensivo. Retiré la mano deprisa. Los marineros habían seguido mis movimientos en silencio. Filippov no había dicho ni hecho nada. Tal vez por la sorpresa, se dejó tocar, acariciar, sin reaccionar. Incluso ahora parecía más impresionado que irritado. Todavía en silencio, llevó su mano derecha abierta a mi mejilla y la frotó suavemente, como cuando se quiere absorber una crema, una pomada. Seguía sonriendo. Ahora sonreía todo el mundo. Entonces, tras una señal visible solo para ellos, se levantaron todos al unísono y se encaminaron hacia el puerto.

XVI.

El teniente Orlachov era uno de los dos nombres que me había dado Monina antes de partir, uno de los dos amigos, por así decirlo, a quien podría dirigirme «si tenía problemas».

¿Tenía problemas? Había aprendido bastantes cosas de la isla y del monasterio, pero sobre los tres desaparecidos no había sido capaz de descubrir nada que no supiera ya, o que no pudiera intuir hablando con quienes los habían conocido. Decidí que sí, que tenía problemas, y que había llegado el momento de jugar la baza de los «amigos» de Monina.

Orlachov era el responsable de las pesquisas sobre la desaparición de los italianos. O, por lo menos, fue quien firmó el acta que Monina me había resumido. Pedimos a Lila que llamara a la comisaría de policía de Kem, y, después de un par de intentos, pudimos hablar con el ayudante de Orlachov. Él y su jefe iban a ir a las Solovki al día siguiente para realizar las verificaciones finales y «para cerrar la investigación». Podíamos vernos en la vieja sede de la administración del gulag, a un paso del puerto: sentían curiosidad por saber qué pensábamos de todo aquel asunto. Dado que esta era precisamente la pregunta que *nosotros* teníamos intención de hacerle, la reunión no nacía bajo los mejores auspicios. Pero intentarlo no costaba nada, y una entrevista con el responsable de la investigación, aunque probablemente resultara inútil para entender algo más sobre el asunto, me aportaría algunas ideas para mis artículos: necesitaba folclore, y un licenciado ruso destinado a las Solovki era folclore en estado puro.

A la mañana siguiente, Pável nos acompañó hasta el lugar de la cita, un palacete en mal estado que los soviéticos habían construido al lado de la antigua iglesia ortodoxa, iglesia que a su vez fue transformada en un garaje. Julia y yo estuvimos largo tiempo esperando, mientras la lluvia caía sobre los cristales sucios y todo, todo lo que se veía alrededor —hombres, animales, casas, basuras—, parecía estar pudriéndose lentamente bajo esa avalancha de agua.

Hacia las once, un chico con uniforme color caqui vino a recoger nuestra

documentación, la metió en un cajón y nos acompañó, o más bien nos empujó, hasta el despacho de Orlachov. Se me vino a la cabeza el comentario de un viajero inglés que estaba en el mismo compartimento que mis compañeros de instituto y yo durante nuestro Interrail por Europa del Este, veinte años atrás. A la pregunta «¿Cuánto falta para llegar?», el revisor le lanzó los horarios oficiales de los ferrocarriles checoslovacos, que el inglés inmediatamente devolvió con una sarcástica reverencia. «*Socialist manners*», comentó. Una vez disuelto el socialismo, permanecían los malos modos.

El despacho de Orlachov era en realidad una celda, una de las tres de lo que, en la época de Stalin, debía de haber sido la cárcel del archipiélago. El gulag era para los criminales políticos; la cárcel, para los delincuentes comunes. Ahora que las Solovki se habían vaciado de víctimas y de verdugos, la cárcel se había convertido en un cuartel, o en una comisaría, o (como esa mañana) en una sala de reuniones, en función de las necesidades.

Orlachov era un hombre de unos cincuenta años, corpulento, con una cara bonachona que contrastaba un poco con el lugar donde estábamos, con el color plomizo del día y, sobre todo, con el trabajo que hacía para ganarse la vida. Nos recibió con una cordialidad totalmente inesperada. Tal vez, pensé, porque Monina le había hablado de mí, o quizá como una forma de galantería hacia Julia. Pero no era eso. Más que sonreír, Orlachov reía. Se rio de principio a fin de nuestra conversación. Yo no entendía qué era tan gracioso en la historia que nos había llevado a ambos tan lejos de casa, en medio de esa nada. Al principio pensé que conocía algún detalle secreto relativo al asunto, y que su risa era irónica. Luego me di cuenta de que su risa era irónica, sí, pero también de que Orlachov no ocultaba ningún secreto. Se reía porque le resultaba divertido que alguien pudiera pensar que se hallaría a los responsables de un delito —«un hipotético delito», precisó— acaecido en Rusia, y no en una gran ciudad como Moscú o San Petersburgo, sino en una isla perdida en medio del mar Blanco. Sí, muy divertido. También Julia se reía, mientras iba traduciendo.

—Nadie encuentra nunca a nadie en Rusia. Por eso existe la policía.

No paraba de reírse.

Se rio largo rato mezclando las risas con interjecciones en ruso; yo le devolvía sus risas, pero, mientras tanto, pensaba en cómo iba a poder relatar esa reunión en *Fatti* sin hacer que todo el asunto pareciera, al igual que yo, ridículo.

—Usted no ha estado nunca en Rusia antes, ¿verdad?

—No, la verdad es que nunca.

—Yo, en cambio, conozco Italia —luego añadió en italiano—: Yo he estado en Italia.

Risas.

—He estado en Florencia, en Roma, y también en Mesina, donde viven los amigos de mi esposa, que trabaja de intérprete. ¿Conoce Milazzo?

—Lo conozco.

Pasé una vez por allí yendo a las islas Eolias. Sonreí, esperé la continuación del relato de sus vacaciones, desolado. Pero no fue así.

—Entonces conoce la diferencia.

—¿Cuál?

—La que hay entre el centro y la periferia.

Risas.

—Una vez, paseando por Milazzo, fui testigo de la siguiente escena. Había dos chicos que se peleaban. Primero, insultos; luego, empujones. Más tarde, golpes, cada vez más fuertes. Nadie tenía ganas o valor para intervenir. En un momento dado, mientras esos dos rodaban por el suelo, salió de un bar un caballero muy distinguido, con americana y corbata, podía ser un juez jubilado, un funcionario, un maestro. Muy distinguido. Dijo un par de palabras, no sé qué, en voz baja. Los dos chicos dejaron inmediatamente de pelearse. El anciano se acercó a uno de ellos, le dijo algo. El muchacho le respondió. Entonces el anciano bajó la mirada al suelo, parecía muy disgustado. En ese momento, de una mesa del mismo bar se levantó un tipo, también él elegante, ni joven ni viejo. Se acercó al joven que había hablado y le metió una pistola en la boca. El chico se arrodilló. El anciano se agachó y le dijo algo al oído. Luego el tipo de la pistola y él regresaron juntos al bar. Toda esa escena duró algo así como unos treinta segundos. Toda la plaza se detuvo a mirar. ¿Y sabe quién permanecía sentado en el bar, disfrutando de la escena?

Julia, que estaba traduciendo, se detuvo.

—¿Sabes quién estaba ahí? Quiere que lo adivines.

—Dile que no lo sé.

—*Policemen* —se rio—. Policía —luego de nuevo en ruso—: ¿Cómo se dice? Esto es un *enclave*, un lugar lejano, cerrado, que tiene sus propias leyes, sus costumbres...

—¿Quiere decir que en las islas Solovki hay mafia?

—No, quiero decir que también en Rusia el poder del Estado no se ejerce

del mismo modo en todas las regiones, exactamente como en Italia. No solo eso. En Rusia, los militares son también algo diferente, un mundo aparte. Hay que tener cuidado con las diferencias...

Risas.

Yo también sonreí, asentí. Pues claro, lo entendía perfectamente.

—Pero usted es un oficial de policía, y le estoy diciendo que en este asunto podrían estar implicados hombres que forman o que formaban parte del ejército ruso. Este Misha, entre otros.

—Pues ya ve, zonas como las Solovki tienen un régimen especial. Y, en el interior de estas regiones, el ejército posee una especie de estatuto especial. Su comandante. Sus reglas. ¿Sabe?, esta gente se pasa nada menos que dos o tres años seguidos destacada en el océano Glacial Ártico. Dos años sin volver nunca a casa. De Arcángel salen los submarinos. Durante meses, estos soldados no ven nada más que agua. Agua, no el mar: agua oscura por detrás del cristal de un ojo de buey. Y de promedio la edad es de veintiún años. Veintiuno. ¿Y cree usted que la policía civil va a ser siempre capaz de controlarlos, de saber siempre lo que hacen, incluso cuando no están de servicio? A su Misha lo interrogamos. Hay un acta. A estas horas estará embarcado en un submarino que se encuentra a cinco mil kilómetros de aquí, por la zona de Groenlandia. Podremos interrogarlo de nuevo en primavera, si esos tres no aparecen antes.

Risas.

—Eso significa que usted no piensa hacer nada...

Orlachov dejó de reír. Estaba invadiendo su campo, insinuando que era poco diligente.

—Eso significa que voy a llamar a un amigo que va a llamar a otra persona para saber dónde han ido a parar los soldados que estaban en las Solovki durante los ejercicios del mes pasado... Pero, para mí, la investigación ha terminado. Ha sido una desgracia.

—No es la primera desgracia, ni la primera desaparición en las Solovki —objeté—. Hace unos años, dos turistas americanos. Y, a principios de agosto, se produjo la muerte del voluntario alemán. ¿No le parece demasiado, incluso para un *enclave*?

No, a él no le parecía demasiado. Los americanos habían desaparecido en el mar, no en las islas. ¿O es que la policía rusa tenía que ser considerada responsable también de los naufragios? Y lo de Uwe había sido un accidente.

Me quedaba la última carta, a pesar de que ya sabía lo que iba a

responderme.

—Nos dijeron que, en el pasado, en el periodo soviético, e incluso antes, en la época de los zares, hubo secuestros y sacrificios rituales, una secta que venía del norte...

Orlachov se echó a reír antes incluso de que Julia acabara de traducir. Se divertía tanto que el ruso parecía no ser suficiente para él. Me habló en inglés.

—*So, you believe in ghost stories!*

Respondí que algo debía de haber sucedido: hombres o fantasmas, alguien tenía que haber hecho desaparecer a los tres italianos.

Orlachov negó con la cabeza.

—Un *enclave* —dijo, dirigiéndose a Julia—. Dígaselo a su amigo: es un *enclave*. Un lugar en el interior de otro lugar —e hizo hincapié en la palabra «interior» con una extraña pantomima, doblando el brazo izquierdo contra el abdomen y hundiendo el brazo derecho—. Es mejor que os quedéis afuera, ¿no? —concluyó.

No era una pregunta, era una invitación al silencio. Pero nos acercábamos cada vez más a la que debía ser la fórmula de mis reportajes según Galliano: sangre y misterio.

—En resumen, ¿en las Solovki la gente desaparece?

—Sí —Orlachov se rio de nuevo, como si hubiera encontrado de repente la fórmula apropiada que desde hacía tiempo buscaba—. En las Solovki la gente desaparece.

Se levantó. Ahora la conversación había terminado de verdad. Sirvió el té y nos invitó a echar un vistazo a la pequeña biblioteca que debía de haber servido, décadas atrás, para rellenar las veladas de los directores del gulag, entre una ejecución y otra. Julia leía en voz alta los autores y los títulos, Orlachov soltaba de vez en cuando un comentario, y, en el galimatías que era para mí la lengua rusa, oí despuntar algunos nombres: Tolstói, Dostoievski, y también nombres italianos pronunciados en voz más alta en mi honor: Dante Alighieri, De Amicis, Salgari... Le dije a Julia que ya no era necesario traducir. Dejé a Orlachov en su conato de agasajo, realizado más por automatismo que por algún interés real. Miré afuera. La ventana enmarcaba el monasterio y la carretera que desde el monasterio bajaba hasta el puerto; los directores del gulag que habían vivido en ese edificio podían mantener bajo su control toda el área sin moverse de su butaca. Junto al portón del monasterio, tres hombres permanecían muy juntos, codo con codo, bajo un enorme paraguas verde. Reconocí al pope, que era casi un palmo más alto

que los otros dos. Luego reconocí a Filippov. Eran, oficial u oficiosamente, los dos jefes del pueblo, y no resultaba extraño verlos confabular juntos. Necesité unos segundos más para darme cuenta de que el tercero no era un hombre y unos segundos más para advertir que se trataba de Lila. Hablaba con Filippov y, mientras tanto, señalaba con su brazo exactamente en mi dirección.

XVII.

La planta baja del cuartel donde habían sido alojados los tres italianos era un rectángulo gris, en cuya parte superior había unos ventanales largos y estrechos que dejaban entrar una luz sucia, apenas suficiente para no chocarse contra las paredes. Quien había construido el cuartel no había pensado tanto en la cantidad de luz natural como en la necesidad de limitar la dispersión del calor: pocas ventanas, pocos cristales, gruesas paredes de cemento para contrarrestar el hielo del Ártico. Caminando por el interior, me recordaba la nave de una de esas iglesias pobres construidas después del Concilio Vaticano II, con nada más que bancos y una cruz de madera encima del altar. Pero aquí, en los laterales en vez de capillas se abrían las habitaciones con literas y algunos armarios de hierro grisáceo que creí que solo existían en las películas sobre Alcatraz. Y, al fondo, en vez de un altar, se hallaban las duchas comunitarias y las letrinas. La celadora siguió haciendo amplios gestos con la mano para indicar que todo permanecía en su lugar, que todo estaba limpio, *čiste*. Cuatro personas habían desaparecido el mes anterior, pero ella tenía la conciencia tranquila: todo estaba *čiste*. En efecto, las habitaciones se encontraban tan limpias como podían estarlo en un edificio construido hacía décadas y que no se había reformado nunca, un edificio en el que habían vivido, durante casi un siglo, miles de soldados. La celadora nos llevó al piso de arriba, en donde se hallaba la que había sido la habitación de Fabio, Francesco y Enrico.

La policía rusa ya había recogido el equipaje de los jóvenes para devolvérselo a las familias, pero en el estante más cercano a las camas se habían quedado libros en italiano que, sin duda, les pertenecían. Uno estaba abierto, colocado boca abajo en la balda: *La Dalia Negra*, de Elroy. Cogí los otros tres. De dos de ellos nunca había oído hablar: un ensayo de René Guénon que se titulaba *Oriente y Occidente* y un extraño libro de aforismos de Simone Weil, *La gravedad y la gracia*. El tercero lo conocía, era *La muerte de Danton*, de Büchner. Aproximadamente hacia la mitad había un cartoncito blanco que servía como punto de lectura. Abrí el libro. Había un

párrafo subrayado con lápiz rojo. Era la escena en la que Danton pregunta a Robespierre: «Yo no comprendo... ¿No hay nada en ti que a veces te diga muy quedamente, muy secretamente: “Estás mintiendo, estás mintiendo”?»[4]. Era divertido, porque me acordaba de esa escena. No sé si yo también la había subrayado, cuando la leí años antes, siendo estudiante, pero la recordaba.

La novela negra de Elroy podría ser de cualquiera de ellos, pero los otros tres libros pertenecían, sin duda, al intelectual del grupo y también los subrayados cuadraban con la idea que me había hecho de Enrico: un hombre inteligente, consciente, pero tan concentrado en sí mismo y en sus propias dudas que resultaba pueril. Y, por tanto, en resumidas cuentas, era un débil.

Esperándonos fuera del cuartel se encontraba Valentin. Permanecía sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared. Al vernos, lanzó un gruñido de reconocimiento, luego se levantó, me aferró de la mano y me llevó en dirección al puerto. Julia le dijo algo en ruso. Él la ignoró como lo había hecho el día anterior y, al cabo de unos minutos, llegamos a una caseta medio oculta detrás de una leñera, a no más de trescientos metros de la central eléctrica, que se había anunciado ya desde muy lejos con sus golpes de martillo, uno cada veinte o treinta segundos.

Valentin nos arrastró hasta el interior de la casa. Era un único espacio amplio, probablemente un antiguo establo, con las paredes de piedra agrietadas y un piso de tierra batida que la humedad casi había convertido en limo: aún recuerdo el sonido que hicieron nuestras botas al entrar y el dibujo de nuestras huellas impresas en el suelo. Y me acuerdo del olor nauseabundo a ciénaga. La madre de Valentin se vio tan sorprendida por la rapidez de la intrusión que apenas logró decir algo. Me disculpé con ella. Julia empezó a traducir mis disculpas, pero la mujer respondió, en un perfecto francés, que éramos bienvenidos y que lamentaba no poder acomodarnos dignamente. Por otra parte, como podíamos ver... Y señaló con un gesto desolado toda la habitación. Pero podía ofrecernos un té. ¿Queríamos un poco de té?

Me di cuenta de que era una pregunta forzada, que se hacía por cortesía, pero que para esa mujer incluso un poco de té representaba un sacrificio. Le indiqué a Julia que le dijera que, lamentablemente, no podíamos quedarnos, y la mujer pareció aliviada. La miré mejor. Echando cuentas, debía de tener unos cincuenta años, aunque aparentaba una docena más. En la oscuridad de

la habitación creí que lo que llevaba puesto era una capa; luego vi que, en realidad, vestía una de esas pesadas mantas que se utilizaban antaño para los caballos, fijada sobre el pecho con un imperdible. Una camisa, un jersey, ya debían de constituir un lujo excesivo. Y, además, no había armarios en la habitación. El mobiliario consistía en una cocina de gas colocada sobre uno de esos palés de aglomerado que se utilizan para apilar las mercancías, dos camas de hierro con dos delgados colchones a rayas, de campamento militar, y una mesa de plástico con dos sillas en el centro de aquel espacio. En la esquina opuesta a la de la cocina, la luz sucia que entraba por la única ventana iluminaba un estante lleno de libros. Al cabo de unos segundos, tras acostumbrarme a la semioscuridad, vi que los libros también estaban apilados en el suelo. Reconocí algunos Folio de bolsillo, algunos volúmenes de la Pléiade.

—Enseñaba francés —dijo—. Estudié en París, ¿sabe? Hace de eso una vida. Y también estuve en Italia. Usted es italiano, ¿verdad?

Me preparé para escuchar la lista de ciudades del Grand Tour: Roma, Venecia, Florencia. Pero no fue así.

—Pero de Italia no vi casi nada. Acompañaba a mi marido, que era..., que en esa época trabajaba para el partido. Estuvimos una semana en Milán, después regresamos. A Arcángel. Y luego...

¿Y luego qué? Era difícil hasta el mero hecho de imaginar todas las desgracias que le habían sucedido y que habían hecho que terminara en esa isla, en medio del fango y del ruido, viuda y con un hijo demente. Abrió los brazos sonriendo, y ese gesto, por segunda vez desde que llegara a las Solovki, me recordó a mi madre.

Mi madre nació a principios de los años cincuenta del siglo pasado, en el seno de una familia acomodada, y estuvo toda su vida evitando las responsabilidades que *parecía* que debían corresponderle a la mujer hermosa, inteligente y privilegiada que era. Fue a la universidad sin estudiar, trajo al mundo a un niño con el que no ejerció de verdadera madre; fue sucesivamente, y con el mismo celo, comunista, feminista radical, hippy hindú, cosmopolita, punk, ecologista, animalista... Cualquier cosa, a condición de que no tuviera que trabajar. Pero la cuestión era que, como repetía mi padre, ella no se daba cuenta. Y el hecho es que este infantil olvido de sí misma la hacía *adorable*. Desapareció casi quince años atrás, y volví a verla solo una vez. En realidad, «desapareció» no era la palabra correcta. No fue una desaparición del tipo *Quién sabe dónde* o como para presentar una

denuncia ante la policía. Una noche nos convocó a mi padre y a mí en el salón, con un aire divertido, y nos anunció:

—¡Estoy enamorada!

Me quedé con la boca abierta. Miré a mi padre, y este reaccionó así:

—Bueno, esperemos que esta vez sea la buena.

Mi padre era un gran hombre.

Ella abrió los brazos y sonrió, igual que había hecho la madre de Valentin, y, a la mañana siguiente, se marchó.

Mientras hablábamos, Valentin había cogido unas hojas con dibujos de una consola al lado de la cama y ahora me los ponía delante de los ojos, blandiéndolos con las dos manos, como si fueran pesadísimos. El primero era un autorretrato. El bolígrafo Bic azul había logrado captar los claroscuros, las arrugas antinaturales de su rostro. La boca estaba entreabierta, con los dos dientes torcidos que sobresalían entre los labios, la nariz doblada sobre su boca, la mata de pelo de las cejas... Se parecía increíblemente. En la parte trasera de la hoja estaba impreso el comprobante de pago de un billete ferroviario del Frecciarossa de Florencia a Roma. En el otro dibujo, Valentin, de cuerpo entero, se hallaba al pie de una escalera estilizada; al final de esta había una especie de pórtico, y tras él un sol rutilante que ocupaba un tercio del dibujo. Le di la vuelta al papel. La parte de atrás era blanca, pero al trasluz se podía leer la marca de agua de Fabriano.

—Valentin es muy bueno dibujando. Le gustan los retratos y los autorretratos.

—Sí, es realmente muy bueno.

Le sonreí y asentí a Valentin y a su madre:

—Realmente muy bueno, te felicito.

El gruñido de Valentin se hizo más fuerte, hasta el punto de superar por un momento el estruendo de la central: estaba contento, excitado, y la excitación le hacía gritar. La madre lo atrajo hacia sí y lo abrazó.

Valentin había perdido la razón y el lenguaje, pero había conservado ese extraño talento, casi animal, para el dibujo. Pero resultaba evidente que esos papeles procedían de Enrico, o de uno de los otros dos italianos. Le habían dado papel, tal vez un bolígrafo, y había dibujado esa especie de sueño del prisionero: una escalinata hacia el sol, la liberación de la cárcel donde la locura lo había sepultado.

¿Había conocido la madre de Valentin a los tres italianos? Por supuesto. ¿Sabía que habían desaparecido? No, nadie se lo había dicho, ella no se

alejaba casi nunca de casa, tenía serios problemas en las piernas. Solo entonces reparé en las muletas apoyadas contra el estante que estaba detrás de ella. Su único vínculo con el mundo era ahora Valentin y, como quedaba claro, este no se hallaba en condiciones de transmitir los chismes del pueblo.

—¿Y hace cuánto que desaparecieron? ¿Cómo es posible?

Parecía realmente dolida. Se acordó en especial de Enrico.

—Enrico era una persona especial. Sabe que ya estuvo aquí hace tres años, ¿verdad? Se convirtió en nuestro amigo. Amigo de Valentin. Era una persona que había sufrido. Se notaba. Por eso nos quería, a Valentin y a mí.

XVIII.

—Está lloviendo.

Julia me lo comunicó riendo. Permanecía de pie delante de la ventana, con la cortina marrón apenas echada, tal vez para evitar que la luz, al entrar, pudiera despertarme. Pero no había casi luz, era una especie de mancha de color marrón claro contra el marrón oscuro de los muebles de la habitación. Y yo ya estaba despierto. Julia se reía porque apreciaba la coherencia. Lluvia. En seis días solo habíamos visto lluvia. Y en el plazo de un par de horas nos marcharíamos con lluvia. Sí, marcharnos, todavía quedaba un retazo de septiembre por delante, y en septiembre Florencia era una maravilla.

—Espléndida e inesperada noticia. ¿Y me despiertas para esto?

Cerré de nuevo los ojos, puse mi cabeza debajo de la almohada. Pero oía el agua tamborileando en el techo, y veía de nuevo a Julia descalza, en albornoz, en el vano de la ventana, levantando con las manos la cortina solo un poco, para no despertarme. Hacía años que nadie era tan amable conmigo.

La noche anterior había sido la cena de despedida con Lila y Pável y bebimos un poco más que de costumbre. Yo puse sobre la mesa las dos botellas de Chianti que me había traído de Italia. Me había imaginado vagamente invitaciones a cenar de las autoridades del lugar, recepciones..., y ese debía de haber sido mi regalo. Pero no había autoridades, excepto el pope; y no hubo invitaciones. Descorchamos las dos botellas, una tras otra, intercambiamos las direcciones de correo electrónico, prometimos escribirnos: las cosas que se hacen en estas ocasiones. El día siguiente sería el de nuestra partida, pero también el del cierre definitivo del hotel durante la temporada de invierno. El barco hacia Kem salía a las nueve, y pensamos que sería una buena idea levantarnos pronto y ayudar a los chicos. Subimos las escaleras, pero, en el momento de separarnos en el rellano, como las otras noches, Julia se lo pensó, es decir, imitó el acto de pensárselo, con el dedo en la boca y la cabeza vacilante, y dijo:

—Humm, no, me parece que me voy contigo.

Sonreí, la miré. Pensé en cuánto de esa frase era debido al alcohol. Fue

como si hubiera oído mi pensamiento.

—No, no estoy borracha. En realidad, quería hacerlo enseguida. Pero no sabía si seguías siendo simpático. Durante este tiempo podías haberte vuelto un gilipollas. En cambio, sigues siendo simpático.

Y ahora estaba allí, de pie en la tenue luz del amanecer, en un lugar perdido en el norte de Rusia. La vida era extraña, pero no estaba mal.

Julia se me adelantó. Yo bajé unos minutos más tarde con las maletas y encontré a los tres en la misma mesa donde los había visto la primera noche, en idéntica posición. Me acordé del sentimiento de soledad que experimenté entonces: ellos tres hablando en ruso; yo, el desconocido, guardando silencio. Pero también recordé el alivio que sentí cuando Julia me cogió de la mano, y las primeras charlas, más tarde. Habían sido seis días extraños y hermosos, y no solo por el final. Se lo dije a Lila, mientras cargábamos nuestras mochilas en el *jeep* que nos llevaría hasta el muelle.

—Entonces, ¿hasta el año que viene! —respondió ella.

Yo sabía que no habría una segunda vez, que no volveríamos a vernos. Pero Lila era tan joven. A los veinte años uno todavía cree que la distancia no resulta fatal para cualquier afecto, que es posible o sensato «mantenerse en contacto» con personas con las que se compartieron bonitos momentos. Por experiencia sabía que las cosas no funcionaban así. También Julia. Nos lo dijimos con una mirada, y en esa misma mirada pasó también la amargura de vernos ya decepcionados y, por lo tanto, y en el fondo, viejos.

—Pues claro. Hasta el año que viene.

En el muelle tan solo estábamos nosotros. Mientras hacíamos el camino en el vehículo, habíamos visto a dos o tres marineros que desayunaban, agachados sobre la barra de la cantina. Lila nos había dejado bajo una marquesina de amianto medio empapado, el único lugar seco en un radio de cientos de metros. Me habría gustado preguntarle qué estaba haciendo el día anterior delante del monasterio junto con el pope y Filippov, pero luego decidí que ya no importaba. Era una historia acabada, que ya no me concernía. Había recogido impresiones, imágenes, algún detalle misterioso. Pero no había encontrado la verdad. Tal vez porque la verdad era esa, banal, de la que la policía estaba convencida: un accidente. Tenía suficiente material para un par de artículos, y luego yo también me olvidaría para siempre de las islas Solovki y de mis pobres «amigos» desaparecidos.

El barco permanecía allí, con los motores apagados, cubierto aproximadamente en un tercio por lonas de hule. Bajo la marquesina, el

retumbar de la central eléctrica era como el ruido de un avión en la pista de despegue. Día y noche así. Sí, uno podía volverse loco.

Esperamos una buena media hora taponándonos las orejas. Luego, hacia las ocho y cuarto, dos de los marineros a los que habíamos visto en la cantina aparecieron en la carretera que llevaba al muelle y se dirigieron hacia el barco. El capitán salió de debajo de la lona: había dormido en una barca. Hizo subir a los marineros sin una palabra y comenzó a enrollar el hule con su ayuda. Éramos los únicos pasajeros, pero la mitad del barco se encontraba llena de cajas de madera selladas. El olor fue suficiente para hacernos adivinar el contenido: pescado seco. El propio capitán nos ayudó con las mochilas, riendo. Le dijo algo a Julia —algo que Julia, ensordecida por el ruido de la central, fingió haber entendido— y nos invitó con un gesto a que lo siguiéramos. Nos indicó con señas que nos colocáramos junto a él, en la cabina del piloto, y agitó una mano debajo de la nariz. Esto lo comprendimos tanto Julia como yo: era el único punto del barco al que no llegaba el hedor a pescado.

Un marinero soltó el amarre. El barco había empezado a alejarse del muelle, y yo me encontraba hipnotizado por las olas de la resaca que hacían oscilar una enorme mancha de petróleo y restos de plástico en la entrada del puerto, cuando oímos un grito —como si uno de los marineros hubiera dado la alarma— y, pocos segundos después, un golpe, como si el casco hubiera chocado contra el muelle. Salimos corriendo a cubierta y en el suelo vimos una especie de gran fardo de trapos que iba arriba y abajo siguiendo el balanceo del barco. Luego, el fardo se puso de pie y reconocimos a Valentin. Había saltado a bordo después de que fueran retirados los amarres, y ahora estaba allí, mirándonos con el pelo mojado pegado a la frente, con la boca medio abierta en una mueca que, al menos en su intención, debía de ser una sonrisa. Los marineros y el capitán se encontraban a su alrededor, pero estaban demasiado sorprendidos como para hacer algo. Valentin sacó de un bolsillo de su abrigo un sobre blanco doblado por la mitad, aferró a Julia de la mano y se lo entregó. Luego, sin dejar de sonreír, se ladeó varias veces en todas direcciones y empezó a retroceder hacia la proa del barco.

Julia intentó detenerlo. Lo llamó por su nombre, le dijo algo. Pero él no escuchaba: seguía ladeándose y retrocediendo. Toda la escena duró unos diez segundos, y el barco se encontraba ahora a un centenar de metros del puerto. Julia lo llamó de nuevo. Esta vez Valentin se dio la vuelta. La sonrisa había desaparecido. Se diría que ahora su cara estaba pensativa, en caso de que

podiera pensar. Era como si de repente se le hubiera pasado algo por la cabeza, la verdadera razón de su visita. Grité su nombre yo también, y fue como si hubiera dado la señal. Valentin se lanzó al agua y, al hacerlo, golpeó fuertemente su costado contra uno de los escálamos. Mientras el barco se alejaba, lo vimos moverse en el agua helada.

—*Stop the boat!* —le chillé al capitán.

Pero este sonrió y se encogió de hombros.

—*No problem* —dijo.

Ya: no había ningún problema. Conseguí seguir a Valentin mientras nadaba durante unos treinta segundos, luego su estela desapareció. Pero, un minuto después, vimos una silueta que se erguía de pie en la orilla, una mancha negra en la luz gris de la mañana. Julia y yo nos miramos. La silueta levantó un brazo. Valentin estaba saludándonos. Había recorrido a nado más de cien metros del mar Blanco, en un día de otoño ártico, vestido. Y ahora permanecía de pie en la orilla, y nos saludaba. Levantamos las manos también nosotros, incrédulos.

Volvimos a ponernos a cubierto, y el capitán regresó a los mandos mientras negaba con la cabeza y sonreía, como si la escena que acabábamos de ver fuera algo normal, algo que de vez en cuando podía suceder. Julia abrió el sobre. Dentro estaban los dibujos que Valentin me había enseñado el día anterior, el del autorretrato de Valentin y el de la escalera que ascendía hacia el sol. Y también había otro, una figura de medio cuerpo de perfil, con la cabeza envuelta en la capucha del anorak. Era Enrico: a Valentin le habían bastado unos pocos trazos de lápiz para fijarlo sobre el papel, para hacer que resultara reconocible incluso para mí, que solo lo había visto en fotografías. El loco tenía talento. Junto con los dibujos, había dos fotografías Polaroid y un cuaderno de notas. En una de las fotos aparecían Enrico y Valentin, y el mar como fondo. Enrico le indicaba el objetivo a Valentin, pero este miraba hacia otra parte. En la otra había dos hombres que hablaban, sentados fuera de la cantina. No parecían haberse dado cuenta de que alguien los estaba fotografiando. Uno de los dos era Filippov.

El cuaderno de notas era una libreta normal para anotaciones, cuadriculada, con una tapa negra y una inscripción en caracteres que parecían japoneses o chinos. Leí las primeras palabras: «Por ahora todo va bien...».

Era Enrico quien escribía. Era el cuaderno de notas de Enrico.

Segunda parte

Enrico Saraceno escribe en uno de esos cuadernos cuyas hojas tienen el borde superior troquelado, que pueden ser arrancadas de una en una, y en los que, en el interior, queda una franja blanca en correspondencia con la matriz. El cuaderno está, aparentemente, intacto: una docena de páginas escritas por las dos caras, más otras treinta hojas en blanco al final. Pero, si se presta atención, se nota que, al acabar la parte escrita, y antes de que comiencen las páginas en blanco, hay tres matrices, es decir, lo que queda de tres páginas que fueron arrancadas del cuaderno.

La escritura es clara, relajada, bien alineada, con poquísimas tachaduras: señal de que Enrico no tomaba notas de forma improvisada, sino que escribía en situaciones de calma; por regla general (se puede intuir por el contenido de algunas de estas anotaciones), al final del día, en la habitación. La tinta es siempre la misma, negra. Aunque falta la fecha, las primeras notas o pensamientos se remontan, sin duda, al día de su llegada a las Solovki.

Por ahora todo va bien. Claro, es el aterrizaje lo que cuenta, no la caída. Pero por ahora todo va bien. Partimos hace dos días y aún no me he aburrido, ni indignado, ni cabreado. No he tenido ni una sola vez ganas de estar solo. Es algo tan raro que se merece la inauguración del diario de viaje, creo yo. Memento.

Kem sigue igual a como era hace tres años. No, peor que hace tres años. La estación con la taza de váter embozada sigue ahí y no ha mejorado (aunque no he comprobado si han limpiado la taza). Los edificios de enfrente de la estación siguen provocando las mismas ganas de salir huyendo y no regresar jamás. Y en las taquillas me pareció reconocer al mismo empleado que nos vendió los billetes la otra vez: está igual, ni siquiera ha envejecido. Tampoco nosotros hemos envejecido, se diría. En el tren de San Petersburgo, Francesco intentó ligarse a la encargada del vagón restaurante, sin éxito. Dijo que no se

empleó a fondo, pero no es verdad. Dado que la historia con Ludovica ha terminado (aparentemente), un polvo, aunque sea uno solo, con una encargada del vagón restaurante de un tren ruso habría sido una buena venganza. Pero no fue posible.

Resulta extraño volver a ver el monasterio. Desde el barco, a casi un kilómetro de la costa, era esa mancha negra que recordaba. Pero el sol brillaba con tanta fuerza que podríamos haber estado en el mar Egeo, y aquella podría haber sido Creta, o Íos. En el barco creí reconocer a alguien: a uno de los mozos me parece que lo conocí la otra vez, pero probablemente es una ilusión, el intento de encontrar una continuidad entre los nosotros de hoy y los nosotros de hace tres años. Aunque no hay necesidad de estas señales: la continuidad existe, la veo en las caras de Francesco y de Fabio. Somos nosotros, seguimos siendo nosotros. O eso es lo que me digo. «Un virtuoso del wishful thinking.» (Isabella.)

Nos han alojado en el antiguo cuartel, que es una pocilga. My mistake. Habría tenido que reservar, hacer una reserva en el Solovki, como la otra vez: las otras personas que trabajan en el monasterio se alojan allí. El antiguo cuartel es un palacete de dos plantas, es decir, una planta baja y un primer piso. Se nota que tiene un siglo y que nunca ha sido reformado. Ni tampoco limpiado, por otra parte. Hay una mujer que pasa durante el día y hace como que coloca las cosas en su lugar y «desempeña el trabajo de secretaria». Así me lo dijo, en un ruso casi incomprensible. Pero en realidad no hace nada, y no existe ninguna secretaría. Nuestra habitación —una gran alcoba con cinco camas— está en el primer piso, cerca de los cuartos de baño comunitarios. Hemos amontonado en un rincón las sábanas y las toallas utilizadas, y hemos colocado los sacos de dormir. Hay una ventana con los cristales medio rotos y un armario empotrado sin pestillo. No, no nos han tratado bien. Malhumor de Francesco y de Fabio, pero pasajero, porque el día es tan hermoso que es imposible no estar contentos por encontrarnos aquí, entre nosotros, y todo el mundo fueeeeeeraaaaa. Vamos enseguida al monasterio.

El pope parece un gilipollas. Tiene el aspecto que uno se imagina que ha de tener un pope. Un tipo espiritual, alto y delgado, de unos sesenta

años. Habla un francés casi perfecto, pero el tono es el de alguien que parece dar órdenes, incluso cuando no las da.

La cripta está avanzada. El proyecto de los arquitectos de la Unesco ha sido llevado a cabo casi sin modificaciones y así, a ojo, se diría que sin reparar en gastos. Gran expectación entre los albañiles al enterarse de que el arquitecto, es decir, uno de los arquitectos que hicieron los diseños, estaba allí con ellos. Francesco, muy contento. Nos reunimos con el maestro de obras y el ingeniero que estuvieron siguiendo las obras en julio, ambos finlandeses. Dicen que, más que proyectar, ahora lo que toca es hacer, sobre todo en el cuerpo principal del monasterio, y que los trabajadores son perezosos y negligentes. «Vais a tener que ensuciaros las manos vosotros también», nos han advertido. Pero estamos preparados. Las obras están dirigidas por un monje que parece no tener ninguna competencia particular —para eso están los técnicos enviados por la Unesco—, pero que tiene una fuerte influencia sobre todos ellos. Lo hemos visto también a él: es un armario de casi dos metros. La impresión es que los albañiles solo hacen ver que lo escuchan, y que luego se ponen de nuevo a perder el tiempo. El muro de contención que tenía que estar listo para julio todavía está por comenzar. Y para el techo de la cripta hay que esperar a que lleguen los materiales, el aislante; y luego habrá que esperar a que los albañiles aprendan a hacer un trabajo que exige mayor tesón que el que representa tirar una pared.

«¿Sabe qué hacían los comunistas en estos sótanos? ¿Ve esos dos agujeros en la pared?» El pope me ha señalado dos manchas de cemento fresco aproximadamente a un metro y medio de distancia, simétricas. «Aquí estaban las argollas. Mantenían a los prisioneros atados a unas argollas de hierro por las muñecas, hasta que confesaban.» No me ha dado tiempo de hacerle la pregunta, lo ha hecho él: «¿Qué confesaban? Todo. Que eran conspiradores. Que eran trotskistas. Estar durante días, durante semanas atados a una pared en los sótanos de un monasterio, sin comer, sin poder dormir si no era de pie, con el frío. Y todo eso, ¿por qué? Por una cuestión de filosofía política, la interpretación de una página de Marx o de Engels. ¿No cree usted que detrás de una perfección semejante en el mal debe de existir un talento, una inteligencia sobrehumana, diabólica?».

Estaba a punto de contestarle que no, que todo lo contrario: toda esta

crueledad es profunda, esencialmente humana. Que los romanos habían hecho las mismas cosas, y peores, a los cristianos. Y que los cristianos como él habían hecho las mismas cosas, y aun peores, a los herejes. El problema es creer en algo que no existe aún, pero que algún día existirá: la dictadura del proletariado, la resurrección de los cuerpos, los ríos de leche y miel... Pero el pope no mantenía una conversación: no quería una respuesta.

Primera noche. Cena en la cantina, que se halla a trescientos metros del cuartel. Ya no está el viejo gerente, el que nos adoptó hace tres años, cuando en las Solovki prácticamente nadie había visto nunca a unos turistas. Ahora hay una señora muy amable, que debe de ser su viuda, y su hijo, y la Unesco les pasa a ellos un tanto al día para darnos desayuno, almuerzo y cena. Costumbres occidentales, del sur de Italia, casi, con la gran amabilidad de la señora. Pero la calidad de la comida es soviética: una insípida sopa de pescado, el borsch habitual, un par de manzanas. Mañana iremos al Hotel Solovki con los chicos finlandeses, allí debe de haber algo decente.

La gran alcoba donde dormimos en el antiguo cuartel se hace aún más sórdida por la noche. Por la ventana con los cristales rotos entran los mosquitos, por el falso techo corren las ratas; bastantes, a juzgar por el ruido que hacen. La única luz es la de una bombilla que cuelga en el centro de la habitación. Hoy, en el monasterio, el monje-armario nos ha preguntado si necesitábamos algo. Mañana le llevaré la lista: mosquitera, cristales, toallas, sábanas, y también una buena limpieza general. Estamos solos en la habitación. Las otras permanecen ocupadas, hay maletas, ropa, etcétera. Pero los albañiles que hemos visto hoy en el monasterio no están por aquí. ¿Dormirán en el monasterio?

Fabio me pregunta si aún somos lo bastante jóvenes como para soportar todo esto. Le respondo que sí, pero que también somos lo bastante pudientes como para pagarnos un hotel, si nos cansamos de esta pocilga. Asiente. Nos acostamos.

6 de agosto

Los albañiles no habían desaparecido, y no duermen en el monasterio. Habían ido a beber a algún sitio. No a la cantina, porque

no los hemos visto. Tendrán su propio bar privado, su tugurio privado. En cualquier caso, alrededor de medianoche han vuelto, una docena en total, casi todos borrachos. Gritaban. No sabían que nuestra habitación estaba ocupada. O tal vez lo sabían y no les ha importado lo más mínimo. De todas formas, han entrado, han encendido la luz, primero en el pasillo y luego en nuestra habitación. Nos hemos levantado medio atontados. Ellos decían cosas incoherentes en ruso y yo no era capaz de entenderlos. Les hemos gritado «Get out», pero parecían no entender: es decir, parecía que habían bebido más de la cuenta como para querer entender. Francesco ha cogido a dos y los ha echado. Otro par se han acercado amenazantes. Las cosas estaban tomando mal cariz cuando el más grande de todos y el único sobrio, una especie de jabalí en pantalones cortos y con el torso desnudo, ha intervenido y ha hecho salir a toda esa gente con un par de empujones. Nos hemos metido de nuevo en nuestros sacos. Los hemos oído cantar largo rato en las habitaciones cercanas.

Esta mañana, reconciliación. Esa es nuestra esperanza, por lo menos. Nos hemos visto todos en los lavabos, alrededor de las siete y media. Los chicos tienen entre veinte y veinticinco años. Están los rusos, que trabajan como albañiles y que vienen de los pueblos de tierra firme. Y hay un par de ingleses, un alemán, otro par de belgas y algún europeo más: todos voluntarios como nosotros, todos estudiantes en esa edad en la que las molestias de un alojamiento improvisado y la mala comida son vividas como una aventura. Parecen simpáticos. Nos hemos reído del follón de anoche. Francesco, sin embargo, no se reía. Ha reconocido a dos de los rusos que nos despertaron, y ellos se han acercado alicaídos para confraternizar. Poner cara de duro tiene buenos resultados, y Francesco en esto es un maestro. También hay tres chicas, belgas las tres. Los rusos no hablan inglés, o mejor dicho, no hablan nada. El único que parece autorizado para hablar es el jabalí de anoche, Misha. «My name is Misha. I am the chief in the building» ha sido el saludo de hoy. «Hail to the chief!», le he contestado, pero no me ha entendido.

La idea de dejar el cuartel y trasladarnos al Hotel Solovki era una buena idea. Pero lo que pasa es que todas las habitaciones están ocupadas todavía durante una semana. Los dos colegas finlandeses se

marchan mañana por la mañana, pero son reemplazados inmediatamente por dos parejas de turistas. Almuerzo con ellos. Los trabajos van avanzando, no hay ningún problema en particular, excepto que los albañiles son indisciplinados y no saben nada de restauración. Y hay que ponerle coto al padre Stefan, el monje-armario, quien sería partidario de tirarlo todo abajo y empezar desde cero. «No entienden la diferencia entre la restauración, la reforma y la destrucción. Es como si para ellos el único lenguaje fuera el de la revolución, no el de las reformas.» Sí, me lo confirman, el pope es un gilipollas. Tan solo le interesan la cripta y los iconos; para él, todo lo demás incluso podría ser demolido. Pero es quien gestiona las finanzas, así que es bueno tenerlo como amigo. Y, además, es una especie de jefe oficioso del pueblo. Junto con Filippov, claro está.

Fin de la juventud, en resumidas cuentas; mejor dicho, hace ya un tiempo que se terminó. Pero ahora es como si hubiera una especie de sanción simbólica. Los jóvenes rusos vociferantes y amenazadores que vienen a despertarnos, nosotros que buscamos refugio en un hotel... ¿Por qué estamos aquí? A pesar de lo extraño de la situación, me parece que soy el único que se lo plantea. Fabio sigue el programa de trabajo con la seriedad y el abandono del asalariado. Eso es lo que es, por desgracia. Esta mañana me he sorprendido al ver qué poco pelo le va quedando... Francesco parece siempre o muy eufórico o muy abatido para formular preguntas, para plantear alguna duda sobre la conveniencia de estar aquí, a los treinta y cinco años, en vez de en una pequeña isla griega con la novia o la esposa.

Estamos aquí para restaurar el monasterio de las Solovki.

No, no estamos aquí para eso.

7 de agosto

Misha, el jabalí de torso desnudo, es un militar. Hay otros dos o tres que también son militares, a pesar de que no llevan uniforme. «Es gente de los submarinos», me ha dicho Tibor en la cantina. Lo que significa que tienen una especie de control oficioso acerca de lo que sucede en el antiguo cuartel. Y que, probablemente, poseen armas.

Historias de fantasmas alrededor del fuego. Esta noche, después de

cenar, nos hemos reunido con los otros voluntarios y con los rusos de la alcoba grande que se encuentra cerca de la entrada. Todavía quedan una veintena de butacas de piel, deben de tener por lo menos medio siglo. Los rusos bebían vodka; nosotros, cerveza caliente. En la tercera ronda de vodka uno de ellos ha empezado a contar una historia acerca de una comunidad de chamanes que vivía y aún viviría en el norte de la isla, gente que —por lo que he podido comprender de su ruso inconexo— procedía del norte. Este tipo tiene un aspecto sombrío, pero se puede percibir que no está bien del todo, y debe de ser el bufón de la compañía. La historia ha sido recibida con una carcajada colectiva y con empujones. En un momento dado, Misha lo ha levantado a pulso, serían unos ochenta kilos, y lo ha lanzado fuera del edificio, como si estuviera en un saloon de las películas del oeste. Ha vuelto a entrar riéndose.

8 de agosto

Uwe ha desaparecido. Uwe es un tipo pequeñito, de unos treinta años, pero ya medio calvo, con barriga y gafas de culo de botella. Misha lo trata un poco como la mascota del grupo, una especie de asistente personal, y a Uwe se le ve bastante contento con esta distinción. Uwe estudió Historia del Arte Oriental en Berlín, y vino aquí solo cuando supo que buscaban voluntarios para «valorar la colección» de iconos del monasterio. Sonríe siempre, siempre está alegre. La otra noche uno de los rusos se burló de sus preferencias sexuales, él le respondió mal, en ruso, pero el otro no se alteró. Todo el mundo lo aprecia. Ha desaparecido. Esta noche no ha dormido en su habitación. Aunque, bien pensado, ¿por qué no habría de desaparecer?

Misha ha subido esta tarde. Yo estaba solo, los otros se encontraban en las obras. Estaba medio borracho, y eso que aún no eran ni las cinco. Iba en camiseta de tirantes y calzoncillos de un color amarillento. Se le veía al trasluz una asquerosa mata de pelo negruzco entre las piernas. Los cuerpos humanos son repulsivos. Un saco de estiércol. No sé por qué ha subido, tal vez iba en busca de algo para robar. Se ha sorprendido al verme. Me ha preguntado si tenía cigarrillos. Le he dicho que no fumo. Me ha mirado, ha cogido mi mochila y ha metido dentro una mano, para comprobarlo. Como cuando éramos pequeños:

¡pues vale, lo que encuentre dentro es mío! Le he quitado la mochila de la mano con un tirón. Él se ha acercado. He tenido miedo no porque sea enorme, sino porque estaba borracho. He examinado con la mirada la hilera de botellas que había en el alféizar de la ventana; estaba listo para coger una y estampársela en la cabeza. Por un momento he tenido la esperanza de que me diera la oportunidad de reaccionar, romperle la crisma haría que me sintiera mucho mejor. Nos hemos quedado quietos unos instantes, a medio metro de distancia. Yo con la espalda contra la pared, él frente a mí, echado hacia delante, con los ojos entrecerrados. Si hubiera abierto la ventana y lo hubiera lanzado por ella todo el mundo habría creído que era un accidente, no había testigos. He mirado la manija de la ventana, he buscado un punto de apoyo para hacer palanca y levantarlo por encima del alféizar. Luego me ha dado una palmada en el hombro, más de afecto que de amenaza. Y se ha marchado.

Recuerdo que una vez un compañero del colegio, mayor que yo, me dijo: «Pero ¿cómo?, ¿no conoces a Pink Floyd? Entonces no eres más que un imbécil...». Después descubrí quiénes eran, pero demasiado tarde: el tipo ya me había puesto en la lista de los imbéciles. Y así han pasado los treinta años siguientes: intentando ponerme a su nivel, intentando borrar mi nombre de la lista de los imbéciles.

Tengo una idea fija en un rincón del cerebro —durante todo el día—. Y ahora, con plena conciencia. Francesco coge por el cuello a uno de los chicos rusos que nos despertaron la otra noche. Yo me quedo en silencio en una esquina de la cama. Francesco es así. Y también Uwe responde como se merece al tipo que se burlaba de él.

9 de agosto

Visto de cerca, Filippov es realmente idéntico a su abuelo, el hombre que en la película sonrío a los deportados. Parecen la misma persona, como si los genes, debido al frío, no hubieran logrado diversificarse demasiado: más que su nieto es un clon. Me ha costado un poco, un largo momento de apagón, antes de ser consciente de que no podía ser él, de que no era él. Pero, al toparme con él por casualidad en el camino que va desde el puerto hasta la cantina, lo he mirado tan

intensamente que me ha devuelto la mirada. Se acuerda de mí, sin duda, de la otra vez. Ha murmurado algo. Ha esbozado una sonrisa maligna. He correspondido a su sonrisa y he seguido hacia delante. Unos metros después, he empezado a oír sus pasos: pero no se alejaba, había invertido la marcha y me seguía. Entonces he acelerado el paso y, al cabo de un rato, he oído que se detenía y se reía en voz alta, y decía algo ininteligible en ruso. En cualquier caso, yo sé cosas sobre Filippov y Filippov sabe cosas sobre mí.

Recuerdo una vez que vi a un tipo, o quizá fuera en una película. Tenía un tatuaje en el brazo que decía: My mom didn't love me. Pensé que podría tatuármelo yo también. Mi adorable mamá. No sé lo que supone tener hijos, pero debe de haber un buen porcentaje de amor propio en el amor que uno dice que alberga hacia ellos. Mi madre nunca me quiso.

De nuevo Misha. Fabio se ha liado con una de las chicas belgas, la más mona, y esta noche, mientras nos encontrábamos en la cantina, ellos se han ido antes a la habitación. Al cabo de unos minutos, Misha ha subido a su habitación y, cuando descansaban juntos en la cama, les ha tirado encima una olla llena de agua. Fabio no se ha cabreado. Tal vez ha tenido miedo, pero no lo creo. Misha le ha dado palmaditas en la espalda: se había comportado de primera al no cabrearse, al participar de la broma, todos somos amigos. Pero estaba claro que se trataba de una venganza por la escena de la primera noche y que de ningún modo somos amigos. Él es el jefe, quiere que no haya dudas al respecto. Cuando he entrado en la habitación, más tarde, le he preguntado a Fabio si estaba todo bien. Me ha mirado sonriendo y me ha dicho: «Sí, pero podías haberlo detenido». Y luego ha añadido: «No, no podías».

En el paisaje. Alrededor del muelle, durante unos cientos de metros, la colina está llena de bastidores para el secado de los peces. Mirando desde lejos a uno le parece haber llegado a una especie de gigantesca lavandería, con las sábanas blancas puestas a secar. En cambio, se trata de bacalaos, un bosque de bacalaos colgando bajo las marquesinas. Y el blanco no es blanco, sino un amarillo mortecino que desprende, no sé por qué, un aire fúnebre. Se me viene a la cabeza que

el blanco es el color del luto en China. Y que estamos en medio del mar Blanco, naturalmente. No hace frío, pero el tiempo cambia con rapidez; había un rayo de sol que iluminaba el mar, hace pocos minutos, y casi hacía calor. Luego el viento ha arremolinado las nubes por encima de nosotros, casi era posible sentir esa gran madeja gris que iba a tapar el sol, y ahora llueve.

10 de agosto

Martino tenía sesenta años cuando yo era pequeño, ahora ya habrá muerto. Nos traía las verduras de su huerto a cambio de una invitación a cenar de vez en cuando. Vivía con su esposa y una hija un poco tonta en la planta baja de la casa que alquilábamos durante las vacaciones, en Marina di Carrara. Con mis padres era amabilísimo, pero, una vez que me encontró solo, tendría yo unos cinco años, me paró en las escaleras y me metió una mano en la entrepierna, luego me dijo que lo acompañara. Y es increíble, pero no me acuerdo de si lo acompañé o no. He estado pensando en esto en el duermevela, esta mañana. He vuelto a verlo.

¿Valentin sigue siendo él? ¿O ha empeorado? ¿Cómo se envejece en el caso de los deficientes mentales? He dejado pasar algunos días antes de ir a verlo. No sabía si todavía seguía con vida, si aún estaba en la isla, si seguía viviendo con su pobre madre. Así que me he tomado un descanso a media mañana y he ido a su cabaña, cerca de la central eléctrica. El ruido era más fuerte de lo que recordaba: ensordecedor. Valentin se encontraba fuera, al sol, sentado en el mismo banco de madera donde lo vi la primera vez, hace tres años. En esa ocasión me asustó, nos asustó —un gigante deforme con sus dos dientes en la boca, la cara lacerada, el cuello marcado por un festón de cicatrices, las orejas como dos conchas de ostra mal pegadas debajo de las sienes—. La madre vino a nuestro encuentro para decirnos, en su francés de novela rusa, que no tuviéramos miedo, que era un santo, que era nuestro amigo. Hoy, al verlo desde lejos y mientras me acercaba con lentitud, me preguntaba si me reconocería. Me debato entre el sarcasmo y la emoción. Adoro la emoción, que se jodan los cínicos. Hoy casi he llorado cuando Valentin me ha reconocido en el sendero y ha salido a mi encuentro y, de rodillas en el suelo, ha abrazado mis piernas. «Je

vous attendais», me ha dicho la madre asomándose a la puerta. Me esperaba, ¿quiere algo de mí?

Ayer por la noche hubo una especie de aproximación a Fabio. «¿Cómo es posible que, desde el momento en que un ser humano demuestra que tiene poca o ninguna necesidad de otro, este último se aleje?» Y viceversa.

11 de agosto

Como Valentin hay muchos aquí. Me ha dicho Tibor que a algunos los mantienen encerrados en sus casas porque se avergüenzan de ellos. Los frutos de la endogamia. Aquí se casaban y se siguen casando con consanguíneos, aquí todo el mundo es pariente de todo el mundo. Antaño la sangre fresca la traía el gulag. Los guardias se casaban con una del pueblo y los genes se mezclaban. Cerrado el gulag, el intercambio se detuvo y se volvió a las bodas entre parientes. Ahora, casi todas las familias tienen su idiota, su oligofrénico, escondido en algún sitio. La desestalinización tuvo este efecto colateral: las Solovki volvieron a ser un lugar lleno de personas deformes, algunas de cuerpo, otras de cuerpo y alma. Pero Filippov es normalísimo, normalísimo.

Una especie de incomunicable e inefable afecto al contemplar esta mañana a Fabio mientras dormía con la almohada bajo la cabeza, medio iluminado por el sol. He trazado con un dedo, en el aire, el perfil de su espalda.

Vistos desde arriba a la hora en que entran a cenar, los monjes parecen condenados a trabajos forzados, más o menos como los de la película. Son altos, corpulentos. Los que llegan de las obras están sucios de yeso, de pies a cabeza. Desde aquí se puede ver el patio del monasterio, los muros, el pueblo alrededor de la bahía y, un poco más allá, el mar abierto. El sol se ha puesto y, si no fuera por el frío, esto podría ser Croacia. En cambio, nos hallamos más cerca del Polo Norte que de Moscú, y en la otra orilla del mar no se divisa Italia. Estoy en la celda del padre Stefan. Esperamos a que los otros monjes se vayan a cenar para poder bajar a la cripta y comprobar si lo que dice Stefan es verdad: que el pope es un ladrón. Los iconos tendrían que ser cerca de un millar, según el catálogo manuscrito que me ha enseñado. En la

cripta quedan menos de la mitad. Pero, entre estos, dice Stefan, hay sin duda copias. No se sabe dónde se encuentran los originales. Algunos todavía permanecen empaquetados. Los demás han sido vendidos. «Por el pope», añade Stefan sin necesidad de que se lo pregunte.

Pues sí, la espiral descendente ha comenzado. Nunca más volveremos a ser tan bellos como ahora. Ellos no parecen darse cuenta de eso, no parece que lo sepan. Hablan del futuro, de lo que harán dentro de diez, veinte años. Inversiones para el futuro. Fondos de pensiones. Yo solo soy capaz de pensar que dentro de treinta años probablemente voy a tener que ponerme un pañal para no mearme encima. La vida, la vida de verdad, ha terminado.

Mi madre nunca me quiso. Mi madre nunca estaba allí. Ay, ojalá hubiera sido así. Ojalá me hubieran encerrado en un orfanato de pequeño: la lucha por la comida, los abusos de los otros niños, el frío, la soledad. Sería una víctima, un héroe, alguien que se ha hecho a sí mismo..., pero, por el contrario, mi madre siempre estaba allí. Una vez, cuando iba a la escuela primaria, vino a esperarme delante del colegio. Un niño más grande «me esperaba fuera», no recuerdo por qué, a esa edad cualquier motivo sirve. Yo iba hacia mi madre y él me tiró al suelo. Ella se lanzó contra el niño y le dio un empujón. El niño era grande, agresivo. Le devolvió el empujón. En resumen, que se cayeron los dos al suelo, rodeados por mis compañeros de colegio y por madres, padres, abuelos; y rodaron por el suelo delante de esa gente pasmada. Mi madre llevaba falda. Recuerdo que en el alboroto se le levantó la falda, y todo el mundo le vio las bragas, unas bragas largas blancuzcas que le apretaban sus gruesos muslos. Nunca me he sentido tan avergonzado. No por las bragas, sino por el hecho de que mi madre me hubiera defendido, y de esa absurda manera. Al día siguiente, en clase [La anotación se interrumpe aquí]

Esta mañana, en las obras, los franceses han paralizado los trabajos y han preguntado a los obreros si alguien había visto a Uwe, pero no han sacado nada en claro. Fabio ha ido al Hotel Solovki para hablar con los arquitectos, y tampoco ha conseguido saber nada. Me han dicho que sus cosas todavía permanecen en la habitación, incluso ese anorak

rojo un poco ridículo que lucía la tarde de nuestra llegada. No está claro cómo habrá podido pasar estas noches fuera, sin anorak. A menos que haya encontrado a alguna del pueblo con quien compartir la cama. O alguno. A mí me parece que es marica. Se lo he dicho a Fabio, que casi se ha cabreado diciéndome que soy homófobo. No soy homófobo, no me cae bien y ya está. El hecho de que les caiga bien a Fabio y Francesco hace que me caiga peor aún. La verdad es que necesito ser querido por mis amigos, el más querido, siempre. No puedo compartirlos con los demás, sobre todo si los demás son chicos a los que se conoce por casualidad en un antiguo cuartel en el Círculo Polar Ártico. Y son maricones. En cambio Fabio, sobre todo Fabio, tiene estas arrogancias, no es la primera vez.

Hace unos quince años Valentin desapareció. Ya entrado el otoño. Lo buscaron durante días; hasta vino gente de Arcángel con perros. Pero Valentin, quien por entonces tendría unos quince años, se había esfumado. Podía haber escapado a tierra firme. O podía haber caído en la ciénaga, que empezaba a recubrirse de hielo. Los de Arcángel le prometieron a su madre que volverían tras el deshielo. A por el cadáver, no había duda. Pero no fue necesario, porque Valentin regresó. Llamó a la puerta de casa y su madre se encontró delante a una especie de esqueleto, con el rostro cubierto por el pelo y la barba, y solo dos dientes que sobresalían de la boca medio abierta, llena de babas. No era un bonito espectáculo, pero esto no era lo peor. Antes de la desaparición, Valentin era un poco raro. Después, raro ya no bastaba: era el idiota al que yo iba a conocer años después. Ya no era capaz de articular palabras; y resultaba desgarrador porque parecía claro que quería hablar, se esforzaba en hacerlo, pero era como si el hilo que mantiene unidos el cerebro y la lengua se hubiera roto. Pasaba sus días en el banco de madera fuera de la casa, y, de vez en cuando, se levantaba gimiendo frases incoherentes y golpeando sus muslos con las manos, como si la imposibilidad de articular las frases lo desesperara. Un par de años de ese silencio forzado acabó por resecarle, aparte del lenguaje, también el cerebro. Dejó de levantarse, se quedaba todo el día sentado en el banco, o en la cama. La madre lo lavaba y lo vestía, como a un niño, pero él, también como un niño, se hacía todo encima. Cuando lo conocí, hace tres años, la pareja —la madre ya anciana, el hijo

grande y gordo, y retrasado— resultaba conmovedora; pero no transmitía un sentimiento de tristeza, al contrario. La madre estaba tranquila, resignada. Y Valentin había mejorado, había aprendido a usar de nuevo el lavabo, a caminar. Trabajaba en el puerto y, con el poco dinero que le daban, lograba que pudieran mantenerse tanto su madre como él. Los dos dientes de delante, enormes, le daban el aspecto de alguien siempre sonriente.

En comparación con cómo era hace tres años, me ha parecido que está aún más en forma. La cabezota rubia sigue inclinada hacia un lado, la boca permanece entreabierta como si intentara recuperar el aliento después de una inmersión. Gasping for breath. Pero es fuerte. Ha entrado en casa y ha vuelto al cabo de medio minuto con una bolsa de plástico. Ha vertido delante de mí, sobre la hierba, el contenido de la bolsa.

13 de agosto

Han encontrado a Uwe. Muerto. Yo ya lo sabía. Destrozado al pie del acantilado, con la cara desgarrada, un grumo de carne irreconocible. Primero pensaron que había sido por la caída, luego vieron que todo el cuerpo, la carne y la ropa, estaba hecho jirones, y se dieron cuenta de que habían sido las ratas. Salió por la mañana temprano para su carrerita habitual, resbaló por el sendero que bordea el acantilado, cayó abajo. No se sabe si murió en el acto o si sobrevivió, tampoco si durante mucho o poco tiempo. Tal vez pasó toda una noche de agonía. Cuando algo grave ocurre, cuando hay un atentado o un terremoto, o alguien muere, siempre me pregunto dónde estaba yo en el momento en que sucedió, qué hacía o pensaba. Estaba durmiendo en mi cama, tranquilo, escribía el diario, comía, reía. Tal vez vio venir a las ratas, las oyó mientras se subían encima de él y comenzaban a morder.

Se han aliado en mi contra. Ya ocurrió lo mismo durante nuestro primer viaje aquí. Me había olvidado por completo, o bien había pensado que los años habrían modificado los papeles. En cambio, todo ha continuado igual. El instinto de los cazadores. Y yo sería la presa. Algunas miradas, algunas medias palabras. Sobre todo en Francesco — es como si existiera, respecto a mi persona, un extraño deseo de venganza—. Me imagino que todavía me culpa por el final de su

noviazgo. Noviazgo, esa es una palabra que Francesco podría utilizar sin ironía: «¿Sabes?, tengo novia». Mientras que Fabio, sencillamente, es él.

14 de agosto

Hoy, visita a Valentin y a su madre. Hemos dibujado. No sé quién se la dio, pero poseen una Polaroid viejísima, y la madre ha querido fotografiarme con Valentin. Me ha emocionado verla maravillada y feliz cuando ha salido la foto. Verlos juntos es bonito y doloroso. Su casa se parece más a un establo que a una casa. Y el hecho de que en este cuchitril se encuentren las obras completas de Proust y de Stendhal es aún más doloroso. Uno se ve obligado a pensar que una sensibilidad semejante —la de quienes aprecian Rojo y Negro— se ve más atormentada por las privaciones: el frío, el hambre, la falta de amigos. Filippov a menudo venía a visitarla en los meses posteriores a la muerte de su marido, pero [La anotación se interrumpe aquí]

Novedades sobre Uwe. La policía vino y se llevó el cadáver, lo que queda del cadáver. Lo enviarán a Alemania.

15 de agosto

Al final, tal vez tendría simplemente que aceptar, sonriendo, que el problema no son los demás, soy yo. Hay algo obviamente insano en alguien que vuelve por segunda vez a este agujero en tierras del Círculo Polar Ártico y que se trae de nuevo a los mismos amigos. Quienes lo siguen, empiezo pensar, por piedad, no por ninguna otra razón. Es como si lograra estar sereno (no, no es feliz: sereno) solamente en movimiento. No es solo el trabajo de mierda que me veo obligado a hacer, no es solo por los deberes de clase que debo corregir, por los dos imbéciles del último pupitre, por ese increíble payaso que es el director. No, no es solo por eso. Es que en Italia me siento movilizado de manera permanente, como si todo lo que veo exigiera mi intervención o, simplemente, mi juicio. Y eso me cansa, y me cansa saber que mi intervención y mi juicio son irrelevantes. Es decir, solo le importan algo a mi madre. Mi madre, la viuda. La idea de tener que regresar a la escuela en septiembre me hace vomitar. Vomitar. Preferiría encerrarme en un búnker y salir el próximo verano, o no volver a salir. O huir

todavía más al norte. No creo que muchos se acordaran de mí. O tal vez sería suficiente cambiar de trabajo. Pero ¿a quién iba a gustarle? Y a mí ¿quién iba a gustarme? «Tragedia de quienes, al término de un tiempo determinado y habiéndose conducido por amor al bien por una vía en la que hay que sufrir, llegan a su límite y se envilecen.» (Simone Weil.)[\[5\]](#)

16 de agosto

Todo es una ficción. No son «mis amigos». Unos años más y empezaremos a vernos con menos frecuencia. Alguno tendrá hijos. Yo no. Nos reuniremos de tanto en tanto para cenar, o para alguna ceremonia. Luego, en el funeral de los padres. Más tarde, en los nuestros. Amor y amistad desaparecen después de los treinta años. Las cosas ya no son las mismas. Las palabras ya no tienen significado.

Ejercicios de abstracción. Esta noche, en la cena, sin ser visto, he estado observando durante cinco minutos el cuello mugriento de la camisa de Misha. Lo he aislado en medio de la inmundicia de las camas, de los armarios empotrados, de los toldos que tienen encima el polvo de los zares, del gulag... Es posible que un rasgo de la auténtica virilidad sea este odio por la limpieza.

Esta mañana, antes de ir a las obras, le he dicho a Francesco que me reuniría con él más tarde. Me ha preguntado si tenía miedo de salir con Misha por ahí. Sabe dónde hacer daño.

He hablado con Misha. «¿Por qué no?», me ha dicho. Sí, ¿por qué no?

La isla está llena de ratas, miles, millones de ratas. Pasan el invierno bajo tierra o en la oscura humedad de los sótanos y de los desvanes; luego vuelven a aparecer en primavera, como la espuma sobre el agua, y entonces la gente se las encuentra por todas partes, solas o en grupos de diez, de cien. Es uno de los temas preferidos de la celadora del dormitorio, que está contenta por haber encontrado a alguien con quien compartir su repulsión por estos animales. ¿A quién le gustan las ratas? Pero es una cuestión de gustos; yo siempre las he encontrado atroces, obscenas, pequeñas máquinas diabólicas. Y ella también coincide

conmigo. «Diabólicas, sí, diabólicas», ha confirmado moviendo la cabeza, también el cuello y parte del tronco, para dar más ímpetu a su asentimiento. Me ha contado que una vez, al derribar una pared en una casa cerca del puerto, la fina capa de escayola se cayó por completo de una pieza, y por debajo emergió una compacta extensión de carne gris, seis metros por tres, dieciocho metros cuadrados de ratas muertas y medio devoradas por otras ratas —sus descendientes— que, enloquecidas por la luz, huyeron hacia el muelle del puerto y, una a una, fueron a ahogarse al mar. Me ha comentado que en cierta ocasión el perro de uno de los pescadores fue asaltado y desollado vivo por una colonia de ratas hambrientas. Me ha dicho que en el cuartel donde dormimos pusieron veneno, y las ratas se marcharon. Pero, por la noche, cuando se hace el silencio, entre un estruendo y otro de la central, puedo oír el ruido de sus patitas o de sus mandíbulas en el falso techo. Fabio y Francesco me han dicho que lo sueño, pero no, de ningún modo lo sueño.

Un sentido de comunión total al ver a Fabio y a Francesco sentados a mi lado en el almuerzo, como si la misma energía secreta, una linfa solo nuestra, circulara por nuestros tres cuerpos. Lo más parecido al amor que he sentido en toda mi vida. De nuevo Simone Weil: «Los seres a los que amo son criaturas. Han nacido del azar. También mi encuentro con ellos es un azar. Morirán. Lo que piensan, lo que sienten y lo que hacen está limitado y es mezcla de bien y de mal. Saber esto mismo con toda el alma, y no por ello dejar de amarlos»[\[6\]](#).

El gesto no ha de ser una venganza. Ha de ser una mansa y cansada renuncia. Entre otras cosas, porque este viaje tiene el aire de poder ser mi mayor triunfo.

Todo esto da asco. No escribiré más.

Tercera parte

I.

El otoño de ese año supuso una segunda juventud que me fue concedida por un dios indulgente y generoso. O por un dios en plena racha de bromas macabras. Un dios que, como le repetía continuamente a Julia, parecía haberse servido de la desgracia de esos tres desventurados para ofrecerme un poco de felicidad, y a los dos, a ella y a mí, una segunda oportunidad. Mejor dicho, un dios que parecía haber *causado* la desgracia de esos tres desdichados para que pudiera reunirme de nuevo con Julia, pasar una semana con ella en tierras del Círculo Polar Ártico y luego llevarla a vivir conmigo a mi apartamento de soltero, es decir, de exsoltero, en el centro de Florencia.

—En pocas palabras —balbucía Julia—, ¿todo este follón para que pudieras llevarme a la cama?

—Los caminos del Señor son infinitos, y no digamos ya inescrutables, y no digamos ya sinuosos —balbucía yo como respuesta—. Y ten en cuenta que el favor te lo hizo a ti...

—¡Oh, no, mira, no quiero cargar con esos tres desgraciados en mi conciencia! Y, además, yo tenía una legión de pretendientes. Una *legión*. En cambio, tú te pasabas las noches en YouTube y charlando con tu televisor. Hasta tus ex se habían confabulado en tu contra.

Yo le había explicado lo del SMS de Paola y Lorena, el de «follas de pena». Entre otras cosas, parecía que de ninguna manera lo hacía tan mal, al menos según la opinión de Julia.

Envié a casa de Gaia un camión lleno con sus cosas: algunos muebles, libros, baratijas acumuladas en nuestros viajes, que había degradado unilateralmente a *sus* viajes, a *sus* desafortunadas compras en los zocos de medio mundo. Cortaba los puentes, rehacía una vida, un nuevo principio, etcétera. Julia continuaba enseñando ruso en la universidad. Yo iba a recogerla casi todas las tardes a la facultad, en la Piazza Brunelleschi. Plaza y facultad estaban tomadas por avalanchas de toxicómanos y punks con sus perros, sus guitarras y sus bongos, pero yo no iba allí porque tuviera miedo a que le pasara algo. Eran pobres infelices inofensivos, y Julia podría apañárselas

perfectamente por sí sola. El hecho es que me gustaba entrar en el edificio de la universidad un poco antes de que terminara su hora, subir los dos pisos de escaleras que llevaban hasta su aula y esperarla fuera. Sin que ella se diera cuenta, la observaba a través de la pequeña ventanilla cuadrada que se abría en medio de la puerta, con su boca moviéndose en silencio, con sus manos trazando extraños signos en el aire, signos *no italianos*, se me ocurría pensar, para poder ser mejor entendida por la docena de alumnos de su curso. Acercaba la oreja a la puerta y atrapaba alguna frase, alguna incomprendible palabra en ruso. Luego, dependía. A veces me quedaba ahí hasta que la clase terminaba y la contemplaba un poco apartado, mientras se despedía de los estudiantes, que al cabo de un mes empezaron a saludarme a mí también con una sonrisa que —estaba seguro de ello— no era burlona, sino de complicidad, de alegría por mi alegría tan evidente: el mundo me amaba. También a Julia le gustaba ver que la esperaba, pero yo intentaba saborear estas apariciones. Más a menudo aguardaba abajo y, cuando la veía salir del edificio, fingía que acababa de llegar y, es más, tomándola del brazo, me disculpaba por el pequeño retraso.

Porque ¿a qué me habían conducido años de atenciones, de amabilidades, de puntualidad en aperitivos y en cenas? A «follas de pena». A eso me habían llevado. Y ni siquiera eso era verdad. Así que ahora me esforzaba por utilizar con prudencia la amabilidad, las atenciones, de manera que Julia no viera de inmediato lo feliz que me sentía con ella, caminando a su lado por el claustro de la facultad (sí, esto también tenía que ver: regresar a mi facultad junto a quien una década antes había sido el sueño imposible de todos). Pero nunca se me ha dado bien esconder la felicidad: no soy capaz de vivir algo hermoso sin gritar a los cuatro vientos que estoy viviendo algo hermoso. Siempre esa maldita sensibilidad de poeta romántico. Mi aire de indiferencia duraba justo el tiempo que tardaba en atravesar el claustro. Luego ya no lo resistía más y le preguntaba si no era todo perfecto: Florencia todavía con una temperatura agradable, la copa que estábamos tomando, nuestra cena, las horas después de cenar, las carantoñas en el sofá, todo.

Sí, todo era perfecto.

Sin embargo, yo no podía olvidar a quién debía esa perfección. No estaba bromeando cuando decía que la desaparición, la probable muerte de esos tres chicos, había sido el precio que había tenido que pagar por nuestro reencuentro. Sonreía mientras lo decía. Pero cuando estaba solo, o en la cama antes de dormirme, ya no sonreía. Me sentía en deuda y también culpable.

Era como si, para alcanzar algo bueno, aquellos tres hubieran tenido que esfumarse, anularse, morir. Y ese «algo bueno» era yo, era mi vida. Me acordé de un verso de uno de los poemas que Gaia había colgado en la nevera, cuando nos fuimos a vivir juntos —uno de sus poetas perdedores—. «Son necesarias muchas vidas para hacer una», decía, o algo parecido. No, tampoco demasiadas. Tres. Y no era solo eso. Lo que también ocurría era que, después de haber hablado con sus padres, después de haber seguido sus pistas en las Solovki, después de haber entrevistado a aquellos con quienes se habían codeado allí, me parecía como si los conociera bien. Mejor dicho, me creía la única persona que verdaderamente sabía quiénes eran de entre los que se habían ocupado de su caso; cada vez menos numerosos, por otra parte, a medida que otras muertes, otros misterios que resolver más recientes, ocupaban el lugar del «caso Solovki» en las crónicas periodísticas.

Habían desaparecido, habían muerto, habían terminado en alguna brecha. Recuerdo un titular de periódico sublimemente idiota, un mes después de la desaparición, un título que era como una lápida sobre la investigación, una invitación a no gastar más dinero ni tiempo. El título era «¿Turistas de hágalo usted mismo? Ay, ay, ay...» e imitaba un viejo eslogan de Alpitour. Estaba claro, según decía el artículo, que los tres italianos desaparecidos se habían ahogado, o que se habían hecho daño escalando alguna montaña (cuando bastaba con un mapa para ver que las Solovki eran planas como una mesa). En cualquier caso, existían otras cosas más interesantes de que hablar, crímenes reales con muertos reales, con su asesino, su arma, etcétera. Un accidente en una isla en medio del mar Blanco era algo que podía ocurrir, y había ocurrido: fin de la historia.

Me quedé solo, intentando ordenar las piezas. Yo era el único periodista italiano que había ido a las Solovki. Y sí, a esas alturas, a aquellos tres ya los conocía bien. Mejor dicho, cada vez mejor. Más que nada porque seguía viendo a gente que los había conocido, tratado. Les decía quién era, les explicaba en qué trabajaba y mis interlocutores excavaban en su memoria y, sin gran esfuerzo, recuperaban vestigios, apariciones de hacía muchos años. ¡Florencia es tan pequeña! Alguien iba al mismo gimnasio que Fabio. Alguien era cliente del estudio de Luciani, y se acordaba de los sarcasmos del padre sobre la vocación de Francesco por la arquitectura. Alguien tenía un hijo o un hermano pequeño que iba al mismo instituto donde Enrico daba clases. Y los retratos se iban perfilando, el cuadro se hacía cada vez más nítido: Fabio y su incapacidad para tomar decisiones, su dispersión en mil

pequeñas empresas que no conducían a ningún lado; la inseguridad, tal vez la falta de talento de Francesco; la ironía, el continuo sarcasmo que Enrico utilizaba con estudiantes que obviamente eran demasiado jóvenes para captarlo y que reaccionaban tratándolo como un inadaptado... Solo quedaba yo intentando unir todas las piezas. Porque a los tres les debía algo, a cambio de ese otoño de felicidad con Julia. Julia. Al principio se burlaba de mí, al ver que mis pesquisas se iban convirtiendo en una obsesión. Luego empezó a preocuparse. ¿Por qué obcecarme con personas a las que no conocía, a las que nunca había visto? ¿Por qué, me preguntó, «esta debilidad»? Era la palabra justa, la palabra que estaba esperando para poder confesarme: me sentía débil.

Me estaba separando, después de un matrimonio que había durado casi diez años. Me había casado joven, según los cánones habituales. Mi padre se había puesto velada, elegantemente en contra. Mis amigos me habían aconsejado que esperara y que disfrutara un poco más de la vida. De hecho, Gaia y yo podríamos haber vivido juntos sin casarnos; no nos interesaban ni la religión ni las convenciones. Pero, en un momento dado, sentimos algo así como el deber de *afirmar* algo, algo así como una declaración de confianza en nosotros mismos y en el futuro, mientras que, a nuestro alrededor, todo el mundo —nos decíamos— parecía empeñarse en una competición para ver quién era más irresponsable. Más tarde el futuro nos demostró que algo había salido mal. Niccolò nació en medio de una crisis conyugal y no ayudó a resolverla.

Y también sucedía algo más. Algunas de las personas a las que había conocido habían muerto. Naturalmente, la gente también moría en la infancia o la adolescencia. Pero eran casos extraordinarios, y los que morían siempre eran los mayores. Mi vieja maestra de la escuela primaria, a la que encontraron muerta al cabo de unos días en su estudio del Isolotto. La madre de una vecina, en un accidente de coche. También cuando Andrea, mi compañero de clase, se estrelló con la moto contra un árbol y acabó en el hospital, y fue operado, y después murió; recuerdo que todos nos sentimos desconsolados, porque eso era lo que todo el mundo esperaba de nosotros, aunque se trataba de una ficción a medias. Cuando llegó la noticia de su muerte, me encerré en el baño intentando llorar, pero me entraban ganas de reír. «¡Estás mintiendo, estás mintiendo!»; por eso me sorprendió tanto, cuando la leí, esa respuesta de *La muerte de Danton*. También había impresionado a Enrico, él también la había subrayado en el ejemplar que

encontré al lado de su cama en las Solovki. Mentíamos. Pero las cosas habían cambiado. Ahora moría gente con la que había hablado unas semanas o unos días antes, gente a la que apreciaba, a la que de verdad quería. No eran solo antiguos colegas o amigos de la familia, sino gente de mi edad o un poco mayor; uno de cáncer, otro a causa de un accidente en la montaña. En resumen, mis amigos eran mortales, por lo que no resultaba difícil deducir que yo también lo era, que yo tampoco tardaría en desaparecer.

Asimismo, por este motivo, creo, era sensible al destino de los tres desaparecidos. Naturalmente, algo así nunca me habría podido suceder. Tenía una compañera o, mejor dicho, una nueva compañera, Julia; tenía un hijo, una especie de trabajo. Por suerte, carecía de tiempo para perderme, durante un mes, en el Círculo Polar Ártico para restaurar, gratis, monasterios. Pero conocía a un montón de gente que habría podido encontrarse en una situación similar, un montón de amigos diferentes, que huían de la vida y que habrían aceptado pasar un mes en las Solovki sin pensárselo. Yo no lo habría aceptado, pero, un poco por la separación de Gaia o por la rutina cotidiana, por la miseria cotidiana de mi trabajo, empezaba a entender su punto de vista.

Y había algo más. Tenía la sensación de que Enrico, en su diario, hablaba *realmente* por mí: con un poco de retraso sentía yo también, ahora, la pena por las responsabilidades, por el final de las innumerables posibilidades que la vida parece ofrecer hasta los treinta años. Ahora solo cabía esperar: la familia, los hijos, el trabajo, la vejez, la muerte. ¿Cómo lo escribió Enrico? «Nunca más volveremos a ser tan bellos como ahora.» Yo también sentía que había alcanzado la cima; ahora ya solo quedaba el descenso.

Un par de días después de mi llegada a Florencia llamé a Galliano. Le hablé sobre el viaje y le dije que estaba casi listo para entregar el primero de los tres textos que habíamos acordado, solo necesitaba un poco de tiempo para poner en orden las notas y las ideas. Galliano me escuchaba distraído. Mientras hablaba, oía el sonido de las teclas de su ordenador. Demasiado rápido. El idiota no escribía: repiqueteaba en el teclado solo para darse importancia, para hacerme creer que tenía cosas mucho más importantes que hacer.

Saboreé ese momento.

—Encontré... Estoy en posesión del diario de Enrico.

—Coño.

—Sí. Coño. Es buen material. Un poco raro, pero es bueno.

—¿Y cómo lo conseguiste? ¿Dónde lo encontraste?

—Me lo dio alguien.

—Te lo dio alguien.

—Me lo dio alguien.

—Capace, mira, no voy a soltar más pasta. No vas a ver ni un céntimo más de lo que hemos acordado, ¿vale?

Nunca había pensado en regatear sobre el precio, soy un señor, pero Galliano me dio la idea.

—Bueno, quizá sea necesario algún pequeño apaño, ¿verdad? Quiero decir, primero lo lees, y luego tú decides.

—Humm, ya veremos, ese pequeño apaño... ¿Dice algo acerca de dónde coño acabaron?

—Vamos a ver, ¿me estás pidiendo un mapa que nos conduzca a los cadáveres? Ni hablar. Solo hay comentarios sobre su vida allí, sobre la vida en general...

—¿Porquerías? ¿Mariconadas? ¿Cosas de invertidos?

Estaba acostumbrado al elegante cinismo de Galliano. Era él quien, durante los bombardeos de Sarajevo, se despidió del fotógrafo que estaba a punto de salir a realizar el reportaje con estas palabras: «Niños. Cadáveres de niños. Por favor». Era él quien, durante la primera guerra del Golfo, había ofrecido un premio de cinco millones de liras a quien le trajera fotos de iraquíes sepultados con vida: «En la arena, con arena en la boca, en los ojos, por todas partes. Mucha arena». Galliano era racista, fascista, machista y, naturalmente, homófobo. Por no hablar de que nadie parecía haber tenido nunca la suerte de leer una línea escrita por él. Por lo que sabíamos, incluso podría ser analfabeto. Por eso había llegado a director.

—¿Mariconadas? No, yo diría que no, quizá las cosas sean un poco más complicadas...

—Eres tú quien las complica, Capace. Tú. Mientras que el lector, quien, permíteme que te lo recuerde, es dueño y señor de tu culo, quiere cosas simples. Y nosotros debemos simplificarle también las cosas que, de por sí, ya son simples. Así no nos tocan los huevos.

Encajé la lección de periodismo en silencio y, a continuación, le describí un poco mejor el contenido del diario.

—En resumen —concluyó—, me parece interesante. ¿La madre está de acuerdo en publicarlo?

Me quedé doblemente sorprendido. Porque nunca pensé que Galliano pudiera oponer estos reparos. Y porque yo no los habría tenido; ni siquiera habría pensado en que fuera justo, oportuno, ético, decirle a la madre de Enrico que habíamos encontrado el diario de su hijo. Me quedé en silencio durante un instante, preguntándome por qué no se me había ocurrido algo tan obvio.

—No se lo has dicho. ¡No le has comentado que encontraste el diario de su hijo!

—La verdad es que no. Preferí...

Galliano se regodeó.

—¡Joder, Capace! ¡Así que no tengo nada más que enseñarte! ¡Que te he subestimado siempre! ¡Que realmente te has convertido en el mastín que has de ser en este mundo de lobos! Ah, *chapeau*...

—No, es que primero quería consultarlo contigo. Imagínate que no te interesa...

—Me interesa, me interesa; pero, como no somos chacales, y como no quiero acabar en los tribunales, será mejor escuchar a la madre de ese desgraciado, ¿no te parece?

Pensaba que me iba a echar los brazos alrededor del cuello: la primicia que reabría el caso. ¿Y qué podría surgir de ahí? Un contrato anual, una sección fija..., y, sin embargo, no solo no me había ofrecido una sección fija, sino que me había dado una lección de ética profesional. Galliano. Y lo peor de todo es que tenía razón.

II.

—¿Y a usted le gustaría publicar esto?

La madre de Enrico vivía en un apartamento en el Sesto Fiorentino: un dormitorio, una cocina, una sala de estar y un balconcito que se asomaba al ruido de la autopista de Livorno. El mobiliario tenía la polvorienta sordidez de los decorados de la vieja serie de televisión de Maigret con Gino Cervi: un par de sillones de escay, una antigua mesa de comedor demasiado grande, un toldo blanco que le quitaba al apartamento hasta la escasa y sucia luz que venía del exterior y, en las paredes, una docena de esas atroces copias de cuadros famosos en punto de cruz, con hilos de colores en vez de ténpera. Mientras me sentaba en una butaca reconocí la *Virgen de las Rocas*, un Renoir, los girasoles de Van Gogh, un par de Arcimboldos.

—Lo sé, son horrendos, pero los hacía mi marido. Constituyen un recuerdo.

Yo no había abierto la boca; evidentemente la expresión de mi cara había sido elocuente. Aunque también era posible que se tratara de una frase ingeniosa que la señora Saraceno les decía a todos sus huéspedes. De todas maneras, esa chanza me confirmó la idea que me había hecho durante nuestra primera breve charla por teléfono, cuando se negó a ser entrevistada: de ninguna manera esta mujer era una imbécil.

—No, al contrario... —murmuré—. Tiene aquí una buena representación de la historia del arte...

Ella esbozó una sonrisa paciente, lo que significaba que, a partir de ese momento, podía dejar de fingir. Yo también sonreí, acepté ese pacto silencioso; le diría la verdad, me encontraba allí para eso.

La había llamado por teléfono la noche anterior, y había ido al grano antes de que pudiera colgarme el teléfono.

—Señora Saraceno, soy Alessandro Capace, de *Fatti*. Perdóneme que la moleste de nuevo, pero hemos encontrado el diario de su hijo.

Hubo un silencio, y luego:

—¿Dónde?

—En las islas Solovki. Me lo dio un chico que vive allí.

—¿Por qué a usted y no a la policía?

—No lo sé. Creo que el chico confiaba en mí.

—¿Y por qué lo tenía él?

—Tal vez lo encontró. O su hijo se lo dio.

—¿Y no podría ser que se lo quitara, que se lo robara? ¿No se lo ha dicho a la policía?

—Si lo hubiera robado no se explicaría entonces por qué me lo dio sin que se lo pidiera siquiera... Y, en realidad, no es un diario, sino solamente un cuaderno. Claro, sí, daré parte a la policía, pero primero quería hablar del tema con usted. Como puede imaginarse, el diario posee un gran valor periodístico.

Me arrepentí de mis palabras en el mismo momento en que las decía.

—¿Un gran valor periodístico?

—Quiero decir que sería interesante publicarlo.

«Valor periodístico» e «interesante» eran dos expresiones desafortunadas, una tras otra, así que no me sorprendió cuando la señora Saraceno respondió, sin levantar la voz, pero escandiendo las palabras:

—Está usted hablando de mi hijo. De mi hijo y de su diario...

¿Cómo me lo montaba para irritar a la gente, incluso cuando mis intenciones eran buenas? ¿Cómo lo conseguía? La interrumpí.

—Precisamente por eso la he llamado. Me gustaría dejárselo leer. Querría hablar del tema con usted.

Silencio. No se esperaba semejante sinceridad. Pensé, con un poco de aversión, que tenía que agradecerse a Galliano.

—Esta noche trabajo; soy enfermera y estoy de guardia. Pero, si pasa mañana después del almuerzo, estaré en casa.

Esa reacción me descolocó. ¿Era posible que una madre no quisiera ver inmediatamente el diario de su hijo desaparecido? La señora Saraceno poseía una extraña flema.

Y, al día siguiente, me encontraba allí, contemplando los cuadros de punto de cruz en las paredes mientras la señora Saraceno leía el diario de su hijo, las últimas palabras que su hijo había escrito antes de desaparecer. La lectura le llevó unos quince minutos. Al final, me devolvió el cuaderno. No me esperaba lágrimas, pero tampoco semejante dominio de sí misma. Pensé de nuevo en las lágrimas de la madre de Francesco, en el diluvio de palabras de la madre de Fabio. Me pregunté si habría sido más natural esperarse lo

contrario: los burgueses entrenados para ocultar las pasiones, el pueblo acostumbrado a gritarlas, incluso a exhibirlas. Antaño, tal vez. Hoy en día la frontera, si es que la hay, no está tan clara; más que un problema de patrimonio, el decoro lo es de inteligencia, y la madre de Enrico, obviamente, era más inteligente que las otras dos.

—Son solo pensamientos desordenados, el tipo de cosas que todos nosotros podríamos decir o escribir durante unas vacaciones. No veo por qué...

Pero el hecho es que «todos nosotros» no habíamos desaparecido. Intenté explicárselo con delicadeza.

—De entrada hay algunos detalles que podrían ayudar en la investigación...

—¿Cuáles? —me interrumpió.

Yo divagaba.

—Bueno, esto hay que dejar que lo decidan los investigadores... Y, además, me parece que de ahí sale un retrato de su hijo mucho más polifacético y..., sí, ejem, interesante...

Me miró, esbozó la misma sonrisa irónica que había exhibido delante de los cuadros de punto de cruz, pero esta vez la mirada era más severa: yo había empezado a fingir de nuevo.

—Verá, entiendo a la perfección por qué le interesa esto. Y sé perfectamente que no tiene nada que ver ni con la investigación ni con el retrato de mi hijo. Yo también leo los periódicos, me gusta la sección de sucesos. Y esta es una bonita historia para la sección de sucesos, ¿verdad? Claro, yo no puedo disfrutarla porque se halla implicado mi hijo, pero ¿a usted qué le importa? Usted todavía es joven, quiere hacer una carrera, y esta es una buena oportunidad, una buena manera de que le tengan en cuenta, de destacar.

Intenté hablar, pero ella me detuvo con la mano.

—No, no se lo estoy echando en cara, usted hace su trabajo. Pero es que tengo la impresión de que la gente ya se ha olvidado de esta historia. Ya sabe, suceden tantas... Hay un montón de gente que desaparece, ¿verdad? En *Quién sabe dónde* tienen el problema de a quién elegir, ¿no es así? ¿De verdad cree que los pensamientos de mi hijo pueden hacer aumentar las ventas?

—No es eso. Es que...

—De todos modos, disponga de estas cosas según le parezca conveniente.

De hecho, me imagino que tendría que darle las gracias por haber venido a pedirme... ¿qué?, ¿una opinión?, ¿un permiso?

La verdad es que ni yo mismo sabía muy bien por qué me encontraba allí. De nuevo titubeé.

—Permiso concedido —concluyó.

Pensé que era una fórmula de despedida. La visita había durado bastante. En cambio, continuó hablando.

—No quisiera parecerle fría, desinteresada... Sucede todo lo contrario. Verá, tengo cáncer.

—Dios mío, lo lamento.

—¿Por qué? Si esta es la primera vez que me ve...

—Supongo que es lo que se dice... —admití.

Pero eso lo dije para estar a la altura de su seriedad, de su ironía. El hecho es que lo lamentaba realmente. Me había sentido culpable por todo lo bueno que me había provocado esa desgracia; y en el cuarto de hora en que la había visto leer las últimas páginas escritas por su único hijo muerto me di cuenta de que esa, después de todo, era la forma en que estaba empezando a pagar yo también. ¿Con qué derecho me entrometía en la vida de una madre y de su hijo? ¿Qué sabía yo de ellos? Para mí eran solo páginas de un cuaderno, pero ella podía ver a su hijo inclinado sobre el papel mientras escribía, podía imaginar su voz mientras releía, una voz que no iba a oír nunca más... Yo había pensado en mi madre, en cómo habría reaccionado ella en su lugar. Mi madre, perdida en alguna ciudad alemana, junto a alguien a quien yo nunca había visto, mientras leía las últimas palabras de su hijo olvidado. Y pensé en la madre de Valentin, en su manta de caballo echada sobre los hombros en esa especie de establo donde vivía, en medio del mar Blanco, aturdida por la pobreza y por el estruendo de la central eléctrica. Recién regresado a Italia, me fui a unos grandes almacenes de las afueras de Florencia y, por cincuenta euros, compré un par de jerséis y un *pack* de calcetines de lana, y lo envié todo a la dirección de la cantina de Tibor, un buen paquete con el nombre de ella escrito claramente por Julia, y el ruego de que la entrega del mismo se hiciera lo más pronto posible.

Cáncer. Sentados en el sofá, con el tráfico de las seis tras la ventana, me entraron ganas de poner mi cabeza en su regazo y llorar. Por Enrico, por ella, por mí, por los desaparecidos. Y, sobre todo, por las madres.

—No lo lamente. Yo no lo hago. Usted sabe que soy viuda; pero la muerte de mi marido no fue algo muy traumático... Oh, Dios, debe de pensar que

soy un monstruo...

Detuvo con una mano mi intento de decirle otra chorrada retórica.

—No, el hecho es que yo había, ¿cómo puedo decirlo?, trasvasado por completo mi vida en la de mi hijo. Completamente. Él mismo lo dice, en el diario. Es muy severo conmigo, y tiene razón. La madre omnipresente, que lo amaba por neurosis. Sí, yo vivía a través de él. No era una buena vida; ni la mía ni la suya. Le había traspasado a mi hijo tanto mis cualidades como mis defectos. Y los que se veían eran sobre todo los defectos. Digamos, por encima de todo..., una cierta incapacidad para vivir. Sí, eso es. Como si lo que para los demás resulta claro, simple, evidente, para nosotros fuera, en cambio, opaco y difícil. Sí, no éramos aptos para la vida, pero no en general, la vida en general nos gustaba. No, no éramos aptos para la vida de hoy en día, en este país, esta ciudad... —e hizo un gesto con la barbilla hacia la ventana, hacia lo que estaba afuera: la autopista de Livorno, Florencia, Italia.

—Le aseguro que no es la única que se siente así. Somos muchos. Muchísimos.

—Quizá. Es posible que sea una especie de epidemia que no se ve, que no se manifiesta en los cuerpos como la peste, o como el sida; sin embargo, ahí está. Quizá. Pero es triste ver que la enfermedad devora también a alguien a quien has creado, y que no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Es muy triste.

Yo no sabía qué hacer. El permiso era una excusa. En realidad, yo había venido a encontrar algún detalle que hiciera el artículo más dramático, algo así como: «La señora Saraceno espera desde hace dos meses en su pequeño apartamento del Sesto Fiorentino...». Pero sucedía todo lo contrario. A Galliano eso no iba a gustarle. Lo borré de un plumazo con el pensamiento. Tendí una mano, la apoyé sobre el brazo de la mujer. Ella puso la suya encima, como para decirme que era yo, en realidad, el que necesitaba consuelo. Y, de hecho, era así como me sentía.

—Siempre pensé que mi hijo buscaría otro camino. Algo diferente a todo esto. Los viajes: Japón, la India. Estudiaba los lugares adonde iba. Leía. No era un turista, ni tampoco uno de esos idiotas que se enamoran de otro país solo porque sí, que solo quieren marcharse porque piensan que la felicidad está en otra parte. No pensaba eso. Estaba buscando una manera de salir de *aquí*. Por desgracia, me di cuenta muy temprano, cuando todavía era adolescente, de que mi hijo era como yo: condenado al fracaso. Y también al dolor. Tuvo de novia durante bastantes años a una buena chica a la que había

conocido en la universidad. Digo una «buena chica», pero, en realidad, no poseía virtudes especiales. Ni tampoco defectos especiales, todo hay que decirlo...

Movió la cabeza sonriendo, se encogió de hombros como diciendo que a esas alturas no había ninguna razón para guardar secretos, y prosiguió:

—De vez en cuando nos reíamos de eso, con mi hijo: ni virtudes ni defectos. «Una página en blanco», le dije una vez. Y él me respondió: «Sí, pero una página impermeable a la tinta». Nos reíamos de ella, la verdad es que éramos cómplices. Nos gustábamos: yo a él y él a mí. Y sí, tengo que admitir verdaderamente que era así: no nos gustaban los demás. Era esto lo que nos unía... Oh, realmente estoy pintándole un cuadro patológico...

Se echó a reír. Me reí yo también. Pensé que debía de ser bonito ser cómplice de una mujer tan inteligente. Bonito y, a la larga, muy complicado, sobre todo cuando esa mujer era tu madre.

—En cualquier caso, rompieron hace un par de años. Y yo (no tendría que decirlo, lo sé) me alegré. No porque así lo tendría todo para mí (no, no soy de esa clase de madres), sino porque pensé que era mejor que nuestros genes no se transmitieran a nadie más. Que nadie más se viera arrastrado con nosotros a nuestra... enfermedad.

—Y, por lo que se refiere al viaje a las Solovki, usted cree que su hijo podría...

—El viaje a las Solovki ha sido una casualidad. Podría ser otra cosa, cualquier otra cosa... Estuvieron allí una primera vez hace unos años. Recuerdo que el lugar le pareció un poco siniestro. Debe de ser una especie de prisión en medio del hielo, usted ha estado allí...

Asentí con la cabeza. Sí, una cárcel en medio del barro y del hielo.

—Pero se quedó fascinado por la historia de las islas. Y por la naturaleza. Creo que le gustaba la idea de una naturaleza que no era ni buena, ni grandiosa, ni amigable; una naturaleza que está, según me dijo, *en contra de* los seres humanos. Y luego conoció a personas extrañas. De las más raras habla también en estas notas. El muchacho loco. Su madre...

—En determinado momento su hijo habla acerca de una película. Dice..., espere...

Cogí el diario, leí en voz alta:

—«Visto de cerca, Filippov es realmente idéntico a su abuelo, el hombre de la película. Parecen la misma persona, como si los genes, debido al frío, no hubieran logrado diversificarse mucho; más que su nieto, un clon...»

¿Tiene idea de qué película se trata?

—Sí. Mi hijo se enteró, no sé cómo, de que en las Solovki habían filmado una película de propaganda. Los soviéticos. Para hacer ver que en el gulag se vivía bien, que todo el mundo estaba contento. Así que la consiguió a través de una especie de asociación de supervivientes, gente que había estado en el gulag y había abierto una página en internet: diarios, fotos, películas... También intentó que yo la viera, pero es una película muda con subtítulos en ruso, me rendí de inmediato. La dejó aquí después de la última mudanza, se la daré con mucho gusto si piensa que puede servirle.

Ahí estaba: el elemento dramático.

—Claro, sin duda me será útil.

La señora Saraceno regresó un minuto después con una bolsita de plástico con las palabras «Solovky Labour Camps 1928», y en el interior un DVD grabado. Me lo dio. Luego se quedó de pie. Era hora de marcharse, yo también me levanté.

Afuera el ruido del tráfico se había reducido, ahora era un bajo continuo, un zumbido que apenas podía traspasar la barrera del doble acristalamiento.

—Bueno, ya le diré cómo van las cosas. Le haré llegar una copia de los artículos.

—No, no es necesario —replicó—. Suponiendo que usted o algún otro lo descubriera, no creo que quiera saber qué ocurrió. Mejor dicho, no quiero saberlo. Ya se lo he dicho. Para mí fue una sorpresa solo en parte. Estaba esperando algo, no sabía qué. Y algo sucedió. Solo tengo la esperanza de que no sufriera.

Sonrió. Yo estaba al borde de las lágrimas, lágrimas de afecto y de admiración, más que de dolor. Quería estar seguro de que nos veríamos de nuevo. Le dije que vendría para devolverle el DVD.

—Oh, no creo que en esa película vaya a encontrar nada de interés. Pero puede quedársela.

Me abrió la puerta. En el umbral, añadió, sin dejar de sonreír:

—Digamos que le hago entrega a usted de esto, como recuerdo nuestro...

Me puso una mano en la mejilla.

—Y no esté tan triste, ¡eh! ¿Qué le pasa?, ¿por qué está tan triste?

III.

A la mañana siguiente, el teléfono sonó a las ocho, mientras desayunaba delante del ordenador encendido. Estaba retocando el artículo que tenía que entregar al día siguiente; algunas comprobaciones sobre la grafía de los nombres, alguna nota de color adicional, para crear la atmósfera, pero, sobre todo, era una forma de deleitarme con el resultado, porque el artículo me parecía perfecto. Tenía una historia, informaciones de las que nadie más disponía, tenía a Julia. Era indestructible.

—Mi querido periodista, ¡bienvenido de nuevo!

Era Monina, y ese era un horario inusual para él, porque sabía que nunca llegaba a su oficina antes de las diez o las once. Era extraña la hora y también que fuera él quien me llamara. Pensé que tenía algo importante que decirme, o que estaba ansioso por escucharme. O ambas cosas.

—Estaba esperando una llamada... Una solícita llamada tuya...

Tal vez me equivocaba, tal vez era la mala conciencia, pero me parecía que en su tono irónico había una nota casi amenazante.

—Acabo de regresar. Hace un par de días. Precisamente estoy encajando bien las piezas...

No me dejó terminar la frase.

—Ya lo sé, ya sé que acabas de llegar. No hace un par de días: hace cuatro días exactamente.

—Sí, hace poco, en fin...

—¿Y qué tal todo?, ¿qué tal todo?

Ahora el tono era el que se utiliza con los niños: ¿qué me cuentas?, ¿has hecho algo bueno?

—Bueno, interesante, también tengo algunas novedades, y precisamente estaba...

No me dejó terminar.

—Precisamente estabas, pues claro... Pero el problema es que has vuelto demasiado pronto. Demasiado pronto. Tenías que haberte quedado unos días más. ¿Dónde está ese olfato de periodista? ¿Eh?... Porque hay importantes

progresos...

Hizo una larga pausa a la espera a mi pregunta. Pero me quedé en silencio.

—Lo que ha ocurrido es que la policía rusa ha pillado al que mató al chico alemán.

—¿Cuándo?

—Ayer. Qué sentido de la oportunidad, ¿no? Te perdiste la primicia. Eres un auténtico capullo.

Monina no hacía distinciones entre los periodistas que escribían para los periódicos y los que hacían reportajes como yo. O tal vez las hacía, pero consideraba a los reporteros como gente a la que le hubiera gustado mucho escribir en los periódicos. Y tal vez tenía razón, aunque, a decir verdad, no fuera mi caso; yo quería espacio para las investigaciones, las descripciones extensas, la paranova. De todas formas, Monina pensaba que todos los periodistas tienen como único objetivo la Exclusiva, la Primicia. No era así, no era en eso en lo que pensaba esa mañana gloriosa delante de la pantalla de mi ordenador, mientras escribía mi reportaje sobre el Gran Norte, pero eso no significaba que no estuviera turbado por la noticia. Turbado y decepcionado.

—¿Y de quién se trata? —le pregunté.

—De tu amigo Valentin. El tonto del pueblo.

Me quedé en silencio. ¿Por qué Valentin? No, no podía ser que no lo hubiera pensado. El tonto, el más raro de todos. Y, en consecuencia, el que, de entre todos, podría hacer algo raro, absurdo, como matar a la mascota del grupo. Pero también había pensado en muchas otras cosas que no se hicieron realidad. ¿Por qué precisamente esta? Y, además, ¿por qué decía Monina que yo era amigo suyo? ¿Qué sabía al respecto?

—¿Tienen pruebas?

—Parece que sí. Encontraron en su casa una cadenita que pertenecía al muchacho. Y extraños dibujos. El tonto sabía dibujar.

Pensé en el autorretrato. Y en el dibujo de Valentin al pie de una escalera que conducía al sol.

—¿Eso es todo? A lo mejor la cadena fue un regalo del muchacho. ¿Y qué tiene de malo pintar retratos?

—Oh, no, nada, ya ves tú, no es nada malo. Pero yo no he dicho que fueran retratos.

Ya, no lo había dicho. Había caído en la trampa. Pero lo cierto es que no me había imaginado que tuviera que evitar las trampas. Siempre había pensado en Monina como en un aliado, una especie de padrino un poco

ridículo, al que de tanto en tanto poder tomarle el pelo de forma afectuosa. Pero Monina era también un comisario de policía y, con toda probabilidad, a juzgar por las cosas que lograba saber antes que los demás, algo más que un mero comisario. En ese momento no era el padrino el que me hablaba. Tenía que andarme con ojo.

—He dicho dibujos —continuó—. Pero, tienes razón, eran retratos. Un poco raros, de todas formas.

Hice la pregunta que estaba esperando:

—¿Por qué son raros?

—Porque no son retratos del alemán con vida. Son retratos del alemán ya muerto, con el rostro destrozado y todo lo demás.

No dije nada. Pensé de nuevo en el retrato de Enrico. No, ese era el retrato de alguien con vida. Pero parecía claro que detrás había trabajo, que Valentin tenía cierto talento y cierta práctica en el dibujo de las caras. De acuerdo, sabía dibujar. Pero ¿por qué pensar que había matado a Uwe? Podía haber encontrado el cadáver, haber hecho su retrato y después haber vuelto a casa sin decir nada a nadie. Estaba lo bastante loco como para llevar a cabo algo semejante. Pero sabía lo que Monina estaba a punto de decirme.

—Y hay más cosas. Porque el tonto es reincidente. Hace quince años ya agredió a alguien, a otro chico de la isla. Patadas y puñetazos; tu tonto, al parecer, es una persona bastante robusta. No lo mató, pero casi. Se escapó y, durante unos meses, nadie más lo vio. Creían que había muerto porque, sin dinero, sin la posibilidad de abandonar la isla y a treinta grados bajo cero, difícilmente uno regresa para contarlo. En cambio, volvió. Un día lo vieron llegar desde el bosque, con todo roto, todo sucio. Y ya no razonaba. No es que antes fuera un genio, pero ahora estaba loco, completamente loco. ¿Cómo estaba? Loco, ¿no? Sé que os hicisteis amigos, él y tú...

Me reí.

—Bueno, te subestimé. ¿Quién era tu confidente allí? ¿Uno de los chicos del hotel? ¿Uno de los marineros? Tibor, en la cantina.

—Oh, un poco todos, ya sabes, un poco todos... Es una nación de espías, de gente a la que le gusta hablar y chismorrear, basta con un vaso de vodka... Oye, ¿qué es lo que te dio el tonto en el barco?

Sabía que iba a preguntármelo, así que tenía la mentira preparada.

—Dibujos.

—Humm. ¿Qué dibujos?

—Autorretratos.

—¿Nada más?

—Un par de fotografías, nada interesante.

—¿Este capullo hizo doscientos metros a nado en el océano Glacial Ártico solo para darte su autorretrato y un par de fotos de recuerdo?

Lo sabía todo. Era como si hubiera estado allí, en el barco.

—Tú lo has dicho: es un capullo.

Al día siguiente busqué la noticia de la detención de Valentin en los periódicos y en internet, pero no encontré nada. Evidentemente, la Interpol todavía no lo había hecho público. Monina me había dejado claro que teníamos que trabajar en equipo. Él me había ayudado y ahora quería algo a cambio; para empezar, una total transparencia. Era un comisario de policía, pero, avisándome anticipadamente de la detención de Valentin, me había hecho otro favor. Todavía era el padrino. Yo iba a dar la noticia, iba a incluirla en mi artículo para *Fatti*: un reportaje para un semanario que dejaba con el culo al aire no solo a las redacciones de los periódicos, sino también a las agencias de noticias... Le llamé a la oficina para darle las gracias.

—Pues sí, haces muy bien en darme las gracias. Haces muy bien. Pero ahora quien tendría que echarme una mano eres tú, ¿no te parece?...

El tono inquisitivo del día anterior había dado paso a la cordialidad irónica de costumbre. Volvíamos a ser amigos. Había dos cosas que podía ofrecerle a cambio: una, el diario de Enrico, y otra, las sospechas sobre el pope. Pero el diario debía aparecer antes en *Fatti*. Para la historia de los iconos, en cambio, yo también necesitaba una mano.

—En realidad, quería explicártelo ayer. Pero luego me diste esa noticia... He descubierto algo y creo que la Interpol podría estar interesada... Bueno, ya sabes que todo esto, todo este trasiego de dinero de la Unesco, tiene su origen en los iconos...

—¿Vas a decirme —me interrumpió— que el pope trafica con los iconos, que ha hecho que realizaran copias, que a su vez ha colocado en la cripta, y, mientras tanto, va vendiendo los originales?

Monina saboreó mi silencio.

—¡Oh, no pensabas que las autoridades policiales estuvieran vigilando, ¿verdad?! Pues, ya ves, vigilan, vigilan... Pero esto, por favor, no debes escribirlo, porque todavía estamos siguiendo el caso, y podrías obstaculizar la investigación. Me explico, ¿verdad?

Se explicaba. La revelación, la exclusiva del día antes, era un pequeño regalo para que me mantuviera en silencio sobre el asunto de los iconos. Bueno, estaba bien; era un intercambio justo y me permitía no decirle nada acerca del diario.

—De acuerdo. Me centraré en cuestiones generales. Pero lo del arresto del tonto puedo decirlo, ¿no?

—El tonto es todo tuyo. Sois amigos, ¿verdad?

El artículo salió a los pocos días. Había un conciso relato del viaje y extractos de las conversaciones con algunas de las personas a las que había conocido en la isla, y un breve, afectuoso retrato de nuestros anfitriones, Lila y Pável; había un poco de color local: los monjes, el diluvio continuo, los círculos de piedra en el acantilado; había un párrafo sobre los iconos —*Un paseo por la cripta*—, en el que describía el monasterio, hablaba sobre los trabajos de reestructuración y sobre la importancia de la colección, aunque, fiel a mi acuerdo con Monina, no hacía ninguna referencia al probable tráfico del pope. Y estaba, sobre todo, la noticia de la detención del tonto con el título (de la redacción) «El loco en la cárcel: ¿los mató a todos?», con la cara de Valentin al lado mientras sonreía estúpidamente a mi iPhone; la única fotografía que existía del monstruo, de mi amigo monstruo, y se la había hecho casi por azar, al despedirme de él y de su madre, no muchos días antes. Pues sí, la Providencia existía... El artículo terminaba con un anuncio: había encontrado el diario de Enrico, el cual arrojaba una nueva luz sobre toda la historia. Los lectores quedaban emplazados a los ejemplares de *Fatti* de la semana siguiente.

Aquí estaba: el azar de la vida. Después de todo, esa era la razón por la que había aceptado seguirlo desde el principio: encontrar la clave de la historia, dar el golpe. Había tenido olfato, había sido tenaz. Periódicos y telediarios habían archivado el caso como un accidente, pero ese verano no había tenido su crónica de sucesos, y el caso de las Solovki bien podía llenar ese espacio vacío. Es más, mejor aún, ya que, en lugar del *décor* provinciano de las casas adosadas, aquí se encontraba el exotismo del Gran Norte; y porque los cadáveres *no habían sido encontrados*: lo que significaba que el final no estaba cantado, que seguía existiendo la posibilidad de que los tres aparecieran en algún lugar para revelar una verdad inesperada.

Julia y la carrera, todo de golpe. Me llamaron colegas para preguntarme si

había ido de verdad a las Solovki, o si me lo había inventado todo con la ayuda de un atlas y de internet. Pero, de entrada, me llamaban. Me entrevistaron también en el telediario de la RAI, para un reportaje «a un mes de la desaparición de los tres amigos florentinos». Decía cosas como: «La policía rusa aún no ha cerrado el caso» (cuando, por el contrario, la policía rusa prácticamente no había abierto nunca el caso), y, hablando del monasterio: «El escenario de siglos de historia y de violencia». Todo el repertorio de tópicos. Y, sobre todo, colocaba en cualquier lugar, siguiendo en esto las instrucciones de Galliano, el nombre de *Fatti*: «Mis artículos en *Fatti*»; «A los de *Fatti* nos consta que...». Por la noche, delante de la tele, la vergüenza por mi torpeza —en la pantalla aparecía *mucho* más viejo y gordo de lo que realmente era— casi logró hacerme olvidar que debajo de mi imagen habían escrito «Alessandro Capaci» en vez de «Capace». Ellos también. Me llamó mi suegro, es decir, mi casi exsuegro, para decirme que «al final me había puesto las pilas». Menudo cabronazo. Vezzali, el editor del periódico para el que trabajaba como *freelance*, me telefoneó para felicitarme y para pedirme una serie de artículos sobre el asunto, pagándome el triple de lo que normalmente cobraba. Subí la apuesta. No quería más dinero, quería un contrato como colaborador; se acabaron los pagarés. Vezzali respondió que, por supuesto, yo era el primero de la lista «cuando se vuelvan a firmar contratos». Ya, ¿para cuándo? Tenía treinta y seis años, y lo que estaba pasando parecía un tren de lujo. Nada más fácil que fuera también el último.

IV.

Al principio se ve una mancha alargada en movimiento. La mancha alargada es una hilera de prisioneros que están a punto de entrar en el gulag. El gulag es el antiguo monasterio de la isla, aureolado por el sol.

Aparece un hombre, de espaldas, que va contando prisioneros dándoles una palmada en el hombro. Los prisioneros sonrían, lo saludan y pasan a través de la cancela que conduce a los dormitorios. Los dormitorios se encuentran en el ala derecha del monasterio. La cámara sigue a los prisioneros durante una jornada típica. El toque de diana en habitaciones pequeñas con cuatro o seis camas, sencillas pero limpias. Desayunan todos juntos en las grandes mesas del refectorio —el mismo refectorio que yo vería muchos años más tarde, adornado por los iconos y los caftanes de los monjes—. Luego se ve la fábrica de pescado. Todavía no es la estructura medio cubierta por la vegetación que contemplaré. Ahora está allí, a punto de abrir, lista para entrar en funcionamiento para la gloria y el progreso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Es el día de la inauguración. Los prisioneros permanecen reunidos en círculo; todo el mundo muestra la expresión seria y atenta de alguien que está escuchando un discurso importante, pero al orador no se le reconoce en ningún momento. La cámara filma los tanques en que se contiene el pescado, la cinta de acero que lo transporta a través de las diferentes etapas del procesado, etapas que son enumeradas por una voz en *off*. La última parada es al aire libre, bajo una gigantesca marquesina: son los bastidores de madera para el secado, troncos delgados montados horizontalmente sobre troncos más sólidos, de un par de metros de altura, ennegrecidos por el humo. Los obreros prisioneros pasan por debajo.

La cámara sobrevuela este pequeño laberinto, cientos de metros de bastidores en los que cuelgan los festones gris azulados de los bacalaos. Se encuadra una campana. Los prisioneros sacan de sus zurrones pan, arenque, patatas. Es un hermosísimo día de verano. Los prisioneros se sientan a la orilla del mar y comen y beben juntos. Al final, alguien se quita los zapatos y

entra en el agua salpicando a sus compañeros. Todo el mundo se ríe. El trabajo se reanuda. Los prisioneros cortan el pescado, recogen las piezas en grandes sacos de yute. Luego reúnen los sacos y los llevan a un sótano al cual se accede mediante una especie de trampilla. Los presos se pasan los sacos de mano en mano hasta que el sótano se llena. Es tarde, pero el sol permanece en lo alto. Los prisioneros regresan al monasterio con los zurrones en bandolera. La cámara encuadra a un hombre que marcha fuera de la fila. Primero se le ve por detrás; lleva el mismo uniforme gris del que saludaba a los prisioneros a la entrada, tiene la misma constitución robusta, es él. Luego el hombre se da la vuelta y la cámara lo enfoca, sonriente. Está completamente calvo, su nariz es chata, como la de los boxeadores, los ojos minúsculos dentro de su cabeza redonda. Por un momento pienso en una broma, en un montaje. Pero la imagen. El hombre es idéntico a Filippov.

Tecleé «Solovkí» y «gulag» en Google y encontré una cincuentena de páginas. Aquella en la que Enrico debía de haber comprado el DVD era un sitio húngaro dedicado a la historia del comunismo. Había una breve historia de las Solovkí en los tiempos de Stalin. Yo ya me había documentado, ya la conocía. Pero, más abajo, en inglés, había algo que nunca había leído, un extracto de un libro del escritor Shalámov, *Víshera*. Decía lo siguiente:

El primer campo de trabajo soviético fue el de Jolmogory, patria de Lomonósov. Jolmogory fue inaugurado en 1924. Fueron encerrados allí los marineros de Kronstadt que habían participado en la revuelta. Jolmogory fue cerrado más tarde y los marineros supervivientes fueron trasladados a las Solovkí. En 1925 se creó la SLON: la primera sucursal y la dirección tenían su sede en las islas; la segunda sucursal, en Kem; la tercera, en Ust-Tsilma; la cuarta, en los Urales del norte, en el río Víshera.

Luego había un mapa de la Rusia noroccidental: unas diez banderitas rojas indicaban las sedes de los gulags. Todavía recuerdo la emoción que sentí al leer el pie de foto:

Año tras año, en las islas Solovkí, al mando de la Comisión siempre estuvo Iván Gavrílovich Filippov, miembro de la academia del NKVD y extornero de la Putilov. En un documental titulado *Solovkí*, Filippov

aparece con su indumentaria más conocida, la de Presidente de la Comisión de descargas.

La foto que había al lado no dejaba lugar a dudas: era el hombre que se podía ver en la película. Y también era, evidentemente, el ancestro, probablemente el abuelo, del Filippov que, como Tibor me había explicado, junto con el pope, «mandaba en las islas Solovki»: el hombre que había convencido a la policía rusa para que cerrara el caso de los tres italianos desaparecidos, tras declarar que los había visto en el sendero que lleva al norte de la isla, en una tarde de lluvia, peligrosamente cerca de la pared de roca contra la que rompían las olas.

Saqué el DVD del lector y lo guardé de nuevo en su funda. Enrico había visto ese documental antes de viajar por segunda vez a las Solovki. O tal vez se marchó por segunda vez a las Solovki *porque* vio ese documental. También él debía de haberse quedado estupefacto. En el diario escribe: «Yo sé cosas sobre Filippov y Filippov sabe cosas sobre mí». ¿Qué sabía? ¿Había algo en esa película que lo había convencido para regresar a las Solovki, que le había permitido encontrar un pretexto —la restauración del monasterio— para poder ver de nuevo a Filippov?

El día después de la publicación de mi primer artículo en *Fatti*, en *La Repubblica* apareció una carta del profesor Anselmo Barone, eslavista de la Universidad de Pisa. Barone relacionaba la desaparición de los tres amigos con la de los dos turistas estadounidenses ocurrida años antes, y sugirió para ambas una única explicación. «En Rusia», escribía, «los ritos chamánicos están documentados hasta principios del siglo xx, sobre todo en la zona noroccidental y en Siberia. Estos ritos incluían también sacrificios humanos, como de hecho sucedió y todavía sucede en muchas poblaciones tribales. Durante los setenta años de la era comunista nada de esto trascendió, obviamente, pero todo hace pensar que, en las zonas más remotas, tales usos y costumbres no fueron abandonados por completo. ¿No valdría la pena investigar en esta dirección?».

De la carta de Barone, así como de mi artículo, también se habló en un horrible programa de entrevistas de la tarde. Fue entrevistado un supuesto chamán que vivía en las montañas cerca de Rovereto, pero que se sentía, aseguró el periodista, «como en casa entre los ritos y los mitos de la tundra

siberiana». La cámara filmaba un garaje lleno hasta los topes de pequeños altares y de adornos con formas extrañas, y de alambiques llenos de líquidos de colores estilo *El aprendiz de brujo*, de Disney. Las paredes, forradas con gomaespuma, servían, según explicó el chamán tridentino, «para aislar el ambiente de las influencias negativas». El periodista le preguntó si era posible que, en las Solovki, algo se hubiera torcido durante un rito chamánico. Pero el chamán aseguró que sus colegas (lo dijo así: «colegas») eran tipos pacíficos y que el chamanismo constituía solo «una manera de interpretar y de entrar en contacto con las fuerzas de la naturaleza». No era necesario un gran esfuerzo para darse cuenta de que ese tipo no tenía ni idea de lo que decía y lo más embarazoso era que el periodista también se había dado cuenta, por lo que la entrevista prosiguió como una especie de amable tomadura de pelo, que culminó con la pregunta: «Pero ¿qué hace un chamán como usted en las colinas de Rovereto? ¿No tendría que estar en los Andes, en el Himalaya?», y la respuesta del chamán, que le dejaba a uno completamente desarmado y con la que se cerraba el reportaje: «Es que aquí desempeño mi profesión de conserje».

Luego fue entrevistada una antropóloga de la Universidad de Roma que no tenía absolutamente nada que decir, excepto que «setenta años de silencio soviético han hecho muy difícil averiguar la verdad». Y luego exorcistas, novelistas, directores de cine, criminólogos, toda la *troupe* de opinadores de papel cuché, unidos todos por el hecho de no tener absolutamente nada serio que aportar al asunto.

Yo sabía cómo se hacía. Lo había hecho yo también un montón de veces, y siempre era un engorro. Uno cogía la agenda, llamaba a dos o tres presuntos expertos, o le pedía a algún colega o amigo que le indicara los expertos. Mientras se tratase de política o de deporte, la cosa iba bien. Pero los expertos en chamanes no debían de ser fáciles de encontrar y la redacción del programa de entrevistas tuvo que conformarse y apechugar con lo que había. A todo esto, al parecer, nadie había pensado en escuchar, es decir, en volver a escuchar a Barone.

—No, no —me dijo por teléfono—, se pusieron en contacto conmigo incluso los de la televisión. Pero querían que les montara una historia de terror con hechiceros y misas negras. Yo no me presto a esa clase de tonterías. Así pues, si quiere usted venir a verme, queda avisado...

A la mañana siguiente me fui a Pisa.

Mi entrevista a Barone salió a principios de octubre, junto con fragmentos

del diario de Enrico. El título, «Los misterios de las islas Solovkí», y las fotos truculentas (rastros de sangre sobre la nieve en el bosque, el rostro de Satanás en un grabado antiguo que se cernía sobre una fotografía del monasterio al atardecer) no eran culpa mía, pero he de decir que, por una vez, el título y las fotos no traicionaban demasiado el contenido del artículo:

[...] El profesor Barone me recibe en su estudio de via Galli Tassi, en el edificio donde tiene su sede la facultad de Letras. Eslavista de formación, se define como «un literato», me dice, «no un historiador, ni mucho menos un antropólogo». Pero se ha ocupado extensamente de la literatura popular y ha publicado varios estudios sobre la historia y las tradiciones de los grupos étnicos no rusos en territorio ruso. Además, ha viajado a lo largo y ancho de esas zonas, «desde Escandinavia hasta Siberia». Tiene poco más de cuarenta años, y no los setenta que me imaginaba al examinar su bibliografía. Y, francamente, no me ha parecido un tipo dado a misas negras o rituales satánicos. Se lo he dicho.

—No lo soy, en efecto. En la mejor de las hipótesis se trata de tonterías; en la peor, de locuras. Pero eso no quiere decir que no se practiquen, incluso mucho más de lo que la gente piensa. También en Italia es un fenómeno muy infravalorado, a pesar de que se hable de ello cada vez más a menudo en las crónicas de sucesos. Resulta difícil llegar a hacerse una idea de cómo este tipo de ritos parareligiosos se ha generalizado, sobre todo en el campo. El debilitamiento de la religión tradicional ha sacado a flote estas supersticiones. Decididamente, la gente necesita algo en lo que creer.

Decididamente. Le pregunto sobre su carta a *La Repubblica*. Se esperaba que la policía le preguntara, que fueran en su busca para que los ayudara. No lo han hecho. ¿Qué les habría dicho?

—De entrada, les habría dicho y repetido que la mía es solo una hipótesis. No hay ninguna prueba fehaciente de que las cosas hayan sucedido de ese modo. Lo que me hace pensar de esa forma es una serie de circunstancias, ninguna de las cuales, en sí misma, puede decirse que sea concluyente: el lugar de la desaparición, que es muy concreto; el hecho de que los cuerpos no hayan sido encontrados; de que nadie haya visto nada, en una zona donde todo el mundo trabajaba, comía, dormía en contacto muy estrecho.

Le pregunto qué cree que les sucedió a los tres desaparecidos.

Responde inmediatamente.

—Creo que los han quemado.

No solo muerto. No solo asesinado. También quemado. Le pregunto cómo puede estar tan seguro, dado que los cuerpos no han sido encontrados.

—Porque creo que fue un asesinato ritual, y todos los ritos chamánicos en esa zona son ritos de fuego. La ceremonia se desarrolla alrededor de una hoguera y el sacrificio se hace lanzando a la víctima al fuego.

Y la víctima es...

—La víctima es un animal, o parte de un animal. Pero, como ya le he dicho, en toda la zona del Círculo Polar...

Aquí completo yo la frase: se sacrifican seres humanos.

—No sabemos lo que sucede ahora, no existen estudios al respecto. Desapariciones sí, pero nada que pueda ser relacionado con certeza con esos ritos. Lo que sabemos es que estas cosas sucedían en el pasado. Herzen, el revolucionario ruso, habla del tema en sus diarios. Y en las crónicas de los misioneros cristianos, entre los siglos XVII y XVIII, se leen testimonios coincidentes de personas que los han visto o que han hablado con personas que los han visto. Esto, por ejemplo, es lo que escribe el jesuita Annibale Fratta, quien publica su *Voyage à travers la Russie* en 1744: «Desde San Petersburgo viajamos durante cinco días hacia el norte, sin encontrar ni un alma. En el quinto día entramos en el pueblo de Korje, cuyas tierras el padre Delisle [el padre jesuita Delisle, naturalista y teólogo, que guía a Fratta en sus exploraciones] me dijo que eran famosas por la gran cantidad de brujos que allí residían. Fuimos recibidos con todos los honores por el jefe de la aldea, y le pedimos poder reunirnos con uno de estos hechiceros. De pronto, el rostro del jefe de la aldea se ensombreció. Le explicamos que nuestro interés era el de los hombres de ciencia; yo, como médico; mi compañero de viaje, como naturalista; solo queríamos conocer mejor esa extraña casta de sacerdotes. Nos respondió que no eran sacerdotes en absoluto, sino asesinos amigos del diablo y que, periódicamente, en el pueblo de Korje y en las aldeas cercanas, desaparecía gente, sobre todo niños, que estos hechiceros utilizaban para sus infames ritos...».

—¿Se da cuenta?

Pero estamos hablando de 1744, objeto.

—Claro, pero no faltan testimonios mucho más recientes. El hecho es que la policía rusa, como la soviética antes, considera estas cosas casi como si no fueran objeto de su jurisdicción.

El artículo terminaba aquí, pero mi conversación con Barone continuó. Yo le había hecho observar que en las Solovki había existido una guarnición militar y que las islas aún poseían una gran importancia estratégica. ¿Podrían los militares no saber nada? ¿O, sabiéndolo, podrían no haber movido ni un dedo? Barone había leído el diario de Enrico; lo había llevado conmigo y se lo había dejado leer. ¿No había ninguna manera de localizar a ese Misha, que parecía estar en el centro de todo el asunto?

—Ah, sí —me contestó Barone—, el diario. Sí, lo he leído. Pero, verás, en ese diario he visto que Misha se comporta como tantos soldados rusos un poco alcoholizados. Ofende, amenaza, desafía, pero, al final, me lo confirma usted también, no parece que les hubiera causado muchas molestias a los jóvenes. Yo no sobrevaloraría su papel, el poder de los militares. Los militares van y vienen. El diario dice que todo el mundo siente temor hacia una única persona. No un oficial, sino un nativo de la isla, ese Filippov, que, como usted me ha dicho, forma parte de la familia que controla la isla desde los años del gulag. En mi opinión, deberíamos preguntar a los que se quedaron en la isla, no a quienes se han marchado.

Me acordé de Orlov, y de lo que dijo sobre las Solovki. Eran un *enclave*, eran un lugar en el interior de otro lugar. Era otra ley.

V.

Fueron necesarias tres semanas para convencer a Galliano de que nos pagara a Julia y a mí el billete para Arcángel, con el fin de ir a visitar a Valentin a la cárcel. La historia —para repetir la expresión que había utilizado, una penosa expresión de cine *noir* de los años cincuenta que solo él podía emplear aún sin reírse— ya estaba empezando a «dejar de echar humo». Tal vez se podría recalentar, o tal vez no; sin embargo, ¿de qué iba a poder enterarme reuniéndome con un idiota que apenas conseguía hablar? Así que llegamos a un compromiso. El Grupo Editorial Mierda nos pagaba el viaje, pero todos los demás gastos corrían de nuestra cuenta.

—Entre otras cosas porque..., hablando claro: no estamos aquí para pagarte la luna de miel, ¡eh!

Respondí con el silencio. Necesitaba a Julia para la traducción, de esto se daba cuenta incluso un imbécil como Galliano. Pero no podía negar que la idea de volver con ella al norte de Rusia me gustaba; sería un regalo para celebrar nuestro primer mes juntos. Le prometí un amplio reportaje, dos o tres artículos sobre el Gran Norte y muchas fotografías magníficas.

—Especialmente del tonto.

—Dudo que me autoricen a fotografiarlo.

—Pues tú encuentra la manera. Me has dicho que es feo, ¿verdad? Lo sabes, solo hay una cosa que tire más que el coño: el monstruo. A la gente le gusta. El monstruo, quiero decir. O sea, también el coño, pero el monstruo aún más que el coño. O, a lo sumo, del mismo modo: el monstruo y el coño, da igual. Pero, como tú tienes un monstruo a mano..., bueno, la verdad es que también tienes un coño...

Interrumpí esa avalancha de gilipolleces.

—Ok, lo entiendo, ya encontraré la manera.

Para encontrar la manera, el único camino posible era Monina. El segundo de los dos nombres que me había dado unas semanas antes era el de un

agente de la Interpol de Arcángel. Llamé a Monina y le pregunté si podía ponerme en contacto con el tipo. Podía. Enviaría rápidamente mis datos a la Interpol; me dejarían entrar en la cárcel sin dificultad.

Le pregunté por qué hacía todo esto por mí. Qué tenía yo de especial.

—Nada de especial, Capace. Pero me caes bien. En comparación, quiero decir. Con tus colegas. No es que sea muy difícil; menuda panda de gilipollas... Pero no se trata solo de que me caigas bien. Es que queremos saber qué pasó con los cuerpos. Queremos, nosotros, la policía italiana. Porque los rusos pasan como de la mierda. Y me da en la nariz que con la policía rusa el tonto ese no habla. Solo Dios sabe lo que le habrán hecho en la cárcel después de la detención... Por tu forma de describirlo, podría ser que quisiera hablar con alguien a quien considerara su amigo. Así que vas allí, le haces las preguntas apropiadas, consigues que te diga dónde están los cuerpos de los tres, me lo dices a mí, quedamos de puta madre y todo el mundo contento.

—Bueno, es que Valentin, en el fondo...

—Oh, tenía que habérselo pensado antes, el muy gilipollas...

—Pero es que, en el fondo, no creo que lo haya hecho él, ¿sabes?

—Está bien, Capace, ahora no todo tiene que ser siempre tan complicado, ¿no? Mató al alemán, por tanto es posible que también haya matado a los italianos, ¿verdad?

—Pero ¿quién ha dicho que mató al alemán?

Monina soltó un «uuuuuuh» larguísimo de fatiga y desilusión.

—Capace, eres un buen tipo. Un buen periodista, también. Pero no tienes experiencia en la investigación; has visto a los delincuentes solo en las películas. Vamos, que, hablando en plata, no tienes ni idea. El primer sospechoso casi siempre es el culpable. Si además se trata de un loco...

—Bueno, voy a ver. Muchas gracias por todo, en cualquier caso.

—Dónde están los cadáveres. Eso es lo que queremos saber: dónde están los cadáveres.

Valentin no me dijo dónde estaban los cadáveres. No me dijo nada, no podía decirle nada a nadie.

La prisión era militar. No había parlatorio. Nos obligaron a pasar a un pequeño patio y a sentarnos en un tablón. Yo ya había visitado un par de cárceles en Italia, y, entre las cosas que más me impresionaron, estaba el

ruido: un zumbido constante, de voces que procedían de las celdas y de los corredores, y, de vez en cuando, un grito, una blasfemia, una carcajada. Era imposible olvidar ni por un momento que uno se encontraba en un lugar en el que, de manera literal, pululaba la gente; uno podía notar su respiración. En la prisión militar de Arcángel, sin embargo, había un silencio innatural, como si las únicas presencias humanas fuéramos nosotros y el agente que nos había escoltado —también él en perfecto silencio— hasta el patio. Pero no era así: la cárcel no estaba vacía. Levantamos la mirada y, por detrás de los barrotes de las ventanas, entrevimos las caras de los prisioneros que nos miraban haciendo gestos de saludo con la mano, pero que, evidentemente, no se atrevían a hablar.

Tras unos minutos de espera, llegó Valentin entre dos guardias o, mejor dicho, lo que quedaba de Valentin. Cuando lo conocimos en las Solovki era capaz de decir algunas palabras y se hacía entender mediante gestos, y sus sonrisas de idiota incluso hacían que pareciera simpático. Ahora se asemejaba a una máscara de teatro antiguo, congelada en un grito. Lo habían vapuleado. Su brazo izquierdo le colgaba inerte dentro de la manga del mono, como si por dentro los huesos estuvieran machacados y no quedara más que la piel. Los ojos estaban inyectados de sangre, como si tuviera una fiebre altísima, o —y esta debía de ser la razón— por la falta de sueño. Verlo en estas condiciones era desolador, pero el auténtico desgarró poco después, cuando nos reconoció y se abalanzó hacia nosotros liberándose de sus guardianes. Se arrodilló, me aferró las piernas como hacen los niños cuando quieren ser protegidos. Y, mientras tanto, los dos guardias, recuperados de la sorpresa, se lanzaron sobre él. Estaba a punto de intervenir, quería protegerlo de otros golpes, pero Julia se me anticipó. Dijo algo amable, los dos soldados la miraron un momento, luego retrocedieron unos pasos y se quedaron allí esperando, mientras nosotros intentábamos hablar con Valentin.

Pero Valentin no hablaba. Se pasó por lo menos cinco minutos llorando y jadeando contra mi pierna. Julia le repetía la misma frase en ruso: «¿Qué ha pasado?». Y él repetía siempre la misma palabra: *Drug*.

Drug significa «amigo».

Era imposible decir a quién se refería: ¿a mí? ¿A Enrico? ¿Al chico alemán de cuya muerte lo acusaban? Pero tampoco quedaba claro que Valentin supiera por qué lo habían encarcelado. Y por eso verlo era desgarrador, allí, en el patio de la cárcel, desfigurado por los golpes; porque probablemente no entendía el motivo de los mismos y de aquel encarcelamiento, no entendía

por qué lo habían llevado tan lejos de casa y de su madre. Se dice que el sufrimiento animal conmueve más que el de los seres humanos porque los animales desconocen la razón por la que sufren, y no saben que su sufrimiento terminará. Esto es lo que se me vino a la cabeza viendo a Valentin: un animal que no tenía ni idea del porqué de tanto dolor.

Julia intentó de nuevo hacerle algunas preguntas durante unos minutos. Pero él había pasado del llanto a una especie de mudo aturdimiento. Se sentó en el banco de madera, al lado de ella, con la mirada clavada en el suelo y las manos sobre las rodillas, balanceando la cabeza hacia delante y hacia atrás igual que un péndulo. Al cabo de un cuarto de hora, los guardias, que habían esperado de pie en el otro extremo del patio, vinieron a llevarse a Valentin. Al principio no se dio cuenta y los siguió dócilmente. Luego, cuando vio que lo estaban separando de nosotros para siempre, y que nos íbamos, lanzó un grito inhumano y se abalanzó hacia nosotros. Pero esta vez los guardianes reaccionaron rápido. Uno lo agarró por una pierna y lo tiró al suelo. El otro se puso a horcajadas sobre él y le esposó las manos a la espalda. Lo último que vimos fue la cara deforme de Valentin cubierta de lágrimas, mientras seguía repitiendo *drug, drug*, pero con una voz cada vez más débil y cansada. Después, un tercer guardián abrió la puerta de la cárcel y Valentin fue arrastrado hacia el interior.

Paseamos durante media hora a lo largo del muelle del puerto. Intenté iniciar una conversación, pero los dos estábamos aún demasiado afectados por lo que habíamos presenciado unas horas antes. Arcángel debía de ser bonita en verano, cuando —como nos explicó el portero del hotel— la gente pasaba sus días en la playa frente a los viejos hoteles de la época zarista y los veleros copaban el puerto. Pero, a finales de octubre, ya había comenzado el invierno. Una fría niebla cubría el paseo marítimo y desde el muelle ya no se podía distinguir entre el cielo y el agua. En el silencio se oía el chapaleo de las olas contra los barcos amarrados en el puerto. La luz de un faro amarillo aparecía y desaparecía al oeste. En esa dirección, mucho más allá, se encontraban las islas Solovki.

Habíamos llegado por la mañana, en un vuelo desde San Petersburgo. El taxista que nos había conducido al hotel no se sorprendió al enterarse de por qué habíamos ido a Arcángel. Estaba al tanto de las «cosas malas» que habían sucedido en las Solovki, pero, a pesar de las preguntas de Julia, no

fuimos capaces de comprender si con esas «cosas malas» se refería a la desaparición de los tres italianos y la muerte de Uwe, o bien a los acontecimientos pasados, a una genérica aura maligna que se cernía sobre las islas. Lo que captamos fue que los culpables, según él, eran «los del monasterio». Un nostálgico. Mientras hubo comunistas, nadie había dado nunca problemas. Luego, cuando regresaron los monjes, habían empezado las «cosas malas». Había que echarlos, que se quedaran con ellos en Moscú, de donde venían. Estábamos parados en un semáforo, y, para expresar mejor esa idea, levantó la mano derecha del volante e hizo un gesto brusco, como para alejar un insecto. Fuera se veía la periferia de cemento de Arcángel, inundada por la lluvia. Me imaginé al pope y a los monjes que, expulsados del monasterio, se arrastraban por esa grisura en fila india, como los convictos que había visto en el documental. Era un país de deportados y de gente que quería deportar.

Nuestro hotel tenía cuatro estrellas, aunque solo merecía un par, por decir algo, con las tuberías que aullaban en cuanto se abría el agua caliente y con sábanas grisáceas llenas de remiendos. Pero era tranquilo, incluso demasiado; a nuestra llegada, por la mañana, no vimos a nadie. Y era barato, lo que nos venía bien, dado que yo iba a pagar la cuenta. Julia había conseguido un par de nombres de restaurantes en el paseo del puerto, pero, en un momento dado, advertimos que nos habíamos alejado en exceso. La zona de embarques, con la luz de las naves y los marineros ajetreados alrededor de los cascos, quedaba por detrás de nosotros. Ahora la única luz era la de las farolas que, cada cien metros más o menos, dejaban sobre el cemento un pequeño halo amarillento. El resto era negro y frío. Llegamos al final del muelle; más allá solo se hallaba el rompeolas; después, el mar abierto. Volvimos sobre nuestros pasos y tras unos metros, al unísono, doblamos a la izquierda y aceleramos el paso.

—¿Aún están ahí?

—No sé. No los veo. No lo creo.

Ninguna ansiedad en la voz. Pero también ella se había dado cuenta, y tal vez antes que yo. Dos hombres nos seguían. El problema consistía en determinar si se trataba de unos tipejos que querían robarnos o de alguien que estaba al corriente de por qué habíamos ido a Arcángel y quería saber más cosas.

—¿Nos siguen desde hace mucho? —le pregunté.

—Humm, no tengo ni idea...

Continuamos caminando en zigzag por las calles, en dirección a lo que, a juzgar por las luces y por el tráfico, parecía el centro de la ciudad. Iba a proponerle que nos detuviéramos a comer algo, dado que ya había pasado el peligro —si lo había habido—, cuando noté que me tironeaban.

—Este sitio está bien —dijo Julia.

Era un pub. Tenía la esperanza de encontrar un lugar más romántico, pero lo urgente, en ese momento, era dejar atrás la calle. Era viernes por la noche y las diez mesas del local estaban llenas de parejas y de grupos de chicos con permiso para salir. Tuve la sensación que me asalta siempre que entro en lugares semejantes, una mezcla de familiaridad y de falta de pertenencia. Familiaridad porque los chicos de allí tenían caras, pelo, ropa y, probablemente, también gustos e ideas iguales a los de sus coetáneos en Italia; en el breve espacio, en resumidas cuentas, de mi vida consciente, el mundo se había convertido en un único y enorme país pop. Las mismas películas, la misma música, los mismos vaqueros, el mismo dinero: escaso pero, en última instancia, suficiente. «¿No queráis comunismo?», me preguntó Gaia una vez, señalándome la cola de coches que se había formado en el desvío de la autopista que llevaba al *outlet* de Barberino. «Ahí lo tienes.» Pero yo no quería el comunismo. Y, de todas formas, eso no era el comunismo, era otra cosa: un estado natural repleto de todoterrenos. Admitía que alguien pudiera sentirse bien ahí; pero yo no, yo no me sentía bien.

Y luego estaba el asunto de la edad. Desde hacía algún tiempo, cada vez que entraba en un lugar como ese, echaba cuentas de la media de edad, y siempre acababa constatando que yo era el más viejo. ¿Qué hacían, a las diez de la noche del viernes, los de treinta y cinco años? ¿Quedarse en casa con los niños? Pero tampoco tenían niños. ¿Salir a cenar con las esposas y los amigos? Sí, la mayoría de mis coetáneos era lo que hacía. Salir a cenar, o bien una cena en casa, que luego sería correspondida con otra cena en otra casa, y así sucesivamente, hasta el infinito. Pensé de nuevo en lo que me había dicho la madre de Enrico: «No es que no fuéramos aptos para la vida en sí misma, sino para la vida de hoy». Sí, a Enrico también le habrían aburrido las cenas de los viernes y los sábados, las visitas a los amigos... Era extraño, pero lo entendía cada vez mejor; entendía por qué había tenido un largo noviazgo con una chica a la que despreciaba, por qué había vuelto a una isla en medio de la nada que ni siquiera le había gustado la primera vez. Entendía...

Julia me despertó de ese trance:

—Me gusta esta canción.

—Foo Fighters, *Times Like These*, acústica.

Un inmenso país pop.

Nunca se me han dado muy bien las mujeres. Nunca he entrado verdaderamente en la retórica de la galantería, las cosas que hay que hacer o las que no, las que decir o no. Cometo errores, voy siempre demasiado rápido o demasiado lento. Y, además, esa noche las cosas no se me habían presentado como yo esperaba. Había imaginado un buen restaurante frente al puerto, un salón reservado, amables camareros, silencio, música clásica de fondo. En cambio, habíamos pasado la tarde en un cuartel hediondo, nuestro hotel era un tugurio y nos habían seguido dos desconocidos que, en el mejor de los casos, eran agentes rusos de la Interpol. En el mejor de los casos. Y ahora nos encontrábamos sentados en una especie de discoteca delante de dos *fishburgers* sumergidas en salsas malolientes, en medio de la juventud maloliente de Arcángel. Era todo tan obviamente opuesto a lo que se define como una situación romántica que, pensé, no podía haber mejor ocasión: cualquier fracaso eventual sería culpa de ese local desgraciado, no mía. Me sentí aliviado.

—¿Cómo está eso? —le pregunté, señalando la *fishburger* que flotaba en un lago de mayonesa oscura.

Julia hizo una mueca que terminó en una sonrisa. Era toda la ayuda que necesitaba.

—No es gran cosa, ¿eh? Escucha, estaba pensando... ¿Qué me dirías de, no sé, de casarnos? Dentro de unos meses, una vez resuelto el asunto... de la separación con Gaia.

La reacción estuvo a la altura.

—Humm. No, el pescado es bueno, son las salsas las que lo matan. No son capaces de cocinar algo sin inundarlo de porquerías... Casarme contigo, eh...

Puso cara seria, como la de alguien que sopesa un negocio; tal vez un buen negocio, tal vez una estafa. Luego dejó de actuar. Sonrió. Me acarició una mejilla, después la nariz, los ojos, la boca llena de *fishburger*.

—Sabes que eres la persona más encantadora del mundo, ¿no?

—Existe un amplio acuerdo respecto a este punto.

—Humm... ¿Y sabes que este lugar es el menos romántico del mundo para hacer semejante pregunta?

—Sí, pero llevo horas esperando el momento apropiado y, si no te lo hubiera preguntado, me habría quedado toda la noche así, balbuciendo

chorradas.

—Así que tenemos que darle las gracias a nuestros perseguidores. Si es que lo eran...

—¿Quieres decir que no nos seguían?

—Bueno, tal vez nos hemos precipitado un poco, ¿no? Estábamos demasiado nerviosos. Es decir, *tú* estabas muy nervioso.

—Ah, ¿ahora quieres decir que me lo he inventado todo, que nadie nos seguía? Y que hemos acabado en esta tasca porque me he cagado encima...

—Sí, podríamos decirlo así...

Me lo pensé un momento. Tal vez era verdad que me lo había imaginado todo. Quizá la angustia de la incertidumbre, la ansiedad de la pregunta, me habían hecho creer que nos seguían. Pero ¿por qué iban a seguirnos? ¿Quién sabía que estábamos allí? ¿Y qué podía querer de nosotros la policía rusa? Sí, probablemente me lo había inventado todo.

—En cualquier caso, sí... —me despertó Julia.

Me había distraído de nuevo pensando en nuestros perseguidores imaginarios.

—Sí, ¿qué? —respondí.

VI.

El diario de Enrico salió casi íntegramente en *Fatti*, mientras Julia y yo estábamos en Arcángel. Los parabienes del editor y de los colegas los recogió Galliano; a él se atribuyó el mérito de esta —como Galliano mismo sintetizó con su habitual sabiduría— «bien engrasada máquina de investigación». A mi retorno, recibí algunas llamadas de felicitación, algunos correos electrónicos donde me preguntaban detalles. Vezzali me invitó a almorzar para conocer previamente «cuáles serían los próximos eslabones de la investigación». Con curiosidad de lector, me dijo, por supuesto, no de periodista, aunque en el fondo fuera con la intención de saber si su *freelance* vitalicio se disponía a abandonarlo por un puesto fijo en *Fatti*, en cuyo caso sería necesario hacer alguna contraoferta, halagar... Y yo insinué, tergiversé, sugerí algunas pistas, pero la verdad era que no tenía ni idea de cómo seguir adelante. El viaje a Arcángel no me había proporcionado grandes resultados, aparte de los relacionados con mi vida privada; podía salir a lo sumo un artículo con algún comentario personal, alguna reflexión sobre la brutalidad de la justicia rusa, poco más —tampoco ninguna foto, porque los móviles nos habían sido requisados a la entrada de la cárcel.

En cuanto a las investigaciones, se habían cerrado —eso en el caso de que se hubieran abierto alguna vez— tras la detención de Valentin por el asesinato de Uwe. Pero no había pruebas de que él lo hubiera matado. Y no solo no había pruebas de que tuviera algo que ver con la muerte de los tres italianos, sino que los testimonios recogidos por mí hacían pensar en lo contrario. Parecía que Valentin se había convertido en una especie de mascota para Enrico y sus amigos; ¿no decían eso el retrato y las páginas del diario? Pero, como me había confirmado Monina, la investigación se había detenido. Tanto si el culpable era Valentin como si había sido un accidente, nadie —ni los italianos, ni los rusos, ni la Interpol— tenía ganas de gastar más dinero y esfuerzos en una investigación que, sin duda, iba a llevar a ninguna parte. La historia de los dos turistas estadounidenses desaparecidos había sido confirmada, pero no parecía que su caso, ocurrido hacía quince

años, y sin aclarar, tuviera algo que ver con el de los tres italianos. ¿Y los chamanes?

—Bueno —me respondió Monina con un bufido—, a esos mejor los dejas correr, ¿vale? Solo faltaría ahora que nos pusiéramos a perseguir fantasmas...

Galliano tenía razón: el caso se iba enfriando. El verano había terminado, la liga de fútbol y la temporada televisiva habían empezado de nuevo, ya no quedaba tiempo. Tendría que haber sucedido todo a finales de junio, no a finales de agosto. Y, además, para que se mantenga viva la atención en cosas como estas, es necesario que exista por lo menos alguno de los ingredientes de la crónica de sucesos: un sospechoso, un móvil, un giro imprevisto de los acontecimientos. Pero, en este caso, la investigación se acababa de estancar, no parecía que hubiera ninguna novedad, y, en el fondo, la hipótesis del accidente parecía totalmente creíble. Incluso a mí me lo parecía entonces. El caso se estaba enfriando. Y —no podía dejar de pensarlo cuando desplegaba mis sorprendentes estrategias de investigación ante Vezzali, quien asentía cortés mientras masticaba sus chuletas— con él corría el riesgo de enfriarme yo también.

Octubre pasó en este limbo. Pero, a principios de noviembre, ocurrió algo. Para mi cumpleaños, Gaia me regaló un libro titulado *Pasa la belleza*. Me había dicho que era la historia de un gilipollas, pero de un gilipollas inconsciente, precisamente como yo. Lo dejé en la mesilla durante un mesecito, más o menos, porque necesitaba de todo excepto ver en plena acción a un doble evidentemente tan poco amable. Más tarde lo empecé y me gustó. Hablaba de un escritor que tenía una relación difícil con la familia, con su esposa, con su amante, con Italia, etcétera. En efecto, Gaia tenía razón: podía ser yo, pero como también podía serlo un tercio de la población, ese tercio inteligente de los varones italianos que se encontraban entre los treinta y los cuarenta años.

En un momento dado, el protagonista tiene que ir a Piamonte por no sé qué encargo (es ingeniero agrónomo de profesión) y un día acaba visitando, por casualidad, la biblioteca de Santo Stefano Belbo, el pueblo de Pavese. En una mesa de la biblioteca, abierto en la última página, se halla el diario de Pavese, *El oficio de vivir*, y el protagonista lee las últimas líneas: «Este viaje tiene el aire de ser mi máximo triunfo. Todo esto da asco. No más palabras. Un gesto. No escribiré más».

Había conservado el diario de Enrico en una carpeta que tenía en un estante encima de mi escritorio. Fui a buscarla, aunque no tenía necesidad de comprobarlo. Recordaba perfectamente que acababa casi con las mismas palabras: «Porque este viaje tiene el aire de poder ser mi mayor triunfo. Todo esto da asco. No escribiré más».

Había repetido las palabras de Pavese —se las había repetido a sí mismo, porque esas páginas nadie iba a leerlas—. Y nadie las habría leído si por azar no me hubiera hecho amigo de Valentin, al igual que le había sucedido a Enrico. Pero, si se las había mencionado a sí mismo, si no lo había hecho para impresionar a alguien más, quería decir que creía en ello, que no se trataba de una pose. Pavese las escribió el 18 de agosto de 1950. Diez días después, se mató con una sobredosis de somníferos. Tras hablar con su madre, me quedé convencido de que Enrico *podía* hacer algo semejante. Enrico buscaba otro camino, una vía de escape, me dijo. Pero también me comentó que en él había algo equivocado, un defecto, un mal que lo empujaba al fracaso. Y también el diario, al releerlo ahora, con todas aquellas observaciones desesperadas sobre el envejecimiento, esa sensación de derrota... También el diario *podía* haber sido escrito por un futuro suicida: «El gesto no ha de ser una venganza. Ha de ser una mansa y cansada renuncia». Eso era lo que quería decir. Calculé que, entre la última anotación en el diario, el 16 de agosto, y el día de la desaparición, el 26, habían pasado precisamente diez días. Perfecto. Una muerte perfecta de literato: marcharse robándole las palabras a un escritor. Débil como él, sin defensas. Pero, si era algo premeditado —y no podía no ser premeditado—, ¿qué necesidad había de ir hasta las islas Solovki? ¿Y dónde se encontraba el cadáver? Y, sobre todo, ¿qué tenían que ver Fabio y Francesco, y qué les había sucedido a ellos dos?

Leí de nuevo, de principio a fin, el diario de Enrico, en busca de pistas que se me hubieran escapado, pero estas no se hallaban allí, o yo no sabía verlas. «No escribiré más» podía significar lo que decía al pie de la letra, y solo eso, que el diario se interrumpiría allí. Y un aspirante a suicida no escribiría, precisamente el 16 de agosto: «Un sentido de comunión total al ver a Fabio y a Francesco sentados a mi lado en el almuerzo, como si la misma energía secreta, una linfa solo nuestra, circulara por nuestros tres cuerpos. Lo más parecido al amor que he sentido en toda mi vida».

Yo también había llevado un diario, cuando era adolescente. Sabía que en los diarios se tiende a cargar las tintas sobre lo trágico y lo sublime, que el

más pequeño episodio cotidiano se convierte en una excusa para una Profunda Meditación sobre la vida. Por eso los diarios se escriben cuando uno es joven, cuando quisiéramos que nuestro destino fuera, justamente, sublime y trágico. Luego nos adaptamos, nos rendimos. Como me había explicado su madre, Enrico nunca se había adaptado, y nunca se había rendido realmente. Sí, él era un hombre que habría podido matarse. Pero era, sin duda, un hombre que podía fingir que quería hacerlo —incluso delante de sí mismo.

De Isabella, su exnovia, Enrico no hablaba nunca en el diario.

Me reuní con ella una mañana en el bar de la facultad de Derecho, donde a los treinta y cuatro años cumplidos todavía se arrastraba en busca, probablemente en vano, de una beca que le permitiera conjurar una fúnebre eventualidad: tener que buscarse un trabajo de verdad.

—No me sorprende que no hable nunca de mí —me dijo—. Rompimos un par de años atrás, y no acabamos nada bien. No sé si luego tuvo otras relaciones, más tarde. Yo sí.

Me mostró el anular, tocándose la alianza. En mi cuaderno escribí: «Morena, no guapa, delgada con una delgadez enfermiza, demasiado bronceada». También ella, como todos los demás a los que había escuchado, aparte de las madres, también ella parecía considerar la desaparición de Enrico y de los otros dos como un hecho más desagradable que doloroso, algo con lo que no se contaba, pero que, una vez agotada la sorpresa, no iba a dejar huellas ni en la memoria ni en la conciencia. Tal vez —pensé— había un mensaje, una lección que podía extraerse de toda esa historia, y esa lección era: la única persona que os amará de verdad, en esta tierra, será vuestra madre.

—¿Por qué dice «no acabamos nada bien»?

—Porque desde hacía bastante le íbamos dando largas al asunto, y, en los últimos tiempos, los dos sabíamos que aquello se iba a acabar, pero desconocíamos cómo, y ninguno de los dos quería dar el primer paso, decir «bueno, ya basta»... ¿Sabe?, quedarse solo no resulta agradable.

La última frase me sorprendió porque Enrico, en cambio, me parecía que estaba muy bien solo.

—Una especie de agonía —comenté.

—Sí —confirmó ella—, una especie de agonía. Luego, al cabo de un

tiempo, me decidí.

Me imaginé que su decisión tendría algo que ver con esa alianza que me había enseñado poco antes. Dado que quedarse solo no resultaba agradable, antes de decir «bueno, ya basta» se había asegurado de que hubiera un buen recambio.

—¿Puedo preguntarle por qué rompieron, qué problemas tenían?

—Oh, muchas cosas. Como siempre, ¿no? Muchas cosas que se habían ido acumulando con el tiempo. De entrada, estar con Enrico significaba también relacionarse con el grupo de amigos de Enrico. Una especie de club, con lo bueno que tienen los clubes. Pero también con lo malo. Es decir, por un lado la confianza, la complicidad, el hecho de saber siempre qué hacer la noche del sábado, las vacaciones juntos... y, por otra parte, sobre todo en los últimos años, una atmósfera poco agradable de competencia, de envidias recíprocas, de pequeñas maldades. Enrico sufría por ello, aunque no lo dejaba translucir; siempre había sido un poco el líder carismático, y ahora los demás empezaban a despegar en sus profesiones, se ganaban bastante bien la vida, se burlaban de él porque se pasaba las tardes corrigiendo las redacciones de los niños, sobre todo Fabio. De buen rollo, claro está. Aunque, en el fondo, tampoco había tan buen rollo... De vez en cuando casi me parecía que querían vengarse de algo...

—¿Y no era posible, simplemente, abandonar el grupo, dejar de verse?

—Ya me habría gustado, pero Enrico necesitaba tener su público. No bastaba con los estudiantes. Quería a alguien que pudiera enfrentarse a él, incluso para humillarlo, tal vez. Sí, creo que en él había un componente masoquista...

La pregunta me salió de pronto, sin que realmente lo hubiera pensado.

—¿Cree que Enrico podría haberse matado?

Isabella soltó una risa exagerada, con la boca abierta.

—¡Oh, no, de ninguna manera! No, verás, Enrico siempre actuaba. Ya sabe, el intelectual problemático, medio fracasado, que siempre tiene algo que decir y volver a decir sobre todo, que siempre sabe aconsejarte el libro adecuado, la película adecuada. Y siempre sabe explicarte por qué los libros que lees y las películas que ves no son los adecuados. En definitiva, es hasta un poco patético, ¿verdad? Pero le gustaba vivir. Vivir y actuar. Le gustaba su papel. Lo único es que, en algún momento, me di cuenta de que no necesitaba una coprotagonista. Ni siquiera un hombre. Y, naturalmente, no quería tener hijos. Y eso, esencialmente, fue lo que...

No terminó. Me mostró de nuevo el anular, se frotó otra vez la alianza.

—Verá, se lo preguntaba porque, hablando con la madre de Enrico y con las personas que lo conocieron, me parecía que había este..., ya sabe, este auténtico mal de vivir, no simulado, esta visión del mundo más bien negra. Y también la decisión de no tener hijos, si quiere...

Negó con la cabeza. No había entendido nada.

—Mire, también podría ser que fuera así y que nunca me hubiera dado cuenta de ello. Pero, para mí, era una pose. Todos representamos un papel, ¿verdad? Y había elegido ese para sí, y no le disgustaba. Se sentía bien en él. Sí, también a mí me decía que no quería hijos, porque, entre una cosa y otra, era mejor no haber nacido, porque —citaba siempre esta frase de un poeta de los suyos— no quería entregarle un rehén al destino. Eso es lo que decía. Pero, en realidad, no los quería porque le iban a robar protagonismo, porque tendría que hacerse a un lado. No estaba deprimido —nos reíamos un montón juntos, no había nadie que me hiciera reír de ese modo—. En el fondo, estaba con él sobre todo por eso. Me acuerdo de cuando me hablaba de sus estudiantes, de los cretinos que eran sus alumnos. Y los padres de los alumnos. No estaba deprimido. Ni tampoco era tan problemático. No había ninguna incapacidad para vivir, no... Únicamente era infantil.

Me acordé de lo que había dicho la madre de Enrico, que también ella, Isabella, estaba en la lista de los cretinos, de las personas de las que Enrico se reía. Sonreí para mí por esta venganza póstuma.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? —le pregunté. No tenía un verdadero motivo para preguntárselo. Pero sentía curiosidad por saber durante cuánto tiempo uno podía estar con alguien (comer, dormir, hacer el amor) y ser capaz de entenderlo tan poco, y luego olvidarse de él por completo, *perfectamente*, como había hecho esa mujer.

—¡Oh!, desde el segundo año de universidad: ¡once años! Una eternidad.

Once años. «¿Y qué conserva de él?», me habría gustado preguntarle. Pero no lo hice, conocía la respuesta. Pensé en Gaia. Era la misma respuesta que ella habría dado si le hubieran hecho esa pregunta: nada. Luego pensé en la señora Saraceno en su apartamento del Sesto Fiorentino, en ella y en su cáncer. Repetí mentalmente: nadie os amaré de verdad, en esta tierra, aparte de vuestra madre. Antes o después tendría que ponerme a buscar a la mía.

Mientras tanto, el caso también llegó a *Quién sabe dónde*. Pero no cuajó.

Tan solo emitieron el típico ruego que invitaba a quienes tuvieran información de interés a que se pusieran en contacto con el programa. Mostraron las fotografías de los desaparecidos. También citaron mis artículos en *Fatti*. Federica Sciarelli también se equivocó con mi nombre, pronunció «Capaci» en vez de «Capace», aunque dijo que los artículos estaban «documentadísimos».

El día después de la transmisión llamé a la redacción de *Quién sabe dónde*. Era yo, el documentadísimo colega. *Capace*, no *Capaci*. La voz femenina del otro lado se disculpó, divertida por el malentendido. ¿No valía la pena —pregunté— hacer un reportaje un poco más largo sobre el caso, investigar mejor? La voz me respondió que enviar un equipo a las Solovki sería demasiado caro, y también bastante inútil, ya que difícilmente iban a encontrar a alguien que tuviera algo que decir o que estuviera dispuesto a hablar.

—¿No habéis pensado en invitar a los padres al estudio? —pregunté.

—Los invitamos. A los padres de los tres. Pero ninguno de ellos aceptó. El padre de uno de los tres incluso nos dijo que era mejor hacer borrón y cuenta nueva...

El padre de Fabio, reconoció su estilo.

Le pregunté si, después de la transmisión, habían recibido alguna llamada telefónica interesante.

—No, nada útil. Solo... una mujer que telefoneó para decir que conocía a los tres, o a uno de los tres..., y dijo que, en su opinión, valdría la pena investigar sobre el que había organizado la expedición; que ella lo conocía, y que en él había algo que no cuadraba.

No tenía ni idea de cómo funcionaba un programa como *Quién sabe dónde*. ¿Cuántas llamadas como esa recibían? ¿Cuántos locos telefoneaban para decir que tenían la respuesta?

—¿Dejó su nombre? ¿Por qué no dejasteis que entrara la llamada?

—Por regla general, solo aceptamos las de personas que *hayan visto* a los desaparecidos, o que puedan aportar pistas útiles, no de personas que creen saber lo que pasó. Podría ser ofensivo para las familias. Y también legalmente problemático, es decir... Sí, creo que dejó su nombre, que tenemos su número, pero, obviamente, eso es información confidencial.

—Lo entiendo. Pero yo soy un colega.

—Por eso mismo entenderás por qué no podemos ofrecértela.

Lo entendía. Solo me quedaba la esperanza de que se hablara del asunto en

los programas siguientes y que la mujer diera señales de vida otra vez. Pero se me ocurrió que también podía hacer otra cosa.

—Vosotros tenéis la grabación de todas las llamadas que llegan a la redacción, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Y sería posible escuchar la grabación de esta?

Silencio en el otro lado. Añadí de inmediato:

—Tal vez escribiendo al responsable del programa para obtener su autorización. Naturalmente, seríais mencionados y recibiríais mi agradecimiento en los próximos episodios de mi investigación en *Fatti*.

—Oh, Dios, entonces lo que vamos a hacer es lo siguiente. Tú me envías un correo electrónico. Yo me lo pienso y lo consulto con Federica. Y te hacemos saber si es posible hacerlo. Por tratarse de un colega.

El nombre de «Federica» dejado caer y la última frase sobre los «colegas» me convencieron de que no era una colega, sino que se trataba solo de una de las muchas becarias de la RAI con un doctorado en Filosofía que contestaba al teléfono los lunes en *Quién sabe dónde* y que, el resto del tiempo, llevaba el café a los que salían en antena. Era necesario convencerla de que estaba al mando y de que, entre colegas...

—Sí, claro, consúltalo, faltaría más. Pero supongo que al final depende sobre todo de ti, así que...

—Mira, voy a hacer lo imposible. Dame tu correo electrónico...

Nunca hay que subestimar el narcisismo ajeno. Unas horas después, acompañado por un largo mensaje —que envié a la papelera de inmediato— lleno de disculpas por la mala calidad del sonido y de exhortaciones a «mantenerla informada», llegó el archivo de sonido de la llamada telefónica.

—Buenas tardes, llamo sobre el caso de esos tres jóvenes de Florencia desaparecidos... Quería decir que los conozco, soy una persona bastante cercana a sus familias... Y quería decir que hay uno de los tres que es un poco el líder del grupo, en fin, el que organizaba las cosas. Enrico Saraceno.

El de la centralita la interrumpió:

—Perdóneme, señora, ¿puede decirme su nombre?

La mujer prosiguió:

—Solo puedo decir que a este Enrico Saraceno lo conocía y que nunca me ha gustado y que tendrían que decirle a la policía que lo investigara mejor, porque pudiera ser que esta desgracia no lo sea en absoluto y que detrás haya algo raro, algo poco claro. Relacionado, precisamente, con este Saraceno.

De nuevo el de la centralita:

—Señora, si no nos proporciona sus datos, no podemos dejar que entre su llamada, como comprenderá...

Respuesta:

—Yo solo quería decir esto, que se lo digan a la policía..., que investiguen a Saraceno. No soy solo yo quien lo piensa, además...

Y colgó.

La grabación duraba unos cincuenta segundos. La escuché de nuevo, aunque no había necesidad. Más que nada para apreciar las pausas, el tono de voz comedido de la madre de Fabio.

VII.

Hacia finales de año, el padre de Gaia tuvo una larga conversación conmigo.

El *cavalier* Mannelli es lo que suele llamarse un triunfador. Hizo una discreta fortuna exportando muebles rústicos a Europa del Este antes de la caída del comunismo, cuando los rusos y los polacos aún pasaban por completo del diseño y querían muebles sólidos, fiables y sin florituras: sillas de un quintal, cómodas para familias patriarcales, camas para dormir en ellas de cinco en cinco. Después de 1989, los gustos cambiaron, pero la revolución no lo pilló desprevenido. Ahora vende muebles de diseño a los hijos de los que, hace treinta años, compraban muebles rústicos. Tiene setenta y cinco años, una esposa devota que pasa sus días en el voluntariado, una hija a la que adora, y que lo adora, una hermosa casa en las colinas de Florencia, nada vistosa, con una parte amplia de tipo colonial y un maravilloso jardín que se asoma a la ciudad.

Esta era la versión oficial. La versión no oficial, que también es la verdadera, es un poco diferente. El dinero no lo ganó él. Él no hizo mucho más que administrar el patrimonio. El dinero lo ganó su padre. Mejor dicho, su abuelo. Mejor dicho, su bisabuelo, etcétera. Lo cierto es que, en la actualidad, el dinero, al menos en Italia, no se gana, se tiene. Los que «se han hecho a sí mismos», en la mayoría de los casos, son unos delincuentes. Los demás heredan, y hay quien hereda la pobreza y quien hereda la riqueza. Yo había heredado la pobreza, una digna pobreza, por parte de padre, y *cero* por parte de mi madre rica; el padre de Gaia había heredado la riqueza.

Después, estaba lo de los muebles. Los muebles daban asco. A los rústicos había tenido la genialidad de llamarlos «muebles de *arte povera*», sea lo que fuera lo que intentara decir con aquello. ¿Cómo se las apañó para vender en la Europa del Este antes de la caída del comunismo? Gracias a los sacerdotes. El padre de Gaia era del Opus Dei, y sus infinitos enchufes en la diócesis de Florencia y en el Vaticano le habían servido para reamueblar «a precio de cristiano», como decía él, todas las nunciaturas y todas las iglesias católicas

que habían permanecido abiertas del otro lado del Telón de Acero. Para entendernos: 1991 fue «el año de los bancos», porque el Vaticano decidió encargar a la empresa Mannelli una dotación de bancos de iglesia para las diócesis del Este: cientos, miles de unidades. Al año siguiente, la nueva villa de los Mannelli en Forte dei Marmi fue inaugurada incluso con la bendición del obispo de Florencia, a quien el padre de Gaia tuvo la perspicacia de endosarle —«para las necesidades pastorales»— un mínimo porcentaje del cheque que había recibido del Vaticano.

Su esposa, extasiada en público por el encanto de aquel prócer de la industria, en privado lo detestaba por obligarla a desempeñar el papel de mantenida de lujo, mientras que ella, dotada de un temperamento artístico y un vivo interés por las lenguas extranjeras, habría podido, si hubiera tenido más libertad... En realidad, no habría podido hacer nada: era el lloriqueo habitual de los ricos ignorantes de sí mismos. Yo la conocía de manera superficial, pero lo bastante como para saber que la única actividad hacia la que manifestaba cierta propensión, casi talento, era el remigio.

Y, en cuanto a la hija, a la única hija..., ¿qué decir de Gaia? Era una chica adorable de dieciséis años a sus casi treinta y cinco, y, como todas las chicas de dieciséis años, tenía una relación conflictiva con su padre. Por un lado, él era la Autoridad, por eso era necesario oponerse a él, ignorar sus consejos, burlarse de sus cautelas, denostar su «ética calvinista» (que, por cierto, Gaia era la única que sabía captar en la conducta meliflua y desapasionada de su padre); por otro, era el Hombre de Éxito, por tanto el hombre ideal, que adquiriría más luz en comparación con el Hombre Fracasado que, a fin de cuentas, era yo.

Él y yo siempre habíamos tenido excelentes relaciones. Los idiotas de verdad son mi pasión, porque me encanta complacerlos, adularlos, solicitar el relato de sus éxitos. Cuando estudiaba en la universidad, encontré una frase de *Las confesiones* de Rousseau que explicaba, justificaba, mi actitud, y me la apunté: «La lisonja, o más bien la condescendencia, no siempre es un vicio, es más a menudo una virtud, sobre todo en los jóvenes. La bondad con que un hombre nos trata nos une a él: y si se cede, no es para engañarlo, sino para no apenarlo, para no devolverle mal por bien»^[7]. Era exactamente así: lo escuchaba admirado, lo adulaba, porque también él, al igual que Gaia, en el fondo era un niño y me complacía verlo contento. Cuando él y yo nos veíamos, éramos una pareja tan compenetrada que dábamos la impresión de comprendernos, de tener una verdadera amistad. «Mira a esos dos cómo se

cuentan sus cosas», comentaba la madre de Gaia, feliz por el hecho de que alguien, finalmente, la relevara por unos instantes del castigo de prestarle atención a su marido. En realidad, no nos contábamos nuestras cosas. Era él quien lo hacía: los últimos modelos de mesas de jardín, aquella ocasión en que conoció a Pablo VI, la razón por la cual ya no quería ir a la Semana del Diseño de Milán, no porque no lo invitaran, sino porque «ahora es solo algo montado para el espectáculo, los negocios se hacen en otra parte». Siempre he pensado que en él había un componente de locura *real*, y, de vez en cuando, he sentido escalofríos observando a Gaia y pensando en encontrar en algunas de sus actitudes una huella, un indicio de la psicosis del padre. ¿La idiotez se transmite con los genes? ¿También Gaia se convertiría en una pobre loca? Por suerte, nunca lo sabría, o solo lo haría como testigo desinteresado.

Y precisamente de esto quería hablarme el padre de Gaia. Sucedió casi por casualidad, un sábado por la tarde, cuando había llevado de regreso a Niccolò a su casa. Como siempre, me pasó afectuosa, paternalmente, su brazo por la espalda. La separación de su hija, me dijo, no lo había sorprendido. Se incubaba desde hacía tiempo, se había dado cuenta. Y, por supuesto, no estaba enfadado conmigo: ¡que de ningún modo lo pensara!

—Sabes que no me gusta la retórica.

—Lo sé muy bien —contesté. Era el hombre más dado a la retórica que conocía.

—Sabes que siempre te he querido como a un hijo. Puedo decirlo, ¿verdad?

Estaba empezando a preocuparme, a olfatear la trampa, porque todos estos cumplidos, todas esas zalamerías, eran demasiado incluso para alguien como él.

—Y sabes que siempre me pareció que Gaia y tú no hacíais muy buena pareja. A ver, tú eras fantástico, y ella era fantástica, pero digamos que la suma..., la suma...

Salí en su ayuda, lo apoyé en su metáfora retorcida:

—Era más una resta que una suma, digamos...

—Eso es, muy bien, me has entendido.

Hizo una pausa, movió la cabeza sonriendo, me pasó el brazo izquierdo sobre el hombro. Pero la sonrisa no parecía amistosa. Por un instante tuve la clara impresión de que se estaba preparando para golpearme en el estómago. Lo imaginé mientras se jactaba ante su esposa: «Le he dado una lección al

muchacho. Capítulo cerrado». Endurecí el abdomen.

—Tú sabes que soy católico. No sé si un buen católico, no me corresponde a mí decirlo..., pero, en fin, tú conoces mis relaciones, relaciones que son tanto de amistad como de trabajo con la diócesis de Florencia...

Relajé los músculos. No, nada de violencia. Había otras maneras.

—Estas relaciones se basan, además, en el respeto, por mi parte y por la de mis seres queridos, de las reglas que la Iglesia recomienda a sus fieles que respeten, no, no..., que impone, impone a sus fieles que respeten. Ya sabes de qué estamos hablando: cosas trasnochadas, ante las que uno incluso puede sonreírse. Sabes que soy una persona moderna...

No era capaz de pensar en un hombre que se correspondiera menos con la definición de «moderno».

—En resumen, este divorcio entre Gaia y tú, por muy razonable, por muy de mutuo acuerdo, por muy indoloro que sea, excepto para Niccolò, ¿verdad?...

La mano me apretó con más fuerza el hombro.

—Este divorcio no sería valorado, no sería entendido por las personas cuyas opiniones yo *he* de tener en cuenta como padre de familia y como empresario.

—Lo entiendo perfectamente. Pero tú *has de entender* que Gaia y yo estamos bastante convencidos de nuestra decisión. Y precisamente por el bien de Niccolò me parece que...

—¡Pues claro! —me interrumpió, sonriendo—. No, no vayas a pensar ni por un momento que quiero influir en vosotros, o interponerme, o manteneros mucho tiempo en este limbo. Nada de eso.

—¿Y entonces?

Y, mientras lo decía, lo entendí. Entre el matrimonio y el divorcio había una tercera vía.

—Los matrimonios se pueden anular, ¿sabes?

—¿La Sacra Rota? Pero Gaia y yo consumamos el matrimonio, ¿verdad? Vaya, que tenemos un hijo...

Sonrió, dichoso. Le estaba haciendo todas las preguntas, todas las objeciones apropiadas: todas previstas, todas superables.

—La Sacra Rota, sí. Pero no creas que la Sacra Rota solo anula los matrimonios que no se han consumado. O los que no tienen niños. Hay una amplia casuística —hizo una pausa para reflexionar, luego confirmó pensativo—: Sí, una amplia casuística...

—¿Y cuál sería nuestro caso?

—Reserva mental. Se llama «reserva mental». Quiere decir que, en el momento en que contraías matrimonio, no creías realmente, ¿cómo te lo diría?..., en el carácter sagrado de este vínculo, y ya estabas inclinado a romperlo, a traicionarlo. Esta reserva, si se prueba debidamente, puede ser condición suficiente para la anulación.

Yo me casé por la Iglesia solo para complacer a Gaia, quien a su vez lo había hecho para complacer a sus padres. Ni ella ni yo le dábamos la más mínima posibilidad a la existencia de un dios o de una constelación de dioses. Al menos en esto estábamos de acuerdo. Por lo que ni siquiera se trataría de una mentira; la reserva mental existía, y de qué manera. Y no solo la reserva, sino la certeza de que todo era una farsa. Pero también la anulación era una farsa. Y si en una primera ocasión me había prestado a aquello por amor a Gaia, no veía por qué ahora, una vez desvanecido el amor, debía prestarme a la segunda.

—Y aunque así fuera, ¿cómo íbamos a «probar debidamente» esa reserva mental?

—Ah, eso, eso no es difícil. Basta con que hagas un escrito. Un memorial en el que expliques simplemente que no crees, que nunca has creído en el sacramento del matrimonio, que nunca has entendido tu vínculo con Gaia en el sentido cristiano, espiritual del término... Nosotros lo entregamos a un abogado amigo mío que tramita la solicitud, y en el plazo de seis meses...

—Ese nosotros, ¿a quién se refiere? —le pregunté con brusquedad. Tenía que hablar con Gaia.

—Naturalmente, Gaia está al corriente. Está de acuerdo.

—Está de acuerdo.

—Sí, está de acuerdo. ¿Tú crees que te habría hecho una propuesta semejante sin antes consultar con ella?

Pues claro. El padre de Gaia era un hombre despreciable, pero correcto. Gaia, la mujer con quien había compartido la cama durante una década. La madre de mi hijo... Y así me pedía ella que lo olvidara todo, que pusiera a cero el marcador de nuestra vida en común, y solo para que su padre, tratante de muebles, pudiera verse librado de esa pequeña causa de zozobra durante las reuniones del Opus Dei. Aunque, por otra parte, ¿por qué no?, ¿qué podía perder, en realidad? Contaba con Julia.

El *cavalier* Mannelli me señaló el sillón que quedaba detrás de mí, nos sentamos uno frente al otro. Estábamos tan cerca que podía notar su olor, su

aliento rancio medio oculto por el aroma de la loción para después del afeitado. ¿Y si el olor se transmitía a través de los genes, como todo lo demás? ¿Y si pasara del abuelo al nieto? Tenía que luchar.

—Y, en términos prácticos, ¿qué efectos tendría esa anulación respecto..., respecto a mí, respecto a mí y a Niccolò?

—No, hombre, no, no tendría ninguno. Quedaría claro que, legalmente, seguirías siendo su padre, ¿no?

Al menos tenía eso.

—Y podrías seguir viéndolo, digamos que con la frecuencia con..., con la frecuencia con la que lo ves ahora.

No sé por qué, pero la palabra «frecuencia» hizo que me entraran ganas de estrangularlo. Saltaba a la vista que, para él, como para Gaia, no era un padre que estuviera lo suficientemente presente.

—Por supuesto, la anulación tendría el efecto de devolveros a Gaia y a ti vuestra libertad, podríais volver a casaros de inmediato, y, en tal caso, es obvio que Niccolò seguiría con su madre...

—¿Me estás diciendo que Gaia quiere volver a casarse? ¿Por eso tengo que dejar vía libre?

—No te estoy diciendo nada —articuló él. Ahora el tono ya no era amistoso, e incluso la sonrisa paternal había desaparecido—. Gaia es mayor de edad y sabe lo que tiene que hacer. Yo no me meto en ello. En cambio, sé que tú has encontrado, mejor dicho, has reencontrado un viejo amor... El asunto, perdona que te lo diga, también te iría bien a ti, tú también tienes derecho a comenzar de nuevo, a poder contar con una relación segura.

Había vuelto otra vez a ser melifluo, sinuoso. Era tan intrínsecamente falso que ni siquiera necesitaba actuar; pasaba de la amenaza a la lisonja, de la violencia a la dulzura con una rapidez y una inocencia casi infantiles. Apreté con fuerza los reposabrazos del sillón. ¿Dónde estaba Gaia? ¿En cuál de sus absurdos cursos de actualización, en cuál de sus abominables aperitivos para encargados de prensa de la Nada?

—Y, naturalmente, los gastos de la anulación corren por nuestra cuenta. Incluso podríamos darte, si quieres aceptarla, una pequeña ayuda para empezar de nuevo... Sabes que, para nosotros, siempre has sido como un hijo; nos encantaría hacerlo.

Ahí estaba el golpe. No en el estómago, en toda la cara. Tenía que poner a cero mi pasado con Gaia, dejándola libre para que pudiera volver a casarse con alguien más elegante y más solvente que yo, a ser posible miembro del

Opus Dei. Tenía que aceptar el hecho de que vería a Niccolò cada vez menos: una semana en verano o durante las raras visitas de Gaia a Florencia. Gaia, que, *sin duda*, estaba con otra persona. Y, a cambio, por esta renuncia a ella y a mi hijo, ¿qué iba yo a obtener de mi suegro? Una pequeña ayuda para empezar de nuevo, es decir, un cheque, unos honorarios por las molestias. ¿Cuánto podría valer un memorial en el que confesara mi «reserva mental»? ¿Y cuánto podría valer mi hijo?

Pensé en Enrico, en lo que había escrito en su diario: «El gesto no ha de ser una venganza. Ha de ser una mansa y cansada renuncia». Me sentí inconcebiblemente cansado y dispuesto a ceder. ¿Qué estaba haciendo en aquella casa? ¿Por qué iba yo a poner trabas? ¿No había sido todo un malentendido? No, con Gaia no había sido todo un malentendido; incluso en ese momento podía recordar los maravillosos días que vivimos juntos. Me volvió a la mente la imagen de unas vacaciones en Grecia, hacía ya una década, ella y yo mirándonos a los ojos en el barco que nos llevaba de Atenas a Paros. Pura felicidad. Me pregunté si no debía protestar, resistirme en nombre de aquellos días. Pero estaba verdaderamente muy cansado. Y ellos tenían razón: la perspectiva de convertirme en un extraño para mi hijo no me quitaba el sueño, casi podía decirse que, sin saberlo (o bien sabiéndolo, intuyéndolo), me estaban ayudando a encontrar una salida también respecto a Niccolò.

—Te notificaré mi precio tan pronto como sea posible —le dije, levantándome del sillón.

Se quedó sentado y se limitó a asentir. No fui capaz de no experimentar una especie de orgullo al pensar que no lo había defraudado.

VIII.

El juicio de Valentin debería haberse celebrado a principios del nuevo año, pero Valentin no llegó hasta ahí. Una mañana de diciembre Monina me llamó al móvil.

—Encantado de oírte —contesté—. Dame las malas noticias de inmediato.

—Bueno, también podría tratarse de algo agradable. Es una cosa que simplifica, que agiliza, y bien sabe Dios que hay necesidad de simplificar todo este lío...

A esas alturas yo ya había entendido.

—Tu amigo tonto, Valentin, ha muerto.

No, no me sorprendió. Lo había visto en ese patio de la prisión de Arcángel, machacado por los guardias, y sabía que no iba a *durar*. Pensé exactamente en eso, que no iba a durar; como una flor, aunque era difícil imaginar algo más alejado de una flor que Valentin. Pobre Valentin, pobre madre. Monina esperó a que le hiciera la pregunta.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Atacó a los guardias. Cuando regresaba de la hora de paseo, saltó sobre un carcelero e intentó estrangularlo. Llegaron los otros, pero no había manera de quitárselo de encima con las manos. Entonces utilizaron las porras, y bueno... Un golpe de porra más fuerte que otro le rompió la crisma. Defensa propia. Muerto.

—¿Y tú te crees esa historia?

—Por supuesto, ¿por qué no habría de hacerlo?

—¿No pueden haberlo matado para ahorrarse el engorro del proceso?

—Uuuh, Capace, pero qué desconfiado eres... Todo es posible. Que se haya suicidado. Que haya tenido un infarto. Que lo hayan matado a golpes mientras dormía. Pero lo que importa es la versión oficial, ¿vale? Que es la que de forma desinteresada te he contado, y que puedes repetir también de forma desinteresada en tus indispensable artículos sobre este caso que te has inventado. ¿Qué quieres hacer? ¿Abrir una investigación sobre la forma de actuar de los carceleros rusos?

—¿Se ha informado a la madre?

—Por Dios, Capace, ahora también la madre. A esa ya la habrán informado los de Arcángel, o los de Kem. O el Espíritu Santo. Yo qué sé.

Los de Arcángel o los de Kem. No era capaz de imaginarme cómo podrían habérselo dicho, pero sí de imaginármela fácilmente sola en su casa establo, con la manta de lana basta ajustada debajo de la barbilla, en la oscuridad. Había vivido quince años con un hijo idiota para luego descubrir que era un asesino y para verlo morir en la cárcel, lejos de casa, de un golpe de porra en la cabeza. O quién sabe de qué.

—¿Queréis llorar? Tened hijos —era Monina, sabio, angelical, cínico.

—¿Por qué? Si uno no tiene hijos, ¿no llora?

—Eh, Capace, pues no vas y te me conviertes en un filósofo... Vamos, que es el momento de mandarte a tomar por culo. Cuídate.

Un caso inventado... Para ser un caso inventado, había ya un montón de muertos *verdaderos*: Valentin, Uwe, los tres italianos, dondequiera que estuvieran sus cuerpos. Y Misha, ¿qué había sido de Misha?

Monina tenía razón: la muerte de Valentin había sido providencial. Ahora había un culpable; podía bajarse ya el telón. Sí, eso sería lo que había sucedido. Loco, violento y muerto: Valentin era el chivo expiatorio perfecto.

En *La Repubblica* del 7 de diciembre apareció un artículo. Título: «Valentin sale de escena». Subtítulo: «Muere el psicópata involucrado en la desaparición de los tres italianos en las islas Solovki».

También él se ha marchado. Valentin el Loco. Era el hombre acusado por las autoridades rusas del asesinato de Uwe, el joven voluntario alemán que trabajaba en la restauración del monasterio ortodoxo en las islas Solovki, en el mar Blanco. Y era también el hombre que, según la opinión de algunos, conocía el secreto de la desaparición de los tres italianos el pasado agosto. Murió durante una reyerta, en la prisión militar de Arcángel, donde estaba encarcelado. Instada por sus colegas italianos, que querían interrogar a Valentin, la policía rusa ha abierto una investigación. Pero está claro que, sin otros testigos, esta investigación pronto va a encallar. Valentin se lleva consigo a la tumba su secreto.

Un doble secreto, como se ha dicho. El primero concierne al voluntario alemán. En casa de Valentin fueron hallados dibujos que

representaban al joven Uwe muerto, con el cráneo parcialmente aplastado por la caída en el acantilado. ¿Señal de que Valentin lo había empujado? Estaba claro que no había advertido a las autoridades, pero —también dada su condición psíquica— ¿era un indicio suficiente para determinar que era culpable? El proceso tendría que haber establecido exactamente esto, pero ya lo no habrá. El segundo secreto concierne a los italianos. Valentin había entrado en contacto con uno de ellos, haciéndose amigo suyo. Enrico Saraceno habla de ello en su diario, publicado en las últimas semanas por el semanario *Fatti*. La policía considera probable que los tres italianos cayeran al mar durante una excursión por la isla, pero no hay que descartar que Valentin estuviera implicado también en ese asunto. Esto es lo que querían determinar los investigadores italianos, que estaban a punto de salir para Arcángel. Demasiado tarde.

No fue un diciembre feliz.

Galliano me hizo escribir otro artículo, en el que resumía todo el asunto hasta la muerte de Valentin, con el aderezo de sospechas, hipótesis, deducciones. Dije que la muerte de Valentin presentaba muchas zonas oscuras y que su implicación en la desaparición de los tres italianos era cualquier cosa menos segura. Y también que las investigaciones sobre esa desaparición, simplemente, no se habían llevado a cabo; que, si se indagaba más, sin duda... No mencioné nada sobre la cita de Pavese que encontré en el diario de Enrico, la cita que podía presagiar el suicidio. No quería quemar ese descubrimiento en tres líneas. Tenía la esperanza de que aquello no fuera el final de la investigación, sino un nuevo inicio, la pista que me pondría en el camino correcto, aunque, por el momento, no fuera capaz ni siquiera de vislumbrarlo.

No dije nada, pero aquel fue el último artículo. No había más testigos, no había más pistas, ya era hora de soltar la presa. «Sigues estando arriba del todo de la lista», se despidió de mí Galliano. Pero lo dijo abriendo los brazos, con el mismo tono de resignación con el que podría haber dicho «Mientras hay vida...». No había ninguna lista. A finales de año, el Grupo Editorial Mierda envió al paro a un tercio de los periodistas y de los diseñadores gráficos que trabajaban en la publicación. Un mes después, se cerraba *Fatti*.

Volví a trabajar como *freelance*. De hecho, nunca había dejado de hacerlo. Pero durante algunos meses, algunos dulcísimos meses, había sido solo un segundo trabajo, una forma de mantener los contactos, para no dinamitar los puentes a mis espaldas mientras investigaba el «caso Solovkí» y esperaba confiado la Llamada que me allanaría el camino para entrar en el Gran Periodismo. En cambio, ahora volvía para quedarme. Y podía aventurar años de salarios insuficientes, de crónicas culturales que no interesaban a nadie, de viajes por la provincia de Florencia al final de los cuales hasta me tocaría discutir para que me reembolsaran la gasolina, los tiques de las comidas... Veía a Salsano que me sonreía bonachón desde el otro lado de la mesa, a ese Salsano que había confundido a Chomsky con Andy Warhol, y me percataba de que iba a envejecer como él en un rincón, amable e inútil, y agradecido a la dirección por enviarme por vigésimo año consecutivo a cubrir el Festivalcinemagiovani de Migliarino Pisano, con cena y pernoctación pagadas en un hotel de tres estrellas.

Pero no. No, yo no iba a convertirme en alguien como Salsano, porque tenía a Julia. Llegaba a casa por la noche, después de un día de trabajo absurdo, pero en casa ahora estaba ella. Y todo, literalmente, desaparecía.

Julia hacía lo que Gaia nunca había hecho, cuidaba de mí. Antes de conocer a Julia nunca había comprendido de verdad el significado de esta expresión. Todo el mundo, pensaba yo, cuida de sí mismo. Luego nos vamos juntos a la cama, intentamos procurarnos tanto placer como sea posible, también intentamos dar un poco a quienes comparten la cama con nosotros, pero sin volvernos locos, y punto. El resto es retórica. En cambio, Julia era una virtuosa del cuidado ajeno. La compra, la nevera llena, el baño limpio, la cama bien hecha, todas las cosas materiales que habían acabado fuera de control por mi indiferencia y por la sublime distracción de Gaia, sobre todo después de la llegada de Niccolò, volvieron a su lugar. Julia se preocupaba de que, como decía ella, «saliera a la calle en condiciones», con el cuello limpio y los zapatos a juego con el cinturón; una preocupación que mi madre, la aborígen cosmopolita, nunca manifestó; y que Gaia mostró solo en las primeras semanas de nuestra relación, para luego abandonarme desconsolada a mi desorden. ¡Una o dos veces por semana llegaba a casa con *flores*! ¡No para ella, para *mí*! Yo, que siempre había considerado las flores como algo de mujeres, y de mujeres mimadas, un gasto innecesario de burgueses decadentes. Pero, evidentemente, yo también era decadente, porque tengo que confesar que las flores, en la mesa al lado de la entrada, me gustaban. Y en la

esfera del «Cuidar de algo» también entró, en algún momento, el sexo. Me enseñó que no era ese mecánico toma y daca que yo creía, una especie de demostración de fuerza en la que era necesario, sobre todo, «mostrar lo que uno sabe hacer». En pocas semanas, Julia me curó de estas neurosis adolescentes. Hacer el amor *sin querer prevalecer*: ¿quién habría dicho que era tan simple y tan hermoso?

No sabía nada de ella. Su pasado en Ucrania era un misterio, pero un misterio que no me interesaba demasiado. Había, en Kiev, una madre viuda a la que un día iríamos a visitar, y a la que no le iban demasiado mal las cosas. Había un hermano, en algún lugar, del que Julia no sabía nada desde hacía años. El misterio que me interesaba, en cambio, era el que se refería a sus años en Italia, pero sobre ellos, sobre su convivencia con el médico aretino que la sedujo en el Hermitage, Julia había extendido un velo. Mejor olvidar y ya está.

Lo único que había empeorado, si comparaba mi convivencia con Julia con la que tuve con Gaia, era el dinero. Cuando estaba con Gaia mi minisueldo y su minisueldo resultaban suficientes, e incluso sobraba, para los gastos ordinarios, porque el dinero que marcaba la diferencia era el de papá. El coche para Gaia, el cheque para las vacaciones, los regalos para Niccolò, los muebles gratuitos..., y no era algo que nos pasara solo a nosotros. Era, por así decirlo, el espíritu del tiempo. Conocía a un montón de coetáneos míos que, incluso teniendo sueldos míseros, podían mantener una rutina de clase media alta gracias a informales rentas vitalicias que recibían de sus padres y, sobre todo, gracias a la herencia de los abuelos; decenas, cientos de abuelos, que se habían partido el lomo en los años de bonanza y habían invertido en viviendas de protección oficial que, con el tiempo —de condonación en condonación, de reforma de reforma—, se habían convertido en mansiones, y en las que, después de su providencial traslado al asilo o al cementerio, se habían instalado de forma pacífica, natural, los nietos. *Natural*, porque este saqueo intergeneracional se veía precisamente como algo natural, obligado, lo mínimo que esa generación afortunada y feliz podía hacer por estos trabajadores eventuales de por vida, no tan tristes, al fin y al cabo, de serlo. Los nietecitos del privilegio. Yo era uno de ellos, pero solo mientras estuve con Gaia. Tras marcharse Gaia, desapareció también el privilegio.

Al padre de Gaia no había vuelto a verlo después de nuestra pequeña charla sobre la anulación del matrimonio y, sobre todo, sobre el beneficio que yo iba a obtener con esa anulación. Pero había visto a Gaia de nuevo. Pocos

días después de mi encuentro con mi exsuegro pasé por su oficina, y la visita sirvió cuando menos para devolverme algo de la serenidad que mis fracasos en el trabajo me estaban arrebatando. Podía haberme equivocado en muchas cosas en el pasado, pero no en esa: la separación de Gaia había sido providencial. Entre otras cosas porque había supuesto separarme también de sus compañeras de trabajo, también ellas nietecitas del privilegio, que después de licenciarse en Historia del Arte se habían subido al carro de la Moda Fiorentina, una especie de molesta *dépendance* de la pasarela de Milán, y que ahora, casi con cuarenta años, sin embargo, seguían pasando sus veladas atontándose mientras tomaban unas copas en locales junto con algunos atroces mayoristas chino-japoneses, siempre con la vaga esperanza de oír, tarde o temprano, la voz de Giorgio Armani, que pasaba por casualidad y que las llamaba: «Tú te vienes conmigo a Milán». Hasta unos años antes, ese mundo me había fascinado; mejor dicho, era una de las cosas que me habían seducido de Gaia, su familiaridad con el *glamour* urbano. Ahora miraba a Gaia, repentinamente envejecida, y a sus colegas con un sentimiento de lástima.

—Lo hago por mi padre.

—Gaia, pero si tú detestas a tu padre.

—Siempre lo entendiste mal. Siempre lo entiendes todo mal. Crees que el afecto, la admiración (también la admiración, ¡sí!) tienen que ser incondicionales, ciegos. ¿Sabes por qué?

Pausa. No sabía por qué, pero hasta ahí podía yo llegar.

—Porque tú no quieres realmente a nadie —repitió escandiendo como un dictado: ella, la maestra; yo, el alumno—: No quieres. Realmente. A nadie.

—Yo todavía te quiero, lo suficiente como para no querer borrar nuestro matrimonio.

—Pero tú sabes muy bien que no se trata de eso, sino de simplificar las cosas. De acortar tiempos. Y sí, también de hacerle un favor a mi padre, que, en el pasado, nos hizo muchos favores.

Y que aún podría hacérmelos. ¿Gaia pretendía decirme esto? ¿Conocía la oferta que me había hecho su padre? ¿Sabía que yo, en la práctica, ya la había aceptado?

—Y, además, perdona, es también un favor que te hacemos a ti, ¿no? ¿No has vuelto a encontrar a tu gran amor de cuando estabas en la universidad? Si aceleramos el procedimiento, puedes volver a casarte, tener otros hijos, si quieres. La verdad es que no veo qué es lo que te parece mal —el tono se iba

haciendo cada vez más agudo e indignado—. ¿Es por despecho? ¿Porque le tienes ojeriza a mi padre? No lo entiendo, de verdad, ¿qué te hemos hecho?

Ese plural era una señal, una mala señal. Quería decir que la conversación ya no tenía lugar entre ella y yo, sino entre la Familia y yo; por tanto, ya no era una conversación, sino una negociación, y yo ya no era su marido, su exmarido, sino la parte contraria.

—¿Estás saliendo con alguien? —le pregunté tratando de ir al grano.

—Eso es irrelevante. Irrelevante. Te he dicho que lo hago por mi padre. He, hemos — forzó la voz en ese «hemos»— disfrutado de las ventajas que su posición nos proporcionaba. Actualmente me parece lo mínimo...

—¿Estás saliendo con alguien? —repetí.

—Estoy saliendo con alguien, sí.

—¿Lo conozco?

—Sí, lo conoces.

Dios, que no sea él. Carlo Rais, el fletador de zódiacs. La mera posibilidad de que ese idiota entrara en contacto con Gaia y con mi hijo me daba náuseas.

—No será Carlo... —suspiré.

—No, hombre, no, Carlo es un amigo y nada más, ¿qué te creías?

Quería decir: ¿tú te crees que alguien como yo se juntaría con un tipo que se pasa la mitad de su vida sacando a pasear a los turistas en zódiacs y la otra descargándose películas de internet? En efecto. Casi experimenté cierto orgullo: Carlo Rais seguía perteneciendo a una división inferior a la mía.

El nombre que Gaia dijo inmediatamente después —Davide Tessitore— me provocó náuseas por otra razón. Davide Tessitore no era ningún imbécil. De hecho, un observador objetivo —y ahora yo era algo semejante a un observador objetivo— diría que era decididamente mejor que yo, que cualquier mujer inteligente lo habría preferido a mí. Guapo, rico, simpático, reputado, Davide era un amigo de amigos de los tiempos de universidad, que, después de dos años de Arquitectura, abandonó los estudios y, junto a un primo polaco, abrió un estudio de topografía con oficinas en Florencia y en Varsovia. Su marcha de la universidad se convirtió de inmediato en legendaria, porque tuvo lugar durante una clase de Historia de la Arquitectura. El aula se encontraba llena, unas trescientas personas, la mitad de las cuales se sentaba en el suelo o permanecía de pie, por falta de asientos. Era sabido que el profesor, en las raras ocasiones en que se dignaba dar clase, no se la preparaba; hablaba casi siempre de los artículos sobre arquitectura que había encontrado en tal o cual publicación, e invitaba a los estudiantes a

reírse con él. En un momento dado, ese día, dijo que Wright había sido acusado por un especialista de haber «desnaturalizado el carácter de las ciudades estadounidenses». Davide levantó la mano y preguntó quién era ese especialista. El profesor respondió que no lo recordaba, pero que, de todos modos, no importaba. Un cuarto de hora más tarde, el profesor dijo que Terragni y otro gran arquitecto habían trabajado en el plan regulador de Como. David levantó la mano y preguntó quién era ese gran arquitecto. El profesor, angelical, respondió que no lo recordaba, por tanto —añadió sonriendo— no debía de ser tan grande, después de todo. Davide recogió sus libros, se levantó, sonrió, gritó: «¡Vete a tomar por culo!», y salió del aula. Un héroe. Se seguía hablando de ello incluso años después en toda la universidad.

El estudio italiano-polaco había dado bandazos al principio, luego vino el *boom* de los años noventa, y Varsovia se convirtió en una inmensa ciudad en obras. El primer año de trabajo eran dos; el tercer año ya tenían cuatro empleados, y ahora su estudio era uno de los más grandes de Varsovia. Davide también se las arregló para sacarse una licenciatura en alguna universidad privada polaca, aunque poco podía necesitar una licenciatura. Un tipo resuelto. Y ahora se quedaba con Gaia. Hubiera preferido a Carlo Rais.

—Pero si está en Varsovia —objeté.

—No, ya no. Ahora sobre todo está en Viena, han abierto una sucursal allí. Pero a menudo vuelve a Florencia, muy a menudo.

—¿Y el proyecto consistiría en traerlo a él a Florencia o en llevarte a ti, mejor dicho a ti y a Niccolò, a Varsovia?

—A Viena, te lo he dicho. No hay planes.

—Te lo he preguntado amablemente —le suplicaba, pero con firmeza.

—Nosotros, a Viena.

—¿Y yo?

—Yo ¿qué?

Es probable que, si yo la hubiera dejado continuar, así habríamos seguido, con monosílabos durante otra media hora.

—En fin, veamos si lo he entendido bien. Tu padre y tú queréis anular nuestro matrimonio y así tú puedes ir a Viena a vivir tu sueño de amor con el aparejador de éxito. Y yo, por las molestias, por las molestias de no ver cómo crece mi hijo, digamos —estaba acalorándome, pero sabía que era una artimaña, que estaba montando la escena principal del indignado; y, por desgracia, Gaia me conocía lo suficiente como para saber que se trataba de

una artimaña—, por las molestias recibiría un cheque en consonancia...

Gaia se quedó en silencio. Suena arrogante decirlo, pero al alejarse de mí se había vuelto vulgar. Había sido reabsorbida por el reino de la hipocresía y de la venalidad que había construido para ella su padre, o su abuelo, y del que yo, por espacio de diez años, la había liberado heroicamente. Ahora, en su *open space* de Pitti Immagine, era de nuevo, más que nunca, la hija del *cavalier* Mannelli. Todo tenía un precio, y era un precio que papá podía permitirse el lujo de pagar.

Lo que ocurría era que, como ya he dicho, Gaia tenía una ventaja: me conocía mejor que nadie. Y sabía por lo que estaba pasando. Me cogió la cabeza entre sus manos, sonriendo, y la movió hacia delante y hacia atrás como se hace con los niños caprichosos. Yo le devolví la sonrisa y le pregunté:

—De todas maneras, ¿de qué cifra estamos hablando?

La noticia llegó un domingo de mediados de febrero. Me enteré por el telediario. Esta vez Monina no me había proporcionado ninguna primicia, no me había avisado con anterioridad. Después de todo, eran solo los últimos coletazos de un caso ya cerrado. En la pantalla aparecía el rostro del pope en actitud solemne, con un caftán oscuro similar al que yo siempre le había visto puesto, pero con una larga cruz blanca bordada sobre el pecho y con un medallón dorado de medio kilo que le colgaba desde el cuello. Sonreía, amable, y le mostraba los iconos del monasterio a alguien que permanecía al otro lado de la cámara. Esta retrocedió. Reconocí la cripta y, junto al pope, la descomunal figura del padre Stefan. Él también sonreía. Eran imágenes de archivo, tomadas tal vez en septiembre, en los días en que habían desaparecido los tres italianos. El periodista decía que el pope del monasterio de las Solovkí había sido detenido por el robo de iconos sagrados. Y con él, un par de monjes y otro par de aduaneros: «Las Solovkí, como algunos recordarán, son las islas del norte de Rusia en las que el verano pasado desaparecieron los tres jóvenes florentinos que trabajaban como voluntarios de la Unesco».

Nada más. Ninguna relación entre los dos hechos. El periodista ni siquiera sugería esa hipótesis. Pero por la pantalla desfilaron, después de tanto tiempo, las fotografías de Enrico, Fabio y Francesco, y esto fue suficiente para que creciera el sentimiento de culpa en mi interior por no haber sido capaz de

encontrarlos, pero también una nostalgia aún más irracional por los meses en que mi vida se entrelazó con la de ellos.

Abrí de nuevo la carpeta en la que había recopilado toda la documentación del viaje. Volví a leer el diario de Enrico. Pensé en los familiares, en los amigos, en esa noticia que llegaba a sus hogares y que los llevaba de vuelta a un misterio y a un dolor de hacía seis meses. Aunque, probablemente, yo fuera el más apesadumbrado de todos. Las novias los habían olvidado, es más, habían tenido la inteligencia de desaparecer incluso antes de que ellos lo hicieran. Y los familiares se habían resignado. ¿Cómo era posible que ninguno de ellos hubiera pensado en ponerse en contacto conmigo después de que empezaran a salir mis artículos para *Fatti*? ¿Cómo era posible que ninguno de ellos sintiera la necesidad de partir para las Solovki, aunque no fuera más que para averiguar cómo era el último lugar que sus hijos habían visto con vida? Su recuerdo me atormentaba únicamente a mí, que nunca los había conocido. Se habían convertido en personajes de ficción; sentía afecto por ellos, del mismo modo que uno lo siente por los protagonistas de una novela o de una serie de televisión.

Al cabo de unos días me pasé por el periódico. Era una peregrinación que hacía todas las semanas, a veces más a menudo —si no tenía noticias de Vezzali o si las facturas apremiaban—. Proponía algunos artículos, me dejaba ver por allí. Qué triste ocupación: *dejarse ver*, en la que se va malgastando la mayor parte de la vida de los periodistas que trabajan de forma eventual. Uno «se pasa por la redacción», habla con los colegas, toma un café, abriga la esperanza de que un redactor jefe se fije en él y diga: «Oh, precisamente te estaba buscando a ti...». Había quienes, con cincuenta años, seguían llevando esta vida. Yo no quería convertirme en alguien así. Me estaba convirtiendo en alguien así.

Ese día Vezzali no estaba, por lo que la visita fue inútil. Pero en el casillero de correos, en la gaveta de «colaboradores», encontré una carta. Era un hermoso sobre azulado, con la dirección del periódico y mi nombre escrito pulcramente a máquina, como solía hacerse antaño en las oficinas. En el dorso llevaba el sello de *Arkhangelsk*.

El caso de las Solovki estaba cerrado para todo el mundo excepto para mí; yo aún esperaba algo, aunque no sabía exactamente qué. Me volvió a la mente lo que me decían de pequeño, que las cosas que uno desea nunca se

hacen realidad, así que hice todo lo posible para no desear lo que obviamente deseaba: que en ese sobre hubiera noticias, pruebas suficientes para reabrir la investigación, un Nuevo Inicio para mis pesquisas, la verdad sobre los tres italianos desaparecidos...

Bajé las escaleras del periódico y, ya dentro del coche, abrí el sobre. Quien escribía era la madre de Valentin. Con su letra meticulosa, con su francés metuloso, me daba las gracias por los jerséis. Se los había enviado con el servicio de correo del periódico, por eso me escribía a esa dirección. No era de ella de quien podría venir el Nuevo Inicio, pensé. Pero me equivocaba.

Estimado señor Capace,

no he olvidado su amabilidad durante nuestro encuentro en septiembre, su amabilidad hacia mí y hacia mi hijo. Y los jerséis que me envió han hecho que este invierno fuera menos frío. Llevo uno puesto, el blanco de cuello alto, incluso ahora, mientras estoy escribiéndole esta carta. Como sabrá, en la actualidad estoy sola. Lo consiguieron, después de todo: llevarse a mi hijo, esta vez para siempre. Yo sé que Valentin no hizo daño a nadie, no mató a nadie. Después de su desaparición y de su regreso, hace ya más de quince años, siempre fue amable con todo el mundo. Usted también lo vio: era incapaz de hacer daño. Pero ¿de qué sirve el testimonio de una madre? Y, sin embargo, sé que fueron a por mi hijo para castigarme a mí y a mi marido, al recuerdo de mi marido.

Pero todo eso es pasado. Hoy le escribo porque pensé en el dibujo que le dio Valentin, un dibujo parecido a otros que hizo en los últimos meses —el dibujo de él al pie de una escalera que va hacia el sol—. Pues bien, me he estado preguntando si el significado de esos dibujos no será diferente al que les hemos atribuido. Podría tratarse no de una escalera hacia el sol, sino de una escalera hacia la tierra. Y los arcos... ¿no se parecen los arcos a los bastidores para el pescado, a los secadores que, como usted recordará, se encuentran al lado del puerto, en la zona de la vieja fábrica quemada?

Yo sé lo que le pasó hace quince años a mi hijo. Aquí todo el mundo sabe qué le pasó a Valentin, pero nadie dice nada, nadie va a decir nada. Valentin se había peleado con uno de los hijos de Filippov, el mayor. Fue una cosa de chicos, ambos tenían quince años. Pero una noche Filippov vino a casa a amenazarme. Dijo que estaba decidido a

hacer que me expulsaran del pueblo si mi hijo no se quedaba en su sitio. Podía hacerlo, era capaz de hacerlo: su familia controla las Solovki desde la época de los zares. Al día siguiente, Valentin le pegó al hijo de Filippov, delante de todo el mundo. Dos semanas después, Valentin desapareció.

Regresó al cabo de casi dos meses, en el estado que usted pudo ver. Es casi imposible que saliera de la isla y es casi imposible que pudiera sobrevivir en los bosques. Creo que lo encarcelaron y lo torturaron. Y la tortura le hizo perder la razón. Creo que fue Filippov, o que Filippov encargó a alguien ese secuestro. Siempre que me topo con él en la calle, sonrío. Sabe que yo sé. Y sabe que no puedo hacer nada. Le comuniqué mis sospechas a su amigo Enrico el agosto pasado. Ahora se las comunico a usted.

Tal vez fuera esto lo que dibujó Valentin: el lugar en que estuvo encarcelado durante dos meses; es él, que sueña con volver a la luz del sol. ¿Quizá les mostró Valentin ese lugar también a sus amigos italianos? ¿Se produjo entonces, tal vez, un accidente del que Valentin no pudo o no supo hablar? Yo, como usted sabe, estoy atrapada en mi casa y no puedo contar con nadie, no hay nadie que me inspire confianza. Pero tal vez usted pueda comunicar estas dudas mías a la policía italiana...

Yo sabía por qué me había escrito precisamente a mí. Y era porque, aparte de Enrico, había sido yo, desde hacía muchos años, el único ser humano que la había tratado con un poco de amabilidad. Es probable que nunca nadie hubiera sido muy amable con ella, a pesar de los lujos de la juventud, los viajes a Italia, los estudios en Francia..., me refiero a una amabilidad desinteresada. En la primera parte de su vida experimentó la falsa cortesía, la falsa deferencia a la que su papel como esposa de un dirigente del partido la destinaba; y en la segunda parte de su vida naufragó —como el partido, como la Unión Soviética— y se encontró rodeada por los súbditos liberados que le echaban en cara sus privilegios pasados, su educación europea, su hijo loco. Por eso me había escrito, yo era su único aliado.

Así que todo el mundo lo sabía. En las Solovki, todo el mundo estaba informado de que había sido Filippov quien hizo desaparecer y enloquecer a Valentin. Pero nadie hablaba, porque nadie tenía el coraje de enfrentarse a Filippov. También Enrico se enteró de aquello. Eso era lo que querían decir

aquellas líneas del diario: «Yo sé cosas sobre Filippov y Filippov sabe cosas sobre mí».

Una escalera hacia la tierra...

Fui a buscar la carpeta donde tenía guardadas las páginas del diario de Enrico y los dibujos de Valentin. En efecto, había una cierta distancia entre la parte superior de la escalera y el sol. Y tal vez la línea que a primera vista me pareció la del horizonte (en una perspectiva equivocada, pero se trataba de la perspectiva de un loco) era, en cambio, de una forma mucho más simple, la tierra. Valentin no soñaba con alcanzar el sol; soñaba, es más, tenía la esperanza, de alcanzar la tierra. Y esos arcos, esa galería que pensé que era una imaginaria vía de acceso al paraíso, realmente podían ser los secadores cuyas estructuras aún podían verse, por decenas, dentro del perímetro de lo que fue la fábrica de pescado. Durante dos meses Valentin había desaparecido. Había vuelto a aparecer de repente, sucio, debilitado, atontado, pero vivo. Estaba claro que había encontrado refugio en alguna parte. ¿Dónde podía esconderse mejor que en un sótano? ¿O bien: dónde podía estar encerrado si no era en un subterráneo? Cada casa contaba con uno. Pero la escalera del dibujo era muy larga, una veintena de peldaños que ocupaban tres cuartas partes del papel, como si Valentin mirara al cielo desde el fondo de un pozo. Y, además, no era concebible que Valentin hubiera pasado dos meses en el sótano de una casa del pueblo sin que nadie lo hubiera visto u oído. A no ser que alguien lo hubiera mantenido encerrado... Me acordé de una escena del documental sobre las Solovki. Justo en la zona de la fábrica, cerca del puerto, había un sótano que sería un perfecto lugar de detención. En un momento dado, la cámara seguía el trabajo de los presos en el interior de un almacén en el que iban amontonando los sacos llenos de bacalao seco. No necesitaba volver a verlo: recordaba la escalera y a los prisioneros que se iban pasando los sacos de mano en mano, y, más tarde, terminado el almacenamiento, la escotilla se cerraba, y encima el sol altísimo del verano ruso y, entre el sol y la tierra..., los bastidores blancos, relucientes de aceite.

Sí, era posible. Un sótano cerrado y olvidado, tras el incendio de la fábrica, hacía casi cuarenta años... Pero yo no era el único que conocía la existencia de ese sótano. Enrico también había visto el documental. En el diario, observa el andamiaje con sus festones de bacalao blanquecinos puestos a secar: «Una especie de gigantesca lavandería», escribe. Seguro que había visto los dibujos de Valentin. ¿Lo entendió? ¿Reconoció el lugar? ¿Le pidió a Valentin que lo acompañara hasta allí?

No sabía si ese era el Nuevo Inicio que estaba esperando o si se trataba tan solo de otra ilusión que me haría perder más tiempo y más dinero. Pero tenía tiempo libre, incluso de sobra. Y, en cuanto al dinero, ¿no acababa de decidir que iba a vender a mi hijo?

IX.

El barco que enlazaba Kem con las islas, uno de los primeros de la temporada, iba casi vacío. Aparte de la tripulación, tan solo había media docena de personas, todos hombres, que debían de haberse marchado de las Solovki esa misma mañana, porque no llevaban equipaje. Intenté intercambiar unas palabras con ellos, pero parecía que no conocían un idioma diferente del ruso y, en cualquier caso, tampoco tenían aspecto de morirse de ganas de hablar con ese absurdo turista que se aventuraba, a finales de febrero, en medio del mar Blanco. Al desembarcar, vi que transportaban un par de grandes generadores que debían de haber comprado en Kem. Oí, un tanto amortiguado por la distancia, el estruendo de la central eléctrica. Pensé en la madre de Valentin, quien prácticamente me había llamado hasta allí. No la había avisado de mi llegada. Sabía qué tenía que hacer y podía hacerlo solo; no la iba a necesitar para nada. En el fondo, tenía la esperanza de poder presentarme ante ella, con la misión cumplida, para decirle que sí, que había comprendido qué le había sucedido a su hijo años antes y que, contra toda evidencia, podía demostrar que no había sido él quien había asesinado a Uwe y a los tres italianos. Llamaba a su puerta, me abría temerosa, llevaba uno de los jerséis que le había enviado, la abrazaba y le decía que Valentin no tenía nada que ver, que la culpa era de..., ¿de quién era la culpa? De nadie, nadie tenía la culpa; para mis historias románticas pretendía un final feliz, quería que todo el mundo fuera inocente y que todo el mundo estuviera milagrosamente vivo.

En septiembre, Julia y yo nos habíamos preguntado cómo sería llegar a las Solovki en pleno invierno, con el frío y la oscuridad. Ahora lo sabía. O, mejor dicho, si bien no podía imaginar la angustia de quien era consciente de que no iba a regresar, ahora por lo menos podía ver lo que habían visto los miles y miles de personas que, durante siglos, habían ido a morir a las Solovki —primero los monjes, después los reclusos del gulag—: la negrura del agua y del cielo que se entremezclaban; el viento helado que se colaba por las rendijas del barco. Y luego, casi de repente, la silueta del monasterio,

negro contra negro, y alguna escasa luz procedente de la central eléctrica o del puerto.

Unos diez minutos después de desembarcar, me encontraba delante de la puerta cerrada de la cantina. Un par de días antes le había pedido a Julia que llamara a Tibor para saber si me podría alquilar una habitación para pasar la noche. Una noche solamente, porque, al día siguiente, volvería a marcharme con el Fokker que unía, una vez por semana, las Solovki con Arcángel. La habitación era mía, si me adaptaba. Me adaptaría. Llamé, pero nadie respondió. No iba a resultar fácil ni agradable encontrar otro refugio para pasar la noche, en ese momento, por lo que recé en voz baja al dios de los *freelances* que tendiera su mano sobre mí. Llamé más fuerte, y el dios se manifestó con el semblante de Tibor, que se asomó sonriente por la ventana del primer piso:

—¡Oh, ya sabía yo que ibas a volver!

En realidad, no existía ninguna razón en el mundo por la que tuviera que volver, ninguna que Tibor pudiera conocer o imaginarse. ¿Regresar a las Solovki? ¿En invierno? Había que estar loco. O —tal vez Tibor aludía a eso— era necesario lograr descubrir dónde se hallaban los cuerpos de los tres italianos. Y, mientras Tibor bajaba las escaleras para salir a mi encuentro, fue abriéndose paso en mi cerebro una explicación, una versión de los hechos que a menudo relampagueaba en mi mente, pero que nunca tuve ni la firmeza ni el valor de ponderar con atención. Tal vez todo el mundo sabía, no solo dónde estuvo Valentin durante esos dos meses de invierno hacía quince años, como me había escrito su madre, sino también lo que les pasó a los tres italianos, a Uwe, a los dos turistas estadounidenses y a todos los demás desgraciados que, a lo largo de los años, habían desaparecido sin dejar rastro en las islas Solovki. Lo sabían. Muchos, si no realmente todos. Incluso también, entre esos muchos, mi amigo y huésped de esa noche, Tibor. Me acordé del momento en que, desde la oficina de Orlachov, vi a Lila, Filippov y al pope hablar entre ellos y señalar en mi dirección con las caras sombrías. Pensé en *Asesinato en el Orient Express*, donde Poirot investiga un asesinato cometido por una docena de personas, una puñalada por cabeza. ¿Una conspiración? ¿O, por lo menos, una conspiración de silencio —toda una comunidad que sabe, pero que no habla, por miedo o por desinterés, o porque, como me dijo Orlachov, las Solovki «son un *enclave*» y no siguen las

leyes del Estado, sino sus preceptos tribales? Pero ¿qué precepto tribal podían haber violado esos tres?

La sonrisa de Tibor, cuando por fin abrió la puerta, no fue suficiente para borrar la ansiedad que esos pocos segundos de reflexión —¿sería posible que todo esto se me hubiera pasado por la cabeza solo entonces?— habían creado en mi interior. Pero el calor del local fue suficiente para alejar todos mis temores.

—¿Has comido? Hay sopa. Pescado. ¿Quieres comer algo?

Sin esperar mi respuesta, Tibor me colocó delante un plato humeante con bacalao y patatas. No había comido nada desde la mañana, en el tren, de manera que bajé la cabeza sobre el plato y, en un par de minutos, lo terminé todo. Tibor no me preguntó qué había venido a hacer. Tal vez no sentía curiosidad. Tal vez sentía curiosidad, pero no quería parecer indiscreto. O tal vez lo sabía ya y se preparaba para cortarme el cuello mientras dormía.

—El periódico me ha pedido que escriba un artículo sobre las Solovki en invierno. Seis meses después, ya sabes..., y así...

—Bien, bien —respondió, bostezando.

Sí, dije, yo también estaba cansado. Lo seguí hasta el piso de arriba, al desnudo y pequeño cuarto de invitados que la madre había preparado.

—¿Te acuerdas de mi madre?

Claro que la recordaba.

—Ya está dormida —me dijo mientras me señalaba su habitación en el lado opuesto del pasillo.

Había llevado conmigo un saco de dormir. Prefería no tener que fiarme de la limpieza de la fonda de Tibor, de sus sábanas. Lo eché sobre la cama y me acosté, hundiéndome un palmo en el viejo colchón de lana. No fui capaz de dormirme de inmediato, a pesar de que me encontraba verdaderamente cansado por el viaje y por el frío que había cogido desde el momento en que me bajé del tren que me había llevado a Kem. Al cabo de unos minutos, oí a Tibor que subía a su habitación. Entonces, medio dormido, le oí hablar con alguien. Aunque susurraban, en el perfecto silencio de la isla reconocí la voz de la madre. Algunas palabras me llegaban con nitidez a través de la puerta, y lamenté que Julia no estuviera allí para traducir. De todas formas, agucé el oído, luchando contra el sueño, y me pareció que, por alguna extraña razón, la madre de Tibor, mientras hablaba con su hijo, *se reía*. Al final, el frío y el sueño fueron más fuertes y me quedé dormido.

Me desperté cuando todavía estaba oscuro. Miré la hora en el móvil: las

seis y cincuenta. Desactivé la alarma que había programado para las siete. Un ruido, en el pasillo, me había arrancado del sueño con antelación. O tal vez fuera solo la tensión, la ansiedad ante lo que iba a ver, o a no ver, ese día. Enrollé mi saco de dormir y lo metí de nuevo en la mochila. Hice algunos enjuagues con un resto de agua mineral con gas que me había traído de Italia y tragué al mismo tiempo el agua y la saliva espesa de la mañana. Como desayuno podía ser suficiente.

Abrí la puerta de la habitación. El pasillo permanecía oscuro. Vislumbré, al fondo, la habitación donde debían de haber dormido Tibor y su madre; la puerta se hallaba entrecerrada. A tientas encontré el baño y, mientras meaba, oí una puerta que se entornaba abajo: Tibor, probablemente, abría la cantina para los marineros que volvían de pescar. Cogí la mochila y empecé a bajar las escaleras de puntillas.

—*So you came back!*

Me detuve en seco. La frase venía de abajo, de una sombra sentada en la barra del bar. Todas las luces se mantenían apagadas y el amanecer apenas manchaba los cristales de las ventanas, en el lado opuesto de la sala, pero reconocí la voz porque era precisamente la que, por encima de todo, tenía la esperanza de no tener que oír durante mi segunda estancia en las Solovki. Filippov se encontraba allí. Sabía que yo me encontraba allí. Y hablaba inglés. Tibor debía de haberlo avisado. O había sido su madre. ¿Sería por eso por lo que la oí reír por la noche? ¿Se imaginaba mi sorpresa al verlo ahí abajo, a la mañana siguiente? El inglés, claro está, fue una sorpresa. Porque, en la única ocasión en que me había reunido con él, en septiembre, fingió no hablarlo. Para controlarme sin ser controlado.

Seguí bajando. En silencio, fui a sentarme junto a él, en la barra; de nada serviría fingir que no tenía miedo.

—Soy periodista, voy a donde me mandan.

Filippov asintió sonriendo y se quedó en silencio.

—¿Y usted está aquí por mí? —le pregunté, con el tono casual con el que en una parada de autobús habría dicho: «¿Hace mucho que espera?».

—Oh, no —respondió—. No, usted no es tan importante —luego, tras una pausa—: Lamento lo de su amigo.

Sabía a quién se refería, pero, de todas formas, le pregunté de qué amigo me hablaba.

—El loco —pero dijo «*the fool*» y la palabra inglesa me pareció que cuadraba mejor con el carácter de Valentin, según lo había conocido yo: un

loco alegre, un bufón, un *fool* shakesperiano, precisamente, grotesco y trágico.

—Sí, estoy seguro de que lo lamenta.

—Sí, y también lamento haberme equivocado. Creía que sus amigos italianos se habían ahogado. En cambio...

—En cambio, ¿qué? ¿Qué cree usted que pasó?

Acercó su cara a la mía, como para asegurarse de que lo escuchaba con atención.

—Bueno, pues lo que cree todo el mundo.

Ahora la voz de Filippov era un susurro, como si me estuviera haciendo alguna confidencia.

—No es necesario que venga nadie a decirnos quién era su amigo Valentin. Pregunte a quienquiera por aquí. Le dirán lo que le digo yo, que siempre fue un tipo violento, peligroso. Tendrían, tendríamos, que haberlo pensado antes. Y sus amigos tal vez seguirían con vida.

«Pero usted ya se encargó de ello, y de qué manera, hace quince años», estaba a punto de responderle. Luego me contuve. «Yo sé cosas sobre Filippov y Filippov sabe cosas sobre mí», escribió Enrico. Y Filippov debía de tener las ideas claras sobre mí. No podía saber por qué había vuelto, pero sin duda no desconocía que había visto a Valentin durante mi último viaje y, antes, a su madre. Y sabía también, por un instinto animal, que tenía miedo de él, a pesar de que me esforzaba por actuar con desenvoltura, sentado a la barra.

—Julia no ha venido esta vez. Le ha dejado solo.

También sabía esto. Y se acordaba del nombre de Julia.

—Total —le contesté—, parece que aquí todo el mundo habla inglés, ¿no?

En ese momento se abrió la puerta y entró Tibor con un cubo de leche. Me saludó, alegre, y, siempre sonriente, le dijo a Filippov algo en ruso. Había dado por sentado que Tibor había avisado a Filippov de mi llegada y que Filippov esa mañana había ido allí por mí, con un propósito que no conocía, aunque, me temía, con intenciones poco amistosas. Ahora, mirando la desenvoltura, casi el afecto, con que Tibor llenaba de café nuestras dos tazas, me pregunté si mis sospechas no serían infundadas. Después de todo, el de Tibor era un bar, el único del pueblo. ¿Qué había de extraño en que Filippov fuera allí a desayunar? ¿No era en ese mismo bar donde lo conocí, por casualidad, durante mi primer viaje? Claro, era una extraña coincidencia. Pero era mejor ignorarla.

Terminé mi café. Hice el gesto de pagar —el café y la habitación—, pero Tibor negó con la cabeza, ya hablaríamos más tarde, cuando regresara de mi «*little investigation*». Podía dejar mi mochila allí. Me despedí de él, me despedí de Filippov, que se limitó a asentir sonriendo. Mientras estaba en la puerta oí que le decía algo en ruso a Tibor y a Tibor que le contestaba. Me alegré al pensar que Julia no se encontraba allí conmigo. Prefería no saber. Salí.

Afuera hacía un día gélido. El viento soplaba a ráfagas desde el norte y levantaba cristales de hielo, empujándolos con tal fuerza que podía oírlos rebotar contra el impermeable, mientras bajaba desde la cantina hasta el puerto. Pero hacía sol, el único día soleado que había podido ver en las Solovki. Y había silencio. No se veían gaviotas gritando sobre la bahía, no se oían las voces de los pescadores, ni el bullicio de los barcos. El único sonido, en lontananza, era el de la central eléctrica. Parecía que el sol resplandeciera en un planeta deshabitado. Mejor dicho, en un planeta que alguna vez estuvo habitado, pero que había sido abandonado por los hombres, dado que los restos de una especie de civilización aún se intuían en medio del helado breñal. A lo lejos brillaba la fachada del monasterio. Las ramas de los pocos árboles que bordeaban el sendero brillaban por la escarcha, y, concentrándome en ellos, pude imaginar por un momento que me encontraba, en vez de en medio del mar Blanco, en los Dolomitas, y que la cantina de Tibor en la que había dormido en realidad era un refugio alpino, donde los otros excursionistas aún seguían durmiendo mientras yo, heroico, a primera hora de la mañana, me ponía en camino... Pensé en que no me habría desagradado que mi hijo estuviera junto a mí en ese momento, viendo esa mañana perfecta, en ese rincón del mundo tan extraño. Y en ese vago sentimiento —en que «no me habría desagradado»— reconocí con estupor y algo de vergüenza una chispa de sentimiento paternal, la única que se había encendido en mí desde hacía mucho tiempo. Al llegar al puerto, me encaminé en dirección al monasterio.

Durante mi viaje anterior prácticamente nunca dejamos los senderos que unían nuestro hotel con el puerto, con el monasterio, con la oficina de correos. La lluvia había hecho imposible cualquier desvío del trayecto marcado. En cambio, ahora el suelo estaba duro por el hielo, de manera que decidí abandonar el sendero y dar una vuelta alrededor del monasterio.

Caminaba desde hacía un cuarto de hora, y aún no había visto a nadie. El único ruido, a lo lejos, era el repique de las drizas que el viento hacía chocar contra los mástiles de los pocos barcos de pesca amarrados en el puerto. Caminé alrededor del monasterio, y también el repique cesó. Me acerqué a los muros, gigantescos, y proseguí en dirección a los secaderos que habían quedado dispersos entre los escombros del edificio para el procesado del bacalao. El sol todavía estaba bajo en el horizonte, pero los rayos eran lo suficientemente fuertes como para hacerme entrar en calor; o tal vez fue el esfuerzo de la ligera pendiente, o la tensión generada por la soledad y por el pensamiento de lo que estaba a punto de hacer. Era todo tan agradable que no me quedé ni sorprendido ni asustado cuando atisbé a los perros.

Estaban a unos cien metros de mí, en dirección al acantilado. Eran cuatro, pero —pensé— los otros podían encontrarse en las inmediaciones. No me veían, ni tampoco me olían, porque tenía el viento en contra. Aun así me detuve. ¿Eran los mismos que había visto en Rebolda? Pável me dijo que, a veces, durante el invierno, se acercaban hasta el pueblo. Me quedé quieto unos segundos y luego empecé a caminar lentamente, siguiendo el perímetro de los muros. Los perros se percataron de mi presencia. Miraron en mi dirección, pero no se movieron. No aceleré el paso, no tenía miedo. Sabía ya que eran inocentes: no habían sido ellos los que causaron la desaparición de Enrico, Francesco y Fabio. Seguí adelante y, al cabo de unos minutos, llegué frente a las ruinas de la fábrica de pescado. Los perros se habían quedado quietos, pero no me habían perdido de vista. Era como si me hubieran escoltado sano y salvo al lugar en el que —esa era mi esperanza— terminaría mi investigación. La trampa tenía que estar en esa zona.

Bordeé el lado largo de la fábrica. El techo se había caído; permanecía en pie solo una parte de los muros exteriores, que debían de haber sido utilizados a lo largo de las décadas como cantera de ladrillos. Lo que quedaba estaba casi completamente cubierto por el moho y por la vegetación. Me dirigí donde los secaderos para el pescado eran más abundantes. Allí, la maleza raleaba. Caminé con los ojos fijos en el suelo durante unos minutos, hasta que vi una plataforma de cemento con una gran tapa de metal en el centro. Aparté con los pies un poco del mantillo helado que la cubría, luego hice palanca con una rama en el hueco que había entre el cemento y la tapa, y esta empezó a levantarse. Miré hacia arriba. El cielo se encontraba despejado, sin nubes; los hilos de los secaderos brillaban bajo los rayos del sol. Era verdad: si uno era capaz de interpretarlo, el de Valentin era un dibujo

minucioso.

Comencé a bajar. La linterna trazaba un rayo de luz nítido, preciso. La moví rápidamente en círculos hacia el techo y las paredes, y luego hacia abajo. Había unos veinte escalones de cemento cubiertos de moho. Busqué una barandilla para sujetarme, pero no la encontré: a ambos lados de la escalinata no había nada, solo la oscuridad. Seguí bajando lentamente, situándome en el centro de los escalones y teniendo cuidado de no resbalar. La linterna iluminaba paredes grisáceas y desnudas iguales a las de cualquier sótano. Llegué abajo, pero, por el ruido que hicieron mis zapatos, me di cuenta de que el suelo se encontraba cubierto por cerca de medio centímetro de agua. Estaba en un pasillo de un par de metros de anchura. Al fondo, la luz iluminó dos puertas cerradas. Avancé. Flotaba en el agua una pasta viscosa en la que me pareció distinguir jirones de ropa y de mantas. De la parte de arriba, apenas se oía el ruido de la central. Si Valentin había terminado allí, tal vez habría tenido hambre y frío, pero no había sido atormentado por el ruido que lo perseguía día y noche en su casa, sobre la superficie. Seguí avanzando. El agua que se filtraba desde arriba había excavado en el suelo pequeños charcos y dentro —o era solo mi imaginación— me parecía que se agitaba algo vivo. Iluminé con la linterna. No era mi imaginación. Las colas de dos largas ratas negras desaparecieron tras una maraña de cables amontonada detrás de la escalera. Fui hacia la puerta de mi izquierda. La manilla cedió, la puerta se abrió, pero algo por dentro impedía abrirla por completo. Empujé con más fuerza, y noté que algo blando se doblaba bajo mi presión. Entré. El interior se hallaba seco. Un pequeño escalón separaba la habitación del pasillo y eso era suficiente para impedir que la humedad entrara. La linterna iluminó un colchón.

¿En qué me había equivocado? ¿Qué debería haber hecho? ¿Qué habría hecho un periodista más experimentado que yo, menos escrupuloso que yo, o, simplemente, menos bobo que yo? ¿No decirle nada a nadie, regresar a Italia, publicar un artículo en primicia («Encontrarán los cadáveres de los tres italianos desaparecidos en el subsuelo de las islas Solovki...»), pasar a la historia del periodismo de investigación? Sí, probablemente habría hecho eso.

Pero el problema es que yo no soy así. Y, una vez cerrada tras de mí la puerta del sótano, una vez de regreso a la superficie, la idea de que estos tres cuerpos siguieran pudriéndose más días me resultó intolerable. Fue así como

hice una elección de conciencia (o, en palabras de Galliano, «¡la mayor gilipollez de tu vida, Capace!») y llamé a Monina para recibir instrucciones.

A partir de ese momento, todo fue muy rápido. Tres horas más tarde, cuatro hombres, los cuatro de uniforme, vinieron a buscarme a la cantina de Tibor; habían llegado en helicóptero desde Arcángel. Diez minutos después nos encontrábamos delante de la trampilla que conducía al sótano. Y otro cuarto de hora más tarde la zona de la fábrica de pescado fue acordonada con una cinta naranja, aunque no parecía que fuera necesario, puesto que aquel no era un lugar que pudiera atraer a los curiosos, entre otras cosas porque no había curiosos. Desde la noche anterior, las únicas personas a las que había visto eran Tibor, Filippov y, de lejos, un grupito de pescadores en la zona del puerto —el puerto que ahora, mientras el sol de las tres de la tarde se ponía en el horizonte, aparecía desierto.

Pedí que me acompañaran de regreso a la cantina. Dije que tenía que recoger mi equipaje y pagar a Tibor; pero la verdad es que quería ver de nuevo a Filippov, hablar con él, comunicarle mi descubrimiento, ver cómo reaccionaba. Sin embargo, Filippov no dio señales de vida.

A esas alturas, todo el pueblo ya sabía que algo grave había ocurrido, muchos habían visto el aterrizaje del helicóptero cerca de la fábrica de pescado. Le regalé la noticia a Tibor: «Sí, han encontrado los cuerpos». Entonces le di un billete de cincuenta euros que fingió no querer aceptar («*It's too much!*»), pero, tras insistir un poco, se lo metió con rapidez en el bolsillo. Nos abrazamos con un afecto desmesurado, en el que se mezclaron varios sentimientos que no tenían nada que ver con la amistad: el dolor compartido por aquellas tres muertes, el presentimiento del nuevo dolor que el hallazgo iba a provocar y, sobre todo, la conciencia de que nunca más volveríamos a vernos.

El helicóptero abandonó de nuevo la isla cuando ya era casi de noche. A bordo, además de mí, iban los cuatro oficiales que habían recuperado los cuerpos. Y, detrás, a pocos centímetros de mi mochila, se encontraban Enrico, Fabio y Francesco, dentro de tres sacos negros. Allí se hallaban, por fin. En esos sacos negros estaban los tres seres humanos en los que había pensado más intensamente en los últimos meses, casi hasta convertirlos en símbolos, en proyecciones de mis inquietudes. Unas horas antes los había iluminado con la linterna, tendidos en el suelo del sótano, pero no había sido capaz de distinguirlos. La habitación era un cuadrado de cinco por cinco metros, y estaba vacía, a excepción de un par de colchones y de una docena

de secaderos metálicos plegados y apilados contra la pared, en el lado opuesto de la puerta. Junto a esa pila, una forma oscura me hizo pensar por un instante en un gigantesco insecto; como si en aquel sótano vivieran animales monstruosos, nunca vistos en la superficie. Pero era uno de los tres cuerpos, de espaldas, doblado sobre sí mismo. Los otros dos permanecían tendidos cerca de la puerta. Con la linterna enfoqué una cara tumefacta, descarnada, irreconocible. Me faltó valor para apuntar con la linterna al tercero. Solo tuve tiempo para fijarme en algo raro: no se notaba ningún hedor, el hielo había conservado los cadáveres y el cierre hermético los había salvado del agua y de las ratas. No se habían descompuesto, no habían sido devorados —este era el único final feliz al que ellos y yo habíamos tenido derecho.

Desde lo alto vislumbré por última vez el monasterio; luego, la cantina, frente a la cual se había reunido una pequeña multitud. El helicóptero dio media vuelta y pasamos por encima de la central eléctrica. A doscientos metros de allí se encontraba la cabaña en la que la madre de Valentin sobrevivía y esperaba. Pero ya estaba demasiado oscuro para que pudiera verla.

X.

La de Fabio tenía el aspecto de haber sido una ejecución: un disparo de pistola en la nuca. La muerte debió de ser inmediata. Era suyo el cuerpo acurrucado que me hizo pensar en el caparazón de un enorme insecto. También para Enrico fue suficiente con un tiro: otra ejecución. Pero a él le habían disparado en la sien. Francesco, sin embargo, había recibido dos disparos, el primero en el pecho y el segundo en la base del cuello, como si el asesino le hubiera disparado mientras se lanzaba hacia él para detenerlo.

—Los familiares han reconocido la ropa, sus cuerpos, pero las caras no se las hemos dejado ver.

Monina me refería, confidencialmente, los resultados de la autopsia a la que habían sido sometidos los tres cadáveres por el médico forense de la Fiscalía de Roma, el mismo día en que llegaron a Italia desde las Solovki, en un avión militar. Aquello era, dicha revelación, el premio por haber cometido la «mayor gilipollez de mi vida», es decir, por no haberme guardado para mí los tres cadáveres, renunciando así a dar la primicia que habría podido relanzar mi dudosa carrera como periodista.

—¿Y la pistola? —pregunté.

—No hay ninguna pistola. ¿Qué piensas?, ¿que uno mata a tres personas y luego deja allí el arma para que la policía pueda encontrar las huellas dactilares e ir a detenerlo a su casa?

Esto excluía la hipótesis del suicidio. Hipótesis que, por otra parte, había sido yo el único en tomar en consideración.

—Eso no suele hacerse, ¿verdad?

—No —respondió Monina—. No suele hacerse. Lo que ocurre es que quien los mató cometió de todas formas un error. No los registró. ¿Te acuerdas de los testigos que dijeron que Enrico de vez en cuando hablaba por el móvil, un móvil que nadie sabía que tuviera y que no fue posible encontrar entre sus cosas?

Claro que me acordaba.

—Pues bien. No era un móvil. Era una grabadora de voz, uno de esos

trastos que tienen el tamaño de un paquete de cigarrillos y que llevan siempre encima los periodistas. Una cosa moderna, sin cinta. Digital.

Una grabadora. Habría podido descubrirlo yo. La madre me había dicho que Enrico quería escribir reportajes sobre los lugares que visitaba, es más, ya había escrito alguno, nunca publicado. La grabadora de voz es la herramienta perfecta para darle a un aficionado la impresión de ser un profesional.

—El hecho es —continuó Monina— que Enrico la llevaba encima cuando bajó al sótano.

—¿Encendida? Quiero decir, ¿grabó el momento de su muerte?

—No —respondió Monina—, no hemos tenido tanta suerte. La grabadora estaba apagada.

—¿Y entonces?

—Pues entonces...

—Dice el nombre de su asesino —intenté continuar.

—Casi —respondió Monina.

La grabadora contenía unos diez minutos de grabación de voz. La mayor parte eran textos cortos como recordatorios, cosas que era necesario hacer en las obras, instrucciones para dar al personal, observaciones sobre el estado de los trabajos. Dado que era el único que hablaba ruso, Enrico era quien servía como enlace entre los arquitectos y los monjes. Las grabaciones contenían cosas como: «De parte de Fabio. A ver qué dice el padre Stefan sobre los andamios que hay que colocar en el refectorio».

Luego había reflexiones en voz alta semejantes a las que Enrico había escrito en su diario, nada realmente nuevo. Y también lo que parecía el borrador de una carta dirigida a su madre:

No, aún no nos hemos muerto de frío. Aquí estamos a unos diez grados, es un verano que parece un otoño, y nos encontramos bien. Bastante bien. Francesco tiene algunos problemas con el estómago que no te voy a describir, pero hace dos días que no sale de la habitación, es decir, del cuarto de baño. Las Solovki están igual que como las dejamos: una calle, la cantina, la oficina de correos en una pequeña colina a doscientos metros del lugar donde dormimos. Tampoco el monasterio ha mejorado, a pesar de que la cuadrilla de trabajadores lleva allí seis meses. Al llegar en barco desde Kem pensé de nuevo en cómo sería desembarcar aquí en 1500 o, no habría ninguna diferencia,

en 1920, incluso en invierno. Abandonar la vida, simplemente. He visto las caras de los que vivían aquí en 1928. Produce una extraña emoción pensar que sus huesos permanecen todos aquí, enterrados medio metro bajo el suelo. ¿Te acuerdas de nuestro vecino de Vallombrosa, Ruosi, el que siempre se quitaba el sombrero cuando te cruzabas con él? El monje que dirige a los trabajadores es idéntico a él, enorme como él. Nos ha dicho que nos dirijamos a él para cualquier cosa. Ha dicho eso: «cualquier cosa». Por ahora, lo que necesitamos es un poco de comida decente. El único bar restaurante tiene tan solo pepinos y un poco de pan seco. Mañana empezamos el trabajo en el monasterio; es decir, mañana «vamos a patrullar» para establecer una especie de agenda de los trabajos. Los italianos, naturalmente, están por todas partes, y hemos encontrado una pareja de Varese, Dario y Chiara. Vienen a las Solovki desde hace tres años, siempre en agosto. Estudian ruso y la primera vez acabaron aquí casi por casualidad. Luego les gustó esta desolación y volvieron. Se hicieron amigos de los oficiales, por lo que ahora se encuentran en una habitación del cuartel y comparten el baño y la lavandería con los reclutas. No sé muy bien cómo se las apaña Chiara...

En cuanto a los dos italianos, los turistas de la desolación, era la primera vez que sus nombres aparecían en la investigación. Ningún italiano había dado señales de vida en las semanas siguientes a la desaparición. Y, naturalmente, ningún otro italiano —ningún Dario y ninguna Chiara— había desaparecido en las Solovki, aparte de los tres que ya sabíamos. Pero, si Dario y Chiara se encontraban allí durante los días en que también lo estaban los tres desaparecidos y regresaron luego a Italia, tenían que saber lo que les había sucedido a sus compatriotas. Que no pensarán en ponerse en contacto con la policía es muy extraño. El «monje que dirige a los trabajadores» era sin duda el padre Stefan; Enrico también habla de él en el diario. Me conmovió pensar que lo que más le había sorprendido a Enrico era lo que también me chocó a mí: lo que suponía desembarcar en las Solovki hace quinientos, o incluso cien años atrás, en pleno invierno. Exactamente como yo, Enrico parecía sentirse asustado y, al mismo tiempo, atraído por las edades pretecnológicas. Al igual que muchos intelectuales (aunque esto también sirve para mí, que no lo soy), se sentía más cerca de los muertos que de los vivos, de los exiliados desembarcados en las Solovki en un remoto

pasado que de sus compañeros de viaje o de estancia.

Pero las grabaciones más interesantes eran tres, con unos pocos días de distancia.

13 de agosto. He descubierto algo. El padre Stefan me había hablado de los discapacitados escondidos en los sótanos, de esos frutos deformes de la endogamia, o de la mala estrella de las Solovki. He preguntado a uno de los monjes más jóvenes qué hacían con los locos peligrosos, y me ha dicho que no sabía lo que se hacía en la actualidad, pero que, en el pasado, los jefes del pueblo —no sé a qué corresponde realmente este cargo, si a una designación del partido o...— se encargaban de «hacerlos desaparecer». Eran arrojados al mar. O encerrados hasta que se curaban, y si no se curaban... No ha acabado la frase. Le he dicho que, para encerrarlos, no veía por ahí hospitales psiquiátricos. Me ha contestado que no había necesidad. Que durante los años del comunismo se utilizaron los sótanos del monasterio. Un gulag en la planta baja y una prisión para los locos abajo. «¿Y ahora?», le he preguntado. «Ahora...», ha contestado. Y se ha encogido de hombros.

18 de agosto. Hoy, durante el almuerzo, he hablado con un par de albañiles de Kem que han venido a la isla para trabajar en las obras. Aunque nacieron aquí, me han dicho. Mi ruso está oxidado, he tenido que esforzarme para entenderlos. Pero me han explicado algo sobre los locos. Me han dicho que, cuando eran pequeños, en los años sesenta, a los locos más dóciles se los tenía en casa, o eran encerrados en el monasterio, que estaba casi vacío. Los llevaban allí y allí los dejaban; y un médico venía de tanto en tanto desde Arcángel para asegurarse de que todo iba bien. Pero las cosas no siempre iban bien. Podía ocurrir que los locos se hicieran daño, a sí mismos o entre ellos. Algunas veces se oían gritos desde fuera de los muros, gritaban de hambre, de frío, pero nadie hacía nada. Nadie podía hacer nada sin la intervención del responsable de Arcángel. Una vez, el médico no se presentó durante dos semanas, estaba enfermo. Y, a la visita siguiente, se encontró con que uno de los locos había matado a otros dos, y se los había comido. Pero no saben si se trata solo de una historia que les contaban a los niños para mantenerlos alejados del monasterio. De todas formas, los más violentos, los más deformes, los que no podrían ser curados, eran

llevados al norte de la isla y arrojados desde el acantilado. He preguntado quién era el que se encargaba de estas ejecuciones. Los jefes del pueblo, me han dicho. He preguntado quién elige a los jefes del pueblo. Y me han dicho que no es necesario elegir a nadie, los jefes del pueblo siempre han sido los Filippov.

25 de agosto. Cita con Filippov en el puerto mañana a las 14:00. Me ha dicho que me va a enseñar «el manicomio del pueblo», es decir, el lugar en que antaño se encerraba a las personas que «causaban problemas». Estoy casi seguro de que entre estas personas problemáticas estuvo Valentin. No sé con qué autoridad Filippov, o algún otro, podía decidir algo semejante. La impresión es que en el pueblo todo el mundo lo sabe, y, aunque resulte desconcertante, aprueban esta práctica. Es increíble. Les he pedido a Francesco y a Fabio que vengan conmigo. Mejor tres que uno solo.

Las notas que siguen son fruto de conversaciones que mantuve más adelante con Monina, y de los artículos que Julia pudo encontrar en internet y que tradujo para mí.

Filippov tenía enemigos. Era inevitable. Había heredado los enemigos que se habían ganado sus antepasados, los guardianes del gulag; y, por lo que yo lo conocía, no era sorprendente que a esos se hubieran añadido otros a lo largo de los años. Tenía también algún que otro enemigo entre los mandos de la policía de Arcángel, y estos decidieron que había llegado el momento de dejar de considerar las Solovki como un *enclave*. La última grabación de Enrico no ofrecía muchas dudas sobre lo que —por lo menos— *podía* haber sucedido. Esta vez Filippov, el dueño de las islas por derecho familiar, había dejado que la situación se le escapara de las manos. Fue cursada una orden de detención.

Pero Filippov también tenía amigos, y estos actuaron. Filippov vivía a unos cien metros del puerto, en uno de los escasos edificios de ladrillo de la isla, la gran casa blanca con techo de hojalata corrugada que había visto en el documental de 1928, frente a la que estaba el viejo Filippov, el comandante del campo de trabajo que miraba a la cámara y *no* sonreía. Una bonita casa de familia, la casa donde habían abierto y cerrado los ojos, pacíficamente, generaciones de torturadores. Le dijeron a Filippov que abandonara la casa, que desapareciera unos cuantos días. Y desapareció.

Cuando los policías de Arcángel llegaron para detenerlo se encontraron la puerta cerrada a cal y canto. Un vecino dijo que hacía días que no se le veía por allí, que probablemente había salido a pescar a la bahía de Kem y que no regresaría hasta al cabo de una semana. Pero, como queda dicho, Filippov también tenía enemigos, y uno de ellos habló. Filippov no había salido de la isla, solo se había refugiado en la costa septentrional, en una de las cabañas de pescadores abandonadas que yo había visto con Pável. No estaba solo.

Ahora bien, una cosa era matar a tres italianos entrometidos y otra huir de una orden de detención dictada por las autoridades competentes. Desde Arcángel enviaron a una escuadra de las fuerzas especiales, con órdenes de actuar sin contemplaciones. No las tuvieron.

Nadie los vio llegar a la isla. Más tarde se supo que habían aterrizado con un helicóptero militar en la zona noroeste, en los límites de la turbera, y que, en cuestión de minutos, habían rodeado la cabaña donde Filippov se había refugiado con los suyos. A un lado se encontraba el mar; al otro, media docena de agentes; una operación sin riesgos. El que estaba al mando le gritó que se rindiera. Filippov salió de su escondite desarmado, con las manos bien visibles a los costados, y respondió que iba a rendirse inmediatamente, sobre todo porque nunca había estado en guerra con nadie. Lo dijo sonriendo, completamente relajado. Conocía a un par de los agentes que habían venido a detenerlo. Eran chicos de las islas que habían acabado trabajando en tierra firme, hijos de personas a las que conocía bien, que le debían respeto y gratitud. Respeto, sobre todo. Los había visto de niños, siempre los había tratado con la familiaridad de un padre. Pero también con la autoridad de un padre; el más fuerte siempre había sido él. Ahora los tenía delante, crecidos de repente, y armados. Podían llegar a un acuerdo, dijo. Él también había sido soldado; sabía que había leyes, un reglamento, órdenes que cumplir. Pero aquella era su isla, era su casa. Él no tenía nada que ver con la muerte de los tres italianos; todo el mundo sabía que quien los había asesinado era Valentin, todo el mundo sabía que el loco era peligroso, que siempre lo había sido y que tendrían que haberlo encerrado hacía muchos años. ¿Pensaban corregir ese error cometiendo ahora otro? Era mejor que bajaran las pistolas y lo siguieran hasta dentro de la cabaña, para charlar un rato.

Después nadie fue capaz de decir quién disparó. Uno de los amigos de Filippov, escondido detrás de la cabaña —esa fue la versión oficial—. La bala rozó a uno de los agentes, sin herirlo. Hubo un momento de duda, tanto entre los amigos de Filippov como entre los agentes. Entonces Filippov

intentó de nuevo tomar el control de la situación. Sonrió como si fuera la broma de un niño travieso, hizo un gesto a los suyos para que no se movieran. No había ninguna razón para perder la calma. Él, sin embargo, se movió. Avanzó hacia los policías con las manos en alto, como si estuviera a punto de abrazarlos. Un padre. Pero uno de los agentes, asustado, disparó. Filippov cayó con la sonrisa aún dibujada en su rostro y una rosa de sangre abierta en la base del cuello. De nada sirvió llamar a los servicios de urgencia, porque, cuando llegaron, ya estaba muerto.

No creo que las cosas sucedieran de ese modo. Tampoco Monina lo cree. Lo más probable es que los agentes aprovecharan la oportunidad para ajustar cuentas y poner la palabra *fin* al dominio semioficial de Filippov y de su familia en las Solovki. Una venganza.

Sobre lo que ocurrió después, tengo informaciones todavía más imprecisas. Y, en parte, probablemente también falsas. Filippov —él, su familia— era un personaje de saga, o de película de terror, y no es extraño que su muerte haya sido arrastrada hasta el terreno de la leyenda.

Su cadáver fue llevado al pueblo. El lugar más lógico donde colocarlo habría sido la antigua sede de la administración del gulag, donde Julia y yo nos reunimos con Orlov, pero parece que nadie logró encontrar las llaves del edificio. Así que lo dejaron en la planta baja del antiguo cuartel, con las puertas y las ventanas abiertas para evitar que el hedor del cadáver apestara el local. Era solo por esa noche, por otra parte: al día siguiente lo transportarían a Arcángel para la autopsia. Pero el cadáver nunca llegó a Arcángel. La explicación más probable es que los propios agentes se libraran del mismo por venganza, o para encubrir su error. La otra explicación —la dada por los agentes, y que me refirió Monina— es más novelesca.

La noticia de la muerte de Filippov se propaló inmediatamente por el pueblo. Esa noche, alrededor del antiguo cuartel se reunió una pequeña multitud en la que, incluso más que curiosidad, era perceptible una sensación de alivio. En la multitud se encontraban también los nietos y los hijos de los presos a los que Filippov y sus antepasados habían masacrado. La guardia personal que había acompañado a Filippov en los días de la fuga se había volatilizado. Sus amigos, los que desde la época del gulag habían actuado como ministros de la familia Filippov en el gobierno de la isla, no dieron señales de vida. Hacia la medianoche, los agentes se fueron a dormir. El cuerpo se quedó allí, en el edificio abierto, sin que nadie lo vigilara. Por la mañana ya no estaba. Comenzó una búsqueda grotesca casa por casa:

«¿Habéis visto el cadáver de Filippov?». Pero nadie lo había visto, nadie había visto nada. El cadáver reapareció unas horas después. Una mujer que se había dirigido hacia la zona de la fábrica de pescado regresó al pueblo, riendo, y dijo que Filippov se había ido a fertilizar la tierra de sus padres. Los agentes regresaron con ella y recuperaron el cuerpo, descuartizado en una docena de pedazos. Pero no encontraron la cabeza. La cabeza nunca fue encontrada.

XI.

¿Cómo se cambia? ¿Qué es lo que nos empuja a cambiar? La verdad es que los grandes cambios de mi vida, las decisiones que me habían obligado a elegir, en una encrucijada, entre un camino y otro, no fueron el resultado de una larga maceración, de convicciones maduras lentamente, con la cabeza fría, reflexionando sobre los pros y los contras. Y tampoco tenían nada que ver los libros, las películas, las conversaciones con los amigos más antiguos o más inteligentes. Todo esto, claro está, había tenido su influencia, todo esto se fue depositando en mí durante años. Pero los cambios radicales —la decisión de abandonar la universidad, la de casarme, la de dejar a Gaia— habían llegado por otro camino, que, a falta de algo mejor, podría llamar el camino de la Iluminación. No, no se trata de nada místico, de ninguna luz del cielo que despeja la niebla de repente y te indica por dónde ir; no se trata de nada semejante, entre otras cosas porque tengo la sospecha de que casi todas mis iluminaciones me han llevado siempre a tomar la decisión equivocada. Tal vez tendría que haber resistido en la universidad, tal vez era mejor no casarse, y, una vez casado y siendo padre, tal vez, a esas alturas... No, nada de iluminación, sino pequeños hechos, pequeñas cosas casi imperceptibles, pero que, una vez percibidas, habían tenido consecuencias fatales en mi vida, consecuencias que, desde cualquier tipo de lógica, *no deberían haber tenido*.

Una mañana, durante una entrevista con mi director de tesis en la que teníamos que decidir mi siguiente presentación al concurso de doctorado, y mi casi seguro éxito, el director fue interrumpido por una llamada telefónica y, conmigo delante, amablemente, intentó salir del paso, cortando la conversación con la frase: «Venga, te llamo luego, he de comentarte unas cosas». Un minuto más tarde le comunicaba mi intención de no presentarme. Quería tomarme una temporada de descanso y, en todo caso, «probar otros caminos». Pero, en realidad, no necesitaba ningún descanso y hasta poco antes había pensado que mi camino era una serena, una plácida carrera universitaria. Fue ese «unas cosas» y la sonrisa cómplice dirigida a mí con que lo había acompañado, que llevaba implícito algo así como «eres de los

nuestros, pero no todavía verdaderamente de los nuestros, y hay secretos que aún no puedes oír» —pero sobre todo el plural—. No *una* cosa, *unas* cosas. Todavía hoy no sabría decir por qué encontré que, en esa expresión, había algo insoportablemente vulgar; pero un plural decidió mi vida a los veintiséis años.

Y así todo lo demás. Aquella vez en que Gaia me dijo que pensaba pasarse en mi casa «no sé..., una semanita...», y yo —deslumbrado por ese diminutivo, no por otra cosa— decidí que teníamos que casarnos sin dudar *en el plazo de un mes*. Esa otra vez en que Gaia, utilizando mal una frase hecha, había dicho que la película que acababa de ver «no era de sus cuerdas», y comprendí de repente que la que hasta un minuto antes me había parecido una rutina erótico-sentimental incluso agradable era, en realidad, un infierno del que tenía que escapar *en el plazo de un mes*. Sí, una parte de mi neurosis era obligarme a estas absurdas imposiciones temporales...

De manera que, conociéndome a mí mismo, no se me escapó la importancia que iba a tener para mí, para mi vida futura, la frase que mi hijo pronunció un sábado por la tarde, mientras le quitaba la camiseta que había utilizado para jugar y le ponía un polo más elegante, con vistas a la cena con Gaia y los abuelos. La frase fue: «Pero, papá» (siempre le había prohibido el uso de la palabra «papi», que a mí en todas las ocasiones me hacía pensar en *Pinocho*, un libro que siempre me ha parecido repugnante), «pero, papá, ¿por qué hay que cambiarse?». No lo entendí de inmediato, le respondí con la suficiencia con que se responde al juego del por qué: «Porque hay que hacerlo, si uno se ensucia, ¿no?». Pero no era realmente el juego del por qué. «No, ¿por qué tenemos que cambiarnos de ropa, aunque esté limpia?»

¿Eso es todo? Eso es todo, pero fue suficiente. Porque, en ese momento, capté por primera vez que mi hijo era, de alguna forma, la continuación de mí, un yo en miniatura que tenía, sin embargo, y con respecto a mí, una maravillosa ventaja: mientras que yo encontraba absurdos, falsos y dolorosos muchos aspectos de la vida social y hacía lo posible para escapar de esa vida, provocando la ira y la indignación de gente como Gaia o como mi suegro, Niccolò era natural, genuinamente asocial, y tenía derecho a serlo. Ahora, a través de la educación, se trataba de arrebatarle ese derecho, como me lo habían quitado a mí. Una camiseta diferente de la que uno utilizó el día anterior, para que la gente no dude de que tenemos llenos los cajones. Un polo elegante para la visita a los abuelos. Así me di cuenta de repente de lo que debía y quería hacer; y me di cuenta de que lo que hasta entonces había

tolerado como a una criatura torpe siempre necesitada de cuidados y atenciones era en realidad mi mejor, mi único aliado. Otro yo, un yo más puro. Decidí que iba a impedir que lo coaccionaran. Que no dejaba de ser otra forma de coacción, lo sé, pero no importa. Con esos abuelos, y con Gaia como madre, yo resultaba indispensable. Absolutamente indispensable. No, no iba a aceptar esa «pequeña ayuda» que me habían prometido a cambio de mi hijo. El padre de Gaia, Gaia, el Opus Dei, la Sacra Rota... se podían ir todos a tomar por culo. «Tienes toda la razón», le contesté. «No lo había pensado nunca. Con una camiseta basta y sobra. ¿Qué me dices?, ¿tomamos un helado antes de la cena con los abuelos?»

Un día, a finales de junio, fui a un funeral. Intento no acudir nunca a los funerales. Nunca he entendido por qué uno tiene que acudir a «honrar a un muerto» que no puede ya ni oírlo ni verlo. ¿Llorar con los demás resulta catártico? ¿En serio? ¿Realmente os ha ocurrido muchas veces eso de volver *aliviados* de un funeral? ¿Lo hacéis por la familia? ¿Y si a la familia no la conocéis?, ¿y si no la habéis visto nunca?

En la redacción, adonde había ido para la acostumbrada ceremonia semanal del «dejarse ver», mi traje oscuro no pasó desapercibido.

—¡Caramba!, ¿se ha muerto alguien? —me recibió Salsano.

—Sí, por desgracia —le contesté, y se quedó abochornado, mudo. Puse una cara contrita para que se sintiera culpable y para evitar que la conversación prosiguiera; no quería que me preguntara quién había muerto y por qué me importaba hasta el punto de atravesar toda Florencia, en plena canícula de junio, para asistir al servicio religioso.

No, no había ningún encargo en particular, nada por lo que valiera la pena gastar mi bagaje de «Tacto & Competencia». Tal vez, en el fin de semana, la entrevista a un joven escritor de la Versilia... Al regresar de las Solovki, me apresuré a llamar a Galliano —quien después del cierre de *Fatti* había sido mercedamente ascendido al puesto de director general del Grupo Editorial Mierda— para que me ayudase a colocar mi último reportaje, el decisivo: la sangre y el misterio que me había pedido seis meses antes habían llegado por fin.

Pero ya era tarde. La policía rusa había convocado de inmediato una conferencia de prensa en Arcángel, las agencias habían difundido la noticia, que, al día siguiente, había aparecido en todos los periódicos. Los tres

italianos desaparecidos en agosto habían sido hallados muertos. Los había encontrado la policía rusa, siguiendo las indicaciones de un diligente reportero italiano. Sobre el cadáver de uno de los tres, una grabación, traducida con prontitud, reveló el nombre del probable asesino. No, no el probable: el seguro. Durante años, este hombre había gobernado las Solovki como un feudo personal. Había encarcelado, asesinado, sustituido las leyes del Estado por las suyas. Mejor dicho, no eran sus leyes, sino las de sus antepasados; una historia de crueldad y de opresión que, de padres a hijos, se remontaba hasta la época de los zares. Los tres italianos habían descubierto algo, habían hablado con la madre de una de las víctimas, estaban dispuestos a denunciarlo. Pero cometieron el error de fiarse de ese hombre, lo siguieron hasta los sótanos de una fábrica abandonada y...

Galliano me ayudó lo que pudo. Pero la primicia se había esfumado, desvanecido. Yo había dejado que sucediera así. *La Repubblica* me publicó un extenso reportaje tres días más tarde: «Mar Blanco, Rojo sangre». Ochocientos euros brutos, ni siquiera suficientes para costear los gastos del vuelo. Era de nuevo el plumilla de un par de periódicos locales que tenía que ponerse en la cola para poder trabajar. Mi correa llegaba hasta Viareggio, como mucho hasta Argentario.

Cogí la moto y me fui al cementerio de Trespiano para el funeral de la señora Saraceno. Había muerto dos días atrás, cuando volvía a casa desde el supermercado con las bolsas de la compra. El cansancio, el calor, la edad.

—Y la desesperación —añadió después de la ceremonia la vecina que la encontró tendida cuan larga era en el rellano, fulminada por un infarto—. Nos veíamos un par de veces a la semana —me dijo—. Jugábamos a las cartas, yo también soy viuda, y hablábamos. Pero no mencionaba nunca a Enrico, nunca. Una vez saqué yo el tema, y me comentó algo que me dejó sin palabras. Me dijo que, desde que su hijo había muerto, no había vuelto a pronunciar su nombre en voz alta. Sentía que, si lo hacía, moriría en ese mismo instante de dolor. Podría ser que la otra mañana decidiera acabar de una vez por todas así, que le bastara con pronunciar su nombre...

Entonces la vecina abrió su bolso y sacó un sobre con mi nombre escrito, el nombre y el título, «Doctor Alessandro Capace, entregar en mano», más la dirección de casa y el número de teléfono: la señora Saraceno quería estar segura de que lo recibiera.

—Esto se encontraba en una caja donde estaba escrito encima: «Abrir esta caja cuando esté muerta». Era muy escrupulosa, ¿sabe?, había pensado en

todo. Quería que todo estuviera claro.

Lo que me conmovió no fue tanto la caja con esa inscripción, ese pensamiento de pensarse muerta, como el verbo en infinitivo: «Abrir». La madre de Enrico no dejaba a nadie tras de sí, nadie a quien decir «abre» o «abrid». El verbo en infinitivo resumía esa soledad.

Dentro del sobre había una carta, tres hojas escritas con una grafía precisa, sin tachaduras, como la copia en limpio de una redacción. No fue necesario que empezara a leer para percatarme de que eran las tres hojas que faltaban en el cuaderno de notas de Enrico. Una carta de Enrico a su madre, fechada el 20 de agosto. Y no fue necesario que empezara a leer para saber que, confusamente, yo ya conocía el contenido de esa carta. «Pues claro, claro», me dije varias veces mientras la leía.

Querida mamá:

En este momento estoy sonriendo. Me gustaría que tú también sonrieras mientras me lees.

En realidad, quería escribir «Querida Elda», porque esta es más una carta a la amiga, a la aliada, que a la madre. Hemos sido, también, y sobre todo, esto, ¿verdad? Aliados, cómplices. Por eso nunca tuve que ocultarte mi mal, ni tú tampoco el tuyo.

He decidido dejar de desperdiciar el aliento. En todo hay, lo sé, algo visiblemente anormal, algo demencial, si se evalúa según la consideración común. Sobre todo porque —te ruego, por muy absurdo que sea pedirte, que sigas sonriendo— he decidido que Francesco y Fabio también lo están desperdiciando. Mi decisión también los implica a ellos. Se vienen conmigo. En este momento estoy completamente lúcido. Emocionado, asustado, pero lúcido. Hemos hablado de ello muchas veces, sin hacerlo verdaderamente. ¿Recuerdas las palabras de un filósofo que te citaba siempre? «Civilizados hasta lo insoportable.» Para afirmar que la vida se ha alejado hasta tal punto de la naturaleza, se ha vuelto tan monstruosamente complicada y descontrolada que no merece la pena vivirse. ¿Te acuerdas de cuando era niño y me sorprendía por el hecho de que en televisión nadie hablara nunca de la muerte, del miedo a la muerte, esa cosa tan horrible, pensaba yo, que debería llenar todos los rincones de la mente de todo el mundo, siempre? Como si uno pudiera mantenerse firme solo mediante el olvido del atroz destino que nos espera. Ahora me parece que sucede lo mismo

no con la muerte, sino con la vida; me parece que la forma en que se vive es tan absurda que se requiere no menos que un silencio total sobre este absurdo para poder resistir sin volverse loco. Y el silencio se ve superado con las charlas sobre el dinero, la política, el amor, el sexo. Como si, secretamente, todo el mundo estuviera al tanto, pero se sintiera demasiado aislado como para hablar, para protestar. He leído mucho a Simone Weil en estos días, y me he topado con esto: «No deseo que este mundo creado ya no me sea sensible, sino que no sea por mí por lo que sea sensible»[\[8\]](#). Me siento así y estoy, después de mucho tiempo, sereno.

Hay aquí un soldado ruso, una especie de líder de la manada, que por cien euros me ha conseguido una pistola. Voy a utilizarla. Otro daño, lo sé, otro dolor. Pero es el último. Y se me ofrece la posibilidad de hacer, con este mal, algo bueno, que es la razón que me ha conducido de nuevo hasta aquí. Lo que me conduce a morir aquí. Existe la posibilidad de solucionar determinadas cosas. ¿Te acuerdas de cómo te burlabas de mí cuando era niño? «Hay errores que debemos corregir, injusticias que deben ser remediadas... Aquí está el pequeño Enrico, que avanza lanza en ristre...» Te hablé de Valentin, el chico idiota al que conocí en mi viaje anterior. Y también de la madre que vive con él en un cuchitril cerca de la central eléctrica: te gustaría... Sé quién dejó a Valentin en este estado, sé quién lo hizo enloquecer. Es el tipo que gobierna el pueblo, el último de una familia de torturadores. Valentin me llevó al sótano donde el hombre lo mantuvo prisionero durante dos meses. Es horrible. Van a encontrar nuestros cuerpos, pero no la pistola que voy a utilizar. La madre de Valentin ya se habrá encargado de hacerla desaparecer. ¿Lo ves? También aquí tengo a una madre como aliada... De lo demás me encargaré yo. La grabadora que me traje conmigo dirá quién es el responsable de nuestra muerte. Y, en cierto sentido, lo es de verdad. Yo, nosotros, podríamos vivir si la vida no estuviera poblada por seres humanos como Filippov.

Pero todo esto es secundario, y concierne únicamente a los que se quedan. Yo no me quedo. Y tú tampoco. No volveremos a vernos de nuevo. Es triste. Pero fue hermoso y extraño vivir contigo, compartir tu buen juicio. Te sonrío de nuevo, te mando un abrazo.

Leí la carta en un bar. La camarera que me trajo el capuchino era mona.

Los estudiantes, a mi alrededor, comentaban los exámenes de selectividad. Afuera, el cielo se había nublado y ráfagas de viento anunciaban lluvia. Era un día perfecto de principios de verano. ¿Qué relación existía entre la maravilla que me rodeaba y lo que acababa de leer? ¿Cómo era posible que se hubiera puesto punto final a tres vidas a semejante distancia de sus lugares de origen, de los lugares en que se habían desarrollado, de sus seres queridos? En el sótano de una antigua fábrica para el procesado de pescado, en una isla en el mar Blanco. No fue la idea del suicidio y del doble asesinato lo que me chocó, por lo menos al principio, sino una sensación de incongruencia, de desconexión, como si en la pantalla que miraba se estuvieran proyectando dos películas distintas y de forma simultánea. Por la puerta vi a turistas de paso, la carretera que lleva desde el centro hasta la colina, las tiendas que estaban a punto de cerrar para el almuerzo. Cosas que Enrico, Fabio y Francesco habían visto mil veces al salir de casa. Y, en cambio, la última imagen de su vida había sido un oscuro sótano, y el cañón de una pistola. Y detrás del cañón se encontraba Enrico.

Coloqué de nuevo la carta en el sobre, y puse de nuevo el sobre en la carpeta «Solovki» que había archivado, junto con las relacionadas con investigaciones no concluidas. Ahora también esta lo era. Llamé por teléfono a Vezzali y le pedí que concertáramos una cita. Al día siguiente nos reunimos y le conté toda la historia, de principio a fin. Le dije que estaba dispuesto a escribirla y a publicarla; ahora ya no iba a hacerle daño a nadie más. Vezzali me propuso que escribiera un libro de investigación para adjuntar con el periódico, y luego me dijo una cifra. La cuadruplicué y añadí un porcentaje fijo de las ventas por encima de los diez mil ejemplares. No, no hubo negociación. Lamenté utilizar otra vez a esos muertos para obtener un poco de dinero. Pero, si no pienso yo en mí, ¿quién va a hacerlo?

En casa, echado en el sofá, esperando a que Julia volviera de la universidad, pensé en todo de nuevo. Pero intenté no pensar en los muertos y recordar, en cambio, los rostros de los vivos, la vida de los vivos. Pensé en Lila, en aquella vez en que vi cómo confabulaba con el pope y con Filippov, y luego cómo señalaba sería en mi dirección. ¿Ella también lo sabía?, ¿conocía ella los secretos de la isla, la veinteañera que no quería morir en Rusia?

Y, sin una razón de peso, sin haberlo visto nunca, también pensé en Misha,

con ese nombre de mascota, ese soldado violento al que nadie había encontrado nunca, y que en ese momento debía de estar a bordo de un submarino, en algún lugar por encima del Círculo Polar Ártico. Fue él quien le proporcionó la pistola a Enrico, era a eso a lo que se refería aquella línea del diario: «He hablado con Misha. “¿Por qué no?”, me ha dicho. Sí, ¿por qué no?». Esto fue lo que escribió Enrico. ¿Cómo habrían ido las cosas sin Misha, sin una pistola? Era inútil preguntárselo.

Pero, sobre todo, pensaba en las madres. En la madre de Valentin, que me había utilizado para su venganza. Podía imaginármela mientras bajaba cojeando al sótano donde su hijo se había vuelto loco, y luego mientras hurgaba con la linterna entre esos tres cadáveres para encontrar la pistola. No debía de haber resultado fácil. ¿Fue ella la que envió a Valentin al barco, para traerme el diario de Enrico y sus dibujos? Sí, probablemente necesitaba un cómplice, alguien que cerrara el círculo, y yo le había inspirado confianza; en todo caso, más de la que le inspiraba la policía rusa. Me escribió a mí, no a ellos, para decirme dónde tenía que buscar la tumba en la que yacían Enrico, Francesco y Fabio. Tenía la esperanza de que lo descubriera y de que partiera en su busca. Y lo descubrí, y partí en su busca. ¿Y si hubiera sido menos perspicaz? ¿Me habría escrito de nuevo, habría enviado una carta anónima a la policía? También estas eran preguntas inútiles; nunca más volvería a verla, nunca más volvería a ver a ninguno de ellos. Las madres se habían aliado. La de Valentin había hecho que la culpa recayera sobre Filippov. Y la de Enrico había mantenido oculta la carta que lo exculpaba. Sabía cómo habían sucedido realmente las cosas, ya lo sabía cuando nos vimos en su casa. Pero ella quiso participar también en el plan de su hijo; porque de ese mal, como escribió Enrico, podría surgir algo bueno. Sí, las madres se habían aliado.

Pensé en un solo muerto: en Filippov. Pero no en el Filippov que había hecho que lo matara la policía de Arcángel, en el jefe del pueblo al que Enrico había sido capaz, con esa manera suya retorcida y atroz, de castigar. No en él, sino en su abuelo, en el verdugo del gulag, en el hombre de la película. Pensé en Iván Gavrílovich Filippov. ¿No estaba él en el origen de todo? ¿No era él quien había sido, en primer lugar, el responsable del daño? Miles de seres humanos muertos debido al frío, al hambre, a las palizas..., y ese mal había perdurado en el tiempo, se había transmitido de padre a hijo junto con la sangre, había destruido otras vidas, y, al final, incluso había sido capaz de encontrar un vengador, alguien que no tenía nada que ver, que había nacido después de años y años, a miles de kilómetros de distancia, y que

había ido a morir a las islas Solovki. El mal se había conservado, en estado latente, como un virus.

¿Y yo? Yo tenía la sensación de haber sido succionado por esa historia casi contra mi voluntad. Continuamente en movimiento, mientras que los demás permanecían quietos. Estoy vacunado contra el misticismo, sé muy bien que los muertos están muertos y que no regresan para hablar con los vivos, pero no podía dejar de pensar en que, de alguna extraña manera, Enrico me había llamado. No él directamente, por supuesto, sino, digamos, su situación, su índole, que había aprendido a reconocer como muy parecida a la mía. Había sido el primer papel como protagonista de mi vida. Y, ahora que todo había terminado, podía concentrarme en el trasfondo.

Haraganeé un poco entre el sillón, la nevera y la ventana. Eran ya las nueve pasadas, pero fuera todavía había claridad. Era uno de esos días de junio en los que es posible mirar Florencia con los mismos ojos con que lo hacían por primera vez los viajeros que llegaban desde el norte de Europa: una verdadera maravilla. El año anterior, en esos mismos días, Enrico y sus amigos se reunían a quinientos metros de allí para organizar su segundo viaje a las Solovki. El año anterior casi no conocía a Julia. En realidad, tampoco ahora podía decir que la conociera muy bien: su pasado seguía siendo misterioso. Pero, después de todo, ¿no era mejor así? De las personas a las que se quiere, ¿no es mejor saber únicamente lo esencial? ¿No se esconde el dolor en los detalles? Lo que tenía, lo que sabía de ella, me bastaba. El año anterior, mi hijo era todavía un estorbo, la consecuencia de una decisión tomada demasiado a la ligera, mientras que ahora..., ahora no podía decir aún que era un padre modélico, todavía tenía que hacer esfuerzos para convencerme de que era correcto sacrificar por él algo de mi tiempo y de mi dinero. Pero estaba trabajando en ello, podía mejorar, era optimista.

Encendí el ordenador y escribí en Google el apellido de soltera de mi madre. Nunca lo había hecho, nunca lo había buscado. Habían pasado años desde la última vez en que tuve noticias de ella. Cinco años. Había venido a Florencia para el funeral de mi padre, pero, como era de esperar, llegó con retraso. Se reunió con nosotros en mi casa, bastantes horas después del sepelio, llevando un enorme perro con correa, e incluso así, un poco por el perro y por la media curda que pilló, consiguió robarle protagonismo a mi padre. «Qué encanto, ¿quién es?», me preguntaron más tarde un par de colegas que habían venido a darme el pésame. Mi madre: esa persona encantadora era mi madre, la esposa del muerto. Me dijo que, en cuanto se

hubiera instalado definitivamente, tenía que ir a verla con Gaia. Luego ya no dio más señales de vida. Ninguna dirección, ninguna llamada telefónica, ninguna felicitación por Navidad, pero, al menos, esto no me sorprendía. No sabía que ya era abuela. De hecho, por lo que sabía de ella, incluso podría estar muerta.

Encontré el nombre de mi madre en diez páginas web alemanas, especializadas en hierbas medicinales. Era ella. No es que fuera una de esas fanáticas que rechazan los productos de la medicina moderna. Era demasiado inteligente. Pero le gustaban las plantas. Era probable que, en esos últimos años, hubiera redondeado la renta vitalicia que le había dejado mi abuelo sacándole partido a la ecología. Casi podía verla, con el pelo largo y gris recogido en una cola de caballo, mientras acunaba sus macetitas de salvia y de marihuana en el alféizar de la ventana de un apartamento de Hamburgo, o de Berlín, o de...

Me sorprendió no sentir ninguna emoción particular. Tendría que haber estado tenso, impaciente, asustado. También tenía derecho a estar enfadado. Furioso. Me dejó con una *nurse* cuando era niño, me ignoró durante la adolescencia y, en algún momento, como un regalo por mis veinte años, se marchó. Sí, tenía todo el derecho a despreciarla. Pero no podía olvidar lo que me dijo mi padre poco antes de morir: que mi madre no podía ser juzgada «según los estándares terrestres». Y, además, era como si ese año de escarbar en la existencia de tres desconocidos, como si esa larga familiaridad con la muerte me hubieran librado de toda clase de rencor. La vida era tan breve y tan frágil que no tenía sentido malgastarla con el odio. Y los seres humanos tenían tan poca libertad y su destino era tan desgarrador... Solo quedaba perdonar; perdonar mientras uno está a tiempo, antes de que la oscuridad haga que todo sea indiferente.

El número sonaba en vano —un sonido artificial, como el de los teléfonos de los hoteles—. Sentí que mi corazón se aceleraba. Por unos instantes, tuve la esperanza de haberme equivocado de número o de que no hubiera nadie al otro lado. Al cuarto timbrazo, alguien respondió, una voz de mujer.

—*Hallo.*

—¿Mamá?

Pasó un segundo y, en ese segundo, pude percibir, de fondo, la voz de alguien, un niño, que decía riendo algo en un idioma que no entendía, y en el teléfono algo así como un resoplido, un soplo de aire de la nariz que podía significar sorpresa, o incomodidad, o tal vez incluso alegría, y más

probablemente esas tres cosas juntas.

Luego mi madre habló:

—Oooh, pero mira quién es. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué me cuentas?

Notas del traductor

- [1] Alusión al atentado perpetrado por la Mafia en la localidad de Capaci (Sicilia), en 1992, donde fueron asesinados el juez Falcone, su esposa y tres escoltas.
- [2] En Italia, la película *Goodfellas* (1990), de Martin Scorsese, se tituló *Quei bravi ragazzi*. En España, en cambio, *Uno de los nuestros*.
- [3] La película de Mario Monicelli *Amici miei* («Amigos míos»), de 1975, se estrenó en España con el título de *Habitación para cuatro*.
- [4] Georg Büchner, *Obras completas*, Madrid, Trotta, 1992, trad. de Carmen Gauger, pp. 94-95.
- [5] Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, Madrid, Trotta, 1994, trad. de Carlos Ortega, p. 36.
- [6] Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, *op. cit.*, p. 87
- [7] Jean-Jacques Rousseau, *Las confesiones*, libro II, Madrid, Alianza, 2008, trad. de Mauro Fernández Alonso de Armiño, p. 77.
- [8] Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, *op. cit.*, p. 52

**Tres jóvenes italianos desaparecen durante un viaje a las islas Solovki,
en el Mar Blanco, donde el mal duerme, silenciosamente, debajo del
hielo.**

La nueva revelación de la novela negra italiana.



El Mar Blanco es de un negro aterrador, un negro que se mezcla al del cielo, al viento helado que entra en las grietas de los barcos, en los hogares y en los corazones de los hombres. Es un mar embravecido, hostil, en medio del cual las islas Solovki permanecen sumergidas en la niebla.

Los tres amigos florentinos que salieron rumbo a ese antiguo gulag soviético para restaurar un monasterio en una misión de la Unesco nunca regresaron. Mientras que la policía rusa e italiana favorecen la hipótesis de una muerte accidental, Alessandro Capace, periodista independiente o más bien escritor fracasado, viaja al lugar para intentar desvelar la verdad.

¿Huyeron los jóvenes o alguien los hizo desaparecer? ¿Eran realmente amigos? ¿Y qué relación guarda su muerte con el pasado de violencia e injusticia de las islas, donde durante décadas el mal se ha conservado, adormilado como un virus?

«Una historia ejemplar, escrita con soltura, sentido del ritmo y rigor de estilo, un libro que exige y merece mucha atención, un verdadero regalo para cualquier lector.»

Sergio Pent, *La Stampa*

«Claudio Giunta utiliza con brío todos los resortes de una gran investigación

criminal [...] y teje una trama policial de un estupendo clasicismo. Un verdadero talento, un punto de vista muy contemporáneo de la absurda condición humana, un don para la sátira social y una bella ciencia de los sentimientos.»

Élise Lépine, *Transfuge*

«No es una historia al estilo Poirot, el elemento esencial no es la búsqueda del culpable, del posible asesino o del chivo expiatorio, es más bien la de los tres desaparecidos que enlaza directamente con la vida real. [...] Una novela de misterio que sirve como instrumento de introspección psicológica. [...] Mar Blanco es una bocanada de oxígeno.»

Il Foglio

«Un *noir* de precisión milimétrica que vuela hacia el efecto sorpresa final. Giunta reproduce la angustia que tuvo que atenazar a los trescientos mil deportados por orden del régimen soviético entre los muros del monasterio convertido en gulag. La oscuridad absoluta durante meses, las torturas, el hambre y la conciencia de que la única salida es la muerte.»

Fabio Galati, *La Repubblica*

«Un mar que nos fascina. En esta isla del Gran Frío todo cuadra, hasta el final.»

Fabio Pozzo, *La Stampa*

«Con la trama, se mueve otro «mar blanco»: el malestar del hombre que tiene que ir más allá de las fronteras asfixiantes de la sociedad para encontrar un sentido.»

Valeria Parrella, *Grazia*

«Giunta demuestra de sobra que sabe escribir un *noir*. Un misterio sobre tres personajes que no tienen más razón para sufrir que su insoportable y extremo civismo.»

Stefano Feltri, *Il Fatto Quotidiano*

Sobre el autor

Claudio Giunta (Turín, 1971) es profesor de Literatura Italiana en la Universidad de Trento, investigador especializado en literatura medieval y autor de numerosas obras relacionadas con su especialidad: *La poesia italiana nell'età di Dante*; *Due saggi sulla tenzone*; *Versi a un destinatario*; *Codici. Saggi sulla poesia del Medioevo*.

Durante la última década ha sido profesor visitante en las universidades de Chicago, Tokio, Sídney y Rabat, y voluntario de la Asian University for Women de Chittagong, al sur de Bangladés. Ha sido miembro de la American Academy de Roma, del Harvard Center for Renaissance Studies de Florencia y del Warburg Institute de Londres. Es profesor de didáctica de la literatura en el máster para el profesorado de la Universidad de Trento. Sus últimos libros son un ensayo sobre el mercado del arte y su retórica (*Come si diventa 'Michelangelo'*); un nuevo comentario a las *Rimas de Dante*; una colección de ensayos sobre Italia (*Una sterminata domenica. Saggi sul paese che amo*); un libro de viajes sobre Islandia (*Tutta la solitudine che meritate. Viaggio in Islanda*) y un panfleto sobre Matteo Renzi (*Essere #matteorenzi*). Es colaborador habitual de los periódicos *Internazionale* e *Il Sole 24 Ore*. *Mar Blanco* es su primera novela.

Título original: *Mar Bianco*

© 2014, Claudio Giunta

Edición publicada mediante acuerdo con Marco Vigevani & Associati Agenzia Letteraria

© 2018, Xavier González Rovira, por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-2625-9

Imagen de cubierta: Bernhard Lang

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[Mar Blanco](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Segunda parte](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Table of Contents

[Mar Blanco](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Segunda parte](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)